

# UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LIBRARY OF THE  
AUTONOMA DE NUEVO

LEON DE MEXICO

CINCO

*REBE*

LOS  
PIRADORE  
EN  
MEXICO

*REBE*



*REBE*

CAPITAN  
MAYNE

*REBE*

PZ7  
R4

1856

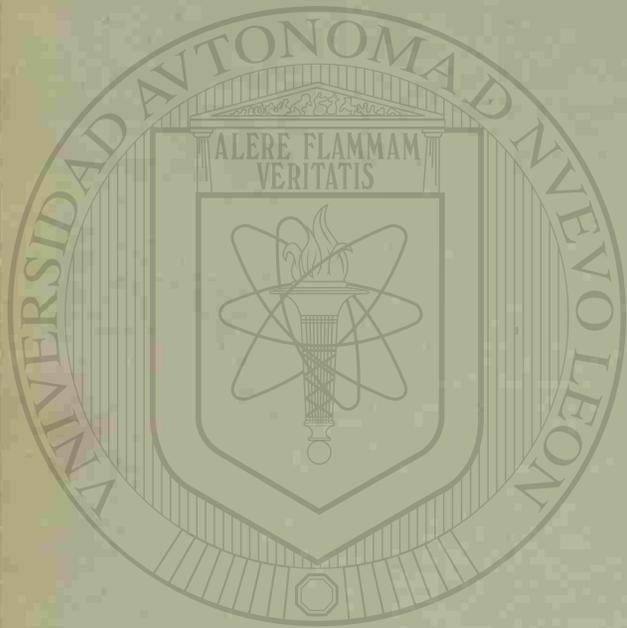


1020006349



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



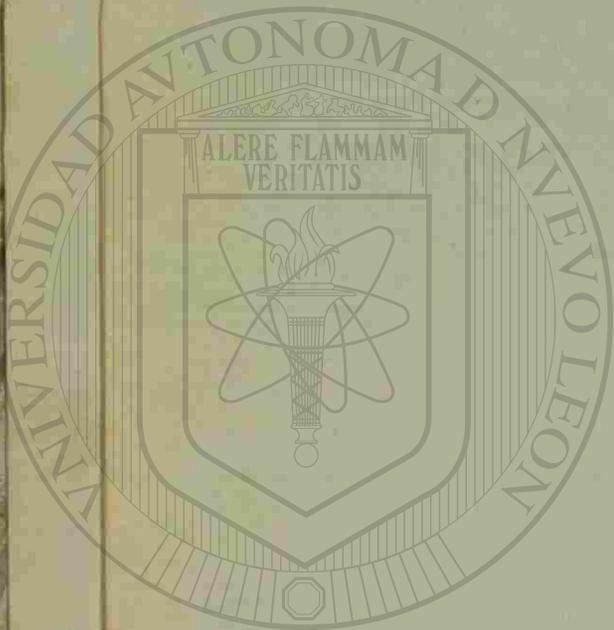
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



108713



BIBLIOTECA DEL PUEBLO.

LOS

# TIRADORES

EN MEXICO.

Novela escrita en inglés

POR

EL CAPITAN MAYNE REID.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE ANDRES BOLX,

Calle de la Cerca de Sto. Domingo núm. 5.

1856.

FONDO  
FERNANDO DE ALMEIDA

X

CAPITULO I.

LA TIERRA DE ANAHUAC.

LEJOS, muy lejos, mas allá de las olas del grande Atlántico, detras de las islas ardientes de la India Occidental se encuentra un vasto país del mas agradable aspecto. En su superficie se estiende como una inmensa alfombra del verde brillante de la esmeralda; su cielo es como un solio de záfiro; su sol semejante á un globo de oro. Esta es la tierra de Anáhuac.

El viajero dirige sus pasos hácia el Oriente; el poeta piensa en las glorias pasadas de la antigua Grecia, el pintor va á pedir sus cuadros á los paisajes tantas veces reproducidos de los Alpes y de los Apeninos; el novelista toma de la Italia las costumbres y las escenas pintorescas de sus bandidos, ó bien como el héroe de Cervantes, retrocediendo muchos siglos, se introduce en los misterios de la edad media, habla de las tradiciones románticas, de las leyendas en boga, de los fabulosos combates en que se encuentran confundidos corceles



ES PROPIEDAD DEL EDITOR.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

imaginarios y héroes imposibles. ¿Por qué todos, pintores, poetas, viajeros y novelistas en busca de lo pintoresco y poético, no vuelven mas bien sus miradas y sus pasos hacia este rico y espléndido país?

Lo que nadie se ha atrevido á hacer hasta aquí, vamos ahora á ensayarlo. ¡Animo! Como el osado aventurero genovés dirijamos nuestro esquisé por las olas del Atlántico, atravesemos los archipiélagos americanos y allá abajo lleguemos á la tierra de Anáhuac. Arriesguémosnos á desembarcar en sus costas, á penetrar en el sombrío horror de sus espesas florestas, á trepar sus elevadas montañas y atravesar sus vastas llanuras.

Segidnos, viajeros, no temáis. A nuestra vista se desarrollarán bien pronto escenas llenas á la vez de gracia y magestad. Poetas, aquí encontrareis una naturaleza que inspirará vuestros acentos; pintores, aquí hay para vuestros pinceles frescos y brillantes colores que parecen acabados de salir de la mano de Dios; escritores, aquí hay para vuestros libros muchas narraciones que ninguna pluma humana ha referido aún, leyendas de amor y de odio, de gratitud y venganza, de hipocresía y franqueza, de nobles virtudes é infames crímenes, leyendas interesantes como las novelas, y reales como la verdad.

Continuemos navegando el grande Atlántico, por entre los archipiélagos de la India Occidental, adelante, siempre adelante con rumbo á las costas de Anáhuac.

El aspecto de este país es como el de un rico cuadro en que las escenas se multiplican y varían á manera de los matices del ópalo. Nada mas halagüeño que el espectáculo de tan brillantes perspectivas: por una parte se presentan valles que pare-

cen querer introducirse en las entrañas de la tierra; por otra, montañas que levantan hasta el cielo sus nublados picos; mas lejos llanuras que se estienden por los límites del horizonte hasta que el azul del cielo se mezcla y confunde con las líneas indeterminadas de sus indecisos confines; y por otra un paisaje erizado de innumerables montecillos que ofrecen á nuestros ojos el aspecto de olas sin cuento en un oceano de verdura.

¡Ah! la palabra es impotente para dar una idea de este cuadro, y la pluma no puede trasladar, sino imperfectamente, las sensaciones sublimes y profundas á la vez que producen en el alma del espectador la vista de los dilatados valles ó de las altas montañas de México.

Aunque mis esfuerzos sean sin duda inútiles, con todo eso quiero ensayar la delineacion de algunos imperfectos bosquejos, un panorama de los cuadros que se han desarrollado á mi vista durante un solo viaje.

Me encuentro en las costas del golfo de México: las olas vienen suavemente á humillarse á mis pies sobre una playa de arena tan blanca como la plata: son puras y transparentes: nada turba el azul de sus cristales, sino las blancas orlas de espuma que se adhieren en torno de los arrecifes de coral.

Dirijo al Este mis miradas: mas allá del alcance de mi vista se estiende un mar pacífico, cuyo grandioso aspecto parece convidar á la navegacion. ¿Pero dónde están las alas blancas de los mensajeros del comercio? Apenas percibo el esquisé solitario de un salvaje pescador que deja en la superficie del agua su huella fugitiva, ó alguna humilde *polacra* ocupada en echar sobre la costa su carga de contrabando. Una pobre piragua está anclada en

un puerto vecino; no hay mas. En vano mis ojos y mi lente preguntan el espacio: ninguna otra vela aparece en el horizonte. El mar que despliega á mi presencia su magnífica estension es una ruta aún desconocida á los buques del comercio.

Esta ausencia de naves conduce mi pensamiento á la tierra de Anáhuac y á sus habitantes; la idea que de ella concibo, no es favorable ni á su estado moral, ni á su estado material: no debe tener ni comercio ni industria, ni prosperidad. Pero me detengo... ¿qué veo á lo lejos?... Sí... un objeto de un color sombrío, semejante en su forma á una torre, se dibuja en el horizonte. Es el humo de un buque de vapor; signo cierto de una civilización avanzada, emblema de una vida activa. Se acerca á la costa... ¡Ah! un pabellon extranjero! Sí, el pabellon de otro país se distingue en el mástil; son colores extranjeros que flotan en el tope de su mesana. Los rostros que se descubren por encima de sus filaretos tienen tambien el tipo extranjero y en idioma de otra nación da el capitán sus órdenes. Este buque no pertenece al país; mi primera conjetura es justa.

Hace su viaje para el principal puerto: desembarca algunos paquetes de cartas y papeles, un pequeño número de mercancías, y una media docena de desgraciados, á quienes devora la fiebre: luego vuelve la proa, dispara un cañonazo y prosigue su viaje. Bien pronto desaparece en las llanuras del oceano: las olas han recobrado su silencio y soledad, y si algo turba aún el aspecto monótono de su brillante superficie, es el vuelo del gigantesco albatros ó los zambullos del águila marina.

.....  
.....

Mis miradas se dirigen al Norte: un cinto de arena blanca rodea el mar azulado. Me vuelvo al Sud y distingo por esta parte otra faja de la misma especie: de ambos lados, tan lejos como puede alcanzar la vista, á centenares de millas de distancia sirve siempre de límite al mar de México una ancha cinta de plata. Esta banda blanca forma una línea de demarcacion entre el agua de tintas de turquesa y las florestas de colores de esmeralda: sin embargo, está lejos de ofrecer una superficie plana, carácter comun de las playas del Oceano: por el contrario, esta ribera, que millones de átomos brillantes hacen resplandecer á los rayos del sol del trópico como una coraza centellante azotada constantemente por las alas de los vientos, se ha recogido en profundos valles, ó levantado en altas colinas que se estienden por una y otra parte en todas direcciones, y presentan á la vista admirada el aspecto de un caos de nieve.

Me adelanto con trabajo por esta costa tan estéril que no puede alimentar la menor planta; recorro estos movibles valles, enterrándome y tropezando á cada paso: procuro subir las colinas de arena de aspecto singular y fantástico, ya semejantes á cúpulas, ya tajadas á pico y otras veces cortadas tambien en forma de mesetas. Se diria que el viento ha jugado con estas enormes masas como un niño que se divierte en amasar la arcilla de un alfarero. Vense inmensas hoyas semejantes á cráteres de volcan formados por algun torbellino, valles en abismos profundos que se sepultan entre altas murallas de arena, la mayor parte tajadas unas veces á pico, y otras desplomándose hacia el precipicio, como bóvedas medio destruidas.

El espacio de una sola noche como el golpe dado

con una vara mágica, basta para cambiar enteramente el aspecto de este singular paisaje. Si el viento del norte es el mágico, si sopla, todo se trastorna; donde ayer habia un valle, hoy se encuentra una colina, y el abismo de la tarde es reemplazado por la montaña de la mañana.

Subo sobre la cima de estos montes de arena y tiemblo al frio aliento de la brisa del golfo: descendiendo á los valles y me abrasa el sol del trópico. Miles de cristales reflejando en torno de mí la luz y el calor de sus rayos, deslumbran mis ojos, hacen hervir mi cerebro: mas de un viajero, en estos parajes, ha perecido víctima de una insolacion.

Pero ved que llega ya el terrible norte: por este lado cambia súbitamente el horizonte: el azul del pabellon celeste toma un color sombrío y aplomado: el trueno con su fuerte voz y sus lenguas de fuego, anuncia la variacion de la temperatura, la que aun sin necesidad de su estruendo, bastarian á darme á conocer mis propios sentidos. La atmósfera ardiente que há poco me sofocaba se ha metamorfoseado como por encanto en una brisa sutil, cuyo helado aliento raja la piel de mi rostro y ocasiona en todo mi cuerpo un temblor involuntario: llevan estas nubes en sus alas la fiebre, y esta fiebre es la muerte; su nombre, el *vómito*.

Aumentase la brisa, conviértese en un viento violento, ya es una borrasca. Levantada por su soplo impetuoso, vuela por todas partes la arena; espesas nubes oscurecen la luz del cielo, inmensos torbellinos ruedan en el espacio, subiendo y bajando alternativamente al lado del huracan que las impele. Imposible es ver ni respirar en medio de este verdadero semoon. Si me atreviese á levantarme del suelo, el polvo me cegaría infaliblemente y mi

cuerpo seria penetrado por los millares de átomos angulosos que el viento ha puesto en movimiento.

El norte dura dos horas enteras, y á veces reina por muchos dias: luego se aleja como ha venido, sin causa aparente, sin transicion, y va mas al Sud á hacer sentir los efectos de su terrible influencia.

Su paso ha modificado de un modo singular el aspecto de la zona de arena que ha cambiado enteramente: muchas colinas han desaparecido, y en el sitio donde se alzaban, han sido abiertos profundos valles.

Tales son las costas de Anáhuac, esas riberas del mar de México sin comercio y casi sin puerto: vasta estension de arena, pero que, á pesar de ello, ofrece á la vista un aspecto imponente y el sello de una pintoresca é incontestable belleza.

.....  
Ahora á caballo y adelante: digamos adios á las olas azules del golfo.

Hemos atravesado la faja de arena que se estienda á lo largo de la costa, y andamos ya bajo las espesas sombras de las florestas de Veraacruz. Son a la verdad florestas del trópico: la forma de las hojas, sus brillantes colores, su variedad, todo nos lo dá á conocer. La vista reposa con delicia sobre ramos en los que todos los matices del verde se mezclan con los ricos colores del oro. Este es el árbol embalsamado, de donde corre una cera olorosa; estas las flores de magnolia y las hojas gigantes del bano. A su lado se eleva el tronco esbelto de la palmera, árbol elegante dispuesto en forma de silleria, como una columna y que parece sostener la bóveda del cielo. La viña parásita confunde su follaje con el de los árboles que le sirven de apoyo, y las desmesuradas lianas se enlazan de un tronco en

otro culebreando en derredor de sus ramas como otras tantas serpientes monstruosas. Allí se encuentra á cada paso el talle flexible del bambú, á cuyos lados crecen enormes helechos. Por dó quiera regocijan y halagan la vista flores que nos ofrecen sus abiertas corolas: entre ellas distingo las del árbol del trópico, los pétalos de la Vid escarlata y los largos tubos del vignonia semejantes á trompetas.

Esta flora que me rodea tiene para mí todo el atractivo de la novedad. admiro el talle elegante de la palma real, cuyo tronco se eleva sin ninguna hoja hasta mas de cien piés de altura: corona su cabeza un vasto parasol de hojas ligeras como plumas que el mas tenue soplo de la brisa basta para agitar suavemente: á ses piés encuentro la caña de indias, su inseparable compañera, pequeña palma que con su delgado tallo y humilde estatura contrasta admirablemente con las proporciones colosales de su noble protectora. No lejos de allí admiro tambien al *corojo*, otra especie de palmera real cuyo magnífico follaje se estiende á lo lejos y se encorva en forma de graciosa bóveda como para proteger contra el sol las redondas nueces que penden en racimos á la estremidad de sus ramas. Este es el *abanico* con sus enormes hojas cortadas á manera del que usan las damas; la palma de cera que destila un jugo resinoso, y el *pirrijaio* con su tronco rugoso y sus grandes racimos de frutos dorados. Viajo á caballo siguiendo el curso de un arroyo sobre cuyas márgenes se eleva una bella serie de columnas formada por los morales (*cocous-nauritia*) árboles de tan noble planta y de frutos tan sabrosos que los primeros misioneros, en un raptó de su entusiasmo los llamaron pan de vida.

Contemplo con asombro los helechos que crecen por todas partes, entes estraños del mundo vegetal! En el suelo de mi tierra natal apenas llegan á la altura de la rodilla: pero en las florestas del Nuevo-Mundo rivalizan con las palmeras en la magestad de su estatura, y como ellas llevan en su cima un penacho ondeante de largas hojas corvas semejantes por su figura á las plumas arrancadas de las alas de un avestruz.

Admiro el magnífico *mamey*, cuyo fruto ovalado encierra una pulpa azafranada.

Me adelanto á la sombra de las espesas ramas del *moagani* y observo al pasar sus puntiagudas y plumosas hojas que ocultan gruesas cápsulas en forma de huevo hinchadas por la semilla reproductiva. A cada paso que doy, el sol ardiente del trópico, penetrando la frondosa bóveda viene á jugar con la verdura y las flores; vegetacion lujuriosa, iluminada de sus brillantes rayos, que ofrece por todas partes á los ojos colores no menos ricos que los del arco-iris.

No hay viento, y apenas la brisa tiene fuerzas para hacer oscilar ligeramente las hojas superiores de los árboles; por entre los cuales un pueblo brillante de pájaros agita sus alas volando. Los tanagres de lustroso plumaje, los resplandecientes trogones, los parleros loros, los tucanes de grueso pico se encuentran confundidos con los pájaros abejas, los troquilitis y colibrís. Los rayos del sol cayendo sobre sus bellos plumajes hacen reflejar sus vivos colores que resplandecen como piedras preciosas.

El pájaro carpintero hiere con su gran pico el hueco tronco de una magnolia: la ruda corteza resuena bajo sus golpes, y de tiempo en tiempo este emplumado artesano se interrumpe para lanzar

aquel grito rechinante como una nota de clarín que anuncia su presencia á mas de una milla de distancia.

A la sombra de los árboles que cercan el arroyo, el encopetado curassow, salta y da vueltas, mientras que el soberbio pato de Honduras ostenta en un claro, á los rayos del sol, los colores metálicos de su rico vestido.

Veo huirse delante de mí al gracioso cerval (*cervus mexicanus*) que han espantado los pasos de mi caballo: arrástrase el caiman perezosamente sobre la ribera, ó bien se zabelle en el río para ocultar en las aguas la fealdad de su disforme cuerpo. No menos horrible la iguana, fácil de conocer por su cresta dentellada, se desliza arrastrándose á lo largo de un viejo tronco, ó sigue la tortuosa rama de alguna enorme liana: el pardo lagarto atraviesa la senda: oculto en el nacimiento de alguna rama, el basilisco lanza á lo lejos su penetrante mirada: el gecko-tin de venenosa mordedura corre por entre las hojas secas en persecucion de algun insecto, mientras que el camaleón salta de rama en rama, y se esfuerza, cambiando de color, por engañar y fascinar sus víctimas.

Las serpientes se encuentran á cada paso: ya enormes boas ó culebras casi tan gruesas como aquellas enrolladas alrededor de los árboles: mas lejos la serpiente atigrada se levanta sobre su cola y muestra silbando su amenazadora cabeza. La de cascabel duerme al sol enrollada como una maroma: la de coral estiende sobre el suelo los pliegues de su cuerpo rayado, rojo y negro. Estas dos últimas especies, aunque muy inferiores en fuerza al boa, son sin embargo mas temibles, y mi caballo retrocede con espanto cada vez que percibe á la primera bri-

llar entre la yerba, si oye á la segunda anunciar su presencia por un agudo silbido.

Los cuadrúpedos y los cuadrumanos pueblan tambien estas florestas. Hé aquí al mono rojo que se escapa al acercarse el viajero y se abalanza sobre un árbol, donde salta con agilidad de rama en rama. El gracioso *titi* juega inocentemente por entre el follaje, mientras que el feroz zambo llena el bosque de sus gritos que se asemejan á la voz humana.

A alguna distancia el jaguar está acostado en un juncal impenetrable. Entregado al reposo durante el dia, no despliega su actividad sino en la noche, y solo á los rayos de la luna se puede entrever su vestido salpicado de moscas. Si lo encuentro alguna vez en tanto que el sol brilla en el horizonte, es porque ha sido arrojado de su guarida por perros enviados á perseguirlo. En los matorrales duermen tambien la onza, la pantera y el linco, y de vez en cuando veo al león de Méjico tendido sobre alguna rama horizontal, donde acecha en silencio al tímido ciervo sobre el cual medita lanzarse así que pase. Por lo que á mí toca, me separé prudentemente de este temible velador.

Llega la noche y todo cambia de aspecto: los pájoros de brillantes plumajes, loros, tucanes, y trogones desaparecen hasta por la mañana y dejaná. Entre los resienvenidos que les suceden, muchos traen consigo la luz que les es necesaria para guiarse por enmedio de las tinieblas. Tales son los cocuyos, que tienen el cuerpo iluminado de una luz fosforescente, semejante á un globo de oro herido de los rayos del sol, ó mejor aún, á una lámpara brillante. Al verlos recorrer la esfera, se les tendria por otras tantas estrellas movibles. Tales son tain-

bien los guyanitos: la hembra, insecto privado de alas, se parece á la luciérnaga: adhiérese á las hojas de los árboles, mientras que el macho, dotado de ligeras alas, revolotea al rededor de ella galanteándola al modo que las mariposas acarician las flores. Pero ¡ ay ! que el brillo de estos insectos es las mas veces causa de su muerte, pues sirve para revelar su presencia á sus crueles enemigos las aves de rapina, el buho y el murciélago.

El horrible vampiro estiende en las sombras sus anchas y sombrías alas y facilita su modesta carrera dando vueltas sin cesar sobre sí mismo, en tanto que la gran lechuza (*stryx mejicana*) saliendo de la concavidad de un tronco de árbol, hace oír sus espantosos gritos semejantes al estertor de un hombre que muere degollado. Por otra parte resuenan los abullidos del cuguardo y los feroces acentos del tigre mejicano: el grito penetrante de la alondra se reúne al ladrido del perro-lobo, mientras que del fondo de los pantanos confunde el sapo los acentos de su voz gutural con el graznido de las ranas.

En la noche los perfumes son menos vivos y el aroma de las flores se absorbe frecuentemente por los fétidos olores que esparce en torno de sí el insecto *chinga*, porque es la hora en que este singular animal deja su retiro y recorre los bosques.

Tales son las particularidades mas notables que presentan á los ojos del viagero las florestas tropicales situadas entre el golfo y las montañas de Méjico. Apesar de lo que acabamos de decir, no se debe creer que este país esté del todo inhabitado: algunos parajes se hallan cultivados y se encuentran, aunque á grandes distancias, establecimientos agrícolas.

La floresta se abre, y derepente varia la decora-

cion: una hacienda se estiende á mi vista, y enmedio se alza la casa de un propietario, de un rico. El campo que rodea su morada está cultivado por sus sirvientes ó peones que trabajan cantando; pero ¡ qué tristes son sus cantos! su voz está llena de melancolía: es la voz de un pueblo esclavo.

Y sin embargo la naturaleza en torno de ellos está llena de animacion y de alegría: todo parece feliz, ecepto el hombre: la vegetacion se despliega en esta comarca con una fuerza y una riqueza admirables; las flores y los frutos se confunden sobre los mismos árboles y plantas: el hombre es el único que sufre enmedio de toda esta magnificencia.

La campiña se halla atravesada por un arroyo de sinuoso curso, cuyas aguas límpidas y frescas provienen de nieves derretidas del Orizava: sobre sus felices márgenes brotan la palmera, el cocotero, y el soberbio banano: y cerca de ellas se ven adornados con todos los frutos de los trópicos elegantes jardines y ricos vergeles. He aquí al naranjo de globos de oro, el limon dulce, la magnífica pamplemusa y la guayaba de jugo refrigerante.

Me paseo á la sombra del aguacate y cojo de paso el fruto succulento de la chirimoya. La brisa al pasar por estos fértiles campos empapa sus alas en el perfume del café, del índigo, de la vainilla y del cacao; y por donde quiera que mire, veo las hojas lanceoladas de la caña de azúcar brillar á los rayos del sol, en tanto que se agita al soplo del aura su garzota de oro.

Los campos cultivados del trópico no son menos bellos á la vista que sus vírgenes florestas.

Prosigo avanzando por el interior de tierras que me elevan gradualmente encima del nivel del mar: ya no son caminos horizontales los que recorro sino

senderos abiertos por los flancos de las montaña que descienden á las profundidades de los valles y barrancos. El casco de mi caballo no se introduce ya en la arena ó en la tierra de aluvion; resuena al contrario hiriendo las rocas de pórfido: el paisaje ha cambiado al rededor de mí; la escena no es la misma: todo, hasta la atmósfera que me rodea, es diferente. La temperatura ha bajado considerablemente sin haber no obstante descendido hasta el frío. Aun estoy en esta parte del país que se llama *Pié de Monte ó tierras calientes*; mas arriba es donde debo encontrar las *tierras templadas*. Elevado solo á mil piés del nivel del mar, no he llegado aún sino al pié de los Andes septentrionales.

¡Qué metamórfosis! Apenas hay una hora que he dejado la llanura, y sin embargo, á vista de cuanto me rodea, creo haber sido trasportado á otro país: me detengo sobre un paraje descubierto, y dirigiendo las miradas á todas partes, se aumenta á cada instante mi asombro.

Aquí la vegetación es menos poderosa, la yerba menos espesa, las hojas menos frondosas, los tallos menos macisos: veo colinas casi enteramente desnudas de árboles. Han desaparecido las palmeras, pero en su lugar se elevan de trecho en trecho vegetales que se le parecen bajo ciertos respectos; son realmente las palmeras de la montaña: distingo al palmero con su follaje en forma de abanico; la yuca, cuyas hojas son semejantes á bayonetas. Este arbusto, poco elegante, pero pintoresco, da al paisaje, con sus gruesas cápsulas llenas de semillas, un carácter muy particular. A su lado se encuentra el alóe (pita) con su flor á modo de penacho y sus hojas armadas de espinas: persibo por do quiera cactus de estrañas formas, el coquineal, el tuna, el

ocuntias, el gran catur joconoste, y el pitahaya que se abalanza como la flecha de un campanario gótico y guarnecido por todos lados de una especie de brazos que le dan la apariencia de un candelabro jigantesco. En mi alrededor centenas de plantas grasas singulares ó informes, se arrastran por la superficie de la tierra ó se levantan tan solo algunos pies por encima de la superficie del suelo.

Mas lejos se hallan los cardenales y las mimosas, y á su lado se alza aquel arbusto llamado curioso por la ciencia *mimosa y frutescens*, cuya sensibilidad es tan viva que al acercarme replega sus hojas sobre sí, y no las vuelve á abrir hasta que me haya retirado.

Esta region es la tierra favorita de la acacia, árbol que brota aquí por todas partes y forma con sus espinas y ramas entrelazadas, impenetrables selvas conocidas en el país con el nombre de *chaparales*.

En medio de estos grupos crecen el carobo de miel, el algarobo, el aramo espinoso, y mas notable aún que todos estos vegetales la *fouquiera esplendens*, cuyos tallos enlazados y guarnecidos en su cima de flores rojas, presentan á lo lejos el aspecto de una bandera desplegada.

En esta altura se encuentran menos animales que en las regiones inferiores, aunque no está enteramente desprovista de ellos. La cochinilla vive y muere sobre la hoja del cactus: la grande horniga alada prende su nido de arcilla de las ramas de la acacia: el hormiguero acurrucado sobre la tierra tiende como una red, su lengua glutinosa sobre el camino que deben recorrer los insectos para entrar en sus viviendas; la armadilla de pelo rayado se re-

fugia en los agujeros de las rocas ó rueda hecha una bola para escapar á las persecuciones de sus enemigos. Numerosos rebaños medio salvajes abren claros en la yerba, ó bajan la colina para ganar algun arroyo, mientras que el buitre estiende sus alas en el cielo, buscando con la vista alguna presa sobre la cual pueda arrojarse.

Peró tampoco estos lugares están enteramente abandonados por el hombre; á los que tambien ha llevado su industria. Por una y otra parte se alzan la choza del peon y el rancho del pequeño propietario; estas construcciones son mas sólidas que las de la region de las palmeras, y en ellas se ha empleado la piedra. Allí se encuentra igualmente la morada del rico, la hacienda con sus paredes blancas y sus aberturas semejantes á ventanas de carcel. De trecho en trecho descuellan reducidas aldeas (*pueblitos*) con su iglesia en cruz y su campanario pintado de vivos colores.

El trigo indio ha reemplazado la caña de azúcar: atravieso tambien dilatados campos plantados de tabaco; donde crecen á la par de la Jalapa, el guayaco, el odorífero sasafrás y el saludable copalbo.

Me adelanto siempre, ya trepando las colinas, ya descendiendo á los barrancos, especie de cañadas abiertas por los lechos de los torrentes. Muchos de ellos tienen hasta mil piés de profundidad, y el camino que es forzoso seguir para penetrar entre sus costados no es las mas veces sino una estrecha senda cercada por una parte de una roca escarpada, y de la otra por un torrente que muge allá abajo á una distancia espantosa.

Viajando de esta manera, paso por la region que se estiende al pié de las montañas y entro al fin

en ellas por un desfiladero de los Andes Mexicanos.

La garganta que sigo, cubierta de bosques espesos y sombríos está sostenida de cada lado por masas de pórfido azul: logro al fin atravesarla y salgo á la otra parte de la sierra. Un cuadro de nueva especie se desarrolla entonces á mi vista.

A mi alrededor todo está en calma, todo es tan puro y agradable que detengo mi caballo y miro con un sentimiento de asombro mas bien que de admiracion. Tengo á mi vista uno de los *valles* de México, grandes mesetas situadas en medio de los Andes á muchos millares de pies por encima del nivel del mar, y que se estienden del centro de estas montañas hasta las costas del oceano Artico.

La llanura que se despliega á mis ojos es lisa como el yelo ó como la superficie de un lago: montañas la rodean por todas partes; pero estas montañas están perforadas en diferentes puntos por desfiladeros que conducen á valles de la misma naturaleza que el que estoy examinando: levántanse rápidamente en la planicie y sin interrupcion algunas prominencias; ya grandes conos, ya muros tajados á pico, cuya cima se pierde en las nubes.

Recorro estos llanos, cuyos pormenores examino, y no les encuentro la menor semejanza con la region que he dejado á mis piés, la *tierra caliente*: me hallo en la *tierra templada*: los objetos que hieren mi vista, el aspecto general de la naturaleza, la atmósfera que me rodea, todo ha cambiado, todo es nuevo: el aire mas fresco; de primavera la temperatura que aquí se goza; pero acabo de salir de una region mas cálida y esta transicion súbita me hace experimentar una sensacion de frio y me envuelvo en los dobleces de mi capa.

Mi vista descubre á lo lejos el país, porque el valle está casi sin árboles: no tardo en reconocer las huellas del cultivo; la civilizacion se revela por donde quiera; estas altas mesetas, las tierras templadas, son el asiento de la civilizacion mexicana. En ellas es donde se encuentran las villas, las grandes ciudades, los ricos conventos y las soberbias catedrales: en ellas se agolpa la poblacion en masas mas compactas. En estos campos están los ranchos contruidos de ladrillos [*adobes*] y tambien villorios enteros formados de cabañas de tierra, rodeadas las mas de cercas de cactus, y habitadas por los morenos descendientes de los antiguos Aztecas.

Por todas partes se estienden fértiles campiñas: allí es donde adquiere el ágave sus gigantescas proporciones y cubre el maiz llanuras enteras con sus amarillas espigas que, cuando están agitadas por la brisa, ofrece á la vista el aspecto de un mar de olas de oro: allí crece el trigo con abundancia al lado del pimientó y de la haba de España: la rosa presenta por do quiera su corola embalsamada y alfombra las paredes y adorna las puertas de las casas. Esta tierra es tambien el suelo natal de la patata dulce.

En los vergeles las ramas de los árboles se agobian bajo el peso de las peras, granadas, membrillos, manzanas y otros frutos sabrosos. Por una feliz confusion las semillas de las zonas templadas brotan al lado de los eucubitáceos del trópico.

Dejo este valle y llego á otro atravesando una garganta de la montaña: el espectáculo no es el mismo; sin embargo, no por eso deja de ser menos interesante. Me hallo ahora en una vasta pradera cubierta de vicio: a yerba donde pastan rebaños in-

numerables bajo la guarda de vaqueros á caballo.

Paso otro desfiladero; nuevo valle, nueva perspectiva. Es un desierto de arena. En su superficie se alzan sombrías columnas de polvo, gigantescos fantasmas que parecen moverse bajo el soplo de algun genio.

Entro en otro valle y mis pasos se detienen por una dilatada estension de agua: estiéndose á mis piés un lago grande como un mar interior: vastas sabanas forman sus riberas, y en este terreno cenagoso, los juncos y las cañas brotan en abundancia.

Mas lejos se descubre un llano, pero sin agua, ni vegetacion, ni frescura, cubierto tan solo de lava y escorias: es una superficie desolada donde no se ven árboles, ni plantas, ni cosa alguna que recuerde la vida.

Tales son los rasgos principales, pero incompletos, que caracterizan estas grandes mesetas, teatro de escenas siempre nuevas y llenas sin cesar del mas vivo interés.

Abandono esta region para elevarme mas todavía: cada paso que doy me acerca á las nubes, subo los flancos escarpados de las cordilleras, y llego en fin á la region o tierra fria.

Hemé aquí ya á diez mil piés por encima del nivel del oceáno viajando cubierto por la sombra de una espesa floresta: los árboles me impiden ver y distinguir los objetos á una gran distancia. ¿Dónde estoy? Seguramente no es bajo el trópico, porque reconozco á mi alrededor la vegetacion de los países septentrionales. Esta es la encina de nudosas ramas y hojas sueltas, el fresno de blanca corteza, y el pino de forma cónica.

El viento gime por entre las muertas hojas y su aliento me hace estremecer; las ramas desnudas se chocan entre sí, estos ruidos son ya los del invierno. No obstante me hallo en la zona tórrida, y el sol sin fuerza, cuyos rayos se abren paso por el ramaje de las encinas, es el mismo que me quemaba, há pocas horas, cuando viajaba por en medio de palmeras.

Termina la floresta y me veo entre colinas cultivadas, campos cubiertos de cañamo, lino y cereales bastante vigorosos para resistir á los hielos de las zonas frías. El rancho del labrador es una cabaña de madera cubierta de un techo de tejas, muy diferente, por su aspecto, del que habita el cultivador de los grandes valles, ó de las tierras calientes.

Paso por los hornos humeantes del carbonero, y encuentro al arriero con su atajo de mulas gravemente cargadas de nieve cogida en la cima de las montañas. Estas cargas están destinadas á refrescar el vino en la copa de los habitantes de las grandes ciudades de la llanura.

Subo, subo siempre: dejo las encinas á mis espaldas, y ya no veo sino el tronco desmembrado de los pinos enanos; el viento se hace cada vez mas frío y me rodea el aspecto del invierno.

Subo aun mas: los pinos han desaparecido, ningún vegetal se presenta á mi vista sino los musgos y líquenes que penden de las rocas; me parece que ando por las tierras árticas; que he llegado á la region de las nieves eternas; piso el yelo; y veo los líquenes que han brotado en las hendiduras de sus masas transparentes.

Todo es glacial y triste: me siento helado hasta el tuétano de los huesos.

Mas arriba, mas arriba; aun no hé llegado á la

cima. Por entre montones de nieve, sobre la superficie de campos helados, por largos picos escarpados y rugosos, con abismos á mis pies, trémulas las rodillas, el pecho anheloso y los dedos crispados por el frio, avanzo aun y subo siempre. ¡Ah! por fin hé conseguido mi objeto y estoy en la cima.

Héme ya en la cumbre de Orizava, la montaña de la Estrella ardiente, á mas de cuatro millas por encima del nivel del Océano. Con la cara vuelta al Oriente miro hácia abajo. La nieve, la faja de líquenes y de rocas, la region de los pinos, la de las encinas, los campos de cebada, las llanuras de maiz, los bosques de yucas y de acacias, la floresta de palmeras, la costa y el mar mismo con sus rayos de azul, todo se me presenta á la vez. Desde la cima de Orizava hasta las costas de México, abrazo con una sola mirada todos los grados de un inmenso termómetro; estoy en el polo y distingo hasta el ecuador.

Me hallo solo. . . . el frio ha penetrado hasta en mi cerebro; los movimientos de mi pulso son irregulares, los latidos de mi corazón se hacen oír en medio del silencio, y agobiado por el sentimiento de mi propia nada, conozco que soy un átomo apenas visible sobre la superficie del globo terrestre.

Miro y escucho; veo y no oigo; de aquí la perspectiva es inmensa, pero el ruido no llega hasta allá. Un silencio imponente reina en derredor de mí: es el silencio sublime del Omnipotente, cuya majestad sola habita en estos desiertos.

Escuchad: ¿qué ruido espantoso acaba de romper súbitamente este silencio? ¿Seria el estruendo del trueno? No, no, es el crujido espantoso de los montes de hielo. Este ruido me estremece. ¿Es la voz del invisible? ¿Es una advertencia de Dios?

Yo tiemblo y adoro.....

Lector, si puedes subir la cumbre del Orizava y mirar desde allí las costas de México desarrollándose á tus piés, tendrás á tu vista, como sobre un mapa, la escena del drama que te voy á contar.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



## CAPITULO II.

AVENTURA CON LOS CRIOLLOS DE LA NUEVA-ORLEANS.

EN el curso del año de 1846, me hallaba en la ciudad de Nueva-Orleans, donde hacia una de estas pausas indispensables entre los diferentes capítulos de una vida aventurera. No tenia ocupacion alguna: he calificado mi vida de aventurera, y no sin razon, porque reuniendo mis recuerdos de diez años á esta parte, no encuentro, en este largo espacio de tiempo, dos ó tres semanas pasadas en el mismo lugar.

Habia atravesado el continente de Norte á Sud y de un mar á otro: mis piés hollaron sucesivamente las cimas de los Andes y las cumbres de las cordilleras de la Sierra Madre: llegué á las primeras costas del Orinoco. Cací los búfalos con los pavos del rio de la Plata y las avestruces en sus inmensas llanuras de las Pampas; un dia temblando de frio bajo la cueva del Esquimal, un mes despues durmiendo la siesta en un lecho aéreo bajo la som-

Yo tiemblo y adoro.....

Lector, si puedes subir la cumbre del Orizava y mirar desde allí las costas de México desarrollándose á tus piés, tendrás á tu vista, como sobre un mapa, la escena del drama que te voy á contar.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



## CAPITULO II.

AVENTURA CON LOS CRIOLLOS DE LA NUEVA-ORLEANS.

EN el curso del año de 1846, me hallaba en la ciudad de Nueva-Orleans, donde hacia una de estas pausas indispensables entre los diferentes capítulos de una vida aventurera. No tenia ocupacion alguna: he calificado mi vida de aventurera, y no sin razon, porque reuniendo mis recuerdos de diez años á esta parte, no encuentro, en este largo espacio de tiempo, dos ó tres semanas pasadas en el mismo lugar.

Habia atravesado el continente de Norte á Sud y de un mar á otro: mis piés hollaron sucesivamente las cimas de los Andes y las cumbres de las cordilleras de la Sierra Madre: llegué á las primeras costas del Mississippi y á las segundas por las riberas del Orinoco. Cací los búfalos con los pavnios del rio de la Plata y las avestruces en sus inmensas llanuras de las Pampas; un dia temblando de frio bajo la cueva del Esquimal, un mes despues durmiendo la siesta en un lecho aéreo bajo la som-

bra protectora del *corojo*. Yo habia comido carne cruda con los cazadores de las montañas rocosas y mi porcion de mono asado entre los Mosquitos indios; en una palabra, habia hecho muchas cosas, cuyos pormenores fatigarian al lector sin darle una alta idea de la cordura del escritor; acababa por última proeza de visitar los comanches de Tejas occidental, y me encontraba por fin de fiesta mas deseoso que nunca de correr nuevas aventuras.

¿Qué voy á hacer ahora? estaba yo pensando: Ah! la guerra con México!

La guerra entre esta nacion y los Estados- Unidos habia empezado en efecto. Mi espada, hoja fina de Toledo que recibí de un oficial español en San Jacinto pendia aun virgen de mi cinturon; cerca de ella mis pistolas, par de trabucos de Colt, permanecian igualmente en un estúpido silencio. Un belicoso ardor se apoderó de mí, y tomando no mi espada, sino la pluma, escribí al departamento de la guerra para obtener una comision: verificado lo cual, hice provision de paciencia para esperar la respuesta.

Largo tiempo esperé, pero en vano: cada boletin llegado de Washington contenia la lista de los nuevos oficiales, pero mi nombre no estaba incluido en ella. En la Nueva-Orleans, esta ciudad la mas patriótica de las ciudades republicanas, brillaban charreteras sobre todos los hombros, y yo miserable Tántalo, me veia reducido á contemplar estas insignias con ojos de despecho y de envidia: todos los dias llegaban despachos del teatro de la guerra llenos de nombres gloriosos. Los buques de vapor que venian del mismo lugar traian tambien provisiones muy frescas de héroes, unos sin piernas, otros sin brazos, otros con la mejilla traspasada de un

balazo, con una docena de dientes menos, pero en recompensa, eso sí, cubiertos de laureles y de gloria.

Llegó Noviembre; pero no la comision: la impaciencia y el hastio me molestaban, y esta dilacion empezaba á serme insoportable. ¿Qué hacer para matar el tiempo? ¿iré á la ópera francesa á oír á la Calvé?

Tales eran las reflexiones que me hacia todas las tardes en mi solitario aposento, y á la mañana siguiente, por costumbre, volvia á presentarme en el teatro; pero los belicosos estribillos de la ópera, en vez de calmarme, no hacian sino escitar mi ardor guerrero, y volvia á mi casa dando á todos los diablos al presidente y secretario de la guerra con todo el gobierno legislativo, judicial y ejecutivo á mayor abundamiento.

—Las repúblicas son ingratas, me decia á mí mismo en la violencia de mi despecho: he hecho por mi país cuanto he podido; mis convicciones políticas son conocidas; lo de menos seria que el gobierno me concediese el favor de servirle.

—Retiraos, negros, ¿qué me quereis?

Estas palabras llegaron á mi oído en el momento que atravesaba el paraje mas solitario del arrabal Tremé: fueron seguidas de algunas exclamaciones en francés; oí el ruido de una lucha, la descarga de una pistola, y la misma voz continuó exclamando.

—¡Cuatro contra uno! ¡Indios! ¡Asesinos! ¡Socorro, socorro! ¡Me adelanté; habia mucha oscuridad! pero la luz de un reverbero que brillaba á alguna distancia me permitió distinguir un hombre que, de pié en medio de la calle, se defendia solo contra cuatro: parecia de alta estatura y manejaba con destreza una arina brillante que tuvo por un cuch-

llo de caza, mientras que sus adversarios le acosaban por todas partes con sus bastones y puñales. Un jóven pequeño que estaba detrás, habia trepado sobre un guarda ruedas: y pedia socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

Figurándome que esta seria alguna querella de taberna procuré apaciguar las partes con mis advertencias: precipitéme en medio de los combatientes sin mas armas que mi baston que tenia en la mano; pero un golpe violento que recibí en el brazo dado por uno de los agresores del hombre solo, me curó desde luego de toda idea de intervencion pacífica con tanta mayor razon cuánto que no era fácil equivocarse acerca de la intencion con que me dirigieron el golpe: y de repente fijando la vista en el que me habia herido, tomé una pistola y tiré, no teniendo otro medio de defensa. El hombre cayó muerto al punto, sin haber siquiera dado un grito. Viendo sus compañeros que yo me disponia á tirar de nuevo, no aguardaron mas, pusieron piés en polvorosa desapareciendo en un paseo vecino.

Esta escena pasó en menos tiempo del que he gastado en contarla. Un minuto antes habia estado tranquilamente en mi casa, y ahora me encontraba en medio de la calle, al lado de un estranero de gigantescas proporciones, teniendo á mis piés una masa inanimada, el cuerpo de un hombre muerto tendido en el cieno. Sobre el guarda ruedas distinguí la forma de un niño, y fuera de él no habia por todos aquellos alrededores sino tinieblas y silencio.

Estaba inclinado ya á creer que esto era un ensueño, cuando la voz del hombre me trajo al sentimiento de la realidad.

—Caballero, me dijo cruzando los brazos sobre

su pecho y mirándome de frente, si vd. tiene la bondad de decirme su nombre le prometo no olvidarlo jamas. No, Bob Lincoln lo tendrá por siempre en la memoria.

—Qué! Bob Lincoln de Pic!

A la voz del que me hablaba habia reconocido á un célebre cazador de las montañas, antiguo conocido mio, al que no habia vuelto á ver hacia muchos años.

—¡Ah! Dios nos libre de los indios! ¿No es vd. el capitán Maller? Que me ahorquen si no lo es. ¡Hurra! bravo! no le habia conocido cuando vd. tiró. ¿Dónde estás Jack?

—Aquí me tienes, respondió una voz de encima del guardaruedas.

—Acércate, no estás herido según creo?

—No, replicó el niño al acercarse con una voz firme.

—Yo he recibido este tuno de un facineroso de Crow que encontré en el Yelleritone: el que me ha formado una genealogía de su ascendencia de la que no puedo dar á vd. sino una noticia muy imperfecta. Lo que yo he podido comprender es, que él mismo recibió este niño de manos de los comanches, con los cuales estuvo en comunicacion junto á las riberas de la Grande. Hay en todo ello un embrollo; pero creo que el niño descende de padres blancos, de Americanos tal vez, según me lo figuro, porque no se ha visto jamas una Piel Amarilla de México con estos ojos y esta cabellera.

—Jack, venga vd. acá, añadió el cazador, dirigiéndose al niño. Mire vd. bien, caballero, es el capitán Haller, y si algun dia puede vd. salvar su vida á espensas de la suya, espero que no deje de hacerlo. ¿Me entiende vd.?

—Cuente vd. conmigo, contestó el niño con resolución.

—Vamos, Lincoln, le dije, eso no es necesario. Acuérdesse vd. de que yo soy su deudor.

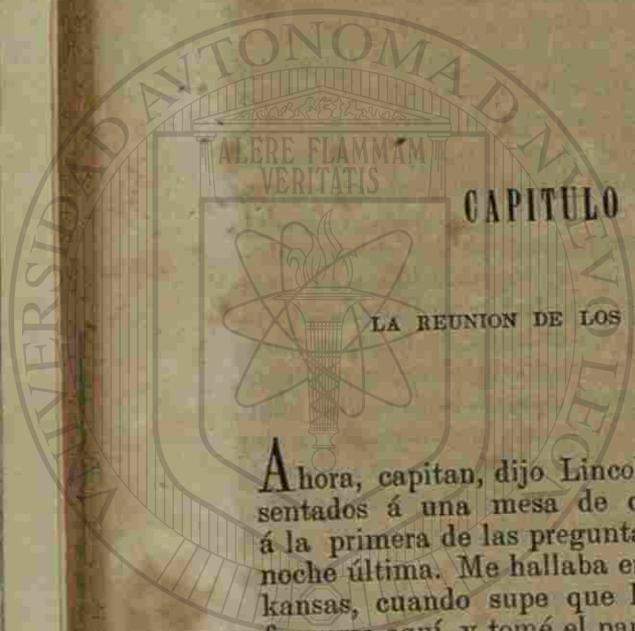
—No hablemos de ello, capitán, deje vd. el negocio por mi cuenta, se lo ruego á vd.

—Pero ¿quién le ha conducido á la Nueva Orleans y cómo ha sido que vd. se encuentra en este caso tan desgraciado?

—Capitán, voy á responder desde luego á esta última pregunta por ser la mas particular y urgente. Ayer me encontraba con doce pesos en mi bolsillo y me puse á considerar que me seria muy conveniente duplicarlos; con esta mira fui á sentarme en una mesa de banca. Despues de algunas tallas me ví á la cabeza de cien pesos, que era lo que necesitaba. Hice una seña á Jack y salimos; pero no bien habia dado la vuelta á la esquina de la calle, cuando los cuatro pillos que vd. ha visto, me cayeron encima como un tropel de gatos salvajes. Tomelos al principio por los compañeros que habia visto sentados á mi lado en el juego, y me figuré que fuese una broma de su parte, pero un bastonazo que recibí en la cabeza y que fué seguido de la detonacion de una pistola, me sacó pronto de este error: tiré de mi enchillo y se armó la danza; vd. capitán, sabe el resto tan bien como yo, porque llegó en aquel momento.

— Pero déjame ver, continuó el cazador inclinándose, cómo está ese bribon. Es asunto concluido; no volverá en sí; está muerto, es ya cadáver. ¡Por Santiago! qué bien le colocó vd. el plomo entre los dos ojos! No me llame yo Bob Lincoln, si no es uno de mis camaradas; vaya, reconoceria yo sus bigotes entre mil.

A este tiempo he aquí que llega una patrulla: Lincoln, Jack y yo fuimos conducidos al calabozo, donde pasamos el resto de la noche. Al dia siguiente por la mañana, nos condujeron ante el *Recorder*, pero yo tuve la precaucion de prevenir á algunos de mis amigos que me pusieran lo mejor que pudieran en los papeles del juez, por los informes que le diesen de mí: ademas mi declaracion se encontraba del todo conforme con la de Lincoln; y la del niño corroboraba tambien nuestros dos interrogatorios. Los compañeros del criollo muerto no se presentaban á reclamarlo, y se habia probado tambien que el cadáver hallado en el lugar de la escena era el de un ladron bien conocido de toda la policia: por consiguiente el *Recorder* nos absolvió de toda querrela, como que habiamos obrado en caso de defensa legitima; y así el cazador y yo dejamos el juzgado sin que nos resultase de este acontecimiento ni una otra cosa desfavorable.



### CAPITULO III.

#### LA REUNION DE LOS VOLUNTARIOS.

Ahora, capitan, dijo Lincoln así que estuvimos sentados á una mesa de café, voy á responder á la primera de las preguntas que vd. me hizo la noche última. Me hallaba en las cumbres del Arkansas, cuando supe que los voluntarios debian formarse aquí, y tomé el partido de reunirme con ellos. No entra en mis costumbres pisar el suelo de los establecimientos; pero siento una inclinacion irresistible, como dicen los franceses, á medirme con esas *bolas amarillas* de México. No he olvidado aún, su modo de portarse conmigo, ha ya cerca de dos años, cuando pasé por Santa Fe.

—Así, vd. se ha unido á los voluntarios?

—A fe que sí. Pero por qué no da vd. un paseo por México? Me admiro, capitan, de que vd. no haya tomado ya este partido. Allá es donde se encontrarán aventuras, vd. que es amante de ellas. Mexicanos, indios, bestias, todo le brindará á vd. el gusto. ¿Por qué no viene vd?

—Esa ha sido mi intencion, hace ya largo tiempo; y escribí á Washington solicitando una comision; pero parece que el gobierno me ha olvidado completamente.

—Bah! qué necesidad tiene vd. del gobierno para ello? Dese vd. mismo su comision.

—¿Cómo puede ser eso? le pregunté.

—Réunase vd. á nosotros y hágase nombrar oficial.

—Esa idea me habia ya pasado por la mente, pero como era del todo desconocido á los voluntarios, la abandoné desde luego. Una vez alistado con ellos, me será forzoso marchar de buen ó mal grado, y si no me cabe la suerte de ser elegido oficial, tendré que hacer la campaña con el fusil al hombro, y esta consideracion me ha detenido. Pero las esplicaciones de Lincoln dieron nuevo curso á mis ideas: supe de él que todos eran extranjeros y que tenia tantas probabilidades como cualquier otro para ser elegido.

—Le aseguro á vd., me dijo, que lo mejor que puede hacer es acompañarme á la reunion y ver las cosas por sus propios ojos; y si despues de haber visto, le conviniera sentar plaza, apuesto un paquete de pieles de castor, contra un mal cuero de rata á que será vd. elegido capitan de la compañía.

—Bien; me contentaria con una subtenencia, le contesté.

—¿Por qué se ha de contentar vd. con tan poco, capitan? No se deben hacer las cosas á medias. Nadie tiene mas títulos que vd. á ejercer aquellas funciones, y yo puedo dar al negocio un buen empuje entre los cazadores que se encuentran en las filas: solo sí, hay una partida de criollos que nos harán alguna oposicion, á cuya cabeza está uno de

ellos, gran bribon que no sale de las tabernas desde la mañana hasta la noche.

Pronto me decidí: media hora despues de nuestra conversación entré con Lincoln en una vasta sala de armas, lugar de la reunion de los voluntarios. Casi todos se hallaban allí, y tal vez nunca se haya encontrado bajo el mismo techo una amalgama mas singular y heterogénea. Parecia que todas las naciones del mundo habian enviado sus representantes á este congreso, y á la verdad que si se hubiera atendido á la confusion de lenguas, nos habrian tomado por los artesanos de la torre de Babel.

En el fondo de la sala estaba una mesa sobre la cual se veia un gran pergamino cubierto de firmas. Añadí mi nombre á la lista de los que se leian en ella: por un acto tan sencillo en apariencia acababa de empeñar mi libertad, y me habia ligado por un juramento.

—Hé ahí mis rivales, los candidatos al grado! discurría yo mirando un grupo que estaba de pié cerca de la mesa, compuesto de hombres de mejor apariencia que la turba. Algunos de estos futuros guerreros afectaban tambien hasta un cierto punto el paso y los modales militares y llevaban el gorro de soldado cubierto de una tela brillante encerrada y adornada de botones de metal por encima de las orejas.

—¡Ah Clayley! dije al ver á un antiguo conocido mio, plantador de algodón, jóven de talento y festivo, compañero que habia disipado su fortuna en el culto demasiado fervoroso de Momo y de Baco.

—¡Como! ¿es vd? Haller, mi buen amigo; encantado estoy de verle ¿qué viene vd. á hacer aquí? por ventura es vd. de los nuestros?

—Sí, acabo de firmar. Qué hombre es aquel?

—Un criollo llamado Dubosc.

Era una figura de tipo normando digna bajo todos aspectos de atraer la atencion, su cara ovalada estaba embutida en una floresta de cabellos negros flotantes y perfumados: sus grandes ojos del mismo color se hallaban guarnecidos de cejas espesas y bien arqueadas: patillas que se prolongaban solo hasta la barba dejaban desnuda la parte inferior de las mandíbulas, en las cuales se distinguia un carácter bien marcado de resolucion y firmeza; sus labios delgados y frescos estaban rodeados de soberbios bigotes, y cuando se entreabrian dejaban ver dientes bien ordenados y de una blancura brillante: su cara era sin disputa de una gran belleza, pero una de aquellas bellezas negativas, por decirlo así, que se admiran y que no se aman, una cosa parecida á la belleza de la serpiente ó del leopardo. Su sonrisa cínica, su mirada fria aunque resplandeciente tenia un brillo algo rojizo: la animaba mas bien el vislumbre del instinto, que la luz de la inteligencia: en una palabra, era una cara que presentaba un conjunto singular de belleza y fealdad, belleza física, fealdad moral. Aquella presentaba en él un carácter de brutalidad que destruía todo su encanto.

Por un sentimiento de que no me daba cuenta, esperímenté á primera vista para con aquel hombre un impulso instintivo de repulsion. Era el mismo de quien Lincoln me habia hablado, mi rival futuro en el cargo de capitán. ¿Seria este el motivo que me lo hacia odioso? No; habia otro. Desde la primera vez que lo ví, reconocí en él á uno de esos seres perversos que repugnan toda ocupacion honesta y que especulan para vivir de las simpatías y muchas veces del loco amor que inspiran por su seductora persona. Hay en el mundo muchos de esta es-

pecie. Los he encontrado en los jardines de París, en los casing de Lóndres, en los cafés de la Habana y en los bailes públicos de la Nueva-Orleans: por donde quiera que se reuna la plebe, se puede estar seguro de verlos. En cuanto á mí, diré que he experimentado siempre á su aspecto un sentimiento de odio y sobre todo de desprecio.

—Este mozo será probablemente nuestro capitán; me dijo Clayley en voz baja, viendo que observaba al criollo con particular atención, aunque sin embargo no seré yo por cierto el que le nombre, porque lo miro como á un infame bellaco.

—En el mismo concepto lo tengo yo: pero si tal es verdaderamente su carácter, cómo puede ser elegido?

—Oh; nadie se para en ello: ese jóven es un magnífico soldado ¡como vd. puede verlo! y vale algo entre los criollos, por que con sus ventajas físicas ha producido cierta impresion en sus almas. ¡Ah sí! pero dígame vd. ¿qué piensa hacer alistándose? ¿Tiene vd. algun proyecto?

—Que me nombren capitán si es posible, le contesté.

—Muy bien; entonces trataremos de volver la suerte en favor de vd.; de mí diré que pretendo la sub-tenencia: al menos votaremos uno por otro. ¿Quiere vd. reunir su fortuna á la mia?

—De buena gana, le repliqué.

—¿Ha venido vd. con aquel cazador de larga barba, es su amigo?

—Sí.

—Pues tiene vd. en él una buena relacion: es mozo que está muy bien quisto de la mayor parte de esta gente y no dudo que le pueda ser á vd. muy útil. Vea vd. cómo se pone en movimiento.

Yo habia observado que Lincoln entraba en conversacion con muchos hombres vestidos como él de una casaca de cuero, por cuyo traje conocí fácilmente que eran cazadores de la montaña: entonces los ví á todos ellos por lo general de un carácter taciturno, moverse á la vez, esparcirse por la sala y hablar con los voluntarios, á los cuales parecia que hasta aquel instante no habian prestado atención.

—Ya empiezan las pretensiones; dijo Clayley

Al mismo tiempo Lincoln acercándose á mí me dijo á el oido.

—Capitan, veo que la cosa va mejor de lo que vd. podia imaginarse. Traté vd. de reunirse á los grupos y de entrar en conversacion con ellos y sobre todo convídelos á beber que es el medio mas eficaz; dese vd. á conocer, hágase popular.

Escelente consejo, dijo Clayley; y con solo que vd. pudiera persuadir á esa gente que todo el brillo de aquel necio, no es sino oropel, la partida seria ganada, y á fé mia, Haller, no creo que le sea á vd. difícil.

—Estoy resuelto á no dejar piedra por mover.

—Bien, pero eso no se debe hacer, sino el último dia, algunas horas antes de la eleccion.

—Tiene vd. razon, lo mejor es esperar; seguiré sus consejos, pero vd. se dignará al mismo tiempo no despreciar los de Lincoln.

—Ah muy bien, muy bien. Aquí, señores, añadió él, volviéndose á un grupo de gente muy inquieta. Es preciso divertirlos. Venga vd. capitán Haller, permítame vd. que lo presente.

En seguida fui presentado á un grupo de caballeros medianamente afeitados, y luego despues, al rededor de una mesa cargada de vasos y botellas,

hablábamos juntos con tanta familiaridad, como si hubiésemos sido amigos de cuarenta años.....

El alistamiento continuó tres días más y la intriga marchaba con una energía siempre creciente: señalóse la elección para la tarde del cuarto día.

En este tiempo se había aumentado mi aversión para mi rival, á consecuencia de las observaciones que tuve ocasión de hacer de más cerca, y como acontece casi siempre, sus sentimientos para conmigo, eran precisamente de la misma naturaleza que los que yo le inspiraba.

A la tarde del día en cuestión nos hallamos uno frente de otro, teniendo cada cual un florete en la mano. Estábamos ambos animados de un odio tanto más fuerte, cuanto que no había encontrado ocasión de abrirse paso. Nuestra mutua aversión era además conocida de la mayor parte de los espectadores que se nos habían acercado, y se mantenían en círculo al rededor nuestro. Todos estábamos vivamente interesados en el resultado del asalto, porque este resultado debía ser de un gran peso en la balanza de nuestros destinos, y la elección podía depender de él.

Como lo he dicho ya, el lugar en que estaban reunidos era una sala de armas, y se encontraban en ella por consiguiente todos los instrumentos necesarios para los ejercicios militares. Había principalmente un gran número de floretes. Una de estas últimas armas se encontraba desenvainada y podía llegar á ser peligrosa en las manos de un hombre mal intencionado. Observé que mi adversario había elegido precisamente aquel florete.

—Su florete de vd. no está en buen estado, ha perdido el botón, le hice ver.

—¡Ah! Caballero, perdon, yo no lo había notado.

—Singular descuido, murmuró Clayley lanzándome una mirada significativa.

El criollo soltó el arma defectuosa, y tomó otra con suma ligereza.

—Elija vd. á su gusto, caballero, le dije yo.

—Gracias, estoy contento con la que tengo.

Entretanto, todas las personas que se hallaban en la sala se nos habían acercado, y parecían aguardar el éxito del suceso con cierta ansiedad. Por lo que respecta á nosotros, colocados el uno frente del otro, teníamos más bien la traza de dos hombres que van á empeñar un duelo que el de dos amigos que esgrimen las armas para divertirse. Mi adversario debía ser un tirador de gran fuerza, como lo conocí por el modo con que se puso en guardia. Yo había recibido algunas lecciones de esgrima en el colegio, pero hacía años que tenía abandonado este ejercicio, y me encontraba entonces muy torpe.

El combate empezó inmediatamente. Escitados ambos por nuestros sentimientos respectivos, empeñamos la lucha con más ardor que habilidad. Las primeras estocadas no fueron mejor dirigidas que paradas: Precipitámonos uno sobre otro con una especie de rabia furiosa, y relámpagos salían á cada instante del acero agitado por nuestras manos convulsivas. Durante algunos minutos no hubo resultado; pero yo recobré mi sangre fría, y mi contendiente por el contrario, irritado de una débil ventaja que acababa de alcanzar perdía la suya cada vez más y más. Al fin por un golpe más feliz que hábil, logré poner en la mejilla de mi adversario el botón de mi florete. Un viva acogió este golpe feliz.

Reconocí la voz de Lincoln que gritaba á mas no poder.

Bien hecho, Capitan: hurra por los hombres de la montaña.

Este incidente redobló la exasperacion del criollo y le hizo perder aun mas la certeza de su vista, y la firmeza de su mano. En esta ocasion tuvo mas parte la intencion que la casualidad. Despues de algunos quites, mi adversario tocado por tercera vez, perdió una poca de sangre. Un viva mas estrepitoso que el primero se oyó esta vez. El criollo incapaz de ocultar por mas tiempo su furor, tomó su florete con las dos manos, y le hizo pedazos brusca-menté sobre su rodilla, salió de la sala jurando y murmurando algunas palabras, entre las cuales yo distinguí. Quiero mejor las espadas, para otra vez.

Dos horas despues de este combate, era yo su capitan. Clayley habia sido nombrado primer teniente. Una semana mas tarde, toda la compañía, formada y reunida entraba de servicio al Gobierno de los Estados Unidos, armada y equipada, bajo el nombre de *tiradores*.

Y el 20 de Enero de 1847 un hermoso buque nos impelia á toda vela hácia las costas de la tierra enemiga.

#### CAPITULO IV.

ESTANCIA EN LA ISLA DE LOBOS.

**D**ESPUES de haber tocado en Brazos de Santiago, recibimos orden de dirigirnos á la isla de Lobos,

situada á cincuenta millas poco mas ó menos al Norte de Veracruz. Allí debiamos detenernos para ejercitarnos en la maniobra, llegamos bien pronto á ella, en la que desembarcaron juntos destacamentos de muchos regimientos. Pusimos los árboles á hierro y fuego, y algunas horas despues habia desaparecido la verdura y fué remplazada por una ciudad de casas de lienzo en la que estaban enarbolados los pabellones. Todo esto habia sido obra de un solo dia.

Al amanecer, Lobos era una isla desierta sombreada de bosques y de juncales, no presentando por todas partes, sino el aspecto de una floresta vírgen tan verde como la esmeralda. Así que la luna iluminó la isla, parecia al verla, que una ciudad guerrera habia surgido derepente del seno de las aguas con un buque anclado junto á sus murallas cubiertas de banderas flotantes.

A los pocos dias seis regimientos completos acamparon en esta isla, poco ha inhabitada, y se oyó resonar por todas partes el estruendoso ruido de la guerra.

Estos regimientos carecian todos de esperiencia siendo muy inhábiles en arte militar; mis funciones y las de otros oficiales consistian en instruirlos. De la mañana á la noche todo eran maniobras y mas maniobras. Así, cuando se tocaba la retreta, tenia mucho gusto en retirarme á mi tienda y dormir en ella, si se puede llamar dormir, acostarse en medio de los escorpiones, de los lagartos y langostas, porque la pequeña isla en que estábamos acampados parecia contener un compendio completo de todos los reptiles de la creacion.

El 22 de Febrero, aniversario del nacimiento de Washington no puede ir á acostarme tan tempra-

Reconocí la voz de Lincoln que gritaba á mas no poder.

Bien hecho, Capitan: hurra por los hombres de la montaña.

Este incidente redobló la exasperacion del criollo y le hizo perder aun mas la certeza de su vista, y la firmeza de su mano. En esta ocasion tuvo mas parte la intencion que la casualidad. Despues de algunos quites, mi adversario tocado por tercera vez, perdió una poca de sangre. Un viva mas estrepitoso que el primero se oyó esta vez. El criollo incapaz de ocultar por mas tiempo su furor, tomó su florete con las dos manos, y le hizo pedazos brusca-mente sobre su rodilla, salió de la sala jurando y murmurando algunas palabras, entre las cuales yo distinguí. Quiero mejor las espadas, para otra vez.

Dos horas despues de este combate, era yo su capitan. Clayley habia sido nombrado primer teniente. Una semana mas tarde, toda la compañía, formada y reunida entraba de servicio al Gobierno de los Estados Unidos, armada y equipada, bajo el nombre de *tiradores*.

Y el 20 de Enero de 1847 un hermoso buque nos impelia á toda vela hácia las costas de la tierra enemiga.

#### CAPITULO IV.

ESTANCIA EN LA ISLA DE LOBOS.

**D**ESPUES de haber tocado en Brazos de Santiago, recibimos orden de dirigirnos á la isla de Lobos,

situada á cincuenta millas poco mas ó menos al Norte de Veracruz. Allí debiamos detenernos para ejercitarnos en la maniobra, llegamos bien pronto á ella, en la que desembarcaron juntos destacamentos de muchos regimientos. Pusimos los árboles á hierro y fuego, y algunas horas despues habia desaparecido la verdura y fué remplazada por una ciudad de casas de lienzo en la que estaban enarbolados los pabellones. Todo esto habia sido obra de un solo dia.

Al amanecer, Lobos era una isla desierta sombreada de bosques y de juncales, no presentando por todas partes, sino el aspecto de una floresta virgen tan verde como la esmeralda. Así que la luna iluminó la isla, parecia al verla, que una ciudad guerrera habia surgido derepente del seno de las aguas con un buque anclado junto á sus murallas cubiertas de banderas flotantes.

A los pocos dias seis regimientos completos acamparon en esta isla, poco ha inhabitada, y se oyó resonar por todas partes el estruendoso ruido de la guerra.

Estos regimientos carecian todos de esperiencia siendo muy inhábiles en arte militar; mis funciones y las de otros oficiales consistian en instruirlos. De la mañana á la noche todo eran maniobras y mas maniobras. Así, cuando se tocaba la retreta, tenia mucho gusto en retirarme á mi tienda y dormir en ella, si se puede llamar dormir, acostarse en medio de los escorpiones, de los lagartos y langostas, porque la pequeña isla en que estábamos acampados parecia contener un compendio completo de todos los reptiles de la creacion.

El 22 de Febrero, aniversario del nacimiento de Washington no puede ir á acostarme tan tempra-

no como lo tenia de costumbre, por haberme visto obligado á aceptar un convite que me trajo Clayley para pasar la tarde en la tienda del mayor Twing, ó por servirme de la espresion de aquel, la noche entera.

Así que tocaron la retreta, nos dirigimos al cuartel del Mayor que estaba poco mas ó menos, en el centro de la isla enmedio de un bosque de árboles. No nos fue difícil encontrar su tienda, guiados como fuimos por el choque de los vasos y las carcajadas que acompañaban este alegre ruido.

Habian ensanchado la tienda con ayuda de muchos liensos que tendieron á la entrada, y la adornaron de un gran pabellon que flotaba en lo alto del mástil; gruesos maderos traídos de los barcos y apoyados sobre barriles de bizcocho servian de mesa: sobre estas mesas se distinguian toda clase de botellas, vasos y copas, cajas de sardinas abiertas, montones de galletas y brillantes fragmentos de plomo esparcidos alrededor de las mesas, manifestaban con cierto número de objetos sombríos y cónicos arrojados debajo de ellas, que ya á nuestra llegada gran número de botellas de champaña habian sido reducidas al estado de cadáveres.

En derredor de la mesa estaba sentado un numero personal de coroneles, capitanes y oficiales inferiores confundidos sin ninguna distincion de rango ni edad, en el orden que los colocara la casualidad. Habia tambien algunos oficiales de marina, y cosa rara, se veian entre los convidados hombres mitad aldeanos, mitad marinos, como los conductores de transportes y maestros de barco &c. Twing se jactaba de demócrata y por otra parte la circunstancia del dia borraba toda distincion de clase y de persona. Ocupaba el alto de la mesa el mismo mayor.

Este mayor era un hombre pequeño, irascible, algo calavera, y sobre todo, gran bebedor. Llevaba siempre de prevencion una botella de caza colgada por un cordón verde, y nadie podia decir que hubiese visto una sola vez al mayor Twing sin su botella: seguramente no la hubiera conservado con mas cuidado, si hubiese sido la señal distintiva de su grado. Así no era raro oír á algun oficial fatigado del camino, esclamar: “¿i pudiese darle un solo beso á la calabaza del viejo Twing?” y “eso equivale á la botella de Twing” se habia hecho una espresion proverbial para esplicar que un licor era de una calidad superior.

Tenia el mayor aquella singularidad, pero no era ni con mucho la sola.

Al punto que mi amigo y yo entramos en el pabellon, la alegria de los convidados habia llegado á su colmo, y cada uno se divertia á sus anchas con aquel *san façon* é igualdad particulares á las reuniones de oficiales americanos. Las distinciones de rango generalmente son tenidas entre ellos por cosa de poco momento.

Clayley era para el mayor una especie de favorito; así desde que lo vió—¡Ah! Clayley, exclamó, ¿es vd? acérquese á su amigo; siéntense vdes. caballeros.

—El capitán Haller, mayor Twing, dijo Clayley presentándose.

—Tengo el honor de conocerle, capitán. ¿Puede vd. encontrar aquí una silla? no; pues bien, vamos á avisar... ¡cudjo, mozo, vaya á la tienda del coronel Marshall y traiga un par de taburetes. Ea, pronto; tuerza el cuello á esta botella; ¿dónde está el sacatrapos? ¿Dónde está ese sacatrapos? ¿No lo encuentra vd.?

—No se necesitan sacatrapos, mayor, contestó el ayudante: aquí hay con qué sustituirlos ventajosamente.

Y hablando así cogió con la mano izquierda una botella de champaña, y aplicándole con la derecha un golpe de una manera particular, le quitó el gollote tan bien como si la hubiera cortado con un diamante.

—Señor, exclamó Hennessy, oficial irlandés colocado al extremo de la mesa, dando evidentes muestras del entusiasmo con que había visto el bello golpe que acababa de dar el ayudante.

—Es lo que nosotros llamamos un tirabuzon de Kentucky, dijo friamente este último: tiene dos ventajas, ahorra tiempo y no enturbia el vino.

—Sírvanse vdes., caballeros, capitán Haller y señor Clayley.

—Gracias, mayor Twing. A vd, señor.

—Ah, ya al fin tenemos aquí las sillas. ¡Qué! ¿nada mas que una? Este diablo de cudjo no ha dado otro chasco como este. Vamos, señores, procurad estrecharos un poco de este lado. Póngase vd. aquí, Clayley, mi amigo: estamos apretados como cartuchos en una cartuchera; pero todo el mundo concluirá por formar montones. Y bien, ¿está vd. sentado, capitán? Aquí hay cigarros.

Apenas hubimos encontrado, bien que mal, medio de sentarnos, cuando oímos muchas voces gritar:

¡La canción, la canción! es preciso cantar en rueda.

Y me pusieron al corriente de la orden que exigía una canción ó una historia á cada uno de los convidados so pena de la multa de media docena de botellas de champaña.

—Le toca á Sibley! gritó uno.

—Sí, sí, Sibley, Sibley, repitieron muchas voces.

—Bien, señores, dijo el oficial interpelado, joven de la Carolina del Sur; pero como no sé cantar, vdes. me permitirán desquitarme contando una historia.

—¡Una historia! tanto mejor: nada hay mas agradable como la variedad.

—Subteniente, tome vd. un poco de este grog antes de empezar.

—Gracias, capitán Hennessy. A la salud de vd.

## CAPITULO V.

HISTORIA DEL HOTEL DE GEORGIA REFERIDA POR EL  
SUBTENIENTE SIBLEY.

SEÑORES, hay cerca de seis meses, que se me ofreció hacer un viaje á caballo á Pausacola: partí de la Carolina del Sur, y atravesé el Estado de la Georgia.

Todos sabeis, caballeros, que existe en esta última provincia una vasta estension de territorio que se ha mostrado siempre rebelde á los trabajos del labrador: así muchos distritos están muy poco poblados, y por consiguiente, muy mal provistos de las cosas mas necesarias á la vida.

Al pronunciar estas últimas palabras, el subterfugio echó una mirada significativa al mayor, que era originario del interior de la Georgia.

— El tercer día de mi viaje penetré, después de haber andado veinte millas poco más ó menos, en uno de aquellos terrenos incultos, verdadero desierto, sin encontrar en él la menor huella de habitación humana. Estaba atormentado por el hambre y la sed; mi caballo sufría tanto como yo; y bajando tristemente la cabeza, quejándose la pobre bestia á su modo, de ver á cada paso abrirse ante nosotros un nuevo horizonte de soledad y de ardientes arenas. Parecíamos á ambos el camino interminable; no esperábamos ningún socorro y caminábamos poco á poco, con los ojos fijos en la tierra.

No podeis figuraros cuál fué mi alegría cuando al volver un ángulo del camino ví alzarse á mi presencia una gran casa de madera con un mástil plantado cerca de la puerta, y una ancha y brillante bandera, sobre la cual se distinguía en gruesos y legibles caracteres esta palabra que nos causó tanta alegría: *Hotel*. Frotéme los ojos y formé con las dos manos una especie de antejo á fin de asegurarme de que lo que veía no era una ilusión óptica, fenómeno que se produce con mucha frecuencia en estas arenosas llanuras; pero no por cierto, era verdaderamente un hotel!

Aseguráme sobre la silla, y viendo que mi caballo animado como yo por esta vista, tomaba un paso muy vivo, le acaricié la cola diciéndole con ternura.

— Ea, mi antiguo compañero, un poco de valor y llegaremos. Bien pronto, estarás con la cabeza metida hasta las orejas en el mejor maíz de la Georgia. En cuanto á mí...

No pude decir más. La perspectiva de tener bien pronto á mi servicio huevos frescos, gallinas tiernas, café generoso, bizcochos y otras vituallas me regocijaba á tal extremo, que perdí el uso de la palabra y continué en silencio dirigiéndome hácia el hotel.

Mientras más me acercaba á la casa, más distintamente presentaba á mi vista un aspecto sombrío y desolado, y empecé á temer que estuviese inhabitada. Gracias al cielo mis temores eran quiméricos, pues el dueño de la fonda y sus dos hijos estaban en la galería exterior. Esto va de lo mejor, estaba yo pensando: llegué, pues, bajé y fuí hasta la puerta, teniendo á mi caballo de la brida.

Desde que había visto bajo la galería á los tres individuos de que he hablado, tres pobres diablos acobrados, pálidos, flacos y vestidos de camisas sin mangas, no se habían movido una pulgada: ni aun estaba seguro de que hubiesen cambiado una sola vez la dirección de sus miradas. Dos perros flacos, amarillos, acostados á sus piés permanecían igualmente sin dar señal de vida.

— Diablo, me dije á mí mismo, muy fría acogida es esta para gente que tiene el oficio de hospedar á otros. Deben saber, según la dirección en que me han visto venir, que no puedo menos de estar devorado de hambre y sed y que necesito descansar esta noche. ¿No hay por aquí quien tome mi caballo? dije alzando la voz.

Pero nadie se movió.

Empecé á sospechar que me había equivocado tomando la casa por una posada. Miré de nuevo la bandera; sin embargo había visto bien, y la palabra hotel se leía en ella en letras mayúsculas.

—¿Se podrá pasar aquí la noche? grité en voz alta.

—Puede vd. hacerlo, si gusta, extranjero.

Tal fué la respuesta que me dió el mayor de esos tres singulares fondistas sin que yo le viese mover mas que los músculos de su boca.

—¿Tiene vd. maíz? pregunté deseoso de saber con seguridad ante todas cosas, si encontraria algo para mi caballo en una posada de tan triste y miserable aspecto.

—¿Maíz, dice vd? repuso el mismo interlocutor sin perder su impasibilidad.

—Sí, maíz le he dicho.

—No, no tenemos, me respondió.

—¿Tiene vd. forrage entonces?

—Forrage dice vd?

—Sí, forrage.

—No, no tenemos.

Malo va esto, pensaba yo. ¡Pobre caballo mio! Si al menos hubiese donde desatarlo y ponerlo á pacer en libertad. Pero, por mas que miré en mi al rededor, mi vista, que se estendia á muchas millas, no pudo descubrir una sola brizna de yerba. Lo mejor será dejarlo á la puerta, echar un trago de prisa, comer un pedazo en la mano y volver á montar para encaminarnos lo mas pronto á una casa mas hospitalaria. Pero veamos lo que puede darme de comer.

Mientras hacia estas reflexiones, los tres hombres continuaron en su silencio é inmovilidad, y si esta quietud, verdaderamente sobrenatural, se turbaba de vez en cuando, era por repentinos movimientos de que no me daba cuenta. Veia en efecto aquella pobre gente llevar sus manos ya á sus cuellos, ya á sus muslos, ya detrás de sus cabezas, acompa-

ñando estos gestos con un pequeño grito como si todos estuviesen acometidos del mal de San Vito.

Sorprendiéronme desde luego tan singulares demostraciones, pero un exámen mas profundo me hizo conocer bien pronto la causa de ellas. Mis silenciosos fondistas se entregaban á la caza de los mosquitos,

—¿Tiene vd. jamon y huevos? pregunté despues de una pausa.

—¿Jamon y huevos! replicó mi interlocutor con un tono que denotaba la mayor sorpresa de su parte.

—Sí, jamon y huevos.

—No, no tenemos.

—Tanto peor, porque tengo muchas ganas de jamon y huevos, ¿tiene vd. gallinas á lo menos?

—¿Gallinas dice vd?

—Sí; gallinas.

—No, no tenemos.

—¿Tiene vd. carne de cualquiera otra clase?

—¿Carne dice vd?

—Sí, carne, no importa la especie, buey, vaca, puerco ó carnero, no me paro en delicadezas; me muero de hambre.

—No, no tenemos.

—¿Tiene vd. pan?

—Pan, dice vd.

—Pues sí, pan, un pedazo de pan y un vaso de agua es un banquete para un hombre tan hambriento como yo.

—No, no tenemos.

—Y bien, amigo mio, tiene vd. algo que darme á comer, sea lo que fuere.

—Algo que dar á comer sea lo que fuere, repitió mi eco.

—Sí, no importa; tengo la apetencia de un lobo.

—No, nosotros no tenemos, no tenemos nada absolutamente.

—Pues bien, puede vd. dar un poco de agua á mi caballo antes que vuelva á montar?

—No, nosotros no la tenemos en casa, extranjero; pero hay un arroyo á dos millas de aquí, cuando mas, y en él encontrará vd. agua.

—¡Buen Dios! exclamé involuntariamente: ni pan, ni carne, ni grano, ni agua, ni nada! Pero mi viejo amigo, dígame vd. ¿es el diablo el que le ha conducido á esta bicoca? ¿Cómo está vd. aquí?

Sin parecer ofenderse por mi pregunta el dueño del hotel volvió tranquilamente la vista hácia mí y me respondió:

—No mal, extranjero, doy á vd. las gracias. ¿Y usted?

Volví á montar en mi caballo, é introduciéndole de cólera las espuelas en el vientre, bien pronto tomé el camino dejando atrás á este huésped singular, todo estimulante era además poco necesario respecto de mi caballería, porque sea que la pobre bestia hubiese reconocido por la inspeccion de los lugares que allí no habia nada bueno para ella, sea que hubiese comprendido el sentido de la conversacion, lo cierto es que cogió un galope desesperado y no detuvo su carrera hasta que llegamos al pie de una larga costa escarpada: pero así que estuvimos en ella la curiosidad me hizo dar vuelta sobre mi silla para mirar atrás. Con grande admiracion mia mis hombres estaban siempre en la misma posicion, y á fe me atreveria á jurar que el dia del juicio final los encontrará en el mismo lugar y estado.

—Capitan Hennessy, pido permiso de interrumpir á vd.

—Con el mayor gusto, lo tiene vd., subteniente.

—Llenen vdes. los vasos, caballeros, llenen vdes. los vasos, dijo nuestro alegre compañero, así que se calmaron un poco las carcajadas de risa: llenen vdes. los vasos, aun queda una bota de vino á la izquierda. Y cuando se concluyere, el viejo Blowhard, que está aquí presente, sabrá hacer salir otra de las entrañas de su buque.

—Sí, yo tengo mas de una docena á la disposicion de vdes. y no son muchas para un dia como este; dijo un gordo patron conocido entre los oficiales por el nombre del Blowhard.

—Pues que se acaba de nombrarse este dia, permitánme vdes., caballeros, traer á cuento un brindis de circunstancias que sola la casualidad nos ha hecho olvidar.

Estas palabras fueron pronunciadas por un oficial de alta estatura al que sus cabellos grises daban cierto aire de respeto.

—Escuchen vdes. el brindis del coronel Harding.

—Llenemos los vasos en su honor. echen vdes. champaña.

—A la memoria del hombre inmortal, cuya fiesta celebramos.

Para corresponder dignamente á aquel brindis patriótico, cada convidado se levantó y se descubrió con el mas respetuoso silencio. Esta tienda que un momento antes resonaba con ruidosas carcajadas de báquica alegría se trasformó de repente en una especie de santuario que ocupaba el recuerdo del héroe. Pero este silencio fue de corta duracion, y semejante á las olas que se calman un rato por falta de viento, bien pronto se levantaron de nuevo gritos, risas y conversaciones tumultuosas.

En medio de esta algazara se percibieron mu-

chas voces reclamando de todos lados de la mesa la historia de Twing, el viaje de la Georgia.

—Bien, bien, señores, respondió el mayor, pero antes llenen vdes. y apuren los vasos: quiero que no me interrumpian. Vamos, voto á bríos, apurad los vasos. Hagan saltar estos taponés: Cudjo, traiga vd. el tirabuzón. ¿Dónde está? Sin duda se ha caído en la arena: miren vdes. al suelo, señores, puede ser que esté confundido entre ese montón de botellas vacías.

—Es inútil que se tomen vdes. ese trabajo; yo tengo siempre aquí mi tirabuzón de Kentucky y está á la disposición de vdes., dijo el ayudante Hailis, del que ya hemos hablado.

Y añadiendo la acción á la palabra rompió sucesivamente el hilo de hierro de muchas botellas de champaña con ayuda de las solas tenazas que le habia dado la naturaleza.

—Ahora, señores, dijo el mayor despues de haber llenado su vaso de champaña, estoy á la disposición de vdes.

Poco á poco se restableció el silencio, y las miradas de todos los convidados se volvieron con curiosidad á nuestro compañero. Cada uno sabia que el mayor tenia la respuesta pronta, y nadie dudaba que el yankee de la Georgia no diese al hijo de la Carolina del Sur un Rolando por su Oliver.

En medio de esta atención general el georgiano dió principio á su historia.

## CAPITULO VI.

HISTORIA DEL GUYAS-CUTIS CONTADA POR EL MAYOR TWING.

ES tambien de viajes la historia que voy á contar, señores.

Y hablando de esta suerte, el mayor miraba con afectación para Sibley.

—Hay ya largo tiempo de esto. Cuando yo era jóven me trasladé á la ciudad de Washington en compañía de uno de mis amigos, franco Georgiano como yo. Nuestro objeto era ensayar un poco nuestra destreza en la caza en el país que íbamos á visitar. No ignoran vdes., señores, que la ruta de Georgia á Washington atraviesa el Estado de Palmeto, Estado tan notable por la fertilidad de su suelo como por la belleza, la hidalguía y la inteligencia de sus habitantes.

Pronunciando éstas últimas palabras miraba el orador el auditorio y se fijaba particularmente en el carolino del Sud.

—Yo tenia ya alguna práctica de viajes, pero respecto de mi compañero era un novicio. Dotado naturalmente de un talento penetrante, la esperiencia y el trato de los hombres lo habian perfeccionado á

chas voces reclamando de todos lados de la mesa la historia de Twing, el viaje de la Georgia.

—Bien, bien, señores, respondió el mayor, pero antes llenen vdes. y apuren los vasos: quiero que no me interrumpian. Vamos, voto á bríos, apurad los vasos. Hagan saltar estos taponés: Cudjo, traiga vd. el tirabuzón. ¿Dónde está? Sin duda se ha caído en la arena: miren vdes. al suelo, señores, puede ser que esté confundido entre ese montón de botellas vacías.

—Es inútil que se tomen vdes. ese trabajo; yo tengo siempre aquí mi tirabuzón de Kentucky y está á la disposición de vdes., dijo el ayudante Hailis, del que ya hemos hablado.

Y añadiendo la acción á la palabra rompió sucesivamente el hilo de hierro de muchas botellas de champaña con ayuda de las solas tenazas que le habia dado la naturaleza.

—Ahora, señores, dijo el mayor despues de haber llenado su vaso de champaña, estoy á la disposición de vdes.

Poco á poco se restableció el silencio, y las miradas de todos los convidados se volvieron con curiosidad á nuestro compañero. Cada uno sabia que el mayor tenia la respuesta pronta, y nadie dudaba que el yankee de la Georgia no diese al hijo de la Carolina del Sur un Rolando por su Oliver.

En medio de esta atención general el georgiano dió principio á su historia.

## CAPITULO VI.

HISTORIA DEL GUYAS-CUTIS CONTADA POR EL MAYOR TWING.

ES tambien de viajes la historia que voy á contar, señores.

Y hablando de esta suerte, el mayor miraba con afectación para Sibley.

—Hay ya largo tiempo de esto. Cuando yo era jóven me trasladé á la ciudad de Washington en compañía de uno de mis amigos, franco Georgiano como yo. Nuestro objeto era ensayar un poco nuestra destreza en la caza en el país que íbamos á visitar. No ignoran vdes., señores, que la ruta de Georgia á Washington atraviesa el Estado de Palmeto, Estado tan notable por la fertilidad de su suelo como por la belleza, la hidalguía y la inteligencia de sus habitantes.

Pronunciando éstas últimas palabras miraba el orador el auditorio y se fijaba particularmente en el carolino del Sud.

—Yo tenia ya alguna práctica de viajes, pero respecto de mi compañero era un novicio. Dotado naturalmente de un talento penetrante, la esperiencia y el trato de los hombres lo habian perfeccionado á

tal punto, que era ya fino, . . . cómo qué les diré yo? . . . como la punta de una aguja para coser batistas. Llamábase Coob, Willey Coob.

Partimos de nuestra casa con un capital de trescientos pesos, todo lo que pudimos reunir; además cada uno tenía entre las piernas un vigoroso corcel de Georgia, muy capaz á nuestro parecer, para ir y volver á Washington.

Por otra parte, había pensado Coob muy cuerda-mente, si nos viéramos apurados, venderémos los caballos.

Por desgracia antes de entrar en el Estado de Palmero, nuestra mala suerte nos hizo pasar á Augusta, pequeña ciudad al extremo de la Georgia, donde nos detuvimos para comer y pasar la noche.

Augusta ha tenido siempre la fama de ser una ciudad de placer y la encontramos tan digna de su

nombradía que no solo pasamos la noche allí, sino también todo el día siguiente. Nosotros adquirimos muy buenas relaciones. Nuestros nuevos amigos tuvieron mucho gusto en conducirnos desde luego al poder de diez y ocho sueldos, luego al 100 de á cuatro de dollars, después al *brag*, y finalmente nos hicieron aprender el juego tan interesante del *ilaro*. Jugamos toda la noche, y cuando la aurora vino á iluminar la mañana del segundo día, nos encontramos con que los trescientos dollars habían pasado de nuestros bolsillos á los cofres de la banca.

—¿Qué vamos á hacer, dije á Coob?

—En eso estoy pensando, me respondió.

—Venderémos los caballos y nos volverémos por donde hémos venido; le hice observar.

—No, no, replicó Coob con fuerza.

—¿Pero qué cosa mejor podemos hacer? no tenemos dinero, nos es imposible ir hasta Washington:

el solo partido que nos resta es no volver á caza.

—¿Qué tienes tú en tu balija? preguntó de repente mi amigo sin tomarse el trabajo de responder á mi última pregunta.

—Una camisa, un par de pistolas, un paquete de tabaco, y un cuchillo de caza; tal fué mi respuesta.

—Vámos desde luego á vender el cuchillo; con esto tendrémos para pagar nuestros gastos de fonda y salir de este duro aprieto.

—¿Y después para ir hasta Washington le pregunté?

—A pesar de ello, dijo Coob, no debemos pensar en retroceder; seríamos la risa de nuestro país.

—¿Pero cómo viajar sin dinero? Le repliqué.

—Vaya, salgamos pronto de aquí, dijo Coob con un aire tan satisfecho como si hubiese tenido postas en todo el camino hasta Washington y pagado anticipadamente todos sus gastos de posada.

—Yo tengo, continuó, un conocido que vive en la primera posta al salir de aquí. Le pediremos: cama por esta noche, y no nos costará nada; y después, ¡por vida mía! reclamaremos la generosa hospitalidad de los plantadores que encontremos en el camino. Vamos á atravesar la Carolina del Sur, hermoso país, cuyos habitantes pasan por hombres francos y generosos.

Aquí el mayor guinó el ojo de un modo muy particular mirando sucesivamente á todos sus oyentes.

—No tenemos que atravesar, continuó Coob, mas que el Estado de Turpentina, y entonces, si fuere necesario, echarémos mano á nuestras pistolas. Pero véamos, vendámos desde luego nuestro cuchillo de caza y salgamos de esta guarida de caballeros de industria.

Coob era mi hermano mas viejo; ademas yo lo tenia por un gran génio, por lo que me decidí á sus consejos. El cuchillo se vendió en seis dollars á uno de nuestros compañeros de juego: con este dinero se pagó la cuenta de la fonda, y nos sobraron tres ó cuatro chelines para continuar nuestro viaje. Habiamos entrado en el territorio de la Carolina del Sur.

Al fin de esta primera jornada, paramos en casa del amigo de Coob, quien se portó muy bien. Coob tenia deseos de pedirle dinero prestado, pero se detuvo por la vengüenza de manifestarle la causa de nuestra penuria.

Dejamos la casa de nuestro amable huesped con un excelente almuerzo en el estómago y caballos bien cuidados y descansados; pero con la bolsa tan vacia como antes. Ademas, nos vimos precisados á dar un chelín al mozo que los ensilló.

Entonces fué cuando pudimos decirnos verdaderamente en el camino: estamos en una tierra del todo estraña, *tierra incógnita*.

Por la noche nos hospedamos en casa de un labrador. Al dia siguiente por la mañana, cuando nos despedimos de él, no sé lo que le dijo Coob, pero oí de encima de la silla en la que me habia colocado, murmurar al labrador alegando que no sabia faese moda viajar sin dinero, y continuó diciendo entre dientes ciertos epítetos que no tenían nada de halagüeño para oídos susceptibles.

—Es un bellaco muy poco hospitalario, dije en voz baja á Coob á tiempo de que dejábamos la casa.

—Es preciso convenir en que no entiende jota en punto á hospitalidad; lo que es tanto mas estraño, cuanto que es un Carolino del Sur; pero es una escepcion, así quiero creerlo.

Era en efecto una escepcion, porque en la casa donde nos alojamos por la tarde nos acompañaron hasta la puerta del patio tratándonos de ladrones. La mañana siguiente el dueño de la casa en la que la casualidad nos hizo apearnos, era un tabernero de la aldea que nos amenazó con apoderarse de las balijas; amenaza que hubiera ciertamente llevado á efecto, si Coob no le hubiese hecho observar con aire significativo, que no contenia sino un par de pistolas cargadas, las cuales podrian muy bien hacer fuego. Diciendo esto cogió Coob las dos pistolas, me dió una y preparó la otra, despues de lo cual le dijo al posadero que podia tomar las balijas, ya que estaban vacias.

Pero Coob era un gran mozo de seis piés de alto con un par de espesos bigotes negros como carbon. El otro comprendió que el mejor partido seria dejar las balijas en su lugar y darnos permiso para salir; lo que hicimos sin demora.

Esto no puede durar así mucho tiempo, Harry, me dijo Coob, por lo que, hagamos anlar á nuestros caballos.

—Soy tambien del mismo parecer, le contesté.

—Procura discurrir algun arbitrio.

Voy á pensar en ello, le repliqué. Y en efecto, me puse á devanarme los sesos para inventar un medio de salir de este mal paso. Pero yo no soy hombre de ingenio; habia discurrido veinte proyectos que abandoné y volví á abrazar, á cual mas absurdos, cuando ví á Coob que iba algunos pasos adelante, parar súbitamente su caballo, volverse á mí de frente, y esclamar en alta voz:

—Harry; ¡ya es negocio concluido!

—Tanto mejor, le dije, ¿pero qué es?

—Aun no; pero te lo diré esta noche; es menester reflexionar un poco.

—¿A qué distancia crees que estemos de Colombia? me preguntó Coob.

—Creo que á veinte millas, poco mas ó menos; y habremos andado cinco desde la taberna en que nos dijeron que faltaban veinticinco.

—Muy bien, pues vamos poco á poco: no debemos llegar antes de la noche; ¿qué ciudad es aquella?

—No tengo la menor idea; pero supongo que debe ser una plaza muy considerable, pues que es una capital de Estado.

—Sí, sí, eso debe ser, tienes mucha razon, repuso mi compañero, y despues de esto nos pusimos á andar en silencio, él sumido en una profunda meditacion, y yo aguardando con curiosidad á que se dignase darme á conocer los planes que combinaba.

Pasada ya cerca de media hora que habia anochecido, entramos en la ciudad: Coob parecia examinar con cuidado las diferentes tiendas situadas en las calles que atravesábamos, cuando de repente le oí esclamar; ¡ahí está mi negocio! Nos hallábamnos enfrente de la tienda de un zapatero, paró su caballo, echó pié á tierra y entró en el almacén. Desde la calle donde me habia quedado guardando los caballos, lo veia hablar y accionar con el dueño del establecimiento, y comprendí que trataba de comprar una gran caja de zapatos que estaba en medio de la tienda. Hé aquí, lo que pude percibir de sus palabras:

—Despues que V. haya practicado la abertura, le decia al zapatero, cerrará con cuidado la tapa de la caja y mandará pintar en ella lo que voy á darle.

Hablando así, habia cogido una hoja de papel,

escrito en ella algunas letras, y devuéltesela al mercader.

—Yo enviaré por esta caja dentro de media hora, continuó él pagando el precio: luego dando las buenas noches al vendedor, se llegó á mí y saltó sobre su caballo.

Continuamos andando la ciudad hasta que llegamos á la puerta del principal hotel, donde nos paramos y apeamos.

—Estaré de vuelta dentro de media hora, Harry, me dijo Coob, dándome la brida de su caballo, y entretanto ocúpate en cenar, haz que te señalen un buen cuarto y aguárdame; pero ten especial cuidado de no inscribirte en el registro del hotel antes de mi llegada: apenas hubo dicho estas palabras, desapareció en la calle.

Conforme á sus instrucciones, no dí nuestro nombre; pero como la campana del hotel sonó antes de la vuelta de Coob, bajé á la sala de cenar y comí con tanto mas apetito, cuanto que no habia tomado nada desde por la mañana viajando todo el resto del día. Satisfecha esta necesidad, me fuí á mi cuarto y esperé con paciencia la llegada de mi amigo. Perdíame en congeturas sobre los medios que podria emplear Coob para pagar la comida, cuando la puerta se abrió y se presentó en persona. No venia solo; dos mozos le seguian llevando sobre sus hombros la gran caja, cuya compra le habia visto hacer. La tapa habia sido reemplazada y se leia encima de ella en bellas letras mayúsculas la inscripcion siguiente:

*El maravilloso Guyas-Cutis.*

Sobre uno de los lados de la caja habia una pe-

queña abertura oblonga acabada de practicar con un escoplo.

Coob tenía en la mano una gran hoja de papel y así que los mozos salieron del cuarto, la colocó sobre la mesa y señalándola con el dedo, exclamó con aire triunfante.

—Mira, Harry! aquí está nuestro negocio.

—¿Qué es? veamos, le dije.

—Lee tú mismo, mi buen amigo, le respondí. El rótulo estaba concebido en estos términos.

EL MARAVILLOSO GUYAS-CUTIS.

*Capturado en los desiertos del Oregon á los 54° 40”.*

Este título estaba en gruesos caracteres, y en otros mas modestos la descripción siguiente:

*“Este notable animal que hasta el dia ha sido ignorado de todos los naturalistas, posee la inteligencia del hombre combinada con la ferocidad del tigre y la agilidad del ourang-outang. Su piel es del mas bello azul del cielo: está salpicada de once manchas sobre el lomo y de otra al lado de la nariz, que componen una docena completa. Ninguna de estas manchas se parece á la otra.*

*“Su crueldad es tal que se le ha visto llevarse á los desgraciados indios hasta sobre la cima de los árboles mas elevados y condenarlos á perecer allí miserablemente de hambre de sed y de desesperacion; así es el terror de las Piel-Rojas.*

*“El propietario de este interesante animal, tiene el honor de advertir á los señores habitantes de Colombia, tan justamente célebres por su talento, y tan conocidos como verdaderos apreciadores de curiosidades naturales, que este maravilloso cuadrúpedo*

*acaba de llegar á su país, y que estará visible hoy martes á las ocho de la noche en la sala de Minerva.*

*Precio de los asientos. . . . . ¼ dollar.*

—Pero mi caro Willey Coob, le dije empezando á entrever el proyecto de mi camarada; tú no puedes. . . .

—Yo no pretendo, me replicó interrumpiéndome de repente; sino que quiero con tanta verdad como me llamo Willey Coob y como soy del Estado de la Georgia.

—Pero en fin, mi querido, tú no harás tomar á este pueblo tan inteligente de la Carolina gato por. . . .

—¡Ah bah! ¡pueblo inteligente! . . . . tú no conoces el mundo, repuso con un aire de soberano desprecio.

—¿Qué papel me destinas en esta comedia? le pregunté.

—No es muy difícil. Permanece en este cuarto y ten cuidado de que nadie repare en esta caja.

—¿Sí, pero esta noche?

—¡Ah, esta noche! te mantendrás á la puerta de la sala de Minerva para recibir el dinero, y cuando tú me oyeres refunfuñar y sacudir la cadena, te pasarás detrás de la cortina y la farsa estará representada.

Mirando la cosa como una broma bastante divertida, prometí á mi amigo pasar por todo lo que quisiera. Hablando con franqueza no le hice, sin embargo, esta promesa sin alguna aprension desagradable, porque entrevia la posibilidad de ir á pasar la próxima noche en la prision de Colombia.

Al dia siguiente por la mañana Coob se levantó

desde muy temprano. Despues de haber ahullado de un modo muy quejumbroso por todos los tonos mas desagradables que pudo arrancar de su gazaete, mezclando las palabras de *Estad tranquilos; Guy; Abajo, Guy!* repetidas muchas veces, salió recomendándome una vigilancia severa.

Apenas sacó el pié fuera de la puerta, cuando oí detrás de ella muchas personas que chucheaban entre sí; poco despues se me presentó un mozo preguntándome si necesitaba algo.

—Nada, le respondí.

El mozo al retirarse echó sobre la caja una mirada de terror y tuvo buen cuidado de cerrar la puerta tras sí.

Poco despues volvieron á empezar cuchicheos á mi puerta, que se abrió de nuevo y dió paso al mismo dueño de la fonda, á quien la curiosidad traía por ver nuestro interesante cuadrúpedo.

Es un animal muy feroz ¿no es cierto? dijo asomando la cabeza por la abertura de la puerta.

—Sí, es un animal terrible, le respondí.

—¿No podría verlo un poco? me preguntó.

—No, me está prohibido y además, la presencia de un extranjero lo hace siempre entrar en furor.

—Vea vd. ¿qué bestia tan mala! vd. tendrá la sala llena de gente para verlo.

—Así lo espero, le contesté.

—Los billetes están ya tomados; Mr. Van-Amburgh ha salido sin duda con este objeto esta mañana?

—¿Mister Van-Amburgh? pregunté con sorpresa . . .

—Si Mr. Van-Amburgh su asociado de vd.

—¿Ah sí! Mr. Van-Amburgh mi asociado, respondí yo comprendiendo de repente que era el

nombre de que se habia valido mi amigo Coob, pero Mr. Van-Amburgh no vende sus billetes por sí mismo.

Hablaba de esta suerte para embrollar un poco las ideas del dueño del hotel y reparar así el yerro que estuve á punto de cometer.

—Oh, no, repuso el otro, habrá asalariado á alguno para este servicio.

—Ciertamente, añadí.

—El almuerzo estará pronto dentro de un minuto: ¿si vd. quiere bajar!

—De buena gana.

Y á estas palabras Bonifacio (que así se llamaba) me privó de su presencia que empezaba ya á serme muy molesta.

Poco despues entró Coob, trayendo una cadena de cerca de seis piés de largo, que venia envuelta en papel.

Así que hizo una nueva repeticion de sus gruñidos y ahullidos salvajes, nos fuimos á desayunar, no sin que Coob hubiese tenido gran cuidado de cerrar antes la puerta y guardar la llave en su faltriquera.

Fuimos en la mesa del hotel el objeto de la atencion general. Coob me llamaba Mr. Wolfe: y yo no le dirigia la palabra, sino llamándole Mr. Van-Amburgh. Los domésticos tenian las mas minuciosas atenciones con nosotros. Despues del almuerzo volvimos á nuestro cuarto, donde Coob repitió de nuevo sus ejercicios. Luego despues salió y me dejó solo.

Los gruñidos se reprodujeron repetidas veces durante el dia, siempre con un acento y un tono cada vez mas terribles.

Llegó por fin la noche. La caja cuidadosamente

envuelta en un cobertor de cama del hotel, fué trasportada á la sala de Minerva: yo me puse allí en mi lugar. Era un gran anfiteatro perfectamente iluminado. Coob habia hecho colocar la caja y la cadena detrás de la cortina sobre la escena y permanecia á su lado para guardarlas, en tanto que yo encargado de la recaudacion atendia á la puerta. Mis funciones eran muy sencillas, no teniamos billetes, entregaban el dinero y yo dejaba entrar. En poco tiempo la sala se llenó de señoras, caballeros y niños: habia en ella artesanos con sus mujeres, negociantes con su familia, dandis, elegantes y un gran número de personajes políticos de los mas influyentes del Estado. El anuncio habia hecho furor, y cada uno queria ver al famoso guyas-cutis.

La impaciencia se apoderaba ya de la multitud, cuando al fin se oyó un gruñido sordo salir de debajo de la cortina.

—Abajo, Guy, abajo! tente perro! gritaba una voz fuerte.

Toda la asamblea estaba reunida, y ya empezaban á tocar con los piés, con las manos, y á dar señales de impaciencia. Se oia gritar por intervalos:

—¡El guyas-cutis-el guyas-cutis!

—Si no viene, vaya vd. á buscarlo, caballero Showman.

—Sí, sí, tráiganos vd. esa gruesa bestia, dijo otro bufon. A este tiempo el guyas-cutis hizo oír un ahullido horroroso.

—Démosle un hueso, exclamó uno.

—A Miss Sarah por ejemplo, repuso otra voz.

Signiéronse á esto risas y otros quidproquo muy ingeniosos.

En tanto que la asamblea engañaba así el fastidio de tan larga demora, los gruñidos y los ahulli-

dos continuaban detrás de la cortina con una fuerza cada vez mas espantosa y no eran interrumpidos sino por los apóstrofes de Coob, que se esforzaba en calmar el furor del guyas-cutis. Esto duró algunos instantes; despues se oyó un ruido de hierro: era la famosa cadena que se ponía en movimiento.

Yo no esperaba sino este instante. Inmediatamente precipitándome con señales de espanto en el espacio que separaba los espectadores de la escena, pasé rápidamente tras la cortina. Al ejecutar esta maniobra, eché una mirada sobre la asamblea, y pude convencerme de que el miedo empezaba á apoderarse de los mas valientes, y que muchos espectadores pálidos y trémulos se disponian á salir por poco mas que continuase la farsa.

Detrás de la cortina ya era otra cosa. Coob daba zancajos en la escena de derecha á izquierda, de largo á ancho hiriendo el suelo con el pié, arrastrando su cadena en todas direcciones y apostrofando en los términos mas enérgicos á un objeto imaginario. En mangas de camisa, con ellas remangadas hasta los codos, estaba cubierto de sudor, y manchas rojas, imitando perfectamente la sangre, se veian sobre sus brazos, su pecho, su rostro y su cuello. Desempeñaba á la verdad á las mil maravillas su papel.

—¡Abajo, salvaje, abajo! gritaba Coob.

—¡Brohuhouhou! ¡brohuhouhou! ahullaba el guyas-cutis.

—¡Oh! señor Wolfe, exclamaba Coob, venga vd. á mi socorro, á mi socorro! va á escaparse!

—Sujételo bien, contesté.

—¡Brohuhouhou! ¡brohuhouhou! ¡brohuhouhou! ahullaba el guyas-cutis:

—Sujételo vd. bien, decia.

LOS TIRADORES.

A este tiempo, Coob cogió la cadena con las dos manos, la sacudió violentamente repetidas veces y luego lanzándose enagenado sobre el escenario, gritó con una voz de trueno.

— *Salvaos, señores, salvaos: cuidad de vuestras mujeres y de vuestros hijos: el guyas-cutis se ha escapado.*

— Caballeros, dijo el mayor respirando con fuerza, no trataré de pintaros la escena de confusión que siguió á este aviso. En menos de diez minutos la sala quedó vacía, y cuando Coob y yo volvimos á la fonda, no encontramos ni una alma en las calles: hombres, mujeres, niños, todos se habían refugiado en sus casas.

De vuelta al hotel dimos orden de ensillar nuestros caballos á toda prisa por la razón que Coob se tomó el trabajo de explicar al fondero, de que el guyas-cutis habiendo ganado el campo, era preciso correr en su busca. Prontos nuestros caballos, pagamos los gastos de fonda con el dinero que acabamos de ganar, y partimos á todo galope, juzgando que no era prudente detenernos hasta haber puesto entre nosotros y la buena ciudad de Colombia veinte millas de distancia. Así que llegamos á ella, arreglamos las cuentas, el dinero subía . . . .

— ¿A cuánto subía, señor Coob?

— A sesenta y seis dollars setenta y cinco céntimos ni mas ni menos, respondió un grande y grueso personaje sentado en frente del mayor, al que por su semblante triste y avinagrado no se le hubiera podido tener nunca por el héroe de esta aventura.

— Era él no obstante, y alegres carcajadas de risa celebraron este descubrimiento. . . . .

Al mayor, al mayor y su historia, gritaron á la vez muchas voces.

En el mismo tiempo se oyó un escopetazo fuera de la tienda, y una bala atravesando la pared de lienzo arrebató el gorro de encima de la cabeza del capitán Hennessey, é hirió una garrafa, cuyo cristal se hizo mil pedazos.

— ¡Vaya un tiro! ¿quién puede haber sido? dijo Hennessey recogiendo su gorro con sangre fría: es justamente del grueso de un dedo de señorita, añadió examinando el agujero formado por la bala.

Mientras que el capitán hacia estas reflexiones, todos los oficiales se habían levantado y precipitado hácia la entrada de la tienda.

— ¿Quién disparó ese tiro? preguntaron al mismo tiempo una docena de personas.

Nadie respondió y muchos oficiales se internaron en el bosque en persecucion del culpable: pero hacia oscuro, no oyeron el menor ruido que les sirviese para guiar sus pasos, y bien pronto volvieron á entrar sin que su pesquisa produjese ningun resultado.

— Habrá sido sin duda algun soldado á quien por casualidad se le habrá escapado el tiro del fusil, y habrá huido para escaparse del castigo, observó el coronel Harding.

— Volved á tomar vuestros asientos, señores, dijo Hennessey, y dejad á ese pobre diablo en descanso: felizmente el proyectil fué una bala y no una bomba.

— Sebretodo, para V., capitán, el negocio ha sido feliz.

— A fe mia: eso nada me importa: bomba ó bala de veinticuatro, hubiera sido herido en el mismo sitio; pero un proyectil mas grueso habria tenido

muchos inconvenientes para la cabeza de mi amigo Haller.

Y decía verdad: mi cabeza se encontraba casi en la misma línea que la dirección de la bala, y si el proyectil hubiera sido más grueso, me habrían herido en la sien izquierda. En la posición que yo ocupaba, sentí el viento de la bala, y aun experimenté en los ojos una sensación muy dolorosa.

—Tengo muchos deseos de saber, añadió Hennessey, á cuál de nosotros dos venia dirigida aquella misiva.

—Si no fué efecto de la casualidad, desearia vivamente que ni á V. ni á mí; pero me inclino á pensar con el coronel Harding que haya sido un mero accidente.

—Pero será siempre un accidente deplorable el que rompe el gorro bordado de un elegante capitán, y destruye además un botellon entero del mejor aguardiente que se haya mezclado jamás con agua tibia y jugo de limón.

—Dejemos ya eso, señores, dijo el mayor: vamos; que se llenen los vasos y se hagan saltar esos tapones. Cudjo ¿dónde está el tirabuzón: al fin lo ha encontrado V.?

—Inútil, mayor, repuso el ayudante repitiendo su chiste.

Y al mismo tiempo hizo saltar con la uña el gorro de una botella que se encontraba á su lado.

Gran número de otras tuvieron la misma suerte: los vasos se llenaron y vaciaron sucesivamente y la asamblea volvió á estar tan alegre y ruidosa como antes: olvidóse el incidente del escopetazo, rieron, bebieron, cantaron, refirieron historias, brindaron y la noche entera se pasó rápidamente en estos tumultuosos placeres.

¡Ay! para muchos de estos jóvenes llenos de esperanzas, y animados del ardor de una noble ambición, esta noche debía ser el último aniversario de Washington. La mitad de los que habían celebrado la fiesta estaban destinados á no ver el aniversario del año siguiente.

## CAPITULO VII.

### ENCUENTRO DE UN ESQUELETO.

HABIA pasado más de media noche cuando dejé el teatro de la fiesta. Clayley era uno de esos alegres caracteres que pueden beber desde el ponerse el sol hasta el despertar de la aurora, y como parecia deseoso de permanecer en tan buen lugar, salí solo sin prevenirselo. Subíame la sangre á la cabeza y bajé á la playa para gozar de la frescura que traía en sus alas la tenue brisa que soplabá del mar de Méjico.

El cuadro que se desarrollaba á mis ojos tenía el sello de una magestad pintoresca, al cual los humos báquicos que turbaban un poco mi cerebro, le prestaban un carácter más grandioso aún.

Una magnífica luna de los trópicos brillaba en el zenit de un cielo sin nubes: la mayor parte de las estrellas empezaban á eclipsarse, pero algunas centellaban todavía dispersas en el espacio. Se dis-

muchos inconvenientes para la cabeza de mi amigo Haller.

Y decía verdad: mi cabeza se encontraba casi en la misma línea que la dirección de la bala, y si el proyectil hubiera sido más grueso, me habrían herido en la sien izquierda. En la posición que yo ocupaba, sentí el viento de la bala, y aun experimenté en los ojos una sensación muy dolorosa.

—Tengo muchos deseos de saber, añadió Hennessey, á cuál de nosotros dos venía dirigida aquella misiva.

—Si no fué efecto de la casualidad, desearía vivamente que ni á V. ni á mí; pero me inclino á pensar con el coronel Harding que haya sido un mero accidente.

—Pero será siempre un accidente deplorable el que rompe el gorro bordado de un elegante capitán, y destruye además un botellón entero del mejor aguardiente que se haya mezclado jamás con agua tibia y jugo de limón.

—Dejemos ya eso, señores, dijo el mayor: vamos; que se llenen los vasos y se hagan saltar esos tapones. Cudjo ¿dónde está el tirabuzón: al fin lo ha encontrado V.?

—Inútil, mayor, repuso el ayudante repitiendo su chiste.

Y al mismo tiempo hizo saltar con la uña el gorro de una botella que se encontraba á su lado.

Gran número de otras tuvieron la misma suerte: los vasos se llenaron y vaciaron sucesivamente y la asamblea volvió á estar tan alegre y ruidosa como antes: olvidóse el incidente del escopetazo, rieron, bebieron, cantaron, refirieron historias, brindaron y la noche entera se pasó rápidamente en estos tumultuosos placeres.

¡Ay! para muchos de estos jóvenes llenos de esperanzas, y animados del ardor de una noble ambición, esta noche debía ser el último aniversario de Washington. La mitad de los que habían celebrado la fiesta estaban destinados á no ver el aniversario del año siguiente.

## CAPITULO VII.

### ENCUENTRO DE UN ESQUELETO.

HABIA pasado más de media noche cuando dejé el teatro de la fiesta. Clayley era uno de esos alegres caracteres que pueden beber desde el ponerse el sol hasta el despertar de la aurora, y como parecía deseoso de permanecer en tan buen lugar, salí solo sin prevenirselo. Subíame la sangre á la cabeza y bajé á la playa para gozar de la frescura que traía en sus alas la tenue brisa que soplaba del mar de Méjico.

El cuadro que se desarrollaba á mis ojos tenía el sello de una magestad pintoresca, al cual los humos báquicos que turbaban un poco mi cerebro, le prestaban un carácter más grandioso aún.

Una magnífica luna de los trópicos brillaba en el zenit de un cielo sin nubes: la mayor parte de las estrellas empezaban á eclipsarse, pero algunas centellaban todavía dispersas en el espacio. Se dis-

tinguian al esplendor de su lumbre, Venus, la cintura de Orion y sobre todo la radiosa cruz del Sur.

Estendíase á mis piés hasta los límites del horizonte una ancha faja blanca á la cual el reflejo de la luna daba el brillo de la plata. Una línea trazada á lo lejos por los arrecifes de coral rompía sola la uniformidad de esta superficie, sobre la cual se veían también correr en diferentes direcciones luces fosforescentes. Estos arrecifes que se dilataban en círculo al rededor de la isla, parecían una fila de guardias avanzadas para velar sobre su seguridad. En la naturaleza que me rodeaba, solo las ondas se agitaban con un movimiento que parecía serles comunicado por un poder submarino, pues el aliento de la brisa apenas tenía fuerza de arrugar ligeramente la superficie del agua.

Por la parte del Sur se veían en la rada cien buques fondeados con un cable que los ligaba unos á otros. A la luz trémula del astro de la noche, las naves, las vergas y mástiles tomaban proporciones gigantescas que daban á esta flota una apariencia fantástica. Todos estos barcos estaban tan inmóviles, como si las olas que los sostenían hubiesen sido transformadas en un cristal sólido. Los pabellones caían inertes á lo largo de los mástiles ó pendían negligentemente enrollados al rededor de sus drizas.

Sobre la tierra se estendían en anfiteatro la línea de tiendas, cuyos techos cónicos y blancos á los rayos de la luna se asemejaban á otras tantas pirámides de nieve. Aquí y acullá, en algunas de estas tiendas, brillaba aún la luz de la lámpara que iluminaba en sus trabajos bélicos á un soldado ocupado en limpiar su fusil ó en pulir el cobre de su cinturón.

De vez en cuando pasaban algunas formas ne-

gras revestidas de su habitual uniforme: eran militares que entraban en sus tiendas despues de haber visitado á sus camaradas. En derredor del campo se alzaban también otras formas humanas separadas entre sí por espacios iguales. La luna, reflejándose en el bruído acero de los fusiles, indicaba al observador que eran centinelas que velaban por la seguridad común.

Los embates del agua herida por la quilla de alguna embarcacion que se alejaba ó acercaba á un buque anclado, el murmullo de la onda que se estrellaba contra una roca, los repetidos quién vive de los centinelas; el coloquio en voz baja que los seguía, el canto monótono de la cigarra oculta en las malezas, el grito del pájaro de mar que algún enemigo arrojaba de su asilo, tales eran los solos ruidos que turbaban el mudo reposo de esta noche llena de encantos.

Continué mi paseo hasta llegar al punto de la costa que se encuentra directamente opuesto á la tierra de México. En este paraje la floresta se tornaba mas espesa y sombría, prolongándose hasta el mar, donde terminaba por una selva de paletuvios que bañaban sus piés en el agua. Como ninguna tropa había establecido allí su campamento, el bosque no había sido cortado, y esta parte de la isla conservaba el carácter salvaje y solitario que tenía antes de nuestra invasion.

La luna empezaba á descender, y algunos de sus rayos venían abriéndose á reflejarse en la superficie del agua. De repente creí oír un ruido en los matorrales; seguramente las hojas se habían movido. Era sin duda algún soldado que había salvado la línea de los centinelas y que no se atrevía á entrar en el campo. Pero ¿no es un bote lo

que veo? Sí; hé aquí un esquiife y redes, tan cierto como que existo. Es á no dudarlo un estratagema de los mexicanos: sin embargo, tal vez sea un pescador de la costa de Tuxpan. No, no se hubiera arriesgado á venir hasta acá.... Debe ser....

Una estraña sospecha acababa de pasar por mi mente, y me precipité en la espesura de los paletuvios por el paraje donde creí sentir el movimiento. No bien había dado cincuenta pasos, cuando reconocí mi necedad: empenéme en un laberinto inextricable donde me ví rodeado por todas partes de un muro de ramas y espinas que apenas se podía salvar: los tallos de los paletuvios apretados unos contra otros, estaban además ligados con fuerza por los lazos de la viña salvaje y este conjunto formaba una barrera que yo no podía romper.

—Si son espías, me dije, es preciso confesar que he adoptado un medio muy malo para descubrirlos.

Y hablando así, me disponía á regresar al campo, cuya retaguardia no debía estar á larga distancia

Andaba penosamente tropezando á cada paso contra troncos de árboles derribados, ó enredándome las piernas en las largas cuerdas de la viña: espesos matorrales dificultaban mi marcha; las espinas me penetraban las carnes; los mosquitos me desollaban la cara y hacian correr la sangre. Bien pronto me ví obligado para sostenerme á asirme con fuerza de una rama; acababa de ser atacado violentamente por un grueso objeto que me saltó sobre las espaldas y que de ellas había emprendido su carrera por en medio de las hojas muertas: reconocí este objeto por su aliento fétido, así como por la impresion de frio que me causó tocándome la mejilla: era una deforme iguana.

El ala de un murciélago me golpeó en la cara: huyóse, torna y se vuelve á huir, revelando á cada paso su llegada por un olor nauseabundo que hace levantar el estómago: dos veces intenté herirlo con mi espada, y dos veces no toqué sino el vacío del aire; á la tercera estocada se enredó mi arma en un grupo de plantas parásitas: y esta lucha nocturna con tan estraños adversarios empezó á causarme pavor.

Al fin, despues de numerosos esfuerzos, adelanté un poco y pude percibir un claro: precipítame hácia este punto luminoso.

—¡Qué felicidad! exclamé al salir de las tinieblas.

Pero inmediatamente retrocedí dando un grito de horror, mis piernas se doblegaron, mi espada se escapó de la mano, y permanecí inmóvil y sin voz como si acabase de ser herido por la mano de Dios.

A mi presencia, á tres pasos solamente de distancia, se alzó una imágen terrible, la imágen misma de la muerte; un esqueleto que estiende sus brazos descarnados para asirme: procuré reunir mis fuerzas; es una vision, me dije: pero no, no es un fantasma: ve ahí su craneo blanco y descarnado, las órbitas vacías de sus ojos, sus largas piernas huesosas, sus abiertos costados, sus dedos sin músculos, su sonrisa sin labios; es, pues, la muerte misma.

En tanto que mi mente se perdía en conjeturas á la vista de tan estraño objeto, oí ruido en las malezas, como de personas empeñadas en una disputa violenta.

—Emilio, Emilio! decia una voz de mujer; no la asesine vd., se lo suplico, perdónela.

—Déjeme vd., María, déjeme, respondia un hombre con un tono de cólera.

—No, no, continuó la mujer, no haga vd. eso, no lo haga, no.

—Malditas sean las mujeres! no me dejará vd. tranquilo?

Al mismo tiempo oí un golpe dado con violencia, un grito que le siguió, un hombre que se lanzó en seguida de las malezas, y se precipitó sobre mí diciendo.

—Ah! señor capitán, estocada por estocada!

No pude oír mas; acababa de ser herido violentamente en la sien; caí en tierra, donde quedé privado de sentido.

Cuando volví en mí los primeros objetos que se ofrecieron á mi vista fueron los espesos bigotes negros de Lincoln, en seguida distinguí su persona, la pálida figura del pequeño Jack, y luego despues muchos soldados de mi compañía. Estaba en mi propia tienda tendido en mi lecho de campaña.

—¿Qué! ¿cómo? ¿qué hay? ¿qué es esto? dije llevando mis manos á la venda de lienzo que ceñia mis sienes.

—Cuidado, capitán, dijo Boob cogiéndome las manos y colocándolas á mi lado sobre el lecho.

—Ah! por vida mia, capitán, vd. debe un hermoso cirio á la Santísima Virgen y ha tenido mucha suerte, dijo Chan, soldado de origen irlandés.

—¡Mucha suerte! ¿y qué suceso feliz es el que me ha acontecido? le pregunté.

—Ah! capitán, su señoría iba á ser asesinado por esos bribones de criollos, y ha tenido la dicha de escapar.

—Asesinado! esos bribones de criollos! ¿qué significa todo esto, Bob?

—Como vd. puede verlo, capitán, vd. tiene un agujero en la cabeza, y pensamos que es obra de los criollos.

—¡Ah! bien, ahora me acuerdo: una gran herida en efecto; pero la muerte, la muerte!

—Me levanté de repente de mi lecho, haciéndome ver mi imaginación exaltada el horrible fantasma.

—¡La muerte, capitán! y qué quiere vd. decir, dijo Lincoln estrechándome entre sus dos brazos vigorosos.

—El capitán quiere sin duda hablar del esqueleto, dijo Chan.

—¿Qué esqueleto, pregunté yo?

—Un esqueleto que mis camaradas han hallado en los matorrales, y que se han entretenido en levantar contra un árbol. Nosotros hemos encontrado á su señoría tendido á sus piés.

—Yo sabia ya lo bastante sobre este asunto.

—Pero qué se han hecho los criollos? pregunté despues de un momento de silencio.

—Se han escapado, capitán, repuso Chan.

—¿Cómo, escapado?

—Sí, capitán, es como tengo el honor de decirlo, repuso Lincoln á su turno, han partido.

—Partido? ¿pero por qué medio? pregunté.

—Han desertado, capitán.

—Por donde lo sabe vd.

—Porque no están aquí.

—¿En la isla?

—Seguramente: hemos registrado todos los matorrales, sin poderles encontrar.

—Pero, insisto, ¿quienes son esos criollos?

Dubrosc y el jóven que estaba con él, ambos han desertado.

—Sí, y el diablo los acompañe: por mí, no me parece mal que nos hayamos desembarazado de Mr. Dubrosc; es un mozo que no me gustaba.

—Están vdes. seguros de que hayan partido?

—Muy seguros, capitán. Gravenitz ha visto á Dubrosc ocultarse en el bosque con su fusil: poco despues oimos un escopetazo; pero esta mañana fué cuando supimos que un soldado habia encontrado un sombrero español al lado del bosque y que Chan nos ha contado que el lienzo de la tienda del mayor Twing habia sido agujerado por una bala. Aun tenemos aquí, como instrumento del delito el cuchillo de carnicero que ha servido para herir á vd.

Y pronunciando estas últimas palabras me mostraba Lincoln una especie de arma mexicana conocida bajo el nombre de machete.

—Ah bien.

—Hé ahí, capitán, todo lo que sabemos de positivo: sospecho, además, que habia algunos Mexicanos en la isla y que los dos criollos se han huido con ellos.

Despues de la partida de Lincoln, quedé por largo tiempo preocupado acerca de este asunto misterioso. Sin embargo, poco á poco mis recuerdos se hicieron mas precisos, y todos los sucesos de la noche anterior se representaron á mi espíritu, formando entre sí diferentes anillos de una cadena no interrumpida. La bala que habia pasado tan cerca de mí en la tienda de Twing, el esquife, la conversacion que oí antes de ser herido, la exclamacion de estocada por estocada que me dirigieron, todo contribuia á confirmar las sospechas de Lincoln.

Evidentemente fué Dubrosc quien disparó el fusil y me hirió en la sien,

¿Pero quién podia ser la muger, cuya voz oí interceder en mi favor?

Entonces pensé en el jóven que partió con Dubrosc y al que recordé muy bien haber visto muchas veces en su sociedad. Una mustia inclinacion parecia existir entre estos dos seres: el niño obedecia al feroz criollo como un esclavo á su señor; debia ser una muger.

Recordaba en efecto que me habia llamado la atencion la delicadeza de las facciones de aquel jóven, la dulzura de su voz y la pequeñez de su mano. Tenia igualmente en la espresion de su fisonomia cosas que me habian admirado, y tuve tambien ocasion de observar no pocas veces, que cuando se ausentaba Dubrosc, sus ojos se fijaban en mí con un particular interes, cuya causa me esplicaba ahora.

Otras muchas circunstancias en que Dubrosc y su jóven compañero se encontraban complicados, se presentaron de golpe á mi memoria, y contribuian tambien á confirmarme en el concepto de que el criollo era mi asesino, y que su jóven compañero no seria otro que la muger, cuya voz oí en el bosque.

Tales fueron las aventuras de aquella noche, de la que procuré ocultar todo lo concerniente al esqueleto.

Pocos dias despues, recobré las fuerzas, no habiendo sido muy profunda la herida que recibí, gracias al gorro con que estaba cubierto, y al poco peso del arma del criollo.

CAPITULO VIII.

DESEMBARQUE EN SACRIFICIOS.

EN los primeros días de Marzo las tropas de Lobos se volvieron á embarcar y fondearon en Anton Lizardo: los buques americanos fueron muy pronto rodeados en esta rada por cien barcos de transporte.

Por esta parte la costa no ofrece á la vista ni ciudad ni aldea, estando casi desiertas, y apenas se descubren esparcidas algunas pocas habitaciones; por todos lados, está cercada de altas colinas de arena, á las cuales el follage de las palmeras que las coronan, da un aspecto que no carece de gracia y belleza.

La playa llana y descubierta nos invitaba al reposo, pero no nos atrevimos á esponernos al riesgo de encontrar algunas guardias destacadas del cuerpo del ejército enemigo que estaba acampado detrás de las montañas vecinas. De vez en cuando se presentaban tambien algunas patrullas sobre la costa.

No sé exactamente cuáles serian los sentimientos de este país medio salvaje á vista de nuestros grandes buques; pero vieron sin duda acercarse á su tierra con temor y emocion aquellas vastas cavernas

de madera conteniendo en sus entrañas una legion de invasores. Loocoon no debió mirar el caballo de abeto con mas sorpresa y desconfianza de las que manifestaron los ignorantes paisanos del Anáhuac al percibir á nuestros grandes leviataes acercarse á sus costas.

Esta escena tenia para nosotros un interés de un género muy diferente. Consideramos con orgullo aquellos magníficos artefactos de arquitectura naval; admiramos su fuerza, su número y ligereza: nosotros nos envaneciamos de pertenecer al pueblo libre y poderoso que se valia de ellos como de instrumentos, y mirábamos con un legítimo y marcial orgullo los colores nacionales flotar en la cima de los mástiles, y nuestros uniformes, en los que brillaban las mismas insignias.

Veíamos resplandecer los fusiles, y lucir los petos y las bayonetas, y oíamos los sonoros acentos de la trompa, las voces guerreras, el ruido de las armas, los redobles de los tambores, la voz aguda de los clarines; en una palabra, los ojos así como los oídos eran afectados por aquella ruda armonía y pompa que elevan y transportan el corazon, y forman en su conjunto, la mágica poesía de los combates.

El desembarque estaba señalado para el 9 de Marzo: se habia determinado con anticipacion el punto sobre que debia efectuarse: era la costa opuesta de la isla de Sacrificios, posicion en la cual debiamos desembarcar al abrigo del cañon de Veracruz.....

Llegó el 9 de Marzo; dia magnífico, lleno de sol y de luz: la mar estaba en calma y apenas arrugaba sus olas, la debil brisa de los trópicos; pero es-

ta brisa, por débil que fuese, bastaba para conducirnos á la ribera hácia la cual soplabá.

Desde muy temprano observé en la flota un movimiento desacostumbrado: las señales se mudaban sin cesar y las canoas corrian rápidamente de una orilla á otra.

Antes de la aurora todas las embarcaciones fueron desprendidas de sus anclas, llevadas al mar, puestas á flote, y atadas por cabos á lo largo de los buques de vela y de los de vapor.

El desembarque está á punto de efectuarse: la nube sombría que hace algun tiempo amenaza á México va á estallar ahora y á lanzar el rayo contra esa tierra.

¿Pero donde caerá? el enemigo no lo duda y se prepara á recibirnos sobre la costa vecina.

Las máquinas empiezan á calentarse; una nube espesa de humo negro obscurece el aire y oculta la mitad de la flota. Aquí y acullá una gran vela se agita al soplo de la brisa por no haber habido aun tiempo de atarla al rededor de la verga.

En los puentes los soldados están de pié, unos del todo armados, otros abrochando su cinturón, ó atando su cartuchera, otros envolviendo por precaucion los cañones de sus fusiles para preservarlos de todo contacto con el agua del mar. Los oficiales con el cinto y la espada están de pié en los bancos, ó confundidos con los grupos, examinando los soldados, ó bien echando por encima de los filaretas una mirada á los otros buques.

Por todas partes se oyen sonidos desusados: se distingue la voz de los marinos, el grito de las órdenes que se transmiten, el rechinamiento del diente de hierro de los cabestantes, los gemidos de las cadenas, el crujido de los mástiles, en una palabra,

mil ruidos diversos que anuncian la proximidad de un gran movimiento.

Dominando este estruendo se perciben los redobles de un tambor: dáse la señal, otro le responde, y otro en seguida, y por todas partes no se oyen sino acentos resonantes. Luego siguen nuevas voces de mando, breves y fuertes, precipitadas. Los bancos están ocupados por los oficiales; de ellos parten las órdenes: el puente de todos los buques está ya cubierto de marineros y soldados, cada uno de los cuales tiene los ojos fijos sobre el pequeño buque de vapor negro montado por el comandante en jefe.

De su lado se ve de repente aparecer una nube de humo: un chorro de llamas se escapa en una direccion horizontal, un cañonazo acaba de conmover la atmósfera. Antes que los ecos hayan acabado de repetir aquel estruendo majestuoso, nueva vida parece haberse apoderado de toda la flota. Los buques impelidos por una fuerza que se diria sobrenatural, se lanzan á porfia unos de otros. El fondeadero queda abandonado, vogamos con la ligereza del viento, haciendo rumbo al Norueste, y navegamos para la isla de Sacrificios.

Los buques de vela adelantan rápidamente al soplo de la brisa: mas rápidos aún los vapores, le toman la delantera. Todo es en la flota ruido y movimiento, y los ecos de la costa, á la que nos acercamos á cada instante, repiten ya las órdenes de nuestros oficiales y los gritos alegres de los soldados impacientes por hollar el suelo del país enemigo.

Dáse en tierra la voz de alerta: alármanse los enemigos: resplandecientes ginetes llegan á todo galope sobre la costa: pasan lanceros con sus banderolas al viento por entre los desfiladeros de las colinas. La artillería se coloca sobre la ribera del

mar: truena el cañon, y las balas que se cruzan con rapidez, derriban por todas partes los nopales y otras plantas.

¡Andele! ¡ándele! Tal es el grito de nuestros enemigos: pero en vano escitan sus caballos é introducen sus espuelas en sus sangrientos hijares, los elementos están contra ellos y combaten á nuestro favor.

La tierra y el agua los detienen, mientras que para nosotros el aire y el agua son aliados: les vemos saltar por entre la nube de arena amarilla que levantan los piés de sus corceles al pisar las riberas cenagosas de la Mandinga y del Medellin, mientras que el vapor y el viento nos arrebatan sobre las ondas con la rapidez de la flecha. Nos reimos de sus impotentes esfuerzos.

La alarma se estiende rápidamente por la costa: suenan los clarines, parten correos de Veraacruz en todas direcciones, tócase la generala en la ciudad; el eco nos trae todos estos ruidos diversos.

Se comunican con San Juan por medio de ciertas señales, y les responden de Santiago y la Concepcion.

Millares de figuras humanas cubren los techos de la ciudad y las murallas del castillo, y gritos de terror salen de todas partes.

— ¡Allí están, allí están! dicen á una voz.

Sin embargo, ignoran aún de qué lado se dirigirá el ataque y por dónde se efectuará nuestro desembarque.

Se figuran que vamos á bombardear su ciudadela inespugnable de San Juan, y esperan ver nuestras naves venir á perderse y destruirse sobre los arrecifes que cercan las murallas de su ciudad.

La flota adelanta poco á poco sobre la misma lí-

nea de frente: los buques hienden las olas que parecen dominar como dueños. La multitud de soldados y marineros se agolpa sobre los puentes y echa por encima de los filaretos miradas de desafío á la ciudad que van á atacar.

En Santiago los artilleros, colocados en torno de sus cañones, esperan en silencio la orden de hacer fuego: la pólvora, las balas, las bombas, los obús, todo está pronto: las lanzas de fuego encendidas brillan en manos de los apuntadores, cuando de repente parte de los métros enemigos un grito terrible, grito de rabia, de desconcierto y desesperacion.

El buque de los nuestros que forma la estremidad exterior de la línea acaba de cambiar repentinamente la direccion de su rumbo, y obedeciendo el sabio impulso del timonel, marcha derecho hácia la rada de Sacrificios.

El segundo buque imita el movimiento del primero, síguele bien pronto un tercero, y antes que la aturrida muchedumbre de nuestros enemigos haya vuelto de su estupor, llega nuestra flota entera á un tiro de pistola de la isla.

Solamente entonces comprendieron los mexicanos el stratagema, y empezaron á calcular sus probables resultados. Aquellos inmensos navíos que poco tiempo antes se lisongeaban de ver hechos pedazos sobre sus arrecifes, y de incendiarlos con el fuego de sus fortalezas, iban á desembarcar sobre sus costas sin defensa un ejército numeroso de enemigos valientes y disciplinados. En vano la trompa toca á rebato, en vano la artillería se reúne y forma en línea á lo largo de las murallas, ya estamos fuera de su alcance.

Entretanto los buques llegan al fondeadero; rechinan las cadenas con espantoso ruido; las anclas

van á morder el fondo del mar, las velas se recogen al rededor de las vergas; marineros y soldados descienden en los botes. Ya los remos están prontos á herir de concierto la superficie del mar. Al mando del oficial que dirige cada bote, las lanchas colocadas sobre una misma línea, presentan un frente terrible.

Los buques de guerra á nuestros costados, están dispuestos de manera que protejan el desembarque por los fuegos cruzados de sus baterías. Sin embargo, ningún enemigo se ha presentado aún á las miradas impacientes de nuestros soldados, que se dirigen hácia la tierra con una espresion amenazadora. Todos los corazones están llenos de belicosos deseos: no se espera mas que la señal.

En fin, un cañonazo se tira de á bordo del almirante: al mismo tiempo millares de remos hieren el mar: olas de blanca espuma brotan por todas partes bajo sus golpes: mas de cien botes se lanzan á la vez procurando á porfia tomar la delantera. Cada uno quiere ser el primero en llegar á la playa; es una regatia guerrera: el entusiasmo ha llegado á su colmo.

Nos acercamos á la costa: los oficiales están de pié, la espada en la mano: á su lado los soldados, armados de sus fusiles, parecen prontos á ejecutar sus órdenes. Dada la señal, mil hombres se precipitan á la vez al mar y avanzan hácia tierra siguiendo el movimiento de la marea: otros mil guerreros se lanzan en pos de ellos, levantando por encima de sus cabezas las cartucheras que contienen sus cartuchos: los fusiles, las bayonetas, las espadas centellean á los rayos del sol: flotan las banderas, y con este aparato guerrero y dando gritos de entu-

siasmo, llega al fin el ejército mexicano á la playa donde estaba el enemigo.

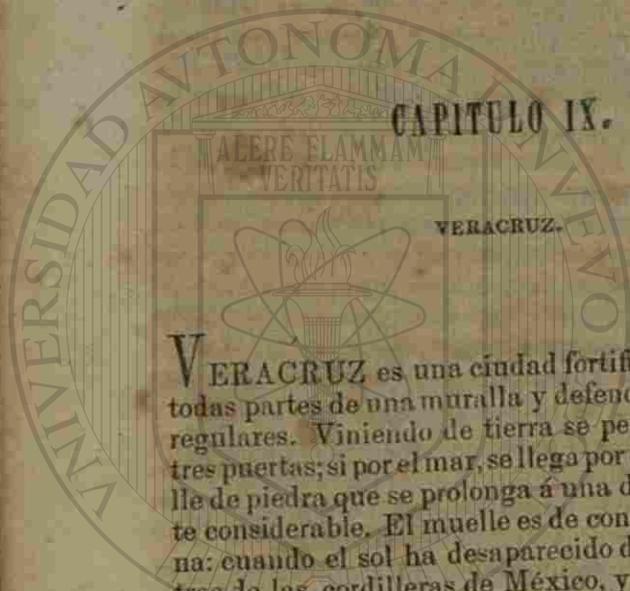
El fuerte hurra de triunfo resonó entonces por toda la línea: responderónle de los navíos, y estos ruidos repetidos por los ecos de la ribera van á dar á los mexicanos la noticia del buen éxito de nuestra empresa.

Un alférez plantó su bandera en lo alto de una colina de arena: la República Unida ha tomado posesion de esta tierra lejana.

La noble bandera se despliega al soplo de la brisa y su aparicion es saludada por nuevos gritos de triunfo. Los buques de la flota se empavesan al instante, los colores nacionales flotan sobre el tope de todos los mástiles. Una descarga que sale de nuestros buques saluda al pabellon, mientras que los cañones del fuerte San Juan, despertándose al fin de su sueño letárgico, hacen retumbar á lo lejos un trueno inútil, cuyo rayo no puede tocarnos.

Los últimos resplandores del sol alumbran nuestro desembarque: las tropas á medida que pisan la tierra se desplegan por el interior: se escalan algunas colinas de arena: en fin, la posicion está bien tomada: hacemos alto quedando nuestra ala izquierda siempre apoyada en el mar.

Los soldados acampan á cielo raso sin plantar sus tiendas, y bien pronto se duermen en la playa: la arena les sirve de lecho y apoyan su cabeza sobre la cartuchera que hace las veces de almohada.



### CAPITULO IX.

**V**ERACRUZ es una ciudad fortificada ceñida por todas partes de una muralla y defendida por baterías regulares. Viniendo de tierra se penetra en ella por tres puertas; si por el mar, se llega por un soberbio muelle de piedra que se prolonga á una distancia bastante considerable. El muelle es de construcción moderna: cuando el sol ha desaparecido del Occidente detrás de las cordilleras de México, y la brisa del mar viene á refrescar el aire á la hora en que el comercio cesa su movimiento de cada día, se complacen en presentarse á los ojos de sus admiradores las bellezas de tez pálida de aquella ciudad.

Por un lado el oceano baña sus piés: gran número de casas tienen vista al mar; por todos los demas á muchas millas de distancia de las murallas, se estiende una llanura de arena á cuyos límites se elevan algunas colinas tambien de arena; que forman uno de los rasgos característicos de las costas del golfo de Méxic. Durante las altas mareas y cuando soplan los vientos del Norte, la mar cubre esta llanura, y la ciudad de Veracruz parece entonces enteramente aislada en medio de las ondas: sólo en un punto es diferente el aspecto del paisaje, y

se encuentra algun vestigio de vegetacion; árboles desmedrados y matorrales. Una línea negra se dibuja á lo lejos, es una floresta interior; por este lado alguna que otra casa se alza tambien por fuera de las murallas, y se ve una estacion de camino de hierro, un cementerio, un acueducto, un pequeño arroyo, pantanos y aguas estancadas.

Frente de la ciudad se levanta sobre un arrecife de coral, el célebre fuerte de San Juan de Ulua, situado á cerca de mil pasos del muelle; tiene un foro en uno de sus ángulos: sus murallas y el arrecife sobre que está construido (la Gallega) forma el puerto de Veracruz, puerto que no es á decir verdad, sino una rada protegida contra los vientos de Norte; al abrigo de este fuerte fondean los buques de comercio que siempre son en corto número.

Otro gran fuerte, el de la Concepcion domina el ángulo septentrional de la ciudad; otro, que es el de Santiago, la defiende del lado del Sur: un bastion circular armado de cañones de grueso calibre protege la plaza contra todo ataque de parte de la llanura y alcanza hasta las colinas de arena.

Bajo cualquier aspecto que se considere á Veracruz, sea que se la mire del lado del mar, sea que se la examine de lo alto de los terromonteros de arena del interior presenta una vista agradable: sus templos macizos, sus elevados campanarios, sus casas con minarettes, su arquitectura, mitad moderna mitad morisca; la falta de arrabales ó de cualquier otro objeto exterior capaz de atraer las miradas, todo contribuye á hacer esta gran ciudad digna de elogio y aun de admiracion. Los monumentos tienen un carácter tan pintoresco y el recinto de lavas contrasta de tal manera con su color subido sobre la brillante blancura de la arena que todo ello

parece á primera vista, haber sido dispuesto con el único objeto de asombrar las miradas é impresionar el alma. De mí, sé decir que esta perspectiva me traía involuntariamente á la memoria los grabados de las ciudades que yo habia examinado tantas veces durante el curso de mis estudios geográficos en el *Epítome* de Goldsmith.

El 10 á la caída del sol, nuestro ejército se puso en camino por entre las colinas de arena, avanzando división por división; regimiento por regimiento. Nuestra línea se extendía en forma de semicírculo irregular; los cazadores á pié y la infantería ligera perseguían al enemigo de colina en colina y lo desalojaban de los bosques en que se habia acampado, mientras que la columna principal continuaba su marcha tortuosa, ya introduciéndose en la profundidad de los desfiladeros, ya al contrario elevándose sobre la cima de altos cerros blancos, á manera de una gran serpiente que desarrollaba sus anillos.

Operábase el movimiento á tiro de cañon de la ciudad, no estando protegidos sino por los solos accidentes del terreno. De rato en rato, cuando un regimiento se presentaba en descubierto, sea atravesando un desfiladero, sea subiendo alguna colina, se oía retumbar la artillería de Santiago. El ruido continuo de las carabinas y de la mosquetería nos instruían bastantemente de que nuestros exploradores peleaban por franquearnos el paso: bien pronto una obra que estaba delante fué derribada á consecuencia de una carga brillante, y el pabellon americano flotó sobre las ruinas del convento Malibrán.

El 11 andúvimos la ruta de Orizava, y desalojamos las tropas ligeras del enemigo de todas las alturas circunvecinas: ellas se retiraban rápidamente

te hasta ponerse al abrigo de los cañones, y poco despues entraron en lo interior de las murallas.

La mañana del 12 habiamos acabado de cercar la plaza: formamos un semicírculo, cuyo punto central era Veracruz: un cinto de regimientos enemigos abrazaba la ciudad mexicana. Nuestra ala derecha habia plantado sus tiendas frente á la isla de Sacrificios, mientras que la izquierda se apoyaba en la aldea de Vergara: la otra parte del círculo estaba formada por el mar y defendida por una flota de buques de guerra.

El diámetro de la circunferencia se disminuía cada vez mas; las líneas de circunvalacion se acercaban progresivamente á la ciudad sitiada, hasta que al fin las empalizadas de los americanos se alzaron á lo largo de las colinas mas inmediatas de aquella á tiro de cañon de Santiago, de la Concepción, y de Ulloa.

Los sitiados y los sitiadores no estaban separados sino por una distancia de una milla á lo sumo.

El 12 por la noche, despues de la retreta, subí en compañía de algunos oficiales, una alta colina al pié de la cual serpentea el camino que viene de Orizava. Esta colina domina toda la ciudad de Veracruz.

Llegados á la cima despues de una penosa subida, nos paramos al abrigo de una roca.

Por mucho tiempo cada uno de nosotros vivamente impresionado por la vista de la escena magestuosa que se desarrollaba á nuestros piés, guardó un silencio profundo que no fué interrumpido sino por las vivas exclamaciones que nos arrancaron, á pesar nuestro, la sorpresa y la admiracion.

La luna brillaba en el cielo con un resplandor

que nos permitia distinguir hasta los menores contornos de este magnífico cuadro. A nuestros piés, en medio de una llanura de arena blanca se alzaba como por encanto la ciudad de Veracruz: por detras se estendia hasta perderse de vista, un mar de olas azules.

Las gruesas torres con sus cúpulas pintadas de brillantes colores, los torreones góticos y los minaretes moriscos llevaban nuestra mente á tiempos muy antiguos, mientras que un tamarin posado sobre alguna azotea, ó el ligero follage de alguna palmera elevándose por encima de una pared nos recordaban que estábamos cerca de una ciudad moderna de la América meridional.

Torres, campanarios, cúpulas, dominan las murallas: banderas de diversos colores flotan por todas partes; reconocimos los pabellones de los cónsules de Francia, de España y de Inglaterra.

Al otro lado de la ciudad veíamos las ondas transparentes venir á estrellarse blandamente contra los muros del fuerte de San Juan, formando en derredor de ellos una blanca faja de espuma.

Al Sud distinguimos la isla de Sacrificios y en medio de las rocas de coral que la rodean vimos balancearse como negros fantasmas los buques de nuestra flota.

Del lado de la tierra, fuera de la muralla de piedras volcánicas que rodea la ciudad se estiende una llanura tersa que se termina al pié del cerro, sobre el cual estamos colocados. A derecha é izquierda sobre la cresta de las alturas de Punta-Hornos hasta Vergara se prolonga una línea de formas negruscas: son las guardias americanas, cuyos centinelas van y vienen sumiéndose hasta las rodillas en un suelo de arena amarillosa.

En tanto que contemplábamos este espectáculo interesante, la luna desapareció de repente tras una masa de nubes. Las luces de la ciudad eclipsadas por su brillo, resplandecen ahora en la oscuridad y forman una decoracion nueva al cuadro que se desarrolla á nuestra vista.

Las campanas resuenan desde lo alto de los campanarios, tocan clarines en todas las calles, y se oyen de rato en rato los gritos de los centinelas que dicen: *¡Alerta, alerta!* preguntando las patrullas *¿Quién vive?*

Ya son conciertos armoniosos, voces de mujeres que se confunden con aquellos acentos: esta algazara nos indica que se entregan á la danza en alguna alegre asamblea calzadas de finas medias de seda tocando apenas con sus ligeros piés el suelo de la festiva sala.

Muchos de nosotros escitados por esta embelesadora armonía lanzamos sobre la ciudad sitiada miradas de envidia y nos preguntamos unos á otros con impaciencia *¿cuándo se dará el asalto?*

Proseguimos mirando; pero de repente un chorro de llamas se escapa horizontalmente de encima del parapeto de la Puerta Nueva.

—Tengan cuidado, gritó Twing.

Y al mismo tiempo se puso al abrigo detrás de un pequeño cerro de arena.

La mayor parte de nosotros seguimos su ejemplo; pero antes que pudiésemos ponernos á cubierto, un cuerpo pesado pasó cerca de nosotros con un ruido que denota una bala de á 24.

El proyectil hiere con fuerza una colina de arena á algunos pasos de allí, rechaza y se sepulta zumbando en medio de los cerros vecinos.

—Que vuelvan á empezar, dijo uno de los nuestros.

—Ese mozo ha perdido una cena con vino de champaña, añadió Twing.

—Sí, tanto mejor, repuso otro oficial, cuanto que erró el tiro.

—Y en verdad, debía pagar también las ostras, dijo Clayley.

—Cállese vd. Clayley ó por vida mia, lo haré á vd. saltar por encima de las murallas.

Esta última reflexion salió de Hennessey, cuyo mal humor se escitó con solo oír nombrar la champaña y las ostras, recordándole por contraste el bizcocho y el puercó salpicado de arena á que estábamos condenados hacia muchos dias.

—¡Ea! que empiezan de nuevo! exclamó Twing, cuyos ojos no se habian apartado de la muralla.

—Es una bomba, señores; á tierra; y démosle tiempo de reventar, continuó en tanto que él mismo y muchos oficiales se echaron con la cara vuelta al suelo.

La bomba pasaba al mismo tiempo por sobre nosotros silvando y describiendo en el aire su curva graciosa y brillante.

Casi al mismo tiempo cayó tan cerca de nosotros, que pudimos oír distintamente el ruido que hacia ardiendo en la arena.

El mensajero de la muerte rodó hasta el pié de una guardia situada á poca distancia de nosotros. Estupefacto al ver llegar este proyectil, que tuvo quizás por una bala de cañon, el soldado en centinela no hizo el menor movimiento para evitar el efecto de sus terribles estallidos.

—Es cosa muy difícil para ellos apoderarse de la colina, dijo un jóven oficial.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando oímos un sordo zumbido semejante á un cañonazo que saliera debajo de nuestros piés: el suelo se abrió como en un temblor de tierra y la arena, arrojada á lo lejos por la fuerza del golpe, llegó á herirnos en la cara.

Una nube de polvo cubrió en un momento el lugar de la esplosion. A este tiempo apareció de nuevo la luna, el polvo se disipó poco á poco y pudimos ver el cuerpo mutilado del pobre centinela tendido sobre el costado de la colina, á treinta pasos de distancia de la guardia.

Un grito de triunfo partió de la muralla de la Concepcion, de cuyo fuerte habia salido la bomba.

Afligidos por esta circunstancia, desolados sobretudo por haber atraído con nuestra imprudencia la atencion del enemigo, y causado involuntariamente el desgraciado suceso de que acabábamos de ser testigos, nos dispusimos á dejar la colina, cuando un grito de alerta salió de una espesura de malezas.

Provenia sin duda del chaparral, cerca de un cuarto de milla mas arriba del campo, y cosa singular! un escopetazo partido casi simultaneamente de la Puerta-Nueva parecia indicar que el grito era una señal convenida á la cual contestaban de la ciudad por otra señal igualmente concertada de antemano.

Al mismo tiempo uno de á caballo salió del bosque, dirigiéndose hácia los cerros de arena. A los dos ó tres saltos el soberbio corcel que montaba, ganó la cresta de la colina donde yacian los restos inanimados de nuestro pobre soldado. Y así que llegó á este paraje, el ginete paró súbitamente su caballo y pareció estar un momento perplejo sobre

si debia avanzar ó retroceder. Nosotros tomándole por uno de nuestros oficiales le mirábamos inmóviles y asombrados, no comprendiendo lo que podia determinarle á galopar así á aquella hora.

—¡Por Dios! ¡es un mexicano! dijo de repente Twing á tiempo que el caballero se distinguia mas claramente al rayo de la luna.

Antes que nadie hubiere podido responder al Mayor, el singular jinete se lanzó de golpe á la izquierda, cogió una pistola, tiró en medio de nosotros, y metiendo las espuelas en el vientre de su caballo partió á galope por entre dos colinas de arena.

—¡Sois una cáfila de imbéciles Yankees! nos dijo en alta voz al desaparecer por el desfiladero.

Media docena de fusilazos contestaron á esta impertinente allocucion: pero el caballero estaba ya fuera del alcance de las pistolas mucho antes que hubiésemos vuelto del asombro que nos habia causado su audacia.

Pocos minutos despues vimos al hombre y al caballo galopando cerca de los muros de la ciudad, percibiéndose como un punto en la llanura; luego oímos un ruido sordo de puertas que se abrian y cerraban. Era la Puerta-Nueva que daba paso al jinete.

Ninguno de nosotros fué tocado por la bala de la pistola, pero no por esto estábamos menos furiosos y bajamos de la colina llenando al enemigo de imprecaciones.

—¡Há reconocido vd. esa voz, capitán, me preguntó Clayley al volver al campo?

—Sí.

—¿Y quien cree vd. que sea?

—Dubrosc.

## CAPITULO X.

EL MAYOR BLOSSOM.

AL entrar en el campo encontré á la puerta de mi tienda un ordenanza á caballo.

—De parte del general, me dijo el soldado llevando la mano al sombrero y presentándome una carta cerrada.

Tomé la carta y el ordenanza partió en seguida sin esperar respuesta.

Rompí el sello y leí con placer:

“Señor:—Mañana á las cuatro de la madrugada se reunirá vd. con cincuenta hombres al Mayor Blossom.—De su orden.—Firmado A. A. A. G.—Al Capitan Haller, Comandante de la Compañía de Tiradores.”

—El viejo Blossom! ¡ah! le conozco, es el gefe de cuartel de la vanguardia, dijo Clayley, mirando al mismo tiempo que yo el contenido de la orden.

—Probablemente será para ir á las trincheras; á fe mia, tengo bastante . . . . .

—Si fuera para eso hubieran elegido á otro y no á Blossom; por ejemplo, al valiente Daniel. Con éste podriamos estar seguros de un buen lance; pero esa vieja ballena de Blossom, si apenas puede te-

si debia avanzar ó retroceder. Nosotros tomándole por uno de nuestros oficiales le mirábamos inmóviles y asombrados, no comprendiendo lo que podia determinarle á galopar así á aquella hora.

—¡Por Dios! ¡es un mexicano! dijo de repente Twing á tiempo que el caballero se distinguia mas claramente al rayo de la luna.

Antes que nadie hubiere podido responder al Mayor, el singular jinete se lanzó de golpe á la izquierda, cogió una pistola, tiró en medio de nosotros, y metiendo las espuelas en el vientre de su caballo partió á galope por entre dos colinas de arena.

—¡Sois una cáfila de imbéciles Yankees! nos dijo en alta voz al desaparecer por el desfiladero.

Media docena de fusilazos contestaron á esta impertinente alocucion: pero el caballero estaba ya fuera del alcance de las pistolas mucho antes que hubiésemos vuelto del asombro que nos habia causado su audacia.

Pocos minutos despues vimos al hombre y al caballo galopando cerca de los muros de la ciudad, percibiéndose como un punto en la llanura; luego oímos un ruido sordo de puertas que se abrian y cerraban. Era la Puerta-Nueva que daba paso al jinete.

Ninguno de nosotros fué tocado por la bala de la pistola, pero no por esto estábamos menos furiosos y bajamos de la colina llenando al enemigo de imprecaciones.

—¡Há reconocido vd. esa voz, capitán, me preguntó Clayley al volver al campo?

—Sí.

—¿Y quien cree vd. que sea?

—Dubrosc.

## CAPITULO X.

EL MAYOR BLOSSOM.

AL entrar en el campo encontré á la puerta de mi tienda un ordenanza á caballo.

—De parte del general, me dijo el soldado llevando la mano al sombrero y presentándome una carta cerrada.

Tomé la carta y el ordenanza partió en seguida sin esperar respuesta.

Rompí el sello y leí con placer:

“Señor:—Mañana á las cuatro de la madrugada se reunirá vd. con cincuenta hombres al Mayor Blossom.—De su orden.—Firmado A. A. A. G.—Al Capitan Haller, Comandante de la Compañía de Tiradores.”

—El viejo Blossom! ¡ah! le conozco, es el gefe de cuartel de la vanguardia, dijo Clayley, mirando al mismo tiempo que yo el contenido de la orden.

—Probablemente será para ir á las trincheras; á fe mia, tengo bastante . . . . .

—Si fuera para eso hubieran elegido á otro y no á Blossom; por ejemplo, al valiente Daniel. Con éste podriamos estar seguros de un buen lance; pero esa vieja ballena de Blossom, si apenas puede te-

nerse derecho sobre la silla; ¿qué quiere que hagá-  
mos con él?

—Pronto saldremos de la duda. Dé vd. órden al  
sargento de que los hombres estén prontos para las  
cuatro.

Atravesé el campo en busca de la tienda de Blossom y no sin trabajo llegué al fin á descubrirla bajo un bosque de árboles fuera del alcance de los proyectiles de Veraacruz. Encontré al mayor sentado en una ancha poltrona de Campeche, que se habia proporcionado en alguna hacienda vecina, y que a buen seguro nunca habia estado tan bien ocupada como ahora.

Si tratase de hacer una descripcion completa de este personaje, necesitaria para ello un capítulo entero. Así me limitaré á dar alguna idea al lector, á decir que era un hombre grande y gordo, muy gordo y de buena presencia conocido entre sus compañeros de armas por el apodo del *Mayor jurador*.

Si habia alguno en todo el ejército que gustase de portarse bien, era el mayor Blossom, y si alguien detestaba ver perturbado su reposo era tambien el mayor Jorge Blossom. Odiaba á los mexicanos como á los mosquitos, á los escorpiones, á las serpientes, á los torbellinos de arena y á los demas enemigos de su bienestar, y el modo con que hablaba de sus adversarios y les echaba fieros, le hubiera merecido sin disputa, por su originalidad, una plaza distinguida en el célebre ejército de Flandes.

El mayor Blossom era un contraamaestre en toda la estension de la palabra; porque ocupaba mas plazas y cuarteles que cuantos habia en el ejército, sin exceptuar el del general en gefe; y cuando veinticinco libras de bagaje bastaban sobradamente para los mas valientes y mejores oficiales, él necesi-

taba un tren nada menos que de artillería para trasportar su equipaje, comprendiendo en él su graciosa persona.

Al entrar en su tienda le encontré preparándose para cenar. Los platos que tenia á la vista formaban un singular contraste con los que servian de alimento á todo el ejército: no presentaban el menor riesgo de que el mayor se espusiese á romperse los dientes contra algun grano de arena mezclado en su puerco salado, ó contra algun fragmento de roca arrojado por una bomba al fondo de su taza de café; habiendo tomado nuestro hombre, para evitar todos estos accidentes, las mas prolijas precauciones.

Una buena tajada de salmon, una ala de pavo fria, un plato de lenguas rebozadas, y un jamon de Virginia formaban el fondo de la cena del mayor: como accesorio se alzaba sobre la mesa una cafetera de Francia conteniendo esencia de moka en ebullicion: á su lado estaba una gran copa de plata que de rato en rato llenaba hasta los bordes, y cerca de su mano derecha una botella de aguardiente, á la que hacia frecuentes visitas.

—¿Está ahí el mayor Blossom? pregunté.

—Soy yo, murmuró el hombre gordo por entre dos bocados.

—He recibido la órden de presentarme á vd., señor.

—¡Ah! ¡mal negocio! ¡mal negocio! dijo el mayor añadiendo algunos juramentos para dar mas peso á su asercion.

—¿Cómo, señor?

—Sí, muy mal negocio; servicio peligroso. ¿No ve vd. que ellos quieren deshacerse de mí?

—He venido, mayor, para saber la naturaleza

del servicio ordenado, á fin de poder disponer de mis hombres en consecuencia.

—Un diablo de servicio muy peligroso.

—¿Cuál es?

—Un degüello infernal: hay millares de bellacos en todos los matorrales, donde echan por tierra á un hombre en un abrir y cerrar de ojos. Esos diablos de pieles amarillas son peores que.....

Aquí el mayor soltó una palabra que el respeto que tengo para el lector me obliga á no repetir.

—¿No vé vd. que quieren deshacerse de mí? Tengan á la mano á Hien, Waine, Wood, Allen y á tantos otros: yo no estaba en turno; pero el general quiere que me asesinen: seremos devorados por los cien piés sin que sea preciso ni un solo fusilazo para destruirnos. Quisiera que el chaparral fuese....

Y prorumpió en nuevas exclamaciones que creo prudente reservar.

Conocí que seria inútil molestarle hasta que pasase la primera andanada de su mal humor, y déjéle, sin decir palabra, anatematizar á su gusto las malezas y chaparrales, satisfecho con comprender despues de todas sus exclamaciones que el servicio para el que era llamado consistia en una excursion fuera del campo. Pero aparte de esto, no pude comprender nada acerca del objeto de nuestra expedicion en medio de las estravagancias á que el mayor se abandonó durante algunos minutos.

En fin, encontré ocasion de insinuarle el objeto de nuestra visita.

—¿Lo que vamos á hacer? replicó el mayor: vamos á recorrer el campo en busca de mulas: ¡sí, de mulas, por vida mia! Y sabe Dios si se encontrará una en diez leguas de contorno, una sola que no lleve sobre su lomo á algun mexicano de piel ama-

rilla. ¡Oh! no faltarán; ¡ah! ¡los voluntarios son de la partida! Harán bien en proveerse de todo lo que necesiten para pasar la montaña, porque en este pícaro país, no hallarán á ningun precio ni un pié de apio, ni una cabeza de cebolla.

—¿Cuánto tiempo cree vd. que debemos estar fuera?

—¿Cuánto tiempo? ¡Un solo dia! y si pasare la noche en ese maldito chaparral, quiero que lobos me coman; si no encontráremos mulas antes del anochecer, vaya por ellas quien quiera.

—Entonces voy á que les den una racion para un dia, dije al mayor.

—Para dos dias, para dos dias, pues la gente de vd. podria tener hambre. Roberto, el oficial de los tiradores, que conoce muy bien el campo, me ha asegurado que no se encuentra en él con que alimentar á un gato. Así, dé vd. orden de que tomen galleta para dos dias. Por lo que respecta á la carne, es inútil cargarla, porque la hay en las haciendas, aunque á decir verdad, prefiero un bife steak comprado en los mercados de Filadelfia á cuantos bueyes contiene México. Al diablo con sus bueyes; son duros como caballos.

—Así, mayor, á las cuatro estaré con vd., le dije disponiéndome á partir.

—Quédese vd. un poco, capitán: yo no podria dormir con todo ese tráfigo y laberinto en la cabeza; un rato mas. ¿Cuántos hombres tiene vd.?

—Cuento ochenta en mi compañía; pero en la orden está que traiga cincuenta.

—¿Cincuenta! ¡no le decia á vd. que quieren asesinarme? No ven la hora de deshacerse del viejo Blossom. ¡Cincuenta hombres! cuando hemos visto en la llanura mas de mil de esos cueros amarillos!

¡Cincuenta hombres! ¡Gran Dios! ¡cincuenta hombres! bella escolta por cierto para registrar el chaparral.

—Pero le prometo á vd., mayor, cincuenta hombres escogidos que valen por ciento á lo menos.

—Aun cuando valiesen por quinientos, no serian bastantes. Le digo á vd. que el chaparral está lleno, lleno como. . . . (Aquí el mayor nombró cierto lugar de tormentos, cuyo nombre venia con mucha frecuencia á sus labios).

—Marcharemos con las mayores precauciones, le repliqué.

—Vayan al diablo las precauciones: antes bien, tráigalos vd. todos con sus tambores y trompetas.

—Pero, mayor, eso es contrario á las órdenes del general.

—Vayan al diablo las órdenes del general: muy buenas cosas hará vd. si va á seguir las órdenes del general. Tráigalos vd. todos, le digo, siga mis consejos; si no, á fé mia, no respondo de la vida de uno solo, ¡Cincuenta hombres!

Iba á partir, cuando el mayor me detuvo diciendo: verdaderamente he perdido el juicio: dispéñseme ud., capitan; pero esa maldita comision me absorbe hasta tal punto que. . . . En fin, ¿qué quiere vd. beber? Aquí tiene excelente aguardiente.

Mezclé agua en el aguardiente, y el mayor hizo lo mismo de su parte, y despues de haber bebido á nuestra salud respectiva, nos separamos deseándonos buena noche.

## CAPITULO XI.

### REGISTRO DEL CHAPARRAL.

ENTRE las costas de México, y el pié de la gran cadena de los Andes, se encuentra una vasta extension de tierra baja; en ciertos puntos esta faja no tiene menos de cien millas de ancho, pero generalmente no cuenta mas de cincuenta. El carácter ardiente de esta zona le ha hecho dar en el país el nombre de *Tierra caliente*: está cubierta casi por todas partes de espesas florestas, en las cuales se halla la palmera, el tacayú, el aguacate, el bambú, la liana y otros parásitos gigantescos. Entre las plantas que crecen á la sombra de estos grandes vegetales, se ven el alóe espinoso, la pita y el mescal salvaje: cactus de formas diversas, y un gran número de flores apenas conocidas de los botánicos, se hallan igualmente á cada paso. En los bajos fondos se estienden pantanos de agua estancada, del seno de los cuales se elevan altos cipreses coronados de guirnaldas de muzgo. Estos pantanos son focos de pestilencia, de donde se escapan miasmas pútridas, que llevan á lo lejos el terrible vómito, y como region mal sana, está poco habitada, y tan solo de algunos hombres descendientes de razas africanas que no se encuentran en otras provincias. En la ciudad

existen, es verdad, aunque en pequeño número, mulatos y mestizos de cabellos negros largos y flotantes; pero en los establecimientos esparcidos en el campo es donde viven los individuos provenientes del cruzamiento de los negros con los habitantes primitivos del país llamados zambos.

En el interior del mismo, á lo largo de las costas, detrás de Veracruz, esta poblacion pasa una vida perezosa y medio salvaje, se compone de pequeños labradores, pastores, pescadores ó cazadores.

Al atravesar las florestas, algun claro se presenta de vez en cuando á los ojos del viajero, donde el terreno presenta huellas de un grosero cultivo: es un campo pequeño imperfectamente desmontado, cercado con una mala enpalizada, y en el cual crecen confundidos la patata, el chile, el melon y la calabaza: en uno de sus ángulos se levanta ordinariamente una miserable choza en forma de cobertizo: algunas bigas plantadas verticalmente en tierra, sostienen otras que están colocadas horizontalmente por encima de las cuales se extiende un techo de hojas de palma que apenas basta para ponerse al abrigo de los rayos del sol, y esta es toda la habitacion.

Bajo este pobre asilo vive toda una familia humana, hombre, hijos, mujeres: un mal pedazo de lienzo crudo atado al rededor de los riñones, forma todo el vestido de aquellos desgraciados: el resto de su cuerpo está enteramente desnudo y presenta á la vista una piel muy morena ó casi negra; sus cabellos crespos y lanosos. No son ni negros, ni indios, sino zambos; es la mezcla de las dos razas. Los vestidos que se ponen alguna vez, son groseros; sus facciones vastas y deformes, pudiéndose reconocer los sexos á cierta distancia con suma dificultad;

aunque una vista ejercitada los distingue, sin embargo, por ciertas señales. Los que se balancean perezosamente en las hamacas ó yacen tendidos sobre algun pedazo de estera, son los hombres; por el contrario las mujeres, están de pié las mas veces, ocupadas en los quehaceres de su pobre menaje; de vez en cuando los primeros estimulan por algunos latigazos la actividad de las últimas, y es la única manera que tiene el hombre para acreditar su superioridad sobre la mujer.

Algunos instrumentos groseros abren el suelo, el metate con el cual se raspa el maiz destinado á hacer las tortillas: ollas ó vasos de tierra roja, algunas sillas de calabazas, una ó dos hachas groseras, un machete, algunos odres que sirven de botellas, una gruesa silla de montar, una brida, un lazo, algunas vainas de pimienta colgadas en sartas á una percha y un saco de maiz en un rincon, son todos sus muebles y provisiones.

Un perro flaco que duerme delante de la casa, un caballo ético atado al pié de un árbol, un par de asnos, y á veces una miserable mula asmática paciendo en un vallado cercano hé ahí toda la riqueza del zambo.

Por lo comun saborea las dulzuras del *far niente*, mientras que su mujer se entrega al trabajo; siendo de poca importancia el que basta para los dos. La pereza y el abandono parecen reinar como dueños absolutos sobre su morada y dependencias: las patatas dulces los melones, los chiles medio ocultos entre las yerbas del jardin, brotan casi sin cultivo, y el calor benéfico del sol, mas bien que los cuidados del propietario, son los que conducen estos frutos á su madurez.

Un nuevo claro se abre, un cuadro de distinto gé-

nero hiera la vista del observador. Aquí todo presenta las huellas de un cultivo mas adelantado, bien que no por eso deja de notarse la indolencia y abandono del dueño. Este establecimiento es el que se llama *rancho* (pequeña casa de campo, ó bien el de *vaquero*, pastor de ganados). Su habitacion es casi una casa comun con paredes y un techo en declive; aquellas son de una construccion particular, y están formados de gigantescos bambués ó con perchas enclavadas del *touquiera splendens*. Estas estacas se hallan reunidas entre sí por cuerdas de alóes ó pita, formando tal conjunto una especie de claraboya que deja circular el aire libremente. Semejantes construcciones tienen por objeto preservar, no del frio, sino del calor. El techo, formado de hojas de palmera, está guarnecido en derredor por grandes bambués huecos y partidos en dos que sirven de canal para recoger el agua de la lluvia, dón precioso y tan raro bajo los trópicos.

Esta construccion, de algun modo aérea, tiene un carácter mas pintoresco aún que las graciosas que-  
seras de la Suiza. Los muebles que la adornan son muy sencillos: no hay mesa sino algunas sillas formadas de un charo grosero que mantiene un fondo de estera de junco: algunos lechos de bambú, un molino para raspar el maiz, esteras de palma, cestos de la misma materia, un pequeño hogar construido en medio del suelo como un altar, un bandolin colgado de la pared, una silla de montar de cuero labrado, con adornos de plata y planchas de cobre, una brida de crin con su bocado á lo mameluco, una escopeta y una espada llamada *machete*, un gran número de vasos cubiertos de pinturas, tazas, copas; tales son los muebles de un rancho de la

*Tierra caliente*. Los cuchillos, los tenedores y las cucharas son allí un lujo desconocido.

Si el ranchero no está en el umbral de su puerta, es porque anda rodando por alguna parte sobre su caballo vivo ó infatigable de que hace su inseparable compañero. El ranchero es por lo comun ó un español neto, ó un *mestizo*: rara vez es indio puro: los de esta raza son designados mas comunmente con el nombre de *peones* ó labradores; el término de ranchero se aplica principalmente á los que tienen en las venas sangre europea.

El ranchero es un personaje singular; la rareza de su porte contribuye mucho á darle este carácter; su tez es aceitunada, sus cabellos negros como el azabache; sus dientes, por el contrario, blancos como el marfil. La mayor parte del tiempo lleva bigotes, pero rara vez tiene ocasion de pintarselos ó de retorcérselos. Sus patillas crecen como aquellos, espesas, y por lo comun sin orden, á manera de los matorrales: sus calzones, que llama *calzoneras*, son de terciopelo color verde ó negro, abiertos de cada lado, teniendo el fondo y el interior forrados de badana para proteger las piernas contra las picaduras de los cactus y otras plantas espinosas que pueblan el chaparral. Una hilera de botones en forma de campanillas, las mas veces de plata, sirve para cerrar las calzoneras, cuando la temperatura exige esta precaucion. Debajo de ellos, y junto á la piel, lleva el ranchero un vestido ancho de tela fina de algodón, llamado *calzoncillos*, cuyos largos flecos se escapan por las aberturas de los calzones de terciopelo, y contrastan agradablemente con el sombrío color de este vestido. Una faja de seda, las mas veces color de escarlata, rodea el talle; sus puntas guarnecidas tambien de fleco caen con gracia sobre

las nalgas; un cuchillo de caza está metido por encima de esta faja; la parte superior del cuerpo va cubierta de una pequeña túnica ó chaqueta de terciopelo con botones de metal, y de bordados brillantes: en su pecho lleva una camisa fina de batista blanca trabajada y picada con cuidado; en su cabeza un gran sombrero de anchas alas adornado de galones de plata y de cordones que penden de cada lado de las orejas: sus piés, calzados con grandes botas de cuero crudo á las que van sujetas grandes espuelas con campanillas. Jamás se le vé sin su *sarape*, gran manta que le sirve á la vez de cama, de capa, de cobertura y de quitasol.

La mujer del rancho no es menos notable que su marido: su tren consiste en una basquiña ó camisa de color brillante bien ajustada á su talle: sus piernas desnudas, pudiéndose admirar en toda su gracia los piés españoles, cuya pequeñez es proverbial; los brazos, el cuello y una parte de su seno están también desnudos; pero otra parte oculta por una banda de gris azulado llamada *rebozo*, que cubre igualmente la cabeza y la cara.

El rancho pasa una vida tranquila y libre, y pocos cuidados le inquietan: es el mejor ginete del mundo; así no deja su caballo sino rara vez. Como el árabe, á caballo y con la carabina al hombro, es como conduce sus ganados delante de él, sea por monte, sea por llano. Cuando se decide á ir á pié, es para expediciones sin importancia. Sus pasatiempos consisten en cantar, acompañándose con la guitarra, algunos antiguos romances de Andalucía: sus vicios son el cigarrito aguardiente de mescal y el fandango.

Tal es el rancho de la *Tierra caliente*, alrededor de Veracruz: tal el que se encuentra sobre to-

dos los puntos de México desde sus límites mas septentrionales hasta el istmo.

En la Tierra caliente habita asimismo el rico cultivador de algodón, el de la caña de azúcar, el de cacao, así como el que especula sobre el cultivo de la vainilla. Su casa es la *hacienda*, morada mas animada y opulenta que la del rancho. Ella está rodeada de campos abiertos y cultivados á los cuales llevan el agua de algun arroyo vecino canales de irrigacion. Allí es donde se alza el cocotero; allí del húmedo suelo sale el banano majestuoso, cuyas inmensas hojas se extienden en forma de vastos parasoles, árbol tan útil como agradable. Es por su belleza uno de los mas graciosos ornamentos de los países tropicales; al mismo tiempo que su fruta de sabrosa pulpa suministra uno de los mas gustosos manjares de estas ardientes comarcas.

En medio de los campos cubiertos de una vegetacion abundante se alza un edificio de alegre aspecto: paredes poco elevadas, blancas, ó de un color vivo, cercan los contornos, un pequeño campanario le domina; es la hacienda del cultivador, el rico ó señor de Tierra caliente; allí tiene su castillo y su capilla.

Al acercarse á su habitacion, cuadros de industria campestre se desarrollan á la vista: peones vestidos de algodón blanco y de tela cruda trabajan en los campos; sus cabezas están cubiertas con grandes sombreros tejidos con el tallo de la palmera; sus piernas desnudas y sus piés calzados de groseras sandalias que se atan á aquellas con correas de cuero; estas sandalias se llaman *guaraches*. Su piel es morena, sin ser negra, sus ojos brillantes y salvajes, sus miradas graves y solemnes, su cabellera espesa y negra como ala de cuervo. Cuando caminan, sus

piés se vuelven un poco hácia dentro, y son los mismos hombres que se encuentran en las ciudades conduciendo el agua y la madera necesarias al consumo: los indios civilizados, *indios mansos*, verdaderos esclavos que no tienen de libre sino el nombre, aunque su independencia está escrita en las leyes de México. Estos peones ó trabajadores son los siervos del país, los descendientes de la raza conquistada, de aquella que en otro tiempo poseyó el Anáhuac.

Tal es, en resúmen, la poblacion de la *Tierra caliente* de México, por los alrededores de Veracruz, que difiere poco de la de las altas llanuras: tiene los mismos usos, las mismas costumbres, las mismas hábitos y en realidad son de la misma raza que todas las que pueblan la América española. La diferencia de clima es tan solo la que ha producido los caracteres particulares que distinguen unos de otros á estos hijos de una misma patria.....

Al día siguiente de mi entrevista con el mayor jurador, no bien aclaraba, cuando un hombre se presentó á la entrada de mi tienda: era el sargento Bob Lincoln.

—La gente está sobre las armas, capitán.

—Muy bien, dije saltando al suelo de mi lecho y poniéndome en actitud de vestirme.

Miré á fuera: la luna brillaba aún con todo su esplendor y percibí á la luz de sus rayos cierto número de hombres uniformados que formaban como para la revista, dos hileras. Justamente en frente de mi tienda estaba un joven y un caballo pequeño: el niño era Jack, como le llamaban los soldados; y su caballo que tenia el nombre de Twidget.

Jack estaba vestido de una corta chaqueta color

verde, adornada de un galon amarillo y abotonada sobre el pecho, y un pantalon verde claro con fajas y mitad llano: cubria su cabeza un gorro de soldado, debajo el cual salia una profusion de cabellos rizados: un sable de diez y ocho á veinte pulgadas de largo, y un par de grandes espuelas mexicanas completaban su traje.

Armado y equipado así, el pequeño Jack presentaba en miniatura un retrato muy exacto de los tiradores.

Twidget tenia tambien sus particularidades: era un animal vivo y pequeño muy flaco, pero con la cualidad inestimable de poder vivir por un tiempo indeterminado con habas y hojas de cactus. Se presentaron frecuentes ocasiones de poner á prueba esta preciosa frugalidad, cual fué, entre otras, durante las batallas que tuvieron lugar en el valle de México, en una de las cuales Jack y Twidget se se encontraron separados, y este último tuvo que pasar cuatro días en la bodega de un convento ruinoso, sin tener á su alcance mas que piedras y un mortero.

¿De dónde le venia ese nombre de Twidget? nadie lo ha sabido hasta ahora: fué sin duda puro capricho de su dueño.

Quando me presenté á la puerta de mi tienda, Jack, que me percibió, se apeó de su silla mexicana, y se allegó á mí para servirme el desayuno: así que concluí de comer me dirigí en silencio con mi tropa por en medio del campo aun sumido en el sueño. Poco despues se reunió con nosotros el mayor montado sobre un gran caballo flaco seguido de un doméstico llamado Doc que llevaba consigo un saco de maiz para el caballo y un gran cesto con pro-

visiones de boca para su amo; esta preciosa jaca no dejaba nunca el mayor; era su *vade-mecum*.

Llegamos bien pronto al camino de Orizava: el mayor y Jack estaban al frente de la columna, y no pude menos de sonreirme del contraste que formaban entre sí estos dos ginetes: el primero, sobre su gran caballo seco, parecía á los rayos del crepúsculo, uno de aquellos gigantescos centauros de que nos habla la fábula, al paso que Jack y Twidget presentaban naturalmente al espíritu la idea de dos habitantes de Lilliput.

Al dar vuelta á un ángulo de la floresta vimos á un jinete en el camino á alguna distancia delante de nosotros. De repente el mayor detuvo su paso para esperar la columna, en medio de la cual se colocó; esta maniobra la ejecutó con mucha naturalidad; pero no por eso quedé menos convencido de que la vista del mexicano á caballo le había causado cierto pavor.

El jinete resultó ser un zambo que iba en busca de cierto ganado que se le había ido al *corral* vecino: preguntéle acerca del objeto principal de nuestra expedición: el zambo me señaló el Sud, diciéndome en español que encontraríamos en esta dirección gran cantidad de mulas.

—Hay muchas, muchísimas, me dijo mostrándome con el dedo un camino que atravesaba los bosques situados á nuestra izquierda.

Con arreglo á esta indicación, tomamos el camino en cuestión, que bien pronto se redujo á un sendero muy estrecho; viéndonos precisados á marchar en fila, lo que en el país se llama andar á lo indio. La senda que recorrimos era muy sombría, estando obscurecida por grandes árboles que se encorvaban en bóveda por encima de nuestras cabezas.

De rato en rato las ramas de los árboles, unidas entre sí por plantas parásitas, se acercaban de tal modo al suelo, que el mayor se veía obligado, para evitarlas, á inclinar su gran cuerpo sobre el pomo de la silla, y aun por dos ó tres veces tuvo que apearse y andar á pié por en medio de malezas cuyas espinas le despedazaban las megillas, lo que no hizo sin echar fieros, como es de creer.

Sin embargo, continuamos adelantando sin ruido y el silencio casi no se interrumpía sino por las imprecaciones del mayor, aunque no las pronunciaba sino en voz baja porque andábamos por bosques, y esta circunstancia le hacía muy circunspecto.

Después de haber caminado largo tiempo de esta suerte, se ensanchó por fin la senda y nos hallamos en una pequeña pradera ó claro al extremo de la cual se alzaba un otero cubierto de matorrales.

Dejando la tropa al pié de esta eminencia, subí á la cima para tomar conocimiento del país circunvecino. Hacia entonces gran calor y un sol magnífico se reflejaba en las aguas transparentes del golfo: sus rayos, hiriendo las olas, daban á la líquida superficie reflejos metálicos que me deslumbraron al principio, no permitiéndome hasta pasados unos instantes, distinguir los mástiles de los buques y las torres de la ciudad.

Al Sud y al Oeste se extendía una vasta campiña descubierta, adornada de todo el lujo de la vegetación tropical: eran campos de verdura, y florestas de un verde mas sombrío con largos claros donde las hojas de los árboles producían vislumbres amarillos y de color de bronce: de trecho en trecho se veía brillar como una cinta de plata; era el reflejo de algun lago apacible ó de alguna corriente de agua silenciosa. En una palabra, tenía á mi vista

un espectáculo tan magnífico que no me atrevo á describirlo.

Al pié de la misma colina estaba una vasta floresta, y mas allá de sus límites que señalaban palmeras de elegante follaje, se extendía una gran pradera, por medio de la cual pasaban numerosos ganados. La distancia no me permitía determinar con exactitud la especie de estos animales, pero ciertas formas particulares me hacían esperar, sin embargo, que halláramos en esta dirección los objetos de nuestras pesquisas.

Dirigámonos, pues, á aquella pradera.

Para llegar á ella nos era preciso atravesar la floresta de que acabo de hablar, y con esta mira nos metimos por un sendero que parecía deber terminar en la misma.

A medida que avanzábamos, el bosque se tornaba mas espeso, y la senda iba desapareciendo: á alguna distancia encontramos un pequeño arroyo, donde se borró completamente, no distinguiéndose la mas ligera señal de camino sobre la ribera opuesta. El suelo estaba cubierto de malezas, de viña salvaje y de grandes yerbales con flores rojas, presentando todo una especie de muralla insuperable.

Esto era extraño; evidentemente el sendero conducía hasta allá; ¿cómo no proseguía mas lejos? Muchos hombres se pusieron á buscar un paso, y al cabo de algunos minutos, una exclamación de Lincoln nos advirtió del buen éxito de su solicitud. Acerquéme al lado del cazador, y lo encontré ocupado en tirar hácia él un tejido de matorrales y de lianas, detrás del cual pude distinguir una estrecha vereda, pero perfectamente trazada, que conducía al interior de la floresta: las ramas quitadas por

Lincoln habían obstruido la entrada de tal modo, que no se hubiera podido creer que la mano del hombre las hubiese colocado allí de intento: huellas de caballerías estaban aún visibles sobre el arenoso suelo de este angosto sendero.

Penetraron unos detrás de otros: solo el mayor Blossom encontró alguna dificultad á causa de su elevada estatura y de las gigantescas proporciones de su caballo: aparte de este ligero inconveniente, avanzamos con felicidad por debajo de la sombra espesa de los árboles.

Guardábamos siempre el silencio mas profundo despues de una jornada de muchas millas, durante la cual encontramos algunos arroyos y nos vimos precisados á abrirnos una ruta por entre los grupos de nopales y de cactus: vimos extenderse delante de nosotros un gran espacio libre: vestigios de cultivo se distinguían aún sobre este terreno, aunque parecía haber estado abandonado hacia muchos años: flores de todos colores habían brotado mezcladas con las malezas: bosques de rosales floridos, grupos de heliantas amarillas, de cocoteros y bananos salvajes formaban en este paraje un contraste tan pintoresco como agradable. Sobre uno de sus lados, á la orilla de la floresta, se alzaba un techo medio oculto en el follaje: á este punto nos dirigimos por un sendero cercano de dos *guarda rayas* de naranjos, cuyas ramas se reunían sobre nuestras cabezas formando una bóveda odorífera.

Los rayos del sol penetraban por entre este techo florido, de donde se escapaban perfumes que embalsamaban el aire.

El canto de los pájaros formaba en torno de nosotros un concierto delicioso, y la belleza de esta

escena se realzaba mas por el aspecto de un paisaje inculto y casi salvaje.

Llegados cerca de la casa, hicimos alto y yo, habiendo ordenado á mis hombres que guardasen silencio, me adelanté solo para hacer un reconocimiento.

## CAPITULO XII.

### ENCUENTRO DE UN CAIMAN.

EL sendero iba á dar á un prado, pero un cerco espeso de jazmin obstruía á la vez el paso y la vista.

—En el interior de este círculo se alzaba la casa, de la que solo por fuera se podia distinguir el techo.

No hallando en la cerca de jazmin ninguna abertura que me diese paso, aparté algunas ramas con mis manos y miré adentro: lo que ví era tan singular que apenas pude creer á mis ojos, y me figuré al principio ser el juguete de un sueño.

Sobre la cresta de una pequeña eminencia se alzaba una casa construida de tal manera que no habia visto nunca otra por el estilo: las paredes, si se les puede dar este nombre, estaban formadas de bambús plantados verticalmente y ligados entre sí por fibras de pita: el techo de hojas de palmera se avanzaba en forma de colgadizo presentando el as-

pecto de un cono, que terminaba una pequeña cúpula de madera con una cruz sobrepueta: el edificio carecia de ventanas; ¿ni qué necesidad tenia de ellas con paredes construidas de manera que dejaban pasar la luz y el aire?

Por entre los intersticios del bambú se distinguían algunos muebles, una cortina de barés verde sostenida por una varilla, y cayendo por medio de anillos formaba la puerta: esta cortina estaba recogida y dejaba ver en el interior una otomana, y cerca de este mueble habia una harpa elegante.

Toda la casa se parecia á una gran jaula con palos dorados: el terreno que la rodeaba estaba en relacion con el edificio: no se notaba en él ninguno de aquellos vestigios de negligencia y abandono que habiamos observado por fuera: muy al contrario, reinaba allí el orden mas perfecto, dando muestras de una solicitud tan sostenida como ilustrada.

En la parte mas distante crecia un bosquecillo de olivos, cuyo sombrío follaje formaba el fondo del cuadro: á derecha é izquierda grupos de naranjos y cidreros con sus frutos de oro y sus flores de alabastro, sus hojas verdes y amarillas, ostentaban en todo su esplendor las riquezas del otoño y de la primavera confundidas sobre las mismas ramas.

Algunos arbustos exóticos brotaban en grandes vasos de porcelana del Japon, cuyas tintas azules y figuras grotescas, servian para realzar el brillo de este delicioso cuadro.

En medio del jardin un chorro de agua trasparente como el cristal se alzaba á la altura de veinte piés para volver á caer en una lluvia de glóbulos resplandecientes que reflejaban todos los colores del arco-iris: el pilon que recibia este chorro de agua estaba cubierto de nenúfares y otras plantas

escena se realzaba mas por el aspecto de un paisaje inculto y casi salvaje.

Llegados cerca de la casa, hicimos alto y yo, habiendo ordenado á mis hombres que guardasen silencio, me adelanté solo para hacer un reconocimiento.

## CAPITULO XII.

### ENCUENTRO DE UN CAIMAN.

EL sendero iba á dar á un prado, pero un cerco espeso de jazmin obstruía á la vez el paso y la vista.

—En el interior de este círculo se alzaba la casa, de la que solo por fuera se podia distinguir el techo.

No hallando en la cerca de jazmin ninguna abertura que me diese paso, aparté algunas ramas con mis manos y miré adentro: lo que ví era tan singular que apenas pude creer á mis ojos, y me figuré al principio ser el juguete de un sueño.

Sobre la cresta de una pequeña eminencia se alzaba una casa construida de tal manera que no habia visto nunca otra por el estilo: las paredes, si se les puede dar este nombre, estaban formadas de bambús plantados verticalmente y ligados entre sí por fibras de pita: el techo de hojas de palmera se avanzaba en forma de colgadizo presentando el as-

pecto de un cono, que terminaba una pequeña cúpula de madera con una cruz sobrepuesta: el edificio carecia de ventanas; ¿ni qué necesidad tenia de ellas con paredes construidas de manera que dejaban pasar la luz y el aire?

Por entre los intersticios del bambú se distinguían algunos muebles, una cortina de barés verde sostenida por una varilla, y cayendo por medio de anillos formaba la puerta: esta cortina estaba recogida y dejaba ver en el interior una otomana, y cerca de este mueble habia una harpa elegante.

Toda la casa se parecia á una gran jaula con palos dorados: el terreno que la rodeaba estaba en relacion con el edificio: no se notaba en él ninguno de aquellos vestigios de negligencia y abandono que habiamos observado por fuera: muy al contrario, reinaba allí el orden mas perfecto, dando muestras de una solicitud tan sostenida como ilustrada.

En la parte mas distante crecia un bosquecillo de olivos, cuyo sombrío follaje formaba el fondo del cuadro: á derecha é izquierda grupos de naranjos y cidreros con sus frutos de oro y sus flores de alabastro, sus hojas verdes y amarillas, ostentaban en todo su esplendor las riquezas del otoño y de la primavera confundidas sobre las mismas ramas.

Algunos arbustos exóticos brotaban en grandes vasos de porcelana del Japon, cuyas tintas azules y figuras grotescas, servian para realzar el brillo de este delicioso cuadro.

En medio del jardin un chorro de agua trasparente como el cristal se alzaba á la altura de veinte piés para volver á caer en una lluvia de glóbulos resplandecientes que reflejaban todos los colores del arco-iris: el pilon que recibia este chorro de agua estaba cubierto de nenúfares y otras plantas

acuáticas que estendian sus anchas hojas verdes á mas de veinte piés de circunferencia.

A pesar de todo este lujo, nada denotaba á mi vista la presencia de ningun habitante: los pájaros parecian ser los solos propietarios de este paraíso de los trópicos: un par de pavos reales se paseaba majestuosamente en el parterre ostentando al sol el brillo de su esplendente plumaje: en la fuente se veía la forma esbelta de un gran flamenco, cuya escarlata contrastaba con la esmeralda de las hojas de plantas acuáticas, con las cuales jugaba: cada rama de árbol servia de morada á algun cantor: el pájaro burlon inclinado sobre la cima de una palmera imitaba los gritos monótonos del loro: los tucanes y los trogones volaban de árbol en árbol y atravesaban persiguiéndose la bóveda húmeda del juego de agua, mientras que el pájaro-mosca chupaba el cáliz de una flor ó revoloteaba como una abeja haciendo resplandecer al sol los colores de su gracioso corsé.

Miré á todas partes por ver si descubria alguna figura humana, cuando los acentos frescos y sonoros de una voz de mujer llegaron hasta mí pasando por encima de las plantas de banano: estos acentos fueron seguidos bien pronto por otros nuevos, mezclados de breves exclamaciones y de un chisporroteo que parecia denotar que una mano ágil batía el agua con rapidez.

Debía ser la Eva de este paraíso terrestre: su voz estaba llena de promesas: era además la primera voz de mujer que habia herido mis oídos de un mes á aquella parte, é hizo sobre mí una impresion deliciosa.

Mi corazón latió de alegría: mi primer movimiento fué lanzarme adelante; para ello no tuve que ha-

cer mas que apartar las ramas del jazminero; pero el temor de ser el Acteon de una nueva Diana, me contuvo á tiempo; mudé de proyecto y me dispuse á retirarme sin ruido.

Iba á efectuar mi retirada y ya habia retrocedido un paso, cuando una voz repentina que me pareció ser de un hombre, se unió á los dulces acentos de la primera voz.

—Anda, anda, hace mucho calor, vamos á volver.

—¡Ah! no. ¡Pepe! un ratito mas.

—Vaya, ¡caramba!

Y de nuevo oí alegres carcajadas de risa mezcladas á un ruido de manos que se tocaban una con otra: eran exclamaciones de placer.

—Vamos, reflexioné yo, ya puedo entrar en el parterre: aquí hay un hombre, y cualquiera que sea, no podrá tener á mal, vistas las circunstancias, que me permita interrumpirle un poco en sus entretenimientos.

Haciendo estas reflexiones, me acerqué á la línea de bananos, cuyo follaje ocultaba á mi vista los desconocidos interlocutores.

—¡Lupe, Lupe, mira qué bonito!

—¡Ah! ¡pobrecido! ¡Echalo, Luz, échalo!

—Voy luego.

De nuevo me paré quedo, y apartando algunas hojas del banano, miré: tenia á la vista el mas delicioso espectáculo.

En medio del parterre un estanque de forma circular contenia un agua tan pura como el cristal. A muchos piés de diámetro, este estanque estaba rodeado por todas partes de una cerca viva de soberbios bananos, cuyas hojas, estendiéndose horizontalmente, le protegian casi del todo contra los rayos del sol.

Un pequeño parapeto de piedras marcaba la circunferencia del estanque: la mampostería estaba cubierta de láminas ó ladrillos de porcelana del Japon, cuyos contrapuestos colores y grotescas figuras formaban el mas bello contraste.

Del centro de este estanque salia con ímpetu el gran juego de aguas de que ya he hablado: el movimiento continuo que les imprimia la caída del canastillo movible ocasionando en la superficie de este pequeño lago un efecto de óptica, multiplicaba hasta lo infinito los pescados de oro y de púrpura que poblaban sus ondas.

Cerca del parapeto se alzaba un lecho de plantas acuáticas habitado por cisnes: uno de estos soberbios pájaros, refugiado en su fresca morada, dejaba ver por fuera la curva graciosa de su cuello, mientras que mas lejos, sobre la ribera, otro pájaro de la misma especie secaba al sol la nieve de su plumaje.

Peró bien pronto un espectáculo mas seductor atrajo mi atención. En el estanque, cerca del juego, habia dos doncellas vestidas de una especie de túnica gris sin mangas, á las que daba el agua hasta la cintura, y la honda era tan pura y trasparente que se distinguian perfectamente sus piés, y brillaban como alabastro sobre la arena fina y dorada, que cubria el fondo.

Los anillos de su magnífica cabellera se desarrollaban sobre su cuello, y hasta sobre sus brazos y espaldas: grandes y graciosas una y otra habian adquirido todo el desarrollo de su belleza, y la vista se detenia con amor en los voluptuosos contornos de su cuerpo, la línea serpentina que, segun Hogarth, es el carácter distintivo de la belleza de la mujer.

La semejanza de sus facciones las hacia tener, á primera vista, por hermanas, aunque su tez y carnes fuesen del todo diferentes: en las venas de la una corria la sangre mas subida que en las de la otra, y su piel blanca y lisa como la cera, tenia un ligero tinte parduzco con el que contrastaba graciosamente el encarnado de sus mejillas y la púrpura de sus labios. Su cabellera era negra, y por encima de su labio superior un ligero vello, ó por decirlo de una vez, un pequeño bigote semejante á una pincelada de esfumino dada por una mano ligera, servia para marcar mejor los contornos de la boca y para hacer resaltar con mas vivacidad la blancura de sus dientes de marfil. Sus ojos, negros como sus cabellos, grandes y rasgados, tenian una espresion de dulzura y sentimiento con la cual nos complacemos en representarnos en nuestros ensueños poéticos las altivas beldades. Abencerrajes que poblaban los palacios de la Alhambra.

Era sin duda la mayor de las dos hermanas.

La mas pequeña tenia un género de belleza muy diferente: rúbia, sus ojos grandes y á flor de la cara, azules como la turquesa; su cabellera de un castaño claro, tan larga como poblada; su piel mas descolorida, pero mas blanca que la de su hermana, presentaba en los brazos y en el cuello tintas de nacar y rosa: esta cutis á la vez brillante y trasparente, fino como el raso, reflejaba los rayos del sol con tanto brillo como el pescado de escamas doradas que la jóven tenia en la mano.

Yo permanecí fijo en mi sitio; quise al principio retirarme en silencio, pero un encanto irresistible me retenia allí á pesar mio. ¿Era un sueño?

— ¡Ah! ¡qué bárbara! ¡Pobrecito! ito! ito!

— ¡Comeremos!

— ¡Por Dios! ¡No! Echale Luz, ó tiraré agua en tus ojos.

Y diciendo esto la jóven se ponía en actitud de ejecutar su amenaza.

— Yo, no; dijo Luz resueltamente.

— Guárdate.

Y la morena, reuniendo sus manos en forma de copa, se puso á lanzar agua en la cara de la maligna rúbia.

Esta arrojó el pescado y contestó con igual maniobra al ataque.

Trabóse un divertido combate: las gotas de agua se adherían en forma de perlas brillantes á los cabellos de las jóvenes como á las alas de un cisne, y á cada instante alegres carcajadas de risa celebraban la victoria y la derrota de las combatientes.

A este tiempo los ásperos acentos que yo habia oido vinieron á distraer mi atención: mis ojos se dirigieron al punto de donde salían y ví una gruesa negra tendida bajo un cocotero, que con la cabeza apoyada sobre su codo, reía desengañadamente de la lucha de las doncellas: era su voz la que habia tomado por la de un hombre.

Empezando al fin á comprender la inoportunidad de mi presencia, iba resueltamente á efectuar mi retirada, cuando me detuvo un grito penetrante salido del estanque.

De repente todo mudó de aspecto; los cisnes gritaban batiendo el agua con sus alas en señal de espanto; los pecesillos corrían por ella buscando por todas partes, pero en vano, un lugar para ocultarse; y los mismos pájaros asustados se quedaron inmóviles y silenciosos.

Volví la cara para ver cuál era la causa de este

súbito terror; dirigí mis miradas sobre la negra; ella se habia levantado y acercádose al parapeto, á cuyo borde se paró con los brazos tendidos al cielo gritando desesperadamente: ¡Válgame Dios, niñas! ¡El caiman! ¡el caiman!

Miré al otro lado del estanque y descubrí un objeto espantoso: era un caiman de México.

El horrible animal se adelantaba arrastrándose á lo largo de la pequeña pared, medio oculto su cuerpo por las hojas de las plantas acuáticas.

Ya la parte delantera dejaba el parapeto y se disponía á precipitarse en el estanque, quedándole á penas sobre el muro su larga cola: las escamas del horroroso reptil brillaban al sol; sus ojos feroces, iluminados por una cruel alegría, lanzaban relámpagos rojos y parecían prontos á escaparse de sus salientes órbitas.

Yo habia armado mi carabina: ponerla contra mi pecho, prepararla y tirar, todo fué obra de un momento: la bala hirió al mónstruo entre los dos ojos, pero la ví resbalar y resistir sobre sus escamas como si hubiera chocado contra una plancha de acero. Fué un tiro inútil; aun peor; porque en el mismo instante en que lo herí se precipitó en el agua furioso y nadó hácia sus víctimas.

Las niñas, que acababan de abandonar sus alegres juegos á su vista, dieron muestras de haber perdido enteramente el ánimo, porque en vez de huir hácia la ribera, cayeron la una en los brazos de la otra, trémulas y casi sin vida.

¡Qué cuadro! ¡dos jóvenes con los cuerpos entrelazados con abrazos de terror: los brazos de la morena estrechando las espaldas de nieve, mientras que los de alabastro se arrollaban en torno de un cuello moreno! Dos hermosas estatuas vivas!

Sus rostros vueltos al cielo parecían implorar el socorro del Todopoderoso: era un grupo de dolor y de espanto tan bello como el de Laocoonte.

De un salto salvó el parapeto y me adelantó al estanque con la espada en la mano.

Las niñas ocupaban el centro, el caiman, más distante de mí, estaba á la otra estremidad del estanque: el agua, que tenía poco más ó menos tres pies de profundidad, dificultaba considerablemente mi marcha: el fondo era además tan resbaladizo que dos veces caí de manos levantándome y avanzando con nuevo ardor hacía mi gigantesco enemigo y di voces á las niñas para que ganasen el parapeto.

A pesar de mis consejos no hicieron ningún esfuerzo para salvarse; el pavor las redujo á una situación que no les permitía el menor movimiento.

El caiman se adelantaba con toda la rapidez del furor y muy pronto se puso á cinco ó seis pasos de la presa que codiciaba: su largo hocico estaba enteramente fuera del agua y sus anchas fauces entreabiertas dejaban percibir la cuádruple hilera de sus dientes blancos y agudos.

Yo daba gritos desesperados; la profundidad del agua detenía mis pasos, siéndome preciso andar cuando menos diez ó doce, para interponerme entre el monstruo y sus víctimas.

—¡Yo llegaré muy tarde!

De repente ví al caiman separarse de la línea que seguía, por haber encontrado en su camino uno de los conductos del juego de aguas: esta vuelta no le entretuvo sino un momento; pero bastó para darme tiempo de pasar el grupo inmóvil de las jóvenes, y para disponerme á recibir el ataque del enemigo.

—¡Á la orilla, á la orilla! gritaba.

Hablando así empujé á las niñas con una mano,

mientras que con la otra presenté al reptil, que se aproximaba siempre, la punta de mi espada.

Merced á mi impulso, las jóvenes vueltas un poco en sí, salieron de su terror letárgico y se precipitaron al borde.

El monstruo continuaba adelantando: rechinaba sus dientes de rabia y gritos sordos salían de sus fauces inflamadas.

Así que lo ví á mi alcance le dí con mi espada un golpe en la cabeza, pero la hoja resbaló sobre la superficie escamosa y el golpe resonó como el choque de dos aceros.

Sin embargo, produjo el efecto de separarle de su ruta, y errando el blanco, me dejó atrás con la rapidez de la flecha: volvíme con profundo sentimiento de desesperación, pero gracias al cielo, se habían salvado.

Al mismo tiempo sentí contra mi muslo el contacto de las escamas del monstruo, y me ví obligado á dar un salto de un lado para evitar que su cola me hiriese, la que batía el agua con furor. El enemigo se había dado vuelta y venía á mi encuentro.

Sin esperar á que cayese de sopetón sobre mí, le introduje mi espada directamente en la boca; pero la hoja, chocando contra los dientes, se rompió como vidrio, quedándome con un trozo en la mano de doce pulgadas de largo á lo más, con ayuda del cual traté de defenderme con toda la energía de la desesperación.

Mi situación era de las más críticas; en cuanto á las niñas, habían ganado la orilla, y apoyadas sobre el parapeto pedían socorro con grandes gritos.

Bien pronto la mayor tomó una larga percha que levantó con trabajo, y armada de esta suerte volvió con suma prisa al estanque á prestarme socor-

ro. Esta intervencion fué sin duda mas generosa que útil: al mismo tiempo un relámpago salió de en medio de los bananos y se oyó la detonacion de una arma de fuego: una bala pasó silbando cerca de mí, cuando inmediatamente un hombre de formas colosales se presentó á mis ojos seguido de otros doce que venian corriendo: llegaron al parapeto, lo rodearon y se precipitaron en el estanque.

Siguióse una grande agitacion en el agua con gritos y chiqueteo de bayonetas; luego, al cabo de un instante, quedó el reptil sin vida herido de doce balas.

### CAPITULO XIII.

D. COSME ROSALES.

**S**ALVADO, capitán!

Era la voz de Lincoln.

Al rededor de mí se agolpaban muchos de mis hombres con el agua hasta la cintura. En cuanto al niño Jack, del que no se veía por encima de ella sino la estremidad de su gorro de soldado, habia introducido valerosamente su espada de diez y ocho pulgadas en el casco del reptil muerto; y no pude menos de sonreirme al verlo.

—¡Sí, salvado! repliqué respirando con fuerza, ¡salvado! pero en gran peligro estuve.

—Oímos el tiro, capitán, dijo Lincoln, y como pensé que no tiraría vd. sin motivo, traje conmigo algunos camaradas y hemos llegado.

—Vd. ha hecho bien, sargento; ¿pero dónde están? . . .

Diciendo esto miré hácia el lado donde habia visto las niñas un rato antes, y ya no habia nadie.

—Si vd. habla de las mujeres que estaban allí, dijo Chane, se han desmayado debajo de los árboles. Por S. Patricio, la morena es bella moza: sus ojos son tan hermosos como los de las criollas del Desueray.

Volvímos á subir sobre el parapeto y los soldados se pusieron á enjugar las armas.

Al mismo tiempo Clayley llegaba cerca del estanque al frente de su destacamento; cuando le expliqué la aventura, rió de todas veras.

—¡Por Júpiter! exclamó, eso no podrá ser jamás el objeto de un boletín; no hay sino un muerto de parte de los enemigos, y ninguno ha salido herido. Ah, sí, á pesar de eso, hay alguno de los nuestros que no se halla en muy buen estado.

—¿Quién? pregunté yo.

—¿Y quién quiere vd. que sea sino el gordo Blossom?

—¿Pero dónde está?

—Dios solo lo sabe: la última vez que lo ví, iba á ocultarse detrás de unas ruinas, y no me sorprenderia que se hubiese vuelto al campo: si no ha tomado este partido, es seguramente porque teme estraviarse.

Hablando así, reía Clayley como un loco, y confieso que me era difícil contener la risa, tanto mas, cuanto que mirando en la direccion indicada por el subteniente, percibí un objeto brillante que conocí

á primera vista ser la faja de púrpura de nuestro mayor.

Habiase guarecido detrás de un grupo de bananos y miraba por entre las hojas con un semblante que denotaba el mayor miedo. Su cuerpo estaba enteramente oculto, y solo se veía su figura, que brillaba como la luna llena, cuyo lustre y redondez parecía tener. Como último rasgo de semejanza con el astro de la noche, sus gruesas mejillas estaban pálidas de pavor y cubiertas de manchas blancas y de color de púrpura, semejantes á las que se distinguen en aquel.

Cuando el mayor supo de lo que se trataba, salió de su escondite y se adelantó á nosotros soplando como un elefante. Para darse cierto aire marcial había sacado su gran sable y lo blandía con ademán amenazador.

—Mal negocio! exclamó al tiempo de llegar al borde del estanque; no hay mas que eso, continuó indicando con el dedo el caiman; yo creí que era otra cosa; recelábame que estuviésemos en batalla con algunas pieles amarillas.

—No, mayor, le contesté, esforzándome por conservar mi seriedad, no hemos sido tan felices.

—Pero lo que se ha diferido, añadió Clayley con una maligna sonrisa, no está perdido: vamos á verlos llegar antes de mucho tiempo; porque necesariamente deben haber oido nuestros tiros.

Una mudanza completa se manifestó á estas palabras en el semblante del mayor: la punta de su sable cayó en tierra y la púrpura de sus mejillas se cubrió de nuevo de pintas azules y blancas.

—¿No cree vd., capitan, dijo dirigiéndose á mí, que hemos explorado bastante el campo? No hay por aquí ni una sola mula: se lo aseguro á vd. que

no hay ni una sola: lo mejor que podemos hacer, es volver al campo.

Antes que pudiese contestarle, un nuevo personaje vino á atraer nuestra atención; su presencia completó el mosaico que se dibujaba tan agradablemente sobre las mejillas de nuestro mayor.

Un hombre vestido de un modo extraño bajaba la colina y se adelantaba hácia nosotros.

—¿Las guerrillas, por vida mia! gritó Clayley dando á su voz un acento de terror simulado.

Y al mismo tiempo señalaba la faja de escarlata que rodeaba el talle del recién venido.

El mayor le dirigió una mirada como preguntándole si no había algún objeto que pudiese servirle de abrigo en caso de necesidad. Acababa de divisar un punto elevado del parapeto, tras el cual contaba sin duda refugiarse, cuando el extranjero, ya cerca de nosotros, le echó sus dos brazos al cuello, dirigiéndole en español un pequeño discurso en el que la palabra *gracias* era repetida con mucha frecuencia.

—¿Qué me quiere este hombre con sus gracias? murmuraba el mayor esforzándose por arrancarme á los abrazos del mexicano.

Pero éste no le respondió nada, porque viendo mis vestidos chorreando agua, dejó á un lado al mayor y vino á dirigirme sus obsequios y sus *gracias*.

—¿Ah! capitan, me dijo en español apretándome contra su pecho, acepte vd. mi gratitud: ¡ah, caballero! vd. ha salvado mis hijos: ¿cómo podre manifestarle mi reconocimiento?

Profirió en seguida un torrente de expresiones lisonjeras particulares á la lengua de Cervantes, terminándolas por la oferta de su casa que el español puso á mi disposición con todo lo que contenía.

Yo respondí á tantas ofertas, que estaba confuso por ser tan poco digno de recibir sus abrazos, tanto mas, cuanto que observé que el agua que mojaba mis vestidos habia por consecuencia de su afecto humedecido los del extranjero.

Entonces fué cuando yo lo examiné despacio.

Nuestro huésped era un señor de alta estatura, delgado y pálido, de mediana edad. Su figura, del tipo español, tenia un carácter notable de inteligencia y distincion; sus cabellos eran blancos y cortos; un bigote parduzco guarnecía sus labios, cejas negras y espesas sombreaban sus ojos vivos y penetrantes. Su vestido muy ancho, era de tela fina blanca, con un chaleco y un pantalon del mismo género: por debajo del chaleco su cintura estaba rodeada de una rica faja de seda encarnada; sus piés calzados con zapatos de marroquí verde. Un gran sombrero de guayaquil que protegía su cara contra los rayos del sol, completaba este traje lucido. A pesar de estos vestidos de corte enteramente mexicano, tanto en su exterior, como en sus maneras, revelaba ser hidalgo de pura sangre española.

Estas observaciones no me ocuparon sino pocos instantes, y procuré explicar como mejor pude en castellano, el pesar que sentía por el susto que debían haber tenido las señoritas sus hijas, segun yo sospechaba.

El mexicano me miró con una apariencia de sorpresa.

—¿Cómo, señor capitán! me dijo: su acento... ¿Será vd. extranjero?

—¿Qué! ¿si soy extranjero en México, quiere vd. decir?

—Sí, señor; ¿me habré yo engañado?

—No, yo soy en efecto extranjero, respondí un poco perplejo en mi posición.

—¿Hay mucho tiempo que está vd. en el ejército?

—Muy poco.

—¿Qué le parece á vd, México, señor?

—Aun no he podido formarme una idea de este país.

—¿Cuánto tiempo há que está vd. en él?

—Tres dias solamente: desembarcamos por la noche.

—¿Por Dios! tres dias, y ya en nuestro ejército, murmuró el español con un asombro que no tenia nada de simulado.

Empecé á creer que estaba hablando con un lunático.

—¿Me atreveré á preguntar á vd. de qué país es? continuó el anciano señor.

—Yo soy americano.

—¿Un americano! repuso, porque hablábamos en español.

—¿Y son esos americanos? preguntóme con viveza.

—Sí, señor, le contesté.

—¿Caramba! exclamó el español con un temblor involuntario.

Y al mismo tiempo sus ojos lanzaban llamas.

—No es exacto decir que sean americanos, añadí, porque hay entre ellos un irlandés, un francés, un alemán, un sueco y un suizo; pero al presente militan todos bajo las banderas americanas.

Pero el mexicano no estaba ya allí para oír mi explicacion, porque despues de haber vuelto de su asombro, se habia precipitado por en medio de un bosque, y se alejaba rápidamente haciéndonos una seña con la mano y pronunciando esta sola pala-

bra: "Espérate," y muy pronto se le perdió de vista bajo los bananos.

Los soldados reunidos en grupo cerca del estanque soltaron una gran carcajada antes que yo hubiese podido impedirselo. Debo convenir por otra parte en que el terror del anciano señor al descubrir quién éramos, habia sido tan cómico, que no me fué posible conservar mi gravedad. Así no pude menos de sonreirme mas de una vez al oír las conversaciones que nuestros hombres tenían entre sí.

—Este señor es un viejo duro de cocer, muy poco hospitalario, murmuraba Lincoln con un aire de desprecio.

—Me parece, decia Chan, que bien hubiera podido convidar al capitan á refrescar cuando menos, despues de lo que ha hecho por sus lindas hijas.

—Llévese el diablo la casa! parece seca como el alma de un ahorcado, añadió otro hijo de la verde Erin.

—Es sin duda una bella jaula, repuso Chan, con bellos pájaros dentro. Esto me recuerda la vieja Demerary, con la diferencia de que en este último país hay que beber: en ella se encuentra rhom como se lo deseo á todos vdes.

—Una casa donde no hay qué beber, no puede ser sino la morada de un bellaco, añadió otro.

—¿De un bellaco, dices tú? replicó un camarada.

—Sí, seguramente: por otra parte, estos mexicanos son todos ladrones.

—¿Ha visto vd. su faja roja? preguntó un irlandés.

—Sí, de cerca.

—Pues á pesar de ello estoy seguro de que es un jefe de guerrilleros, como se les llama en este mal dito país.

—A fe mia que tiene vd. razon; es tal vez su capitan.

—No hay duda de que es su capitan: el lujo de esta habitacion lo prueba suficientemente.

—¿Y no reparó vd. en la amistad que nos manifestaba el viejo bellaco, y cómo ha mudado de tono desde que supo quiénes éramos?

—Por eso pretende Raul que ofreció su casa al capitan desde luego con todo lo que contiene.

—¡Ah! ¡madre de Moisés! ¿y con las dos bellas niñas?

—Sí, de ñapa.

—Por vida mia, si fuese el capitan, no titubearia en aceptar.

—¿Eso es de losa? dijo un soldado señalando las paredes del parapeto.

—No.

—Pues bien, será de ladrillo.

—Tampoco.

—¿Pues de qué es?

—No ves que es de piedra pintada, mentecato.

—¿De piedra pintada? bien podrá ser: ¿es sólido?

—Prueba á ver con tu bayoneta, si no, tú verás.

Dicho y hecho, y al mismo tiempo oí el chirrido del hierro sobre un cuerpo duro y liso. Volví la vista y era uno de mis hombres que se habia puesto en actitud de demoler con su bayoneta la pared adornada de porcelana del Japon.

—Acabe vd. de una vez, dije á aquel vándalo.

Chan acompañó mis palabras de una reflexion que llegó á mis oídos; aunque la hizo en voz baja, esta reflexion era muy satisfactoria.

—El capitan, le dijo, encarga á vd. que no des-  
truya nada aquí, porque se casará muy pronto con

una de las señoritas, y no sería grato ver de antemano abismarse su propiedad.

—Yo reía de esta ocurrencia cuando ví á nuestro caballero que volvía hácia nosotros con un largo pergamino desarrollado en la mano.

—Eh! señor, le dije ¿qué es eso?

—No soy mexicano, soy español, respondió con la altivez de un verdadero hidalgo.

Dirigí entonces la vista sobre el escrito que me presentaba y ví que era un salvo conducto librado por el cónsul de España en Veracruz, certificando que el portador D. Cosme Rosales, traía su origen de España.

—Señor, le dije devolviéndole el pergamino, esto es del todo inútil. Las circunstancias en las cuales nos hemos encontrado bastarían para poner á vd. al abrigo de cualquier mal tratamiento de nuestra parte. Además, nosotros no hacemos la guerra á los ciudadanos pacíficos, sino á los soldados armados.

—Es verdad; pero, señor, vd. está mojado y debe tener hambre.

Créí que no debía negar estos hechos, mucho menos cuando estaba brotando arroyos de agua y me sentía muy hambriento.

—Vd. debe tener necesidad de refrescar: si vd. gusta, entre en mi casa.

—Permitame vd., señor, dije entonces al hidalgo, que le presente al mayor Blossom, y á los subtenientes Clayley y Oakes; señores, continué dirigiéndome á estos últimos: D. Cosme Rosales.

Mis amigos y el español se saludaron: el mayor parecía al fin haber recobrado toda su tranquilidad.

—Vámonos, caballeros! dijo el español dirigiéndose á la casa.

—¿Pero sus soldados, capitán? añadió parándose de repente.

—Quedarán aquí; le respondí.

—¿Me permitirá vd. enviarles qué comer?

—Muy bien, D. Cosme, le contesté; sin embargo, no quisiera ser á vd. gravoso.

Pocos minutos despues pisamos el umbral de la casa, que era la gran jaula cuya descripción hice antes.

## CAPITULO XIV.

### UNA COMIDA MEXICANA.

PASEN adentro, señores, dijo D. Cosme corriendo la cortina del rancho y obligándonos á entrar.

—Ah! exclamó el mayor sorprendido de la perspectiva que ofrecía el interior de esta habitación.

—Siéntense vdes., señores, estaré de vuelta dentro de un instante.

—Hablando así, desapareció D. Cosme detrás de la casa por una pequeña galería que ocultaba á nuestra vista una mampara de enrejado de junquillo.

—Esto es soberbio, á fe mía, dijo Clayley en voz baja.

—Soberbio, por mi honor, repitió el mayor apoyando su opinion con una de aquellas palabras con que acostumbraba acentuar su conversacion.

— Todo es del mejor gusto.

— Sí, del mejor gusto, repitió el mayor.

— Muebles de palo de rosa, continuó Clayley, una harpa, un piano, otomanas, un sofá, alfombras en las que se entierra uno hasta las rodillas, ¡caramba!

Sin ocuparme del ajuar mire á todas partes . . . en busca de un objeto que mis ojos no descubrieran.

— ¡Ah! ¡ah! ¿qué busca vd., capitán?

— Nada.

— ¡Oh! ¡nada! ¿no estará vd. pensando en las ninfas del estanque? ¿pero adónde habrán pasado?

— No sé, le respondí, bastante disgustado por su ausencia.

— ¡Ninfas! ¡ninfas! preguntó el mayor, que no estaba muy al corriente de nuestra aventura acuática.

A este tiempo oímos la voz de D. Cosme que llamaba á alguno.

— Pepe, Ramon, Francisco, gritó, sirvan vdes. la comida y despachen pronto.

— ¿A quién diablos llama así? dijo el mayor algo inquieto; yo no veo á nadie.

No veíamos á nadie en efecto; y curiosos por saber á quién se dirigía el dueño de la casa, nos acercamos para examinar de qué se componía el interior de ella.

La pieza en que estábamos parecía ser el único aposento, con el pequeño barandal por el que habíamos visto entrar á D. Cosme, pero aunque la cortina nos impedía distinguir lo de adentro, pudimos juzgar fácilmente por su apariencia que no era bastante á contener todas las personas cuyos nombres acababa de pronunciar el español.

Un poco mas lejos se alzaban dentro de un bos-

que de olivos dos pequeños edificios aislados del cuerpo principal; pero sus claraboyas nos permitían distinguir lo que encerraban: no se veía figura humana: dilatábase tras de los olivos una plaza vacía de cerca de cien pasos, y mas allá una cerca de aromos de hojas rojas y de magueyes silvestres formaba la separacion entre el jardín y la floresta.

El lugar donde se habian refugiado las señoritas y del que salían Pepe, Ramon y Francisco constituyeron para nosotros las dos incógnitas de un problema cuya solucion nada podia darnos.

El ruido de una campanilla resonando en los oídos nos hizo salir de nuestras conjeturas, y vimos al mismo tiempo á D. Cosme que se acercó á preguntarnos cortesmente si teníamos algun plato favorito del que apeteciésemos comer.

— Respondimos que no.

— ¡Dios me confunda! exclamó el mayor: creo que podría proporcionarse todo lo que le pidiésemos con solo tocar la tierra con el pié, ó tirar de la campanilla. ¿No le parece á vd?

— Estas señales de admiracion fueron arrancadas al mayor por la llegada de cinco ó seis domésticos ricamente vestidos que entraban en el aposento con fuentes cargadas de platos y garrafas: venían por la galería, pero ¿de dónde salían? No era del bosque, porque infaliblemente, los hubiéramos visto acercarse á la casa, y nos perdiamos en conjeturas.

El mayor era inagotable en sus exclamaciones, y repetía á cada instante: es al parecer el Aladino de México.

Confieso que no estaba menos sorprendido que él. Entre tanto, los domésticos iban y venían, trayendo á cada instante objetos destinados al servi-

cio. En menos de media hora crujía la mesa bajo el peso de un magnífico banquete, y no es esta una figura retórica, porque el mantel estaba cubierto de fuentes de plata macisa, de enormes frascos del mismo metal y de soberbias copas de oro.

—Señores, vamos á comer, dijo D. Cosme invitándonos políticamente á sentarnos. Creo que no quedarán vdes. muy satisfechos de mi cocina, pues es toda mexicana a estilo del país.

Decir que la comida no estuvo buena, seria faltar á la verdad, y contrariar sobre todo la opinion del mayor Georges Blossoin que manifestó muchas veces en adelante que fuera la mejor que hubiese hecho en su vida, y el honorable gefe del cuartel de la union era buen juez en estas materias.

Sirvieron al principio una sopa de tortuga.

—Tal vez hubieran vdes. preferido una de macarrones ó fideos, señores, preguntó el dueño.

—Gracias, señor, su tortuga de vd. es excelente, le contesté, porque yo era el intérprete forzoso de la sociedad.

—Prueben vdes. este aguacate que realza el sabor de la olla.

Pronunciando estas palabras, el caballero puso sobre un plato una fruta de color de aceituna, del tamaño y forma de una pera, y la ofreció á cada uno de nosotros.

—¿Pregúntele vd. cómo se come esto? me dijo el mayor dirigiéndome la palabra.

—¡Ah! pido á vdes. perdon, caballeros; he olvidado que la mayor parte de los manjares les serán á vdes. completamente desconocidos. En cuanto á este, no hay mas que quitarle la piel y comerlo sin ninguna otra precaucion.

Hicimos la prueba, y yo por mi parte declaro que

el aguacate me pareció un mediano bocado: sin duda es preciso estar habituado á este fruto para apreciar su mérito.

Después de la olla vino el pescado, que era tan notable por su calidad, como por su variedad: muchos platos se sucedieron sin interrupcion, la mayor parte de los cuales nos eran del todo desconocidos, pero tenian generalmente un gusto sabroso y muy agradable.

El mayor comia de todos, sin escepcion, con la mira, decia él, de saber cuál era el mejor, y bien decidido á sacar provecho después de la esperiencia que procuraba adquirir por esta circunstancia.

—Nuestro huésped parecia complacerse en servir al mayor, á quien llamaba á cada instante el señor coronel.

—Puchero, señor coronel, decia D. Cosme.

—Muy bien, refunfuñaba el mayor.

Y aceptaba el puchero.

—Permítame vd. que le sirva mole.

—Con gusto, D. Cosme.

Y el mole desaparecia rápidamente en el vasto estómago del mayor.

—¿Un poco de *chile relleno*?

—Con el mayor placer, respondia el mayor. ¡Ah! ¡por Júpiter! ¡es caliente como fuego!

—Pica, pica, repuso D. Cosme, viendo que las mejillas del mayor se le volvian de color carne: es menester echarle encima, para que corra, un vaso de Burdeos. Aquí, Pepe, ¿prefiere vd. el Johannisberg? ó bien champaña, señores, si les gusta mas.

—Gracias, D. Cosme, no se tome vd. tanta molestia.

—Esto no me causa la menor incomodidad, ca-

pitan: traigan champaña: señor coronel, pruebe vd. de este guisado de pato.

—Con mucho gusto, dijo el mayor: vd. es muy amable: ¡voto al diablo! que es vino generoso y que ma como brasa.

—¿Piensa vd. que entiende el inglés? me preguntó Clayley en voz baja.

—Creo que no, le repliqué.

—Entonces puedo decir á vd. en alta voz que este viejo badulaque hace cosas admirables: ¿qué le parece á vd., mayor? ¿No quedaria vd. contento con tener en el campo un huésped de esta especie?

—A fe, respondió el otro con un guineo de ojos, no me pondria de mal humor su compañía.

—Señor coronel, permítame vd. . . . .

—¿Qué es eso, mi querido señor? preguntó el mayor.

—*Pasteles de Moctezuma.*

—A la verdad, jóvenes, yo no sé lo que como; pero no es malo.

—Señor coronel, ¿aceptará vd. una tajada de iguana?

—¿Una tajada de iguana? dijo el mayor con sorpresa.

—Sí, señor, replicó D. Cosme presentándole el plato en cuestion.

—¿Una tajada de iguana! ¡Ah! jóvenes, ¿será de aquellos viles reptiles que vimos en la isla de Lobos?

—Sin duda alguna, ¿y por qué no?

—Entonces, gracias: no como lagarto: muy reconocido, señor D. Cosme, pero tengo ya lo bastante.

—¡Ah! no me lo desaire, vd. es muy tierno, se lo aseguro á vd., dijo D. Cosme con porfia.

—Vamos, mayor, un poco de atencion, pruébelo vd. y díganos lo que es; le replicó Clayley.

—¡Ah! bueno, vd. es como el boticario que envenaba su perro para juzgar del elixir. Pero, sin embargo, voy á probar; pues que no le hace daño á mi huésped, ni á mí tampoco. ¡Delicioso! ¡á fe mia! es tierno como gallina: ¡muy bueno, muy bueno!

Y se tragó el mayor con demostraciones de alegría su primera tajada de iguana.

—Señores, aquí tienen vdes. hortelanos; se los recomiendo; están en buena sazón.

—¡Hortelanos! dijo el mayor reconociendo uno de sus platos favoritos.

Un número increíble de estos pájaros pasó en un abrir y cerrar de ojos del plato del mayor al golfo de su estómago.

En fin, se sirvieron las carnes y trajeron los postres, compuestos de pasteles, cremas, helados, manjar blanco y pirámides de toda especie de frutas. Las naranjas, los ananas, los limones, los racimos de moscatel, las pitahayas, las tunas, los sapotes y chirimoyas figuraban allí al lado de los higos, almendras, bananas, y de mas de una docena de otras especies de frutas bien colocadas delante de nosotros en grandes fuentes de plata. La mayor parte de ellas tenían un sabor tan delicado como agradable, que nos asombraba, estando nuestro paladar poco acostumbrado á estos productos de climas cálidos.

—Vamos, señores, un vaso de curazao. Señor coronel, vd. no me rehusará esto.

—Acepto de buena gana.

—Señor coronel, ¿tomará vd. un vaso de mallorca?

—Muy bien.

—Tal vez prefiera vd. el *Pedro Jimenez*; yo le tengo muy viejo.

—Tomaré de ambos, D. Cosme, para que no tengan celos.

—Traiga vd. de esos dos vinos, Ramon, y ademas un par de botellas de la madera.

—Tan cierto como soy cristiano, este viejo señor debe ser hechicero, dijo en voz baja el mayor que empezaba á ponerse muy alegre.

—Bien quisiera nos presentase otra cosa fuera de estas malditas botellas de vino, me decia *in petto* notando que la ausencia de las señoritas se prolongaba demasiado.

—El café, señores.

A estas palabras del dueño de la casa entró un criado trayendo sobre una bandeja magníficas porcelanas de china, en las cuales se nos sirvió un café delicioso.

—Vdes. fuman, señores, ¿no es verdad? ¿cuáles prefieren vdes? ¿Los habanos? Uno de mis amigos de Cuba me los envió hace algun tiempo: los tengo por buenos; si quieren cigarrillos aquí tienen *campechanos*: estos otros son cigarros del país, que llamamos *puros*: elijan vdes. los que gusten.

—Por mi parte fumaré un habano, dijo el mayor apoderándose de un soberbio regalía.

Yo me puse melancólico porque empecé á temer que el mexicano nos dejase partir sin presentarnos á su familia, y esto me disgustaba mas allá de toda espresion, porque tenia el mas vivo deseo de volver á ver á los dos seres encantadores que ví en circunstancias tan singulares. La morena, sobre todo, me habia impresionado fuertemente. ¡Estraño misterio del amor! una mirada habia bastado para fijar la eleccion de mi corazon!

La voz de D. Cosme me sacó de mi meditacion, quien levantándose me invitó junto con mis amigos á queuviésemos la bondad de seguirle al salon.

Dejé la mesa tan precipitadamente que casi la derribo.

—Y bien, capitán ¿en qué piensa vd? dijo Clayley: hé ahí á D. Cosme que nos invita á pasar al lado de las señoras, y parece que vd. quiere hacer todo pedazos!

—No, seguramente, respondí yo avergonzado de mi aturdimiento.

—Nos convida á pasar al salon, dijo el mayor con una voz que denotaba un principio de temor; pero ¿adónde diablos quiere conducirnos? Cuidado, señores, y preparemos nuestras pistolas.

—¡Oh! mayor, silencio: respétese á vd. mismo.

## CAPITULO XV.

UN SALON SUBTERRANEO.

YA sabiamos al presente á qué atenernos en punto al misterio del salon de los domésticos y de los platos, pues la vista de una escalera subterránea nos habia explicado el enigma.

—Permítanme vdes., señores, que les conduzca á mi bodega, nos dijo el español; paso una vida medio subterránea; durante los grandes calbres, y sobre todo, mientras reinan los nortes, preferimos vivir en el piso bajo, Síganme vdes., caballeros.

Cada uno de nosotros bajó siguiendo los pasos

—Traiga vd. de esos dos vinos, Ramon, y ademas un par de botellas de la madera.

—Tan cierto como soy cristiano, este viejo señor debe ser hechicero, dijo en voz baja el mayor que empezaba á ponerse muy alegre.

—Bien quisiera nos presentase otra cosa fuera de estas malditas botellas de vino, me decia *in petto* notando que la ausencia de las señoritas se prolongaba demasiado.

—El café, señores.

A estas palabras del dueño de la casa entró un criado trayendo sobre una bandeja magníficas porcelanas de china, en las cuales se nos sirvió un café delicioso.

—Vdes. fuman, señores, ¿no es verdad? ¿cuáles prefieren vdes? ¿Los habanos? Uno de mis amigos de Cuba me los envió hace algun tiempo: los tengo por buenos; si quieren cigarrillos aquí tienen *campechanos*: estos otros son cigarros del país, que llamamos *puros*: elijan vdes. los que gusten.

—Por mi parte fumaré un habano, dijo el mayor apoderándose de un soberbio regalía.

Yo me puse melancólico porque empecé á temer que el mexicano nos dejase partir sin presentarnos á su familia, y esto me disgustaba mas allá de toda espresion, porque tenia el mas vivo deseo de volver á ver á los dos seres encantadores que ví en circunstancias tan singulares. La morena, sobre todo, me habia impresionado fuertemente. ¡Estraño misterio del amor! una mirada habia bastado para fijar la eleccion de mi corazon!

La voz de D. Cosme me sacó de mi meditacion, quien levantándose me invitó junto con mis amigos á queuviésemos la bondad de seguirle al salon.

Dejé la mesa tan precipitadamente que casi la derribo.

—Y bien, capitán ¿en qué piensa vd? dijo Clayley: hé ahí á D. Cosme que nos invita á pasar al lado de las señoras, y parece que vd. quiere hacer todo pedazos!

—No, seguramente, respondí yo avergonzado de mi aturdimiento.

—Nos convida á pasar al salon, dijo el mayor con una voz que denotaba un principio de temor; pero ¿adónde diablos quiere conducirnos? Cuidado, señores, y preparemos nuestras pistolas.

—¡Oh! mayor, silencio: respétese á vd. mismo.

## CAPITULO XV.

UN SALON SUBTERRANEO.

YA sabiamos al presente á qué atenernos en punto al misterio del salon de los domésticos y de los platos, pues la vista de una escalera subterránea nos habia explicado el enigma.

—Permítanme vdes., señores, que les conduzca á mi bodega, nos dijo el español; paso una vida medio subterránea; durante los grandes calbres, y sobre todo, mientras reinan los nortes, preferimos vivir en el piso bajo, Síganme vdes., caballeros.

Cada uno de nosotros bajó siguiendo los pasos

de nuestro huésped, escepto el compañero Oakes que salió á dar una vista á nuestra gente.

Debajo de la escalera encontramos una sala brillante; el pavimento era de mármol dispuesto en mosaico. Las paredes pintadas de azul tierno estaban adornadas de cuadros debidos á los pinceles de Murillo, ó cuando menos, á uno de sus mejores discípulos, colocados en marcos tambien preciosos, así por lo acabado del trabajo, como por la riqueza de la materia: del cielo raso descendian arañas de un gusto y belleza notables, guarnecidas de bujías de cera tan blancas y lisas como el marfil.

En medio del aposento se alzaban soberbias mesas de mármol sosteniendo vasos de porcelana con ramilletes de flores magníficas: los demas objetos del ajuar estaban en relacion con los que acabamos de describir. Grandes espejos colocados unos en frente de otros reflejaban todos los objetos, de tal suerte, que en vez de una sala, se veia una larga serie de aposentos que se prolongaban hasta perderse de vista.

Lo que parecia muy singular era que no se descubria ninguna puerta correspondiente á este aposento que D. Cosme nos habia dicho ser una antesala.

Sin embargo, nuestro huésped, que nos precedia, se acercó á un gran espejo y tocó ligeramente un resorte: al instante giró sobre sí mismo, y nos dió paso para penetrar en un nuevo salon.

—Pasen adentro, señores, dijo D. Cosme, y se puso de lado invitándonos á entrar.

Penetramos en el salon: la magnificencia de este aposento nos deslumbró desde luego, y fué como un ensueño, una brillante vision: olvidamos que estábamos en la morada de un simple caballero me-

xicano, y nos creimos verdaderamente trasportados á algun palacio encantado.

Aun no habiamos salido de nuestro primer asombro, cuando D. Cosme abrió una puerta lateral y llamó diciendo:

—Niñas, niñas, vengan acá.

Al instante oimos muchas voces de mujer melodiosas como cantos de pájaros.

Acercábanse estas señoritas: el roce de sus largos vestidos de seda, un ruido cadencioso de pasos lijeros anunciaron su presencia, y bien pronto tres mujeres entraron en el salon. Era la señora de D. Cosme seguida de sus dos encantadoras hijas, las heroínas de nuestra aventura acuática.

Al ver caras desconocidas, las niñas titubearon un momento, pero la frase muchas veces repetida de *¡Nuestro Salvador!* me hizo comprender que me habian reconocido, y en efecto, cada una de ellas se precipitó, ó mas bien se prosternó á mis piés y cogió una de mis manos cubriéndola de besos.

Su emocion, la gratitud que se pintaba en sus miradas, el contacto de sus manos con las mias, todo esto produjo en mis sentidos una impresion que no sabia describir: no era sangre la que corria por mis venas, sino lava ardiente; pero pronto me calmé un poco y me avergoncé de mis involuntarios trasportes: estas señoritas, á pesar de todo, no eran sino niñas que en el entusiasmo de su gratitud me manifestaban sus sentimientos por caricias y palabras, cuyos trascendentales efectos estaban lejos de calcular en su inocencia.

Durante esta breve escena de sentimiento, Clayley y el mayor fueron presentados por D. Cosme á su mujer, cuyo nombre de bautismo era Joaquina: luego les tocó el turno á las jóvenes; el padre tomó

de la mano á cada una de ellas, y las condujo á nuestra presencia diciéndonos que la mayor se llamaba Guadalupe y la segunda María de la Luz.

—Señora, dijo nuestro huésped dirigiéndose á su mujer: estos caballeros no han acabado de fumar sus cigarros.

—Esos señores pueden seguir fumando, contestó la señora.

—¿Consienten en ello estas señoritas? pregunté yo.

—Seguramente, respondieron ellas.

—Tal vez estas señoritas se dignarán reunirse con nosotros: he oído decir que era una costumbre recibida entre las señoras de este país.

—Antes sí, contestó D. Cosme, pero en el día las jóvenes se avergüenzan de las costumbres de sus madres.

—Nosotras no fumamos, pero mamá lo hace á las mil maravillas, añadió la morena Guadalupe.

—¡Oh! vd. habla inglés, señorita.

—Un poco, pero muy mal.

—¿Quién le ha enseñado á vd. el inglés, señorita? le pregunté con curiosidad.

—D. Emilio, un americano.

—¡Ah! ¡un americano!

—Sí, señor, dijo D. Cosme, un caballero de Veracruz que conocemos hace tiempo.

Me pareció que nuestro huésped no quería decir mas sobre el particular, y yo por una de esas singularidades del alma ó del corazón que no se podrían explicar, hubiera tenido en mucho el saber cuáles eran las relaciones del americano D. Emilio con nuestras nuevas conocidas. No me impulsaba á ello la curiosidad, sino otro sentimiento mas fuerte. Guadalupe nos habia dicho que su madre funa-

ba, y en efecto, doña Joaquina se ocupaba en enrollar un cigarrillo entre los dedos; así que hubo terminado esta operacion, colocó el objeto que acababa de fabricar entre las uñas de unas tenazas de oro, y lo encendió en unos carbones que ardian en un brasero. Bien pronto el cigarrillo estuvo entre sus labios, y vimos salir de su boca nubes azules de humo odorífero.

Después de haber aspirado algunas bocanadas, invitó al mayor á hacer lo mismo, y le ofreció por consiguiente papel y tabaco que sacó de una bellísima petaca labrada de perlas.

Era un favor muy señalado de parte de la señora de la casa para que la galantería del mayor le permitiese rehusarlo: aceptó, pues, el papel y el tabaco; pero una vez en posesion de estos objetos, se vió muy embarazado acerca del uso que debia hacer de ellos.

Sin embargo, trató de imitar á la señora, y se esforzó, aunque en vano, por enrollar el tabaco y el papel entre sus gruesos dedos.

Las niñas, que miraban con disimulo esta manobra, se divertian mucho con los torpes esfuerzos del mayor: la mas jóven con especialidad apenas podia contener la risa.

—Permítame vd., señor coronel, dijo doña Joaquina tomando el cigarrillo de manos del mayor y enrollándolo rápidamente entre sus dedos habitados á esta operacion.

—Ahora, continuó la señora, téngalo vd. en sus dedos sin apretarlo mucho. ¡Suave, suave! ahí está; muy bien, muy bien.

El mayor, en efecto, habia vuelto á tomar el cigarrillo y habiendo introducido un extremo entre sus gruesos labios, aspiraba con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero no bien había lanzado media docena de bocanadas de humo, cuando el fuego, escitado con demasiada viveza por sus fuertes aspiraciones, se acercó á sus dedos y los quemó de tal manera que de repente soltó el cigarro. La cobertura se había consumido casi enteramente, y no estando ya contenido por el papel el tabaco pulverizado, penetró enteramente en la boca y la garganta del mayor, causándole un estornudo, tos y gargaros que alegraron mucho á los espectadores.

Era ya demasiado para las jóvenes, que animadas por otra parte con las risotadas de Clayley, se alegraron de corazón: pero el mayor tenía gruesas lágrimas en los ojos, y continuaba tosiendo, acompañando sus esfuerzos con juramentos de los más raros que le suministraba su rico repertorio.

La escena hubiera durado aun más tiempo, si una de las jóvenes no hubiese tenido compasión del mayor, y no le hubiese traído un vaso de agua fresca, que apuró de un trago, lo que desembarazó los conductos de su gáznate.

—¿Quiere vd. probar otro cigarrillo, señor coronel? le preguntó doña Joaquina con una sonrisa.

—Muy reconocido, señora, respondió el mayor, dejando al mismo tiempo pasar entre sus dientes un fiero no bien reprimido.

La conversacion continuó en inglés, y nos divertimos mucho con los esfuerzos que hacian nuestras conocidas para espresarse en esta lengua que les era poco familiar.

En un momento en que no pudo hacerse comprender, Guadalupe dijo con un poco de despecho.

—Yo quisiera que mi hermano hubiese vuelto, porque habla muy bien el inglés.

—¿Dónde está? le pregunté.

—En la ciudad, en Veracruz.

—¡Ah! ¿y para cuándo lo espera vd?

—Esta tarde ó esta noche creemos que esté de vuelta.

—Sí, añadió en español la señora Joaquina; ha ido á la ciudad á pasar algunos dias con sus amigos; pero volverá hoy: lo esperamos esta tarde á más tardar.

—¿Y cómo diablos se hará para llegar aquí? dijo el mayor con su ligereza acostumbrada.

—¿Cómo dice vd., señor? exclamaron las niñas que se pusieron pálidas como la muerte.

—Pues sin duda, señoritas, replicó el mayor, no podrá atravesar nuestras líneas.

—Explíquenos vd. esto, capitán, repusieron las niñas echando sobre mí una mirada llena de ansiedad.

El mayor había cometido una indiscrecion y vi que era imposible repararla.

—Me causa una gran pena, señores, dije hablando español, tener que manifestar á ustedes que por hoy no deben contar con la vuelta de su hermano.

—Pero ¿por qué, capitán, por qué?

—Porque nuestras tropas cercan la ciudad por todas partes y se han interrumpido las comunicaciones exteriores.

Una bomba que hubiese caído en medio del salón de D. Cosme no hubiera producido un efecto más terrible sobre sus moradores. A esta familia, del todo ignorante acerca de las cosas de la guerra, no se le había pasado un solo instante por el pensamiento que nuestra presencia pudiese establecer una barrera insuperable entre ellos y el sér querido cuya ausencia deploraban viviendo en un retiro absoluto. D. Cosme y los suyos sabian apenas que

existiese una guerra entre los Estados-Unidos y el país que habitaban. Habían sabido que nuestra flota estaba delante de Veracruz, y el cañón de S. Juan les había hecho comprender que pasaba algo del lado del mar; pero estaban lejos de sospechar que la ciudad pudiese ser acometida por tierra. La venda que cubría sus ojos acababa de caer, veían al presente la verdad en todo su horror, y se comprenderá, sin que tratemos de describirlo, la desesperación de doña Joaquina y de sus hijas, cuando les dimos la noticia, imposible de ocultarles por más tiempo, de que la intención del general americano era bombardear la ciudad.

Esta escena de dolor nos afligía profundamente.

Doña Joaquina se tocaba los brazos y se dirigía á la Virgen con todo el ardor de una alma extraviada por el pesar. Las dos hermanas iban de su madre á D. Cosme, mezclando sus lágrimas á las de sus padres y gritando con una voz lamentable:

— ¡Pobre Narciso! nuestro hermanito ¡le asesinarán!

En medio de esta escena desgarradora, la puerta del salón se abrió de repente y un criado entró constantemente gritando:

— ¡El norte! ¡el norte!

## CAPITULO XVI.

EL NORTE.

**S**ALIMOS precipitadamente siguiendo los pasos de D. Cosme, ignorando mis compañeros y yo cuál podría ser el motivo de este nuevo terror.

Cuando estuvimos en lo alto de la escalera, una escena de horror sublime se ofreció de repente á nuestra vista. El cielo y la tierra se habían metamorfoseado como por el golpe de una vara mágica: el aspecto de la naturaleza, un momento antes tan alegre y risueño, se trasformó súbitamente en sombrío y terrible, el cielo había pasado del azul mas puro á un color negro de siniestro presagio.

Por todo el lado del Noroeste, por encima de las crestas de la Sierra Madre, rodaban masas de sombríos vapores; de sus flancos despeñados salían de rato en rato grupos de nubes mas ligeras que se dispersaban bajo la bóveda celeste afectando las formas mas estrañas y fantásticas: parecia una region de demonios que tenían consejo antes de hacer reventar su cólera sobre la tierra que dominaban.

Por encima del nevoso cono de Orizava se extendía una gran nube semejante á un inmenso búitre amenazando en su vuelo á su víctima dormida.

Pero sobre todo en la Sierra Madre se habían reunido las nubes mas espesas: de rato en rato brillantes relámpagos sulcaban esta masa sombría, desapareciendo luego en el cielo con una velocidad espantosa, semejantes á rápidos corceles encargados de anunciar de un extremo á otro del universo la cólera del Señor de los cielos.

Por parte del Oriente se alzaban torbellinos de arena amarilla, inmensas columnas que parecían sostener la bóveda celeste y que el viento ponía en movimiento.

Sin embargo, la borrasca no había llegado aún al rancho; no se sentía el menor soplo en derredor nuestro, y las copas de los árboles estaban sin movimiento. A estos signos precursores de la tempestad se reunían otros presagios no menos alarmantes: los pájaros lanzaban gritos de pavor; los cisnes se quejaban en medio del agua; oíanse resonar las notas discordantes del buho; los loros venían á buscar un abrigo en la espesura de los olivos; en una palabra, todos los animales espantados parecían temer una terrible convulsion de la naturaleza.

Bien pronto la lluvia empezó á caer en anchas gotas y oímos el fuerte ruido que producía hiriendo las hojas de los árboles. De vez en cuando una ráfaga sacudía el tronco de las palmeras cuyas ramas se chocaban con lastimeros quejidos; luego renacía la calma, y aquellas, agitadas accidentalmente, recobraban de nuevo su inmovilidad turbada por un instante.

Del lado del Norte se oía un ruido sordo semejante al murmullo del mar ó de una cascada lejana, y de rato en rato resonaban tambien en el fondo de los bosques los ahullidos de los coyotes y los gemidos de los monos espantados.

—Tapa la casa, tapa la casa, gritó D. Cosme así que asomó su cabeza por encima del suelo.

—Anda, anda con los mecates.

Los criados, obedeciendo sus órdenes, trajeron bien pronto grandes rollos de esteras de palmera, que se pusieron á desenvolver y á estender sobre la casa para poner el techo de hojas y las paredes de bambú al abrigo de los vientos y de la lluvia bajo una especie de coraza impenetrable.

Después de estas primeras diligencias ataron esteras con fuertes cuerdas al tronco de los árboles vecinos. En cinco minutos todo estaba terminado: la jaula elegante en la cual habíamos comido se trasformó en una casa cuyas paredes eran todas de pétalos amarillos.

—Al presente, señores, todo está cubierto, nos dijo D. Cosme, podemos volver al salón.

—Muy satisfactorio me sería juzgar por mí mismo del primer efecto de la borrasca, le contesté, porque deseaba apartarme de la escena de dolor que habíamos dejado en el subterráneo.

—Sea, capitán, pero entonces póngase vd. al abrigo bajo de esta galería.

—Hace calor como en un horno, dijo el Mayor hinchando sus gruesas mejillas para respirar con mas libertad.

—Antes de cinco minutos, señor coronel, vd. estará helado. La atmósfera está muy ardiente, por que el aire se halla muy comprimido; pero paciencia esto se disipará muy pronto.

—¿Cuánto durará la tempestad? le pregunté.

—¡Por Dios, Señor! es imposible decir el tiempo que el Norte soplará con fuerza: á veces dura dias enteros, y á veces cesa al cabo de algunas horas; sin embargo, creo por las apariencias que va

mos á tener un *huracán*; si es así, será muy breve, pero no menos terribles sus efectos. ¡Caramba!

Un soplo de viento helado pasó por sobre nosotros silvando como una flecha: otra ráfaga siguió la primera, luego otra, por último, un ruido retumbante estalló á nuestros oídos, era el viento del Norte el terrible Norte que soplaba con todo su furor, arrebataando las hojas, torciendo los troncos de los árboles y arrojando delante de sí una nube de pobres pájaros espantados que gritaban buscando un refugio.

Bajo el esfuerzo del terrible azote crujían los olivos; el suelo estaba alfombrado de sus despojos, mientras que las palmeras se encorvaban doblegándose, y volvían á alzarse para doblarse otra vez, agitando sus espesas cabelleras semejantes á banderas desplegadas. Las anchas hojas de los bananos, remecidas convulsamente por la brisa, herían el aire como otros tantos azotes; pero resistían, por la flexibilidad de sus tallos, al furor del viento desencadenado. En pocos instantes una gran nube llegada de los límites del horizonte, nos envolvió como un pabellon de luto. Todo el espacio se llenó de un negro vapor; el aire se puso espeso y pesado; olores sulfúricos hicieron difícil la respiracion, y por un rato se tornó el dia en noche oscura.

Luego, de repente, el aire se abrasó con mil chorros de llama, la floresta pareció ardiendo, pero por un momento; y todo volvió á caer en las tinieblas. Bien pronto se siguieron otros relámpagos acompañados de estrepitosos truenos; el rayo rodaba por encima de nuestras cabezas, y durante algun tiempo su voz majestuosa dominó los demás ruidos de la naturaleza.

Un trueno seguía á otro trueno; las grandes nu-

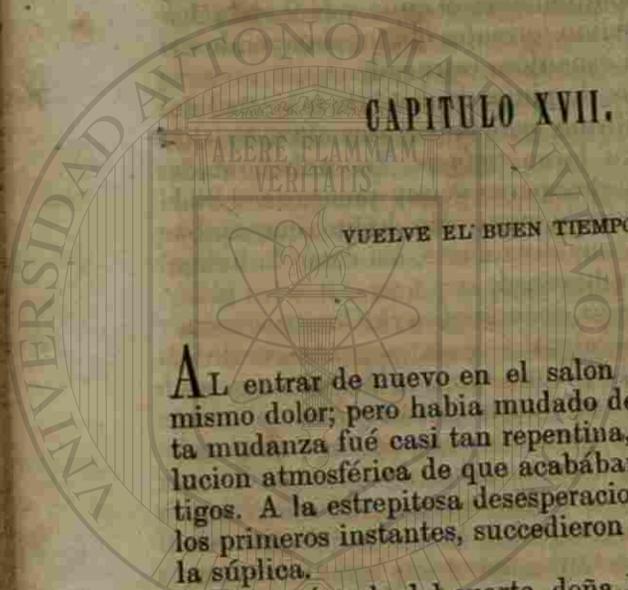
bes eran sin cesar despedazadas por millares de rayos brillantes: confundíanse el agua y el fuego á los relámpagos sucedían torrentes de lluvia cayendo sobre la tierra con espantoso estruendo.

Nada es capaz de pintar la sombría majestad de semejante cataclismo, pero la borrasca era muy violenta para durar largo tiempo. La nube oscura que nos envolvía desapareció muy pronto en el Sud impelida por el viento, cuyo frio hálito empezaba á hacerse sentir mas vivamente, así como lo habia predicho nuestro huésped.

—Vamos á bajar, señores, dijo D. Cosme conduciéndonos á la escalera.

Clayley y el mayor me miraron de lado con un semblante que parecia decir: ¿iremos?

Habia en efecto para mis compañeros y para mí muchas razones que nos alejaban de volver al salon; una escena de aflixion doméstica es siempre muy penosa para un extranjero, y la que se pasaba en este aposento, era tanto mas triste para nosotros, cuánto que el dolor de esta familia fué obra de nuestros compatriotas y en parte de nosotros mismos; así, titubeámos un poco sobre el umbral. En fin, tomé mi partido y entré diciendo á mis amigos que estaba en el órden volver al salon, al menos por un momento, para ofrecer algun consuelo á las personas que habíamos afligido como mensajeros de malas nuevas.



AL entrar de nuevo en el salón encontramos el mismo dolor; pero había mudado de fisonomía. Esta mudanza fué casi tan repentina, como la revolución atmosférica de que acabábamos de ser testigos. A la estrepitosa desesperación que estalló en los primeros instantes, sucedieron la resignación y la súplica.

En un ángulo del cuarto, doña Joaquina recitaba sus oraciones teniendo en la mano un rosario de cuentas de oro con un crucifijo. Sus hijas estaban arrodilladas ante un cuadro que representaba la Virgen al pie de la Cruz, y la Madre del Dolor pintada sobre el lienzo no tenía verdaderamente miradas más tiernas que las de las jóvenes devotas prosternadas á sus piés.

La cabeza ligeramente inclinada, los brazos cruzados sobre su seno henchido de sollozos, sus largos cabellos esparcidos y cayendo sobre la alfombra, las hijas de nuestro huésped formaban un cuadro de un aspecto á la vez interesante y penoso.

Temiendo turbar un dolor tan legítimo, quisimos retirarnos.

—No; señores, nos dijo D. Cosme ¿quieren vdes. sentarse? trataremos de escuchar con calma; háganos vdes. conocer toda nuestra desgracia.

Nos fué preciso entonces contar el desembarque de las tropas americanas, el modo con que habíamos cercado la ciudad de líneas de circunvalación, y explicar, como por consecuencia, toda comunicación estaba cortada entre la plaza y el exterior.

—Hay, sin embargo, una esperanza, dije á D. Cosme, y esta depende de vd.

El aspecto de D. Cosme, sus modales y su lujo, me habían hecho pensar que nuestro huésped era de un rango elevado; podía, pues, por mediación de su cónsul, obtener la entrada en la ciudad ó al menos el derecho de ir á bordo del buque de guerra español que sabía estaba en rada por el canal de San Juan....

—¡Ah! ¿cuál es ese medio capitan, cuál es ese medio? exclamó el pobre padre, mientras que á la palabra de esperanza, su mujer y sus hijas se habían levantado y acercádose á mí con una visible ansiedad.

—Hay, dije, un barco de guerra español fondeado junto á los muros de Veracruz.....

—Lo sabemos, replicó D. Cosme con viveza.

—¡Ah! ¿conoce vd. esta circunstancia?

—¡Oh! sí, dijo Guadalupe, D. Santiago está á bordo de ese navío.

—¡D. Santiago! ¿quién es esa persona? le pregunté.

—Es uno de nuestros parientes, capitan, respondió D. Cosme; es oficial en la marina española.

Esta explicación, sin darme cuenta del motivo, me causó un sentimiento penoso.

—Así, le dije á la mayor de las dos hermanas;

¿tiene vd. un amigo á bordo del buque español? tanto mejor: él podrá quizás restituirle á su hermano.

Mis últimas palabras habian animado los semblantes de todos los que me rodeaban, y D. Cosme, apretándome vivamente la mano, me suplicó que me explicase.

—El buque español, continué yo, puede comunicarse aun con la ciudad: es preciso ir á bordo, y por mediación del amigo de vd. hacer salir á su hijo de la ciudad, antes que empiece el bombardeo. Esto no tiene nada de imposible, porque aun no se han colocado nuestras baterías.

—Voy á partir ahora mismo, repuso D. Cosme levantándose, mientras que doña Joaquina y sus hijas le imitaban con la intencion de salir para ordenar los preparativos del viaje.

—Esperen, esperen vdes., les dije.

—Pero, añadió D. Cosme, ¿cómo podría yo atravesar las líneas americanas y llegar hasta el buque español?

—Vd. no puede hacerlo, sin que yo le acompañe, D. Cosme, le respondí, y siento mucho que mi deber no me permita ponerme inmediatamente á disposicion de vd.

—¿Cómo así, señor? dijo el español con una expresion de vivo disgusto.

—He venido aquí con el objeto de buscar mulas para el ejército americano.

—¡Mulas!

—Sí, exploramos el campo con este objeto. Y si hemos venido por aquí, es porque creimos que hubiese animales de esta especie mas allá de los bosques.

—Es verdad, capitan, hay ciento y aun mas.

Todos estos animales son míos; vd. puede llevarselos.

—Convengo pero nuestro ánimo no es llevarlos sin pagarlos. El mayor, que está presente, tiene todos los poderes necesarios para tratar amistosamente con vd.

—Como vdes. quieran, señores: de ese modo puede vd. volver al campo.

—Lo haremos tan pronto como podamos. ¿Qué distancia hay de aquí á la llanura?

—No hay mas de una legua: yo acompañaria á vd., pero...

Aquí D. Cosme tuvo un momento de duda, y acercándose á mí añadió en voz baja.

—La verdad es, capitan, que me alegraría de que vd. tomase las mulas sin mi consentimiento, aunque intervengo muy poco en los negocios políticos de este país, es mi desgracia la de tener á Santa-Anna por enemigo... y esto le serviria de un excelente pretexto para despojarme de mis bienes.

—Comprendo á vd., le respondí; entonces tomaremos sus mulas por fuerza y le conduciremos prisionero al campo de los americanos; lo que será reconocer la hospitalidad de vd. á la manera yankee.

—Muy bien, replico el español con una sonrisa.

—Señor capitan, continúe, vd. no tiene espada, hágame vd. el honor de aceptar esta.

Pronunciando estas palabras, me ofreció D. Cosme un estoque de estilo toledano, con una vaina de oro admirablemente cincelada, en cuya empuñadura estaban grabados el águila y el nopal de México.

—Es una reliquia de familia, prosiguió; pertenecia en otro tiempo al bravo Guadalupe Victoria.

—¡Ah! verdaderamente, le dije al aceptar la espada, esa circunstancia le dará mas valor á mis ojos:

gracias, señor, gracias. Ahora, mayor, podemos partir.

— ¡Un vaso de marrasquino antes, caballeros! dijo D. Cosme á tiempo en que un criado entraba con un frasco y muchos vasos.

— Doy á vd. las gracias; con mucho gusto, contestó el mayor; y pues que estamos bebiendo, señor D. Cosme, permítame vd. que le dé un consejo. Páreceme que vd. tiene una batería de cocina muy bien montada, y al mismo tiempo señalaba el mayor una azucarera de oro que el doméstico traía en una fuente de plata: creame vd.; oculte esto lo mas pronto que pueda.

— ¡Es verdad, D. Cosme! dije apoyando el parecer del mayor, no somos ladrones, pero hay siempre algunos pillos en las filas de un ejército en campaña.

D. Cosme prometió seguir nuestro consejo y nos preparamos á dejar el rancho.

— Voy á dar á vd. un guía, señor capitán, que le conduzca al punto donde encuentre mi gente y el rebaño de mulas: las cogerán al lazo y se las remitirán: hay para ello en el corral todo lo necesario. ¡Adios, señores!

— ¡Adios, D. Cosme! ¡adios, señoras!

— Adios, capitán, adios, adios.

Tendi la mano á la mas jóven de las hijas de D. Cosme que la llevó inmediatamente á sus labios: este movimiento fué el acto irreflexivo de un niño: Guadalupe siguió el ejemplo de su hermana, pero con mucha mas reserva: ¿De dónde podía provenir esta diferencia en sus modales?

Un instante despues subimos la escalera.

— Hé ahí seguramente un hombre feliz, dijo en voz baja el mayor.

— Sus hijas son á la verdad dos hermosas doncellas, añadió Clayley; pero de cuantas mujeres he visto en mi vida, ninguna me agrada tanto como María de la Luz.

## CAPITULO XVIII.

CONTINUA LA ESPLORACION CON UNA SERIE DE REFLEXIONES.

EL amor es una flor que brota en medio de espinas; apenas nace esta pasion cuando le siguen los celos: la desconfianza y el despecho le acompañan, y el corazon invadido por el amor es siempre alternativamente presa del temor y de la esperanza

Cada accion, cada palabra, cada mirada del objeto amado llega á ser materia del mas escrupuloso exámen, y el corazon del amante, á manera del camaleon, muda de colores ó mejor de sentimientos, siguiendo cada impresion que recibe de los ojos ó de los labios de la que adora. Palabras, miradas, acciones, todo se consigna con cuidado en su memoria. Es una balanza en la cual coloca de una parte todo lo que le es favorable, y de la otra todo lo que le es adverso; luego compara, pesa; semejante al *debe* y *haber* de un libro de caja que establece, y siempre esta cuenta de amor se saldada por un escedente de esperanza ó de temor.

¡Ah! ¡el amor! yo podría escribir una larga historia de su nacimiento y de sus fases: ¿pero de qué serviría? ¿corregiría esto al lector y le haría más cuerdo? Mas vale, pues, que guarde silencio invitando á los que han amado á leer esta historia en su propio corazón, donde la encontrarán escrita en caracteres inefables.

Yo acababa de enamorarme y tenía la conciencia de mi estado: este sentimiento había invadido mi alma con la rapidez instantánea que produce siempre en ciertas personas la vista de la belleza: porque es bella; imposible sería equivocarse. El desarrollo de sus facciones revelaba la inteligencia y la sensibilidad. Desde la primera mirada se comprendía que sus gracias físicas no eran en cierto modo, sino la traducción visible de los encantos de su corazón y de su alma.

Todo me atraía hacia su persona: sus ojos rasgados, á pesar de su expresión un poco salvaje que participaba de lo indio y de lo árabe, y la sombra trazada encima de su labio superior, carácter tan raro entre las personas de su sexo, añadían un nuevo hechizo á su fisonomía: era un no sé qué particular y extraño que me fascinaba: así mi corazón estaba dominado sin que pudiese darme cuenta de las causas que habían producido este súbito efecto. Debo decir además que no he sido nunca de aquellos que saben razonar su afecto y proporcionarlo al mérito del objeto amado: yo he pensado al contrario, que estas gentes no saben amar.

Reconocí desde luego en la mujer de que mi corazón se había apasionado una de aquellas criaturas dotadas de toda la sensibilidad y ternura de los ángeles; pero capaces, sin embargo, en las ocasiones de peligro ó desesperación, de una energía que de

ordinario no pertenece sino á otro sexo. Los sentimientos que ella había expresado á su hermana con motivo del pecesillo dorado eran para mí una prueba de aquella sensibilidad esquisita, mientras que el acto de valor que ensayó para venir á mi socorro manifestaba de una manera irrecusable la fuerza de voluntad que podía desplegar en un caso dado. Debía ser uno de aquellos caracteres susceptibles de las más fuertes pasiones, á los que no detienen ni los sacrificios, ni aun el temor de la muerte; uno de aquellos seres que pueden faltar, pero faltar una vez solamente.

¿Qué no hubiera hecho, qué no hubiera dado para llegar á ser el héroe de un corazón igual!

Tales eran las reflexiones que hacía al dejar la habitación de D. Cosme. Yo tenía presente en mi memoria cada palabra, cada mirada, cada movimiento que pudiese darme alguna esperanza, y hacía pasar sucesivamente al criterio de mi juicio cada una de estas circunstancias con el examen más escrupuloso.

Su conducta al tiempo de nuestra separación me parecía extraña. ¡Era tan diferente de la de su hermana! sus adioses habían sido menos afectuosos, y sin embargo, me atrevía á sacar de esta circunstancia un presagio favorable. En efecto, ¿qué tenía esto de particular? ¿No sabía yo por experiencia que el mismo objeto puede escitar á la vez en el corazón los dos sentimientos de odio y amor?

Esta creencia parecerá, quizá una paradoja, pero no procuraré explicarla contentándome con enunciarla solamente y por ello fué que la indiferencia que noté ya á lo último en Guadalupe, lejos de desesperarme me producía, al contrario, un efecto enteramente opuesto.

Sin embargo, una nube oscurecía el cielo de mi amor: esa nube era el pensamiento de D. Santiago: su nombre me habia herido el corazon como la punta de acero de una saeta envenenada.

D. Santiago, me decia, oficial de marina, jóven, bello sin duda, es un rival peligroso; pero no, reponia, continuando mi soliloquio: el corazon de esta niña no es de los que ceden á simples ventajas estereiores.

Ademas, la edad y la belleza que adornaba á D. Santiago no existia tal vez sino en mi celosa imaginacion, y de positivo no sabia nada del que suponía tan fácilmente mi rival, sino que era pariente de D. Cosme y oficial de marina á bordo del buque español.

A pesar de ello reincidia bien pronto en mis sospechas: evidentemente este D. Santiago le inspiraba el mas vivo interes: sus ojos me lo habian dicho muy á las claras. ¡Qué demonios! y ademas era un primo: ¡un primo! ¡Ah! yo odio á los primos.

Parece que en mi distraccion pronuncié estas últimas palabras en alta voz, porque Lincoln, que marchaba algunos pasos detrás de mí, se acercó presto diciéndome:

—¿Qué quiere vd., capitán?

—Nada, sargento, respondí un poco confuso.

A pesar de mi respuesta oí á Lincoln decir á uno de sus camaradas:

—¡Por vida mia! no se lo que el capitán tiene en la cabeza, pero hace un cuarto de hora que habla solo.

Andábamos por medio de un chaparral muy espeso: despues de haber salvado una colina de arena cubierta de aromos y acacias llegamos á un bosque poblado de antiguas encinas y alcornoques cu-

yos troncos nudosos y venerables estaban ligados entre sí por millones de lianas parásitas. A dos millas cerca del rancho encontramos un arroyo considerable, que segun nuestra opinion, debia ser un brazo de la Jamapa.

En las dos orillas de este rio crecian grandas árboles, cuyas ramas estendiéndose formaban como una bóveda á la sombra de la cual corria lentamente el agua clara. Plantas acuáticas habian brotado en gran número en el seno mismo de la corriente que cubrian con sus anchas hojas á manera de una lufombra de verdura del aspecto mas fresco y risueño.

El suelo se tornaba cenagoso: de trecho en trecho encontramos charcos de agua estancada sombreados por las cortas ramas de sauces llorones: en sus márgenes crecian tambien diferentes plantas acuáticas entre las cuales el iris descollaba por la belleza de su follaje no menos que por la elegancia de su tallo de veinte piés de largo, recto como una lanza y al extremo del cual se balancea un ramillete de flores morenas semejantes al penacho del morrion de un granadero.

Al acercarnos, el pelicano asustado partia del seno de los rosales, y desplegando sus grandes alas desaparecia dando gritos penetrantes bajo las espesas sombras de la floresta; el caiman se sabullía en el agua é iba á ocultarse entre los juncos, mientras que el sajú suspenso por la cola á alguna rama de árbol se balanceaba graciosamente haciendo resonar el aire con sus gritos que se parece á lo lejos á los acentos de la voz humana.

Parámonos un momento para llenar nuestros odres y atravesamos luego la corriente. Apenas habiamos andado cien pasos por la senda opuesta

cuando el guía que nos condujo nos gritó de lo alto de una eminencia.

— ¡Mirad la caballada!



**A**LCANZAMOS bien pronto al guía sobre la eminencia, desde cuyo punto un magnífico cuadro se desarrolló á nuestra vista: la tempestad se habia sosegado del todo: el sol del trópico, desembarazado de todas las nubes que lo habian oscurecido por algun tiempo, brillaba con todo su esplendor y hacia resplandecer con mil rayos la superficie de la pradera aún humedecida de gotas de lluvia suspendas en los tallos de largas yerbas como otros tantos diamantes centellantes.

La tarde estaba aún distante de nosotros, y sin embargo, la esfera brillante del sol habia empezado á descender por el lado del pico nevoso de Orizava, tomando sus rayos aquel color rojizo que caracteriza el crepúsculo en los países de entre trópicos. El viento habia barrido todas las nubes, el cielo se redondeaba por encima de nuestras cabezas como un soberbio pabellon azul sin mancha; las sombrías masas impelidas al Sud, más allá de los límites del

horizonte, estaban al presente suspendas sobre las florestas de Honduras y de Tabasco.

Estendíase á nuestros piés la pradera semejante á una vasta alfombra verde cercada á lo lejos de una línea de árboles grandes y bosquecillos que alzándose por uno y otro lado del medio de la yerba, como islas del seno del mar, añadian nuevo hechizo al paisaje.

A poca distancia cerca del centro de la llanura, se veía un pequeño rancho rodeado por todas partes de un parque de empalizada: era el *corral* de que nos habia hablado D. Cosme.

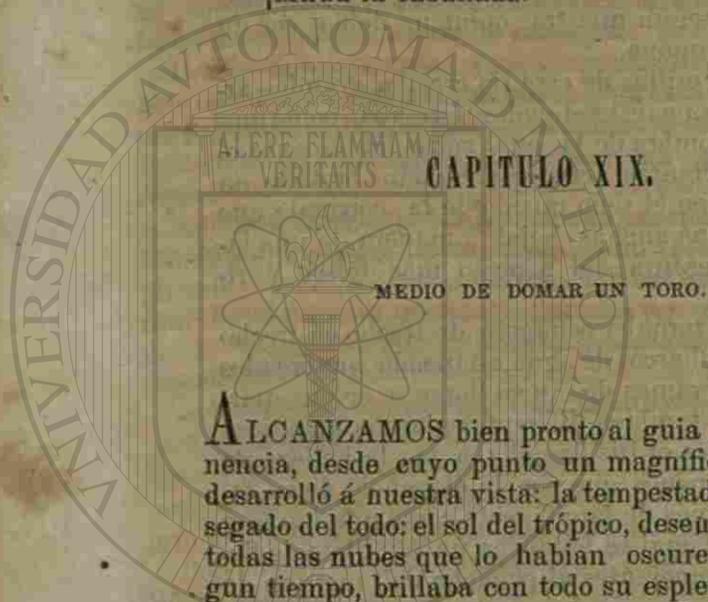
No lejos de este parque millares de bueyes pacían en paz por los altos yerbazales: sus espaldas manchadas y sus largos cuernos derechos revelaban el origen de estos animales que descendian de la famosa raza de los de España. Algunas cabezas extraviadas del rebaño erraban por entre cerros ó estaban tendidas pacíficamente al abrigo bajo la sombra de alguna aislada palmera: las campanillas hacían oír por todas partes su retintin agudo y monótono.

Los animales de cuerno no eran los solos huéspedes de estos prados; centenares de caballos y mulas pastaban en medio de ellos, y todos estos ganados parecían ser confiados á la custodia de dos solos vaqueros que, vestidos de trages de cuero y montados sobre caballos recorrían incesantemente la pradera en todas direcciones:

A tiempo que subíamos á la cumbre de la eminencia, estos pastores se habian lanzado en persecucion de un toro que acababa de escaparse del corral. Los vaqueros, los caballos y el toro corrían por la pradera con la rapidez del viento. El toro bramaba de rabia y de terror, mientras que los pasto-

cuando el guía que nos condujo nos gritó de lo alto de una eminencia.

— ¡Mirad la caballada!



**A**LCANZAMOS bien pronto al guía sobre la eminencia, desde cuyo punto un magnífico cuadro se desarrolló á nuestra vista: la tempestad se habia sosegado del todo: el sol del trópico, desembarazado de todas las nubes que lo habian oscurecido por algun tiempo, brillaba con todo su esplendor y hacia resplandecer con mil rayos la superficie de la pradera aún humedecida de gotas de lluvia suspendas en los tallos de largas yerbas como otros tantos diamantes centellantes.

La tarde estaba aún distante de nosotros, y sin embargo, la esfera brillante del sol habia empezado á descender por el lado del pico nevoso de Orizava, tomando sus rayos aquel color rojizo que caracteriza el crepúsculo en los países de entre trópicos. El viento habia barrido todas las nubes, el cielo se redondeaba por encima de nuestras cabezas como un soberbio pabellon azul sin mancha; las sombrías masas impelidas al Sud, más allá de los límites del

horizonte, estaban al presente suspendas sobre las florestas de Honduras y de Tabasco.

Estendíase á nuestros piés la pradera semejante á una vasta alfombra verde cercada á lo lejos de una línea de árboles grandes y bosquecillos que alzándose por uno y otro lado del medio de la yerba, como islas del seno del mar, añadian nuevo hechizo al paisaje.

A poca distancia cerca del centro de la llanura, se veía un pequeño rancho rodeado por todas partes de un parque de empalizada: era el *corral* de que nos habia hablado D. Cosme.

No lejos de este parque millares de bueyes pacían en paz por los altos yerbazales: sus espaldas manchadas y sus largos cuernos derechos revelaban el origen de estos animales que descendian de la famosa raza de los de España. Algunas cabezas extraviadas del rebaño erraban por entre cerros ó estaban tendidas pacíficamente al abrigo bajo la sombra de alguna aislada palmera: las campanillas hacian oír por todas partes su retintin agudo y monótono.

Los animales de cuerno no eran los solos huéspedes de estos prados; centenares de caballos y mulas pastaban en medio de ellos, y todos estos ganados parecian ser confiados á la custodia de dos solos vaqueros que, vestidos de trages de cuero y montados sobre caballos recorrían incesantemente la pradera en todas direcciones:

A tiempo que subiamos á la cumbre de la eminencia, estos pastores se habian lanzado en persecucion de un toro que acababa de escaparse del corral. Los vaqueros, los caballos y el toro corrían por la pradera con la rapidez del viento. El toro bramaba de rabia y de terror, mientras que los pasto-

res le seguian á alguna distancia haciendo silvar sus largos lazos.

Esta carrera tenia para nosotros, por su extraño carácter, un interes de curiosidad, y nos detuvimos un momento aguardando el resultado. Figúrense en efecto, los lectores, hombres corriendo á galope sobre caballos con largos cabellos negros flotando al viento, rostros morenos como los de los árabes, grandes sombreros españoles, calzoneras de cuero rojo abotonadas por los muslos, grandes botas, enormes espuelas, altas sillas cubiertas de extraños adornos, y se comprenderá el atractivo que debia tener para nosotros semejante espectáculo, tanto mas, cuanto que estos hombres gobernaban sus caballos con una habilidad notable. Era tan bello este espectáculo como los de los toros, porque tienen tanta pasion los españoles.

El toro pasó corriendo apenas á cincuenta pasos delante de nosotros y mugia con rabia hiriendo el aire con sus cuernos; seguianle los pastores á corto trecho, y á tiempo que estaba frente de nosotros, uno de los vaqueros lanzó su lazo: la correa describió una curva graciosa y vino silbando á enredarse en torno de uno de sus cuernos. Inmediatamente el vaquero dirigió su caballo de lado para estirar la correa; pero el nudo mal formado se deslizó sobre la pulida asta, y el toro, libre de impedimento, se huyó con nueva rapidez: fué un tiro en vano.

Casi inmediatamente el segundo vaquero á su vez arrojó su lazo, pero con mejor éxito: entonces la correa se abatió con la velocidad de una flecha al rededor de los cuernos del animal. Presto, como el pensamiento, el vaquero hizo dar media vuelta á su caballo, le introdujo las espuelas en el vientre y partió á gran galope en una direccion opuesta.

El toro continuaba su carrera, de suerte que en un abrir y cerrar de ojos, tiró de la correa con fuerza: el sacudimiento la hizo vibrar como la cuerda de un arco, y el animal se postró en la pradera: la fuerza del toro habia sido tal que el caballo se dobló y cayó casi sobre el costado.

El toro quedó un instante sin moverse en el sitio en que habia caido, y luego haciendo un esfuerzo, se levantó echando en torno de sí miradas vagas. Aun no estaba domado; sus ojos inflamados de rabia buscaban por todas partes á su adversario, cuando de repente, percibiendo la correa que partia de sus cuernos y que se unia con la silla, bajó la cabeza y se lanzó con un mugido furioso en persecucion del vaquero.

Este, que habia previsto el ataque, introdujo la espuela en los hijares del caballo y partió á galope por la pradera. El toro siguió al caballo; ya la distancia que los separaba uno de otro se disminuia lo bastante para aflojar la correa, ya se tendia con sobrada violencia para dar una fuerte sacudida á la cabeza del toro.

Despues de una carrera de cien pasos, volvió el vaquero repentinamente su caballo, y galopó siguiendo una línea que formaba ángulo recto con la direccion que habia tomado al principio. Antes que el toro pudiese darse vuelta, la correa se habia estirado de nuevo con tanta fuerza que el animal cayó sobre el costado; pero levantándose por segunda vez, continuó de nuevo siguiendo al caballo y al jinete.

En este intermedio llegó el otro vaquero, quien así que el toro pasó á su alcance le arrojó el lazo de modo que una de las piernas quedó casi enteramente cubierta por las espirales de la correa.

Este tercer ataque fué decisivo: el toro cayó por tercera vez á tierra y el choque fué tan violento, que quedó como muerto. Entonces uno de los vaqueros se acercó á él poco á poco, é inclinándose sobre la silla, desató las dos correas y del volvió la libertad al animal rebelde.

El toro se levantó poco á poco, miró en su derredor con espanto, y avergonzado de su derrota, se dirigió pacíficamente al corral en compañía de sus dos vencedores.

Concluida la caza, nos pusimos en camino dirigiéndonos hácia la llanura: á vista de nuestros uniformes los vaqueros pararon de súbito sus caballos; señal evidente de que nuestra llegada era para ellos un motivo de temor. Este sentimiento fué tanto mas fundado de su parte, cuanto que el aspecto de nuestro mayor no infundia confianza; montado en su gran caballo de batalla, sobre la vertiente de la colina, se dibujaban ambos en el azul del cielo como dos enormes colosos. Los mexicanos no habian visto sin duda caballos mayores que sus jacas, y la aparición de nuestro gigantesco comandante seguido de una partida de soldados, no fué muy á propósito para inspirarles serenidad de ánimo.

—Esos bellacos se van á huir, capitán, me dijo Lincoln llevando respetuosamente la mano á su frente.

—Tiene vd. razón, sargento, le contesté; y no obstante, sin el socorro de sus lazos no sería tan fácil coger esas mulas medio salvajes como tomar el viento con la mano.

—Si quiere vd. permitirme que tire una bala á una de esas jacas, le aseguro que detendré la fuga del jinete.

—Sería lástima, sargento; ¡vale mas enviar delan-

te el guía! pero no, quedamos convenidos en que se debía emplear la violencia. Mayor, ¿quiere vd. tener la bondad de picar adelante y cortar la fuga á aquella gente?

—¡Señor capitán! dijo el mayor con una mirada de terror, vd. no sabe lo que se dice. ¡Yo coger á tales árabes! fuera de que Hércules no es vigoroso y anda poco mas que una tortuga.

Y era escusa, porque yo sabia que Hércules, que así se llamaba el gran Bucéfalo del mayor, era tan rápido como el viento.

—¿Entonces, mayor, permitirá vd. que M. Clayley haga alguna tentativa? le repliqué; pero está á pié y si dejamos escapar á estos mexicanos no podremos coger una sola mula.

Viendo el mayor que todas las miradas estaban fijas en él, se enderezó sobre sus estribos, y con un aire de valentía é importancia declaró que el negocio era muy grave para encargarlo á otro que no fuese él en persona; y en efecto, llamando á Doc; su sirviente, le ordenó que le siguiese, introdujo con brio las espuelas en el vientre de Hércules y partió á galope.

El suceso probó que yo habia adoptado el mejor medio de espantar á los vaqueros, porque el mayor solo les inspiraba mas terror que todo el resto de la tropa. Así, desde que le vieron dirigirse hácia ellos se dieron á correr, y aunque les gritamos que éramos amigos, picaban siempre los caballos y galopaban en dirección al corral con tal ligereza como si su vida dependiese de la rapidez de su carrera.

Seguíalos el mayor á galope: Doc venia detrás: el cesto que este último llevaba colgado al brazo, sacudido con violencia por la rapidez del movimiento, empezó á dejar salir los tesoros que conte-

nia: pedazos de pastel, alas de aves y otras vituallas cubrieron bien pronto el suelo: pero felizmente la generosa hospitalidad de D. Cosine habia hecho casi inútiles aquellas provisiones.

Al cabo de media milla Hércules aventajaba sensiblemente á las jacas, mientras que Doc, por el contrario, se quedaba muy atrás. Los mexicanos estaban á cosa de doscientos pasos del rancho y el mayor á ciento de aquellos, cuando de golpe le ví apoyarse fuertemente sobre las riendas, y por una súbita sacudida mudando la direccion de Hércules, retroceder con toda la ligereza de piernas del pobre animal, volviendo la cabeza á cada instante para mirar el parque.

Los vaqueros no se detuvieron en el corral como lo habíamos esperado, antes continuaron su carrera por medio del prado, y desaparecieron bien pronto detrás de los árboles que lo cercaban del otro lado.

—¿Qué vértigo es ese que domina al pobre Blossom y le hace retroceder cuando ya iba cerca de aquellos malandrines? preguntó Clayley. Sin duda que le habrá dado algun ataque apoplético.

## CAPITULO XX.

ENCUENTRO CON GUERRILLEROS.

QUE hay mayor? pregunté á Blossom á tiempo que llegaba á nosotros soplando como una ballena.

—¿Qué hay? repuso con una de sus imprecaciones favoritas, ¿qué hay? Vd. no querrá, segun creo, que vaya á que me asesinen en sus obras.

—¿Sus obras! respondí un poco sorprendido ¿qué entiende vd. por esto, mayor?

—¿Qué entiendo por obras? Entiendo una empalizada de diez piés de alto, detrás de la cual hay un monton . . .

—¿Un monton de qué?

—De enemigos: está llenó de rancheros: he visto sus feas caras amarillas; habia cuando menos una docena; me miraban por encima de las estacas, y si hubiese dado dos pasos mas, hubieran tirado sobre mí, como sobre un duende.

—Pero, mayor, allí no hay sino pacíficos rancheros y ganados nada mas.

—¿Ganados! Digo á vd., capitan, que aquellos dos diablos amarillos que corrian delante de mí tenían una espada atada al arzon de su silla: la he visto perfectamente cuando estaba mas cerca de ellos; su fuga no era sino un lazo para conducirnos hasta el pié de la empalizada; lo juraria por mi cabeza.

—Bien, mayor, le respondí, pero están al presente muy lejos del corral, y lo mejor que podemos hacer durante su ausencia, es acercarnos á esa famosa empalizada y ver si hay en ella algunas mulas de qué poder apoderarnos; porque si todas están fuera, nos será preciso volver al campo con las manos vacías.

Hablando así me adelantaba, mientras que el mayor se colocaba prudentemente en la retaguardia de la tropa.

Muy pronto llegamos á la famosa empalizada, que bien examinada no era sino un corral semejan-

te á todos los parques de la misma especie que se encuentran en cada una de las haciendas de ganado de la América española. En uno de los ángulos se alzaba una cabaña construida de palos y cubierta de hojas de palmera: allí era donde los vaqueros ataban sus lazos, sus aparejos, sus sillas y todos los demás instrumentos. A la puerta de esta cabaña estaba un viejo zambo decrepito, el solo ente de la especie humana que hubiese en aquel paraje; su cabeza lanuda era la que se habia aparecido al mayor entre las estacas de la empalizada, y semejante á un espejo de diferentes fases, el miedo habia reflejado por docenas la figura del pobre negro inofensivo en la imaginacion de nuestro gefe de cuartel.

Despues de haber examinado el corral, encontré que estaba perfectamente dispuesto para el proyecto que habia formado de paso de hacer entrar las mulas que estaban en la llanura. Por consiguiente hice abrir las puertas y nos pusimos á coger las bestias.

Despues de haber adelantádome á la muletada, desplegué mi compañía en semicírculo formando al rededor de aquella, y luego los soldados avanzando poco á poco las fueron encaminando del lado del corral.

Eramos algo novicios en esta maniobra; pero merced á una lluvia de pequeñas piedras que las arrojamos y de varas que sacudimos, las mulas se pusieron presto en movimiento y tomaron la direccion que deseábamos.

El mayor, Doc y Jack, los tres de la partida que estaban á caballo, nos prestaron en esta ocasion los mas eficaces servicios, principalmente el maestro Jack, al cual agradó mucho esta ocupacion no cesan-

do de galopar de derecha á izquierda sobre el lomo de Twidget.

Cuando las mulas estuvieron á poca distancia de las puertas del corral, los hombres que formaban los puntos extremos del semicírculo se acercaron gradualmente de cada lado de la entrada. Las bestias se hallaban á cincuenta pasos del corral, los soldados estaban á cerca de doscientos detrás de ellas; y todo iba bien cuando de repente sentimos conmoverse el suelo á nuestras espaldas por los pasos de muchos caballos. Al mismo tiempo oimos resonar los acentos del clarín, á los que se mezclaban gritos salvajes, semejantes á los que los indios tienen la costumbre de dar al cargar á sus enemigos.

Todas las miradas se dirigieron al punto de donde salian aquellos gritos, y no sin vivo terror vimos invadida la llanura por una nube de caballeros que salian de los bosques y se dirigian de tropel hácia nosotros.

Una sola mirada bastó para darme á conocer á los guerrilleros: su vestido, sus armas, sus banderas de muchos colores flotando al extremo de sus lanzas, no permitian equivocarse un solo instante.

Quedamos inmóviles por algunos segundos como si hubiéramos sido heridos del rayo y luego se hizo oír un gran grito por toda la línea.

Era preciso tomar pronto un partido: ordené al corneta que tocase para formar el centro.

El clarín resonó, y luego por un movimiento espontáneo toda la línea se dirigió hácia la abertura de la empalizada. Las mulas ostigadas de mas cerca se precipitaron adelante y se agolparon en confusión á la entrada del corral.

A este tiempo los guerrilleros caian sobre nosotros

dando gritos salvajes, con la bandera desplegada al viento y la lanza en ristre.

— ¡Anden, anden! ¡mueran los yankees!

Los soldados nuestros que estaban en la vanguardia, molestados en su marcha por el tropel de mulas, se pusieron á picarlas con sus bayonetas á fin de abrirse paso por en medio del ganado; pero este modo de obrar por poco nos es fatal, porque los animales caian y retozaban de todos lados, de manera que desordenaban nuestras filas.

— Frente y fuego, mandé yo entonces.

— Al instante una descarga irregular, pero bien dirigida, derribó media docena de ginetes. Los invasores se pararon un momento; pero bien pronto y antes que los nuestros tuviesen tiempo de cargar de nuevo, saltando los guerrilleros por encima de los cadáveres de sus compañeros, se precipitaron sobre nosotros con gritos de venganza.

La situación se hacia muy crítica: de un lado las mulas continuaban dificultando la entrada del corral y nos impedían ponernos al abrigo detrás de las empalizadas; de otro avanzaba siempre el enemigo, y amenazaba herirnos con sus lanzas antes que hubiésemos tenido tiempo de volver á cargar nuestras armas.

Conocí el peligro, y tirando del brazo al criado del mayor lo derribé de su caballo, sobre el que salté rápidamente para trasportarme inmediatamente á la retaguardia. Cinco ó seis de mis mas valientes soldados, entre los cuales estaban Lincoln, Chane y el frances Raoul, se reunieron en torno de mi caballo, y se pusieron en actitud de recibir la carga de la caballería sobre la punta de sus bayonetas, estando vacías sus carabinas.

Al mismo tiempo distinguí un soldado aleman

valiente, pero poco diestro, que se encontraba veinte pasos distante de sus camaradas y hacia esfuerzos para reunirse con ellos. Dos guerrilleros cayeron sobre él lanza en ristre; galopé para darle socorro, pero llegué muy tarde: uno de los mexicanos acababa de atravesarle de una parte á otra: el golpe fué dado con tanta violencia que el hierro y la flá-mula de la lanza salian del otro lado del cuerpo. El pobre aleman habia caido, y el ginete, prosiguiendo su carrera, lo habia arrastrado á algunos pasos con el extremo de su arma.

Esforzábese el guerrillero por sacar su lanza metida en el cadáver; pero antes que pudiese conseguirlo, la espada de Victoria le habia traspasado el corazon.

Su camarada se precipitó sobre mí con un grito de venganza: mi espada no estaba aun desembarazada, y la lanza de mi adversario distaba tres piés de mi pecho, cuando un tiro partió detras de mí. El lancero alargó los brazos por un movimiento convulsivo y se tendió sobre la silla; estaba muerto.

— ¡Muy bien, Jack! muy bien, ¡cáspita! ¿Quién te enseñó ese tiro? ¡Bravo! ¡hurra!

Reconocí la voz de Lincoln, cuyos poderosos acentos dominaban los demas ruidos.

Un guerrillero se adelantó á nosotros á todo galope en un soberbio caballo negro. Como casi todos sus compañeros, este hombre estaba armado de un sable que manejaba con mucha habilidad: á tiempo que caía sobre mí, ví una sonrisa feroz descubrir sus dientes blancos y le oí esclamar.

— ¡Ah! ¡señor capitan! ¿es vd.? yo creí haber acabado con su persona en Lobos, pero aun es tiempo. Reconocí al desertor Dubrosc.

— ¡Miserable! grité tan furioso que no me ocurrió otra cosa qué responderle.

Nos lanzamos con toda viveza uno contra otro: pero yo tenía un caballo poco dócil, y á duras penas logré evitar los golpes de mi adversario: nos habíamos pasado sin tocarnos: nos dimos vuelta y caímos uno sobre otro llenos de odio y de rabia. Mi caballo, que era muy asombradizo, se espantó con el brillo del sable que Dubrosc agitaba en su mano, y sin que yo hubiese podido prevenirle, me llevó á pesar mio al lado del corral: cuando logré detenerlo y quise volver por tercera vez á la carga, ví que el desertor y yo estábamos separados por una multitud de objetos negros: era una parte de las mulas que habia saltado por encima de las puertas del corral, y se huían por la pradera. A pesar de la distancia continuamos amenazándonos con la vista, y procurábamos venir de nuevo á las manos, cuando las balas de mis hombres empezaron á silvar del lado de la palizada: la suerte se tornaba muy peligrosa para Dubrosc; y éste, despues de haberme dirigido el último ademán de furor, se decidió, en fin, á partir á galope para reunirse con sus compañeros que se habían retirado fuera del alcance de nuestras carabinas y huían de tropel por el prado dando gritos de despecho y de rabia.

## CAPITULO XXI.

UNO DE LOS TRABAJOS DE HERCULES.

**T**ODA esta escaramuza no habia durado mas de dos minutos, siendo, como casi todas las cargas de la caballería mexicana, nada mas que un choque rápido acompañado de gritos salvajes, de algunas caídas y seguido de una pronta retirada.

Los guerrilleros habían tomado la fuga así que vieron que ganamos una buena posición y oyeron silbar á sus oídos las balas de nuestras carabinas que tuvimos tiempo de volver á cargar. Dubrosc, arrebatado por su impetuosidad, se avanzó hasta una pequeña distancia del corral, y al verse solo, y al conocer la inutilidad de su bravura, fué cuando se decidió, aunque á pesar suyo, á reunirse con el cuerpo de los mexicanos agrupados fuera del alcance de nuestras armas á poca distancia de sus compañeros heridos. Algunos, sin embargo, continuaban galopando de uno á otro lado y dando gritos furiosos.

Entré en el corral donde la mayor parte de mis hombres habían llegado ya á encontrar un abrigo detrás de la empalizada. El pequeño Jack, altivamente montado sobre el lomo de Twidget, volvía

LOS TIRADORES.

12

á cargar su carabina procurando mantenerse insensible á las alabanzas que le prodigaban de todas partes; pero un cumplido de Lincoln desconcertó su gravedad, y el niño no pudo menos de dejar aparecer sobre sus facciones una sonrisa de satisfaccion.

—Doy á vd. las gracias, Jack, le dije al pasar á su lado, veo que vd. sabe servirse á tiempo de una carabina.

Jack bajó la cabeza, y sin decir una palabra, pareció reconcentrar toda su atencion sobre su arma.

Lincoln habia recibido en esta escaramuza un lanzazo, pero no era mas que un rasguño de que juró tomar venganza, y como hombre de palabra, no dejó pasar largo tiempo sin pagar su deuda, porque habia introducido su bayoneta en el brazo de su adversario, quien salió con este miembro maltratado. Pero esto no bastaba al cazador y se le veia en el vallado mostrar su brazo á los mexicanos murmurando:

¡Bellaco maldito, si te encuentro otra vez, tú verás lo que te cuesta!

Graveniz, prusiano, habia recibido tambien un lanzazo: otros muchos fueron heridos, pero ligeramente. El aleman fué el único que encontró la muerte en el combate: este desgraciado yacia aún en la pradera en el sitio donde cayó traspasado el cuerpo con la lanza. A diez pasos de él se hallaba el cadáver de su asesino, cuyo lujoso vestido brillaba á los rayos del sol.

El otro guerrillero habia, al caer, enredádose una de sus piernas en el lazo que pendia de la silla de su caballo: el animal, espantado, mordía el freno con los dientes y arrastraba á su señor por el suelo de la pradera. A cada sacudida que el caballo imprimia al lazo, saltaba el cuerpo como una

bala elástica á la distancia de veinte piés; luego quedaba un rato sin movimiento hasta el momento en que otra sacudida le comunicaba nuevo impulso.

Atraida nuestra vista por tan horrible espectáculo, descubrieron al mismo tiempo muchos guerrilleros lanzados en persecucion del caballo espantado: mas lejos otros cinco ó seis mexicanos corrian tambien dirigiéndose por detrás del corral.

Miramos de esta parte: un gran caballo rojo, cuya silla estaba vacía, recorria la pradera á todo galope. Un instante nos bastó para reconocerle: era Hércules.

—¡Gran Dios! ¿el mayor?

—¡Oh! en algun paraje se ha guarecido: ¿pero dónde diablos puede estar? replicó Clayley. lo cierto es que en la pradera no ha sido puesto fuera de combate, porque no se le descubre á diez millas en contorno. ¡Ah! ¡ah! vea vd., pues.

Y Clayley, riendo de todas veras, me indicaba uno de los ángulos del rancho.

A pesar de las escenas trágicas que tenia á la vista, confieso que no me costó mucho trabajo hacer el coro con Clayley, porque el objeto que me señalaba con el dedo no era otro que el mismo mayor colgado á una de las vigas del corral por el cinturón de su sable. En esta posicion el pobre hombre se daba á derecha é izquierda fuertes golpes de pié: el cinturón tirante por el enorme peso de su propietario, le separaba el cuerpo en dos gruesas rotundidades semejantes por su disposicion á un odre colosal, mientras que su rostro se habia puesto de color de púrpura y se contraia del modo mas horrible por consecuencia del malestar inseparable de semejante estado de suspension. El mayor pedía

socorro con mugidos mas bien que con gritos, y mas bien bramaba que llamaba. Muchos soldados se dirigieron á su lado: á las sacudidas que daba á su cuerpo y á los esfuerzos que hacia para pasar su cuello por encima de la empalizada, era evidente que la causa de sus gritos provenia aun menos de su posición violenta que del terror que le inspiraban los que creía estar en ascecho de la otra parte del vallado.

Esta suspension era resultado de la escesiva prudencia del mayor; á la primera aparicion del enemigo habia galopado con intento de ganar el corral y ampararse detrás de la empalizada; pero no encontrando la entrada, habia conducido á Hércules hasta el pié de las tablas con el fin de servirse del lomo de su caballo como de una escala para facilitar su subida. En este momento fué cuando, asustado sin duda por la vista de algun guerrillero, abandonó las riendas y procuró saltar al corral. Por desgracia tomó tan mal sus dimensiones, que su cinturón del sable se metió por una viga puntiaguda, quedando colgado por medio del cuerpo y con la terrible persuasion de que los mexicanos caerian sobre él. Muy pronto lo descolgamos y pusimos en pié en medio del corral. Fácilmente se creará que exhaló su cólera y mal humor en una larga serie de fieros enérgicos.

Después del mayor, nuestras miradas se dirigieron á Hércules: los de á caballo que le perseguian estaban poco mas ó menos á cincuenta pasos del animal y preparaban sus lazos: todo inducia á creer que el mayor habia perdido para siempre su gigantesco corcel.

Después de haber galopado hasta la orilla del bosque, Hércules se trabó en las riendas que iba

arrastrando y se paró engrillado dando un relincho sonoro. Los mexicanos lanzados en su persecucion se aprovecharon de este momento de reposo para arrojarle sus lazos: dos de las correas de plomo tocaron al animal y se enredaron al rededor de su cuello. A este ataque imprevisto, la pobre bestia, comprendiendo la necesidad de salvar su libertad á costa de un esfuerzo desesperado, puso su cabeza entre las piernas, dió un salto terrible y partió á gran galope.

A este impulso vigoroso las correas se estiraron con tanta violencia que se rompieron al mismo tiempo y los caballos casi son derribados por la fuerza del rechazo, mientras que Hércules volvía á nosotros con los fragmentos del lazo que le batian las piernas y los hijares. Muchos de nuestros soldados se colocaron en disposicion de poder coger la brida suelta en el momento que el animal pasase á su alcance; pero esta precaucion fué inútil; porque Hércules, habiendo percibido en el vallado á su antiguo camarada, el caballo del doméstico dió un nuevo relincho sonoro, y luego de un salto violento pasó por encima de la empalizada y vino á caer en medio de nosotros.

Un hurra de triunfo acogió esta repentina entrada: los soldados habian seguido con interes todos los esfuerzos que el animal habia hecho para escaparse y le daban la bien venida como si hubiera sido uno de ellos.

—¡Por vida mia, mayor, vd. debe á su caballo una gratificación de dos meses de sueldo á lo menos! exclamó Clayley.

—¡Buena bestia! vale en oro lo que pesa: á fe mia, le desearia una igual al capitan! dijo Chan

á su turno, reuniendo sus elogios á los que hacian los demas en honor del valiente caballo.

Respecto á los mexicanos que dieron caza á Hércules, no juzgaron prudente acercarse á la empalizada, y se juntaron con sus compañeros, avergonzados y pesarosos de su mala pasada.

CAPITULO XXII.

STEAPLE-CHASE.

**M**IENTRAS mas reflexionaba en nuestra situacion, mas peligrosa la encontraba. Estábamos encerrados en malas empalizadas, sobre una pradera enteramente desnuda, á diez millas del campo, y sin medio de salir de allí. No ignoraba que en esta posicion podiamos defendernos contra un enemigo dos veces mas numeroso que el nuestro; pero no era esta la dificultad, porque los mexicanos á buen seguro no se nos acercarian á tiro de carabina; lo difícil era encontrar el medio de salir y ganar el campo. ¿Cómo atravesar la llanura?

No éramos sino cincuenta infantes contra un número cuádruplo de ginetes armados de lanzas, y no existia en toda la pradera una mata capaz de esconder á uno solo.

La choza mas inmediata de nosotros distaba media milla lo menos; á otra media mas lejos se es-

tendia la orilla de los bosques. Suponiendo que por un esfuerzo desesperado pudiésemos llegar á la choza, no iríamos mas allá; porque el enemigo no dejaría de cercar nuestra nueva posicion y de encerrarnos allí como en una ciudad sitiada.

Por lo pronto los mexicanos se habian parado á distancia de cerca de cuatrocientos pasos del corral, y seguros de tenernos en una trampa de que nos era imposible salir, se habian apeado la mayor parte de ellos, atado sus caballos con los lazos, y parecian tomar las disposiciones necesarias para un sitio. Por colmo de desgracia descubrimos que no habia una sola gota de agua en el corral. La sed que sigue siempre á las fatigas del combate, agotó nuestros odres y no teníamos qué beber; además, el calor era excesivo.

Mientras que meditaba en lo crítico de nuestra situacion, mis miradas se dirigieron á Lincoln que estaba á mi lado, la carabina á los piés, la mano izquierda colocada sobre el pecho en la actitud de un soldado que espera las órdenes de su gefe.

—Y bien, sargento: ¿qué hay? le dije.

—Hay, capitan, que pido permiso para llevar dos hombres conmigo para ir á buscar el cuerpo del alemán. No sería malo echar un poco de tierra sobre el pobre diablo antes que los lobos se hayan apoderado de su cadáver.

—Sin duda, ¿pero no se espondrá vd? el cuerpo yace á alguna distancia de la empalizada.

—¡Oh! no creo que esos bellacos vuelvan á empezar tan pronto: tienen bastante con la primera danza. Sin embargo, me acompañaré de dos ó tres camaradas con sus carabinas para protegernos en caso de necesidad.

—Muy bien está: hágalo vd.

Lincoln volvió hácia la compañía y eligió cuatro hombres de los mas determinados con los cuales salió de la pared de estacas. Di orden á los soldados de que fuesen por aquel lado del cerco y que estuviesen prontos á sostener á sus compañeros en caso de ataque. Esta medida de prudencia era supérflua. Los mexicanos hicieron un movimiento al ver á Lincoln dirigirse al lado del cadáver; pero como estaban muy distantes para llegar á él, juzgaron prudente permanecer fuera del alcance de las carabinas americanas; esta demostración de su parte no tenia consecuencia.

El cuerpo del soldado alemán fué traído al vallado y enterrado con el ceremonial posible en semejantes circunstancias, aunque nadie ignoraba que esta sepultura militar sería violada dentro de pocas horas, y que el cadáver sacado de la fosa vendría á ser presa de los coyotes y de los buitres. Los huesos de nuestros compañeros estaban evidentemente destinados á blanquear la pradera, y ¿cuál de nosotros podía asegurar que no fuese este el destino que le estaba reservado dentro de pocos instantes?

—Caballeros, dije á los oficiales despues de haberlos reunido en mi derredor, conocen vdes. algun medio de salir de aquí?

—Lo único que tenemos que hacer, en mi concepto, dijo Clayley, es combatir á los enemigos en este mismo sitio, pero no debemos pensar en atacarlos: son cuatro contra uno.

—Yo tampoco veo otro recurso, dijo Oakes haciendo una inclinacion de cabeza.

—Pero, señores, su intencion no es la de venir á las manos; quieren sitiarnos por hambre. Vean vds., han atado sus caballos y parecen determinados á

esperar, para atacarnos, á que el hambre y la sed nos espulsen de este paraje.

—¿Y si salimos en batallon cerrado?

—Pero ¿qué puede hacer un batallon cuadrado de cincuenta hombres contra doscientos de á caballo, armados de lanzas y de lazos? No hay que pensar mas en ello; seriamos derrotados al primer encuentro. Nuestra sola esperanza es mantenernos en este vallado hasta que se decidan á enviar del campo un destacamento en nuestro socorro.

—¿Y por qué no hemos de avisar al campo, dijo el mayor, que no fué llamado á consejo sino por mera formula, pero cuya fantasía se encontraba escitada en estas circunstancias por el sentimiento de su propia conservacion,

—Sí, ¿por qué no hemos de pedir uno ó dos regimientos?

—Sin duda; ¿pero á quién mandamos, mayor? preguntó Clayley provocado á risa á pesar de la gravedad de las circunstancias ¿Tiene vd. en su faltriquera algun pichon viajero?

—¿Cómo! ¿cómo! ¿pero no tenemos á Héroules que corre como una liebre? pónganle vds. un hombre sobre el lomo, y yo les aseguro que antes de una hora estará en el campo.

—Vd. tiene razon, mayor, le dije respondiendo á su proposicion; su idea de vd. es escelente, y con solo que se pudiese ganar los bosques. . . . Este medio casi no me conviene; pero es el solo partido que nos queda. . . . añadí como hablando conmigo mismo.

—Qué es lo que casi no te conviene, capitán, repuso el Mayor: ¿qué tiene vd. que objetarme?

—Vd. no podría comprender mis razones, mayor. Yo pensaba en el disgusto que me causaría el sa-

lir mal en la primera comision que se me encarga.

—Un hombre resuelto para ir al campo á caballo! dije volviéndome á los soldados.

Veinte militares se presentaron á la vez.

—¿Cual de vdes. tiene bien presente el camino para poderlo seguir á galope? les pregunté.

El frances Raoul salió de las filas, y llevando la mano á la cabeza:

—Conozco uno mas corto, capitan, dijo, por Mata-Cordera.

Acordéme de que ese hombre se nos habia reunido solamente en Sacrificios despues del desembarco de las tropas: habia vivido en el país antes de nuestra llegaba y lo conocia perfectamente.

—¿Es Vd. buen ginete?

—He servido seis años en la caballería.

—Muy bien.

—¿Piensa vd. poder escapar de los enemigos? están casi en el mismo camino.

—Cierto, si tomase el que hemos andado para venir aquí; pero por el que conozco dejo esta ruta á la izquierda.

—Mucho mejor; con eso ganaria vd. tiempo. No se detenga vd. un momento una vez que haya partido, porque si llegan á concebir sospechas de su proyecto, le cortarán el paso.

—¡Oh! con el gran caballo tordillo no hay riesgo, capitan.

—Deje vd. su carabina y tome pistolas ¡Ah! vd. tiene un par en los bolsillos: vea si están cargadas: póngase las espuelas, bien: desembarácese vd. de todas esas cosas pesadas é inútiles que están sobre la silla: deje vd. tambien la capa y todo lo que pueda molestarle: cuando estuviere cerca del campo

dejará su caballo en el chaparral, y entregará esta al coronel.

Acababa de escribir las palabras siguientes en una hoja de papel:

“Querido coronel.—Se necesitan doscientos hombres, que partan, si es posible, esta noche: de esta manera saldremos en bien; entre tanto aquí estamos.—Su amigo de vd. H. H. . . .

Al entregar este papel á Raoul le dije al oido en voz baja:

—Al coronel C\*\*\* en propia mano ¿entiende vd. Raoul? en propia mano.

El coronel C\*\*\* era mi amigo y estaba yo seguro de que encontraria un medio especial de venir á mi socorro.

—He comprendido, capitan, me respondió Raoul.

—Pues bien, ¡á caballo y á galope!

El frances saltó ligeramente sobre la silla, metió las espuelas en los hijares del caballo, y se alejó del corral con la rapidez del relámpago.

Durante la distancia de cerca de trescientos pasos, corrió al principio en derechura á los guerrilleros: estos, negligentemente sentados sobre sus sillas ó recostados en la yerba, no hicieron el menor movimiento á vista de un ginete solo que se dirigia á donde estaban, tomándole sin duda por un parlamentario que enviábamos para tratar de nuestra rendicion.

De repente el frances, cambiando de ruta, se puso á dar vueltas al rededor de la línea enemiga describiendo una curva elíptica.

Adivinando entonces los mexicanos el engaño ó astucia, montaron dando grandes gritos: algunos hicieron fuego con sus escopetas, mientras que otros

armados de sus lazos se ponian en persecucion de nuestro correo.

Entre tanto Raoul habia vuelto la cabeza de Hércules del lado del bosque que les servia de punto de reunion y continuó al galope siguiendo una línea casi del todo recta: si podia ganar el camino antes de que le alcanzasen tenia grandes probabilidades de buen éxito, porque los árboles de que está cubierto este lugar, le ponian lo bastante al abrigo de los lazos de los que le daban caza.

Seguimos sus pasos con una ansiedad que á penas nos permitia respirar: nuestra vida dependia de este correo. Un grupo de guerrilleros se encontraba entre él y nosotros, pero no nos perdian de vista, y lo reconocimos por su chaqueta verde, no menos que por el color rojo de su corcel. Ganaba los bosques con una rapidez asombrosa. Sin embargo, los lazos volaban al rededor de la cabeza de Raoul, los tiros no cesaban de oirse, y temblábamos á cada instante por el peligro en que estaba nuestro compañero de ser precipitado de la silla: pero felizmente parecia que no le habian alcanzado, y continuaba su carrera hácia el islote de bosques. Un instante despues entró bajo el arbolado y desapareció á nuestra vista.

Redoblóse nuestra ansiedad; los árboles ocultaban á la vez á Raoul y á sus adversarios. ¿Saldria vivo del bosque? Todas las miradas estaban fijas en el sitio en que el hombre y el caballo habian desaparecido, y trataban, pero en vano, de sondear su profundidad, cuando Lincoln, que habia subido sobre el techo del rancho, gritó con fuerza.

—Se ha salvado, capitán: vea vd. á esos canchales que vuelven sin él.

Era verdad. Un minuto despues salieron del bos-

que los ginetes mexicanos, y volvian con el semblante y actitud de hombres enteramente disgustados.

## CAPITULO XXIII.

ORTO COMBATE A LARGA DISTANCIA.

LA feliz fuga de Raoul y Hércules produjo en el enemigo un efecto casi mágico. En vez de la actitud perezosa y abandonada que tenian antes, todos los guerrilleros se habian puesto en movimiento, y semejantes á un enjambre de zánganos irritados, recorrian la pradera en todas direcciones dando gritos tan salvajes como los de una tropa de indios.

Ellos no cercaron el corral, segun su primer proyecto, porque estaban bien seguros de que el nuestro era no salir de él, no ignorando tampoco que en vez de tres dias en que habian calculado rendirnos por el hambre y la sed, no les quedaban ya á su disposicion sino tres horas para esterminarnos. Raoul debia estar en el campo en menos de una hora, y no se necesitaba mas que de dos para que el destacamento de á pié ó de á caballo llegase en nuestro auxilio.

Exploradores galopaban en todas direcciones, unos siguiendo la de Raoul, otros adelantándose hasta la orilla del bosque del lado opuesto á la pra-

armados de sus lazos se ponian en persecucion de nuestro correo.

Entre tanto Raoul habia vuelto la cabeza de Hércules del lado del bosque que les servia de punto de reunion y continuó al galope siguiendo una línea casi del todo recta: si podia ganar el camino antes de que le alcanzasen tenia grandes probabilidades de buen éxito, porque los árboles de que está cubierto este lugar, le ponian lo bastante al abrigo de los lazos de los que le daban caza.

Seguimos sus pasos con una ansiedad que á penas nos permitia respirar: nuestra vida dependia de este correo. Un grupo de guerrilleros se encontraba entre él y nosotros, pero no nos perdian de vista, y lo reconocimos por su chaqueta verde, no menos que por el color rojo de su corcel. Ganaba los bosques con una rapidez asombrosa. Sin embargo, los lazos volaban al rededor de la cabeza de Raoul, los tiros no cesaban de oirse, y temblábamos á cada instante por el peligro en que estaba nuestro compañero de ser precipitado de la silla: pero felizmente parecia que no le habian alcanzado, y continuaba su carrera hácia el islote de bosques. Un instante despues entró bajo el arbolado y desapareció á nuestra vista.

Redoblóse nuestra ansiedad; los árboles ocultaban á la vez á Raoul y á sus adversarios. ¿Saldria vivo del bosque? Todas las miradas estaban fijas en el sitio en que el hombre y el caballo habian desaparecido, y trataban, pero en vano, de sondear su profundidad, cuando Lincoln, que habia subido sobre el techo del rancho, gritó con fuerza.

—Se ha salvado, capitán: vea vd. á esos canallas que vuelven sin él.

Era verdad. Un minuto despues salieron del bos-

que los ginetes mexicanos, y volvian con el semblante y actitud de hombres enteramente disgustados.

## CAPITULO XXIII.

ORTO COMBATE A LARGA DISTANCIA.

LA feliz fuga de Raoul y Hércules produjo en el enemigo un efecto casi mágico. En vez de la actitud perezosa y abandonada que tenian antes, todos los guerrilleros se habian puesto en movimiento, y semejantes á un enjambre de zánganos irritados, recorrian la pradera en todas direcciones dando gritos tan salvajes como los de una tropa de indios.

Ellos no cercaron el corral, segun su primer proyecto, porque estaban bien seguros de que el nuestro era no salir de él, no ignorando tampoco que en vez de tres dias en que habian calculado rendirnos por el hambre y la sed, no les quedaban ya á su disposicion sino tres horas para esterminarnos. Raoul debia estar en el campo en menos de una hora, y no se necesitaba mas que de dos para que el destacamento de á pié ó de á caballo llegase en nuestro auxilio.

Exploradores galopaban en todas direcciones, unos siguiendo la de Raoul, otros adelantándose hasta la orilla del bosque del lado opuesto á la pra-

dera, pareciendo todos además muy solícitos y presurosos.

Entre tanto había subido con Clayley sobre el techo del rancho para examinar los movimientos del enemigo y adivinar sus intenciones en cuanto fuese posible. Estábamos en esta guardia hacia largo tiempo y observábamos las maniobras de los guerrilleros sin decir una palabra, que galopaban por todas partes despues de la fuga de Raoul.

—¡Soberbio! exclamó mi subteniente admirado de la gracia que desplegaban les ginetes mexicanos. ¿Ha visto vd., capitán, los escorceos que acaba de hacer uno de esos bribones?

—¿Pero qué es eso? añadió dándose vuelta de repente é indicándome con un ademán una cosa del lado del bosque.

Miré hácia allí: una nube de polvo se alzaba á la entrada de la ruta de Medellín, y parecía ocasionada por un pequeño cuerpo de tropas en camino; poníase el sol en este momento, y como la nube estaba por el Oeste, pude distinguir fácilmente á la luz de sus últimos rayos, un objeto de mucho brillo entre la negra polvareda.

Por su parte los guerrilleros habían parado sus caballos y miraban en la misma dirección que nosotros.

Habiéndose disipado un poco el polvo, vimos aparecerse una docena de formas humanas, en medio de las cuales dicho objeto resplandecía como una barra de oro. Al mismo tiempo un grito insultante, partido de la multitud de guerrilleros, nos informó de lo que se trataba.

—¡Cenobio! ¡Cenobio! ¡los cañones! decían en alta voz los mexicanos.

Clayley se volvió para mí con una mirada interrogativa.

—Es verdad, subteniente. ¡Por Dios! era lo que nos faltaba.

—¿Qué dicen pues?

—Deténgase vd.; mire vd. mismo.

—Un cañon de cobre, una pieza de á seis, ¡á fé mia!

—Vamos á ser atacados por la guerrilla de Cenobio, ó al menos por un destacamento de su cuerpo: ahora sí que no hay rancho ni empalizada que puedan salvarnos.

—¿Qué hacer? preguntó mi compañero.

—Morir con las armas en la mano. Sin embargo, es preciso apurar el último esfuerzo, y mientras mas resueltos estemos, tanto mejor.

—Yo dejé el techo y ordené al trompeta que tocara para reunir los soldados.

Las notas agudas del clarín se oyeron bien pronto, y en un abrir y cerrar de ojos todos los hombres se colocaron al rededor de mí en el corral.

—Valientes compañeros míos, les dije: el enemigo tiene al presente una gran ventaja sobre nosotros: acaba de llegarles una pieza de artillería, y temo que estas estacas no nos ofrezcan ya sino un abrigo insuficiente. Si somos lanzados de aquí, nos será preciso ganar el islote de los bosques. Vdes. me seguirán; pero si somos derrotados en la llanura por un enemigo superior en fuerzas, entonces que cada uno combata por sí, y si es preciso morir, vendámosles caras nuestras vidas.

Un grito guerrero acogió esta corta arenga.

Continué:

—Antes de todo, sin embargo, veámos si saben servirse de la pieza: es un cañon de pequeño cali-

bre: tengan vdes. cuidado de echarse con la cara contra tierra á cada cañonazo que tiren. De esta suerte no nos harán mucho mal, y tal vez podamos defendernos hasta la llegada de nuestros amigos. En todo caso debemos hacer la prueba.

Un segundo hurra resonó por toda la línea.

—¡Gran Dios! qué terrible es esto, dijo en voz baja el mayor.

—¿Qué es lo que le parece á vd. terrible? le pregunté vivamente dominado en este momento por un invencible desprecio para con aquel miserable cobarde.

—Pero eso, esa triste circunstancia ¡estar allí como un duende!

—¡Mayor, recuerde vd. que es soldado!

—¿Y cómo podría olvidarlo aquí? pluguiese al cielo que yo hubiera presentado mi dimision, como pensé hacerlo al principiar esta maldita guerra.

—No tema vd. nada, le dije desarmado hasta el punto de sonreirme por el candor de su cobardía. Vd. beberá vino en Nueva Orleans en el hotel de Hewlett antes que pase un mes. Coléquese vd. detrás de ese grueso trozo de palo: es el solo punto de la empalizada que esté á prueba de cañon.

—¿Cree vd., capitan, que en efecto esté á prueba de bomba?

—Eh! sin duda: un cañon de cureñas no haría nada.—Atencion, soldados, estad prontos á ejecutar mis órdenes.

La pieza se abia acercado y parádose á quinientos pasos de la empalizada, y un grupo de artilleros enemigos estaba en actitud de apuntarla contra nosotros. A ese tiempo la voz del mayor llamó de nuevo mi atencion.

—¡Gran Dios! ¿será que vd. les permita acercarse así?

—¿Y cómo quiere vd. que lo impida? le dije con sorpresa.

—Con mi carabina alcanzo mas que el cañon, y se les puede obligar á retirarse.

—Mayor, vd. sueña, le dije: están á doscientos pasos mas lejos del alcance de nuestras carabinas. Si se atreviesen á presentarse á cierta distancia, no tardaria vd. en ver sus espaldas.

—Pero, capitan, mi carabina alcanza el doble de esa distancia.

Miré al mayor, recelándome que el miedo le hubiese hecho perder el juicio.

—Sí, capitan, repuso, es un *Zündnadel*, y le aseguro á vd. que alcanza á mas de ochocientos metros.

—¿Es posible? exclamé dudando, porque acababa de recordar que mandé quitar de la silla de Hércules en el momento de la partida de Raoul una arma pesada y singular: ¿por qué no me lo dijo vd. antes?

—¿Dónde está la carabina del mayor Blossom?

—Esta es, respondió el sargento Lincoln; pero es una carabina cual yo no la he visto jamas. Se parece mas bien á un cañon pequeño.

Así como lo habia manifestado el mayor, era una carabina prusiana á lo espiral: nueva invencion que no conocia aún sino por haber oido hablar de ella.

—¿Está cargada, mayor?

—Sí, lo está.

—¿Puede vd. derribar al hombre que tiene la mecha? dije entregando el arma al cazador.

—Fácilmente, me respondió Lincoln, si alcanza hasta allá.

—Su blanco es hasta mil metros, dijo el mayor con energía.

—¿Está vd. seguro, mayor? le pregunté.

—Ciertamente, capitán, repuso el mayor, lo adquirí del propio inventor. Por otra parte, hemos hecho la prueba en Washington; se carga con una bala cónica, y á la distancia que he dicho á vd., ha atravesado una plancha de una pulgada de grueso.

—Muy bien: al presente, sargento, mire vd. con cuidado, esta arma puede salvarnos.

Lincoln se afirmó sobre sus piés, eligió una estaca de la empalizada que correspondía perfectamente á la altura de su espalda, enjugó con cuidado el polvo que cubria la mira del arma, apoyó el cañon sobre el barrote y la preparó.

—¡Sargento, el hombre que tiene la bala! dije a tirador.

A tiempo en que hablaba, uno de los artilleros enemigos, colocado ante la pieza de á seis, tenia en sus manos una bala que se disponia á introducir en el cañon.

Lincoln apretó la llave, el tiro partió, y al mismo instante el artillero cayó de boca con los brazos tendidos, y quedó sin ningun movimiento en el suelo; la bala escapada de las manos del mexicano rodó algunos pasos.

Un grito de espanto y terror dió al ver esto la tropa de guerrilleros. Otros gritos salian al mismo tiempo del interior del corral; pero eran gritos de triunfo.

—¡Bien tirado! gritaban á la vez una docena de voces.

Algunos instantes despues, la carabina estaba cargada de nuevo.

—Venga ahora, sargento, el que tiene el bota-fuego.

Mientras que se volvió á cargar la carabina, los artilleros mexicanos, un poco repuestos de su sorpresa habian por su parte cargado su pieza. Un gran artillero de pié y con la mecha en la mano, se puso detrás del cañon pronto á hacer fuego á la primera orden; pero antes que esta fuese dada, la carabina habia tirado de nuevo, y el brazo del artillero, agitado por un movimiento convulsivo, lanzó á mas de veinte pasos de distancia su mecha inflamada que continuaba ardiendo sobre el césped. El hombre mismo, despues de haber pisado y dado dos ó tres pasos, cayó en los brazos de sus compañeros.

—Capitan, permítame vd. elegir mi hombre esta vez.

—¿Quién es, pues, sargento? le pregunté.

—Espere vd., el que se contonea allá abajo sobre su caballo negro.

Reconocí el caballo y la figura de Dubrosc.

—Seguramente, de todas veras, le contesté.

Y al espresar esta orden espermenté en mí un sentimiento indefinible.

Antes que Lincoln hubiese tenido tiempo de volver á cargar, un mexicano, que me pareció ser un oficial, habia cogido la mecha siempre encendida y la habia acercado al oido del cañon.

—¡Cara contra tierra, soldados!

La bala rompió algunas estacas de la empalizada, penetró en el corral y llegó de paso á rasguñar una mula en la espalda. El dolor hizo caer y saltar al pobre animal, y por consiguiente se introdujo el desórden en la muletada, la que durante un tiempo corrió como loca por el vallado; y poco

despues se reunieron en un rincon, donde se quedaron trémulas.

El ruido del cañon habia exaltado á los guerrilleros y gritaban con mas fuerza que nunca.

Dubrose, montado sobre su soberbio alazan, tenia la cara vuelta para el corral examinando los efectos producidos por la bala.

—Yo quisiera mas apuntarle con mi propia carabina, dijo Lincoln en voz baja preparando el arma del mayor.

Partió el tiro: el caballo negro dió un salto atrás, se encabritó y cayó sobre su ginete.

—Herido, gritó un soldado.

—No, erré el blanco, dijo Lincoln rechinando los dientes, á tiempo que el ginete salia de bajo del caballo.

Habiéndose levantado Dubrose, se retiró atrás mostrándonos el brazo con un aire de desafío.

Era demasiado para los mexicanos: los guerrilleros retrocedieron á galope; los artilleros les siguieron con su pieza, que colocaron en una nueva posicion, cerca de trescientos pasos mas distante.

Una segunda bala vino á romper los palos de nuestra empalizada y á herir á uno de nuestros hombres que murió del golpe.

—Vigile vd. á los artilleros, sargento.

Lincoln tiró una cuarta vez: la bala cayó en tierra delante de la pieza de cañon; pero antes de tocar el suelo hirió gravemente á un artillero que vimos levantar por sus camaradas.

Los mexicanos, aterrados por el efecto de este singular instrumento de destruccion que se encontraba entre nuestras manos, tomaron otra posicion á doscientos pasos aun mas atrás. Su tercera bala rechazó y vino á herir la gruesa plancha detrás de

la cual se habia guarecido el mayor, quien se salió de ella por el temor que le causó el choque del proyectil sobre la madera.

Lincoln tiró á su vez: pero el tiro no produjo ningun efecto visible, y un grito de triunfo partido de la tropa enemiga nos hizo saber que se encontraban al presente fuera del alcance de nuestros proyectiles.... otro tiro de la Zündnadel no tuvo mejor éxito.

—Esta arma no alcanza hasta allá, capitán, dijo Lincoln con un aire de conviccion profunda, poniendo en tierra la culata de la carabina.

—Ensaye vd. otro tiro: si no llega al blanco, reservaremos los restantes para una distancia mas próxima. Vigilen bien.

—Este ensayo no fué mas feliz que los precedentes. Los guerrilleros nos insultaban gritando:

—Yankees, bobos! mas adelante!

La pieza de á seis acababa de enviarnos un nuevo proyectil. La bala rompió una tabla en mas de cincuenta pedazos é hirió el arma que uno de mis hombres tenia en la mano.

—Sargento, dije, déme vd. la carabina; el enemigo debe estar poco mas ó menos á mil metros de aquí.

Hice, pues, fuego; pero la bala no llegó sino á cincuenta pasos de la línea enemiga.

—Es pedirle mucho: nó es un cañon de á veinticuatro, en suma, y esta arma ha cumplido ya bien con su deber. Dos cosas le envidio á vd., mayor, su carabina y su caballo.

—¡Hércules!

—Ciertamente.

—¡Ah, Dios mio! la carabina es de vd., se la cedo, y si por suerte llegamos á salir de las garras de estos demonios, Hércules será....

Grandes gritos lanzados por los guerrilleros interrumpieron al mayor.

—¡La metralla! ¡la metralla! tales fueron las palabras que hirieron nuestros oídos.

Subí al techo para ver lo que se pasaba en la llanura.

Una pieza de artillería, tirada por mulos, salía del bosque y llegaba á galope.

Esta pieza era de una apariencia formidable y de tamaño suficiente para reducir á polvo toda nuestra tropa, así como las empalizadas que la defendían.

Eché una mirada de desesperación sobre los hombres que me rodeaban, viendo al mismo tiempo la mulada reunida en un rincón del vallado. A este aspecto, un pensamiento súbito me pasó por la mente. ¿No había posibilidad de montar en las mulas y de escaparnos? estos animales eran en número mas que suficiente, y el rancho estaba lleno de riendas y de cabestros.

Bajé del techo y di órdenes en consecuencia de la nueva resolución que acababa de tomar.

—Obren pronto, ¡pero sin ruido! grité á los soldados, mientras que estos ponían las riendas á las mulas.

En menos de cinco minutos cada hombre estaba montado sobre una bestia con su carabina atravesada en las ancas.

El mayor montó en el caballo de su criado.

—Al presente, mis valientes compañeros, les dije, parecemos una caballería mexicana.

Los soldados rieron de esta ocurrencia.

—Nos conviene, continué, ganar el bosque lo mas pronto que podamos y pasarnos en él. Inmediatamente pronuncié estas palabras: ¡adelante, marchen!

Vd. partirá en pos de Mr. Clayley: yo por mi parte vigilaré la retaguardia. No se detengan á hacer descargas, guárdense bien de esto. Si alguno cae, le recogerá el que se encuentre mas próximo. ¡Ah! ¿está herido alguno?

Un nuevo proyectil acababa de pasar á nuestras filas.

—No ha causado sino un rasguño, respondieron.

—Tanto mejor, ¿todos estan prontos? Por lo que á vd. respecta, Mr. Clayley, ya ve ese bosque; á ese punto es preciso que vd. dirija sus pasos: pasen la barrera; ¡adelante, marchen!

Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando todos los hombres de á caballo, con Clayley á la cabeza, se precipitaron á galope fuera del corral. El subteniente abria la marcha montado sobre una mula que llevaba al cuello una campanilla. El sonsonete de este instrumento servia para guiar los ginetes así como á las bestias en que iban montados.

En el momento en que nuestra caballería verificó su entrada en el prado, un gran grito partido de la tropa de los guerrilleros nos dió ocasion de pensar que no habian sospechado hasta entonces nuestro proyecto de fuga. Sin pérdida de tiempo saltaron sobre la silla y marcharon en persecucion de nuestra gente, que continuaba su camino á gran galope, bien que la mayor parte de estos caballeros improvisados tuvieron el mayor trabajo en conservar el equilibrio.

El obús que apuntaron contra el corral fué rechazado por nuestra parte y lo oímos tronar bien pronto: pero el tiro mal dirigido, pasó á una grande altura por encima de nuestras cabezas.

Los guerrilleros con sus rápidos caballos empezaban á ganar terreno sobre nuestras mulas.

Yo me habia colocado detrás de nuestra tropa con doce de mis mejores hombres, con la mira de enviar algunas balas á aquellos de los enemigos que se acercasen mas, y de reunir de paso á los que de los nuestros se dejasen dispersar. Una de las mulas tropezaba y se encabritaba con violencia bajo un irlandés que la montaba, y se portó de modo que á los quinientos pasos poco mas ó menos del bosque, derribó al jinete.

Los de nuestro destacamento que se encontraban mas inmediatos al malhadado escudero se adelantaron para darle socorro; Chan lo recogió y lo colocó delante de él sobre su mula. Esta dilacion casi nos es fatal, porque entre tanto, algunos guerrilleros se acercaron á nosotros á menos de cien pasos, y nos disparaban tiros de fusil y de escopeta. Felizmente fueron poco certeros, y su descarga no tuvo ningun resultado. Los hombres que me acompañaban se volvieron súbitamente á este ataque, y algunos de ellos descargaron su carabina. Fueron mas astutos que nuestros contrarios, y dos ó tres guerrilleros cayeron al suelo. Este acontecimiento sirvió para escitar á sus compañeros, y la persecucion se hizo mas ardiente: poco despues los tuvimos literalmente sobre nuestras huellas.

Los mexicanos hicieron entonces uso de sus lazos: una de esas temibles correas cayó sobre mis espaldas: estendí los brazos para librarme de su nudo; pero continuaba enrollándose, y bien pronto sentí mi cuello apretado en el nudo fatal: cogí la cuerda con las dos manos y tiré con todas mis fuerzas, pero en vano. En los esfuerzos que hice, se me escapó la rienda de mi mula. La maligna bestia se aprovechó de esta circunstancia para retozar y encabritarse con la intencion evidente de desembarazarse

de mí, como lo consiguió, lanzándome violentamente al aire, y caí en tierra con una violenta sacudida.

Sentíme arrastrar sobre el suelo: en vano hacia esfuerzos desesperados para agarrarme de los yerbales; las raices se arrancaban quedándoseme en las manos. Veia que se estaban batiendo al rededor de mí, y oia grandes gritos confundidos con tiros de fusil: la correa me arrastaba siempre, y me ahorcaba. . . .

En este trance, un objeto brillante pasó bajo mis ojos, y me sentí asido por una mano áspera y vigorosa que me arrebató y me balanceó en el aire como si hubiese pertenecido á algun enorme gigante. Luego una cosa me golpeó la cara, oí el roce de los árboles, cuyas ramas crujian y cuyas hojas me acariciaban; siguió el ruido de las carabinas que cargaban; luego una docena de detonaciones: al mismo tiempo caí segunda vez redondamente en tierra.

## CAPITULO XXIV.

EL SOCORRO.

**P**ERDONE vd. la rudeza de mis modales, capitán, pero estaba apurado.

La voz de Lincoln acababa de pronunciar estas palabras.

—Ah! ¡hémos aquí en el bosque! ¡nos hemos salvado! repuse á mi vez.

—Dos ó tres heridos nada mas: Chan ha recibido un rasguño en la nalga; pero en desquite mató al que se lo hizo; permítame vd., capitán, que yo desate esa maldita corbata que vd. tiene al rededor del cuello. A fe mía, que ha dado vd. una grande escapada.

Hablando así, Bob se puso á desatar el resto del lazo aun enrollado al rededor de mi cuello, que formaba poco mas ó menos en su totalidad un trozo de seis piés de largo.

—¿Quién ha cortado esta correa? le pregunté.

—Yo, con este cuchillo recién aguzado por el hambre, dijo el cazador mostrándome sus dientes.

No pude menos de sonreirme dando gracias á mi valiente sargento por el servicio eminente que acababa de prestarme.

—Pero ¿qué se han hecho los guerrilleros? dije mirando al rededor de mí, estando aún mis ideas un poco confusas á consecuencia de mi aventura.

—Es preciso mirar aun mas lejos, capitán; se han puesto fuera del alcance de nuestra carabina gruesa: atienda vd., ¿no los oye allá abajo?

En efecto, yo ví á muchos mexicanos que galopaban por en medio de la pradera, distinguiéndoseles fácilmente por el brillo de sus armas que resplandecian á los rayos de la luna.

—Coloquéme debajo de los árboles: ¡soldados! grité viendo que el enemigo se preparaba á hacer una nueva descarga de su obús.

Un momento despues, una lluvia de hierro cayó al rededor de nosotros hiriendo las ramas; pero nadie resultó herido, habiendo tenido cada soldado el cuidado de ponerse detrás de un tronco de árbol:

algunas mulas fueron las solas víctimas de la metralla.

Siguió un segundo tiro de cerca sin matar otra cosa que mulas.

Pensaba que seria conveniente retirarnos un poco mas adentro del bosque, y con esta intencion iba á hacer un reconocimiento de nuestra retaguardia, cuando fijo mi vista en un objeto que reconcentró mi intencion. Tenia delante de mí el cuerpo de un hombre grueso y largo tendido la faz contra tierra y la cabeza oculta en medio de las raices de un árbol enorme. Los brazos estaban apretados contra los costados, y las piernas juntas una á otra todo lo posible con la inmovilidad y rigidez de la muerte. Al poco tiempo lo reconocí, era el cuerpo de nuestro pobre mayor, que en mi concepto al menos, habia muerto herido por algun proyectil.

—¡Gran Dios! exclamé; Clayley, miré vd. aquí: ¡el pobre Blossom ha muerto!

—No; que me ahorquen si lo estoy; dijo en voz baja el mayor levantando la cabeza como un lagarto y mirando de nuestro lado sin mudar la posicion de su cuerpo.

Al ver esto, Clayley soltó la carcajada: el mayor, despues de estas palabras, metió de nuevo su cabeza entre las raices, temiendo otra descarga.

—¡Mayor! exclamó Clayley, su hombro derecho está de fuera al menos seis pulgadas largas.

—¡Ah! bien lo sé, dijo el mayor en voz baja y trémula: al diablo los árboles: apenas bastan para salvar una ardilla.

Y dicho esto, introdujo el mayor todavía mas su cabeza bajo las raices y acercó sus brazos á las caderas: su actitud era tan grotesca, que Clayley no

pudo menos de prorumpir en otra carcajada: al mismo tiempo hicieron gran ruido los guerrilleros.

—¿Qué hay? pregunté inclinándome adelante y mirando la pradera.

—Esos bellacos tienen apariencia de querer irse, dijo Lincoln respondiendo á mi pregunta. ¡Véa vd. cómo se dan prisa!

—Tiene vd. razon, ¿pero por qué motivo?

Sintióse en efecto una grande agitacion en la caballería enemiga: exploradores galopaban por entre la llanura en direccion de los bosques, y veíamos á los artilleros uncir las mulas á los cañones. De repente el clarín tocó la retirada, y todos los guerrilleros partieron á todo galope con direccion á Medellín.

Al mismo tiempo se alzaba del otro lado de la pradera un gran grito tal cual nunca fué lanzado de pechos mexicanos. Miré hácia aquella parte y distinguí una larga línea de formas negras que salía á galope del medio de los bosques. Las espadas que brillaban á los reflejos de la luna daban á esta línea la semejanza de un largo cordon de llama, y no tuve dificultad en reconocer el paso lento y pausado de los caballos americanos.

Las exclamaciones en que prorumpieron mis hombres atrajeron bien pronto la atencion de los recién venidos, y el gefe de dragones, viendo que los guerrilleros habian tomado la fuga, hizo dar á los suyos media vuelta á la derecha y llegó á nosotros en derecha.

—Es el coronel Rawley, dijo al reconocer al oficial de dragones.

—¡Ah! ¡Dios me condene! ¡es Haller! exclamó este. ¿Cómo está aquí?

—¡Nos dijeron que todos vdes. habian muerto, y sin embargo, los encuentro vivos!

—Hemos perdido dos hombres, le respondí.

—Eso es nada; yo esperaba al llegar aquí encontrarlos todos en tierra. ¡Pero está tambien Clayley! Clayley, su amigo Twing está con nosotros; yo lo he dejado un poco atrás.

—¡Ah! Clayley, mi caro amigo; gritó Twing llegando en este intermedio, ¿con que no le han roto á vd. los huesos? Tanto mejor: tome vd. un poco de este cordial que le reanimará. No se lo beba todo, sin embargo; deje vd. algo para Haller. ¡Hola! ¿cómo lo encuentra vd?

—Delicioso, á fe mia, respondió Clayley, que acababa de dar un abrazo á la bota de su amigo el georgiano.

—A vd. ahora, capitán.

—¡Ah! con gusto, dije apoderándome de la bienhechora botella.

—¿Pero dónde está el grueso Blossom? ¿ha sido muerto, herido, devorado?

—Creo que el mayor no está lejos y que se halla intacto.

Despaché un hombre al mayor, que llegó bien pronto soplando como un ballenato y jurando como un renegado.

—¿Y bien, Blossom? dijo Twing tomándole la mano.

—¡Dios me condene! Twing, tengo la felicidad de ver á vd., dijo el goliath echando los brazos al rededor del cuello de su micoserópico colega: pero en nombre del cielo, ¿dónde está su bota?

Porque Blossom, abrazando á su amigo Twing, lo habia registrado de piés á cabeza y estaba in-

quieto por no hallar el objeto en cuestion en su acostumbrado sitio.

—¡Eh! Cudjo, déme vd. esa botella.

—A la mia, Twing, estoy casi sofocado: nos hemos batido todo el día; ¡ca! ¡un famoso combate! Me habia lanzado sobre Hércules en persecucion de un escuadron entero de esos demonios y no faltó un tris para que yo diese con la cabeza en un avispero: hemos matado muchos; pero Haller le contará todo esto: es un valiente mozo, aunque muy temerario: es vivo como la pólvora, por vida mia; este es Hércules! está contentísimo de ver á vd., mi antiguo amigo, vd. tiene necesidad de un buen latigazo.

—Recuerde vd. su promesa, mayor, le dije á Blossom mientras que pasaba la mano por la cola de Hércules.

—Haré mas, capitán, le daré á vd. la eleccion entre Hércules y un magnífico caballo negro que poseo. ¡Qué diablo! mucho sentiria separarme de tí, mi viejo Hércules; pero estoy persuadido de que el capitán preferirá el negro: es el mas hermoso caballo de todo el ejército: lo adquirí del pobre Ridgely que fué matado en Monterey.

Este breve discurso del mayor se dividía en tres partes: la primera era un soliloquio; la segunda un apóstrofe á Hércules y la tercera se dirigia á mí.

—Muy bien, mayor, le contesté; acepto el caballo negro. Señor Clayley, haga vd. montar los hombres en las mulas, y tome vd. el mando de la tropa para acompañar al coronel Rawley al campo. Por mi parte, voy á volver á ver á nuestro español.

Habia pronunciado en voz baja estas últimas palabras dirigidas á Clayley, y continué en el mismo tono:

—No podré volver al campo hasta mañana: no hable vd. de mi ausencia á persona alguna, y al medio día le referiré lo que me pase.

—Entonces, capitán... dijo Clayley.

—¿Qué, subteniente?

—Encárguese vd. de mis respetos.

—¿Para quién, amigo mío?

—Para María de la Luz.

—Muy bien.

—Lo mejor que vd. pueda en español, se lo suplico.

—Esté vd. seguro de ello, dije riendo de la porfía de mi amigo.

Iba á ausentarme, cuando me ocurrió que nada se oponia á que dejase la compañía al mando de Oakes y que de esta suerte Clayley podría venir conmigo.

—Clayley, dije llamando al subteniente aparte ¿no seria mejor que vd. mismo hiciese sus cumplidos? Oakes tomaria el mando de nuestros hombres, y el coronel Rawley nos dará con gusto algunos de sus dragones para acompañarnos.

—De buena gana, repuso Clayley. A caballo y partamos.

Tomé conmigo á Lincoln y Raoul, agregúeles los seis dragones de Rawley, y dando las buenas noches á mis amigos, me alejé con mi escolta.

La partida siguió, para regresar al campo, el camino por Mata Cordera, mientras que con Clayley y mi pequeño destacamento seguí la orilla de la pradera, y trepé la colina sobre la cual debiamos encontrar el que conducia á la casa de D. Cosme. Así que llegamos á la cima del cerro, eché una ojeada sobre el teatro de nuestro último combate.

La luna, que alumbraba la pradera de la Virgen

no me hizo ver sobre la yerba ninguna de las víctimas de nuestra lucha.

Los guerrilleros, al verificar su retirada, se habían llevado consigo sus muertos y heridos. En cuanto á los dos americanos difuntos, estaban enterrados en el corral abandonado. ¡Pobre gente! no sin un penoso sentimiento ví una manada de lobos rondar el vallado, y oí los feroces gritos de los coyotes que me anunciaban que la tumba guerrera abierta de prisa, no sería respetada por mucho tiempo.

## CAPITULO XXV.

EL COCUYO.

SI tengo algo que desearle al lector, es que al menos una vez en su vida, viaje á caballo en una hermosa noche por medio de alguna floresta de los trópicos cuando la luna baña el paisaje con las olas de su pálida y suave luz, se callan los vientos, las hojas están inmóviles, y las flores con sus blandos alientos perfuman el aire por todas partes.

Sin embargo, las florestas de la América del Norte tienen también sus hechizos. Las grandes encinas y los olmos nudosos que estienden á lo lejos sus tortuosos follajes, el viento de invierno que arrebatá las hojas secas y frota unas contra otras

las ramas del sicomoro que su soplo ha desnudado, las rocas áridas y sombrías, las cascadas que bramán, los carámbanos que el frío suspende como perlas brillantes en la cima de los árboles, la corteza transparente que cubre la superficie de las aguas, todo esto forma un cuadro de un aspecto mas severo y triste, pero que no obstante tiene su carácter de grandeza y de poesía.

Las escenas que pasan bajo las sombras de las florestas del Norte, están en armonía con el selvático aspecto del paisaje. Allí viven el oso gris, el lobo y otras béstias carniceras menos feroces tal vez que los salvages blancos y rojos que vagan por sus soledades: allí también es donde se oye de rato en rato la detonacion de las carabinas, se ve lucir el brillo del tomahawk y resuena á veces el terrible grito de guerra del indio.

Pero yo me estravió de mi asunto: vuelvo á las florestas de la América del Sud, donde todo está en calma y es tan espléndido. Por la noche, si algun ruido turba el silencio de estas magníficas sombras, es el canto del ruiseñor, y si algun luminoso relámpago brilla á veces por entre los árboles, es la luz del cocuyo en busca de sus amores. En las florestas del Norte todo respira la guerra; en la del Sud todo respira el amor.

Clayley y yo avanzamos quedos, y nuestros mismos soldados parecían conmovidos de la solemunidad de aquella soberbia noche.

Entramos en los bosques que rodean el Arroyo, el que pasamos continuando nuestra ruta: al frente iba Raoul que nos servia de guia.

Después de un largo silencio Clayley, saliendo de repente de su meditacion, se enderezó sobre su silla y dirigiéndome la palabra:

LOS TIRADORES.

- ¿Qué hora es, capitán, me dijo?  
—Las diez y minutos, le respondí, después de haber preguntado á mi reloj á la claridad de la luna.  
—Encontraremos á D. Cosme en la cama.  
—No es probable. Está muy consternado, y sin duda espera nuestra vuelta con impaciencia.  
—Tiene vd. razón: le encontraremos aún de pie, y de esta suerte todo nos saldrá bien.  
—¿Cómo todo nos saldrá bien?  
—Sin duda, con respecto á nuestra cena: un pastel frío y un vaso de clarete ¿qué le parece á vd?  
—No tengo hambre.  
—Sí, pero yo tengo un apetito devorador, y suspiro por los buenos oficios de nuestro huésped.  
—¿No hay algo que vd. desee más?  
—No, al menos hasta después de cenar: cada cosa á su tiempo: el estómago hambriento ni tiene orejas ni corazón; por ahora le digo con verdad, Haller, que desearía más ver á la grande vieja negra de Pepe que á la más linda mujer de México, aunque fuese María de la Luz si vd. me apura.  
—¡Monstruo!  
—Esto no es más que antes de cenar solamente: después de la cena, ya verá vd. como domina el sentimiento.  
—¡Ah! Clayley ¿vd. no sabrá amar nunca!  
—¿Porqué, capitán?  
—¿Porqué? porque para vd. el amor es un placer y no una pasión. Vd. ama á esa preciosa rubia como se ama un cuadro ó un objeto de las artes.  
—V. quiere decir, según entiendo, que todo mi amor está en mis ojos.  
—Justamente, ese es mi pensamiento, y estoy persuadido de que si el amor le hubiera tocado el corazón, no estaría tan ocupado de su vientre. Yo

me pasaría muchos días sin comer, sin notarlo: pero vd. no podrá comprenderlo.

—Pues yo no; á fé mía, estoy muy hambriento para eso.

—Oígame vd.; yo apostaría que se acuerda vd. cuando más de que la señora de sus pensamientos es rosa y blanca; pero ¿no es verdad que ha olvidado los demás pormenores de su persona?

—Confieso, capitán, que de memoria haría muy mal su retrato.

—¡Ah! pues yo si fuera pintor reproduciría su cara sobre el lienzo con tanta exactitud como si ella estuviese á mi presencia. En todo lo que miro veo sus facciones encantadoras, en las hojas de los árboles, en las líneas del paisaje, en el azul del cielo, por todas partes en fin. La cabeza elegante de esta soberbia palmera me parece que es su larga cabellera negra. . . .

—¡Por un momento! vd. sueña, capitán, sus cabellos no son negros.

—¿Cómo! ¿sus cabellos no son negros! lo mismo que sus ojos, tan negros como el ébano y el azabache.

—Sus ojos son azules como la turqueza

—¿Negros! ¿pero de quien habla vd?

—De María de la Luz.

—¡Ah! ya eso es diferente.

Y mi amigo y yo nos reimos de nuestra recíproca equivocación.

Habíamos vuelto al silencio, y en derredor nuestro todo callaba, y si algo turbaba la tranquilidad de la noche era el ruido de los pies de nuestros caballos sobre el suelo, el retintín de las espuelas y el cliqueteo de los sables chocando á cada movimiento con los hijares de los corseles.

Acabábamos de dejar á nuestra espalda la colina de arena con su capuz de cactus y aromos, y entramos en una garganta cubierta de árboles, cuando los ojos penetrantes de Lincoln descubrieron una cosa en la sombra, é inmediatamente me dió parte de este hecho.

— ¡Alto! dije á media voz.

Paróse nuestro destacamento, y al mismo instante oímos un roce en un matorral situado á algunos pasos delante de nosotros.

— ¿Quién vive? preguntó Raoul colocado en la vanguardia.

— Un amigo, respondieron.

Me habia aproximado á Raoul y exclamé:

— Acércate, acércate.

Un hombre salió de las malezas y se adelantó á esta voz.

— ¿Está el capitán?

Reconocí el guia que nos habia dado D. Cosme. El mexicano se llegó á mí y me entregó un papel, ábrilo y esforcéme por leerlo á la luz de la luna; pero estaba escrito con lápiz, y no pude lograr distinguir una sola letra.

— Véa vd., Clayley, puede ser que su vista sea mejor que la mía.

— No, respondió Clayley despues de haber examinado el papel, no puedo ver nada.

— Espere vd. mi amo, dijo el guia haciendo una seña.

Permanecemos en el mismo sitio.

El mexicano se quitó el gran sombrero que tenia en la cabeza, y se adelantó algunos pasos por la floresta, donde se detuvo con su sombrero en la mano. Un objeto brillante resplandecía por entre las hojas de una *palma redonda*: era el cocuyo ó gran lampi

ro de los trópicos. El insecto revoloteaba zumbando á una altura de siete ú ocho piés, é indicaba el curso de su vuelo una huella luminosa. El guia lo abatió con la mano, y cubriéndolo despues con el sombrero, le tomó fácilmente entre sus dedos y me lo presentó diciendo.

— ¡Ya!

— No muerde, añadió viendo que titubeaba en coger á un coleóptero luciente.

Me decidí á tomar en mis manos el cocuyo, cuyos grandes ojos redondos resplandecian como dos diamantes: acerqué el insecto á lo escrito, pero no pude leer; la luz era muy débil.

— No, señor, no basta así.

A estas palabras el mexicano tomó el cocuyo entre sus dedos y lo rozó ligeramente contra la hoja del papel. A este simple contacto brotó del insecto una luz brillante de muchas pulgadas de diámetro muy suficiente para descifrar toda la escritura.

— Véa vd., Clayley, exclamé haciéndole admirar esta lámpara, cuyos gastos habia hecho la sola naturaleza. He leído en las relaciones de los viajeros que media docena de estos insectos colocados bajo de un vaso, bastarian para alumbrar un aposento. ¿Es verdad? pregunté dirigiéndome al mexicano.

— No señor, ni cincuenta: replicó aquel.

Y sin embargo, un solo cocuyo basta para alumbrarnos en este instante; pero no olvidemos el asunto principal; veamos la carta.

Estaba escrita en español, y contenia estas solas palabras sin firma.

“He dado aviso de la posicion de vd. al comandante americano.”

— ¿Es de D. Cosme? pregunté en voz baja al mexicano.

—Si, señor.

—¿Y cómo podía vd. esperar que llegase hasta nosotros en el corral?

—Con ayuda de este disfraz.

Y hablando así, me mostró una piel de buey aun cubierta de su pelo.

—Clayley, son amigos. Tome vd. esto, camarada.

Y entregué al peon una águila de oro.

—Adelante.

Al mismo tiempo el cliqueteo de los sables y de los acicates empezó á mezclarse con el ruido de los pasos de los caballos, y proseguimos nuestro camino por debajo de los árboles de la floresta.

## CAPITULO XXVI.

LUPE Y LUZ.

Poco despues salimos de los bosques para entrar en la plantacion de D. Cosme.

La rica vegetacion de que están cubiertos estos campos, tiene todo el encanto de la novedad para hombres acostumbrados como nosotros al aspecto mas severo de los climas septentrionales. La luna como un velo de gasa tendida sobre los objetos embellece sus contornos, y da á la naturaleza un carácter romántico que realza mas el dulce canto del

ruiseñor, solo ruido que turba la paz de este Eden dormido.

Aquí se ve una plantacion de vainilla; mas lejos campos de café medio invadidos por las acacias y los cactus espinosos: un estanque seco, un acueducto derruido manifiestan el cuidado é inteligencia que se puso en otro tiempo en el riego de este valle. Guarla-rayas de palmeras y naranjos medio ahogados por los jazmineros y las lianas parásitas marcan los antiguos límites de campiñas en el dia incultas. Las flores y los frutos penden en racimos sobre las mismas ramas, y esparcen á lo lejos en el aire los mas suaves perfumes. Todo en estos lugares invita al reposo, porque anuncia en ellos la presencia de las tinieblas; el girasol inclinando su cabeza dorada como para lamentar la ausencia de su Dios y la bella noche abriendo el cáliz de sus flores á las caricias de la luna.

El guia nos señaló una senda que conduce á la casa por la que penetramos siguiendo nuestro camino. El suelo de esta cañada parece cortado en mosaico por los rayos de la luna que se deslizan por entre los intersticios de la bóveda del follage. Turbado en su sueño salta un ciervo á algunos pasos de distancia de nosotros y desaparece en un bosque de aromos. Al extremo de esta cañada nos paramos detrás del cerco de jazmineros que forma el vallado, nos apeamos, y entré con Clayley en el parque de D. Cosme.

Apenas penetramos por el enrejado, cuando dos gruesos perros se lanzan á nosotros dando ladridos furiosos: muchas personas están en movimiento ante la fachada del rancho, y nos detuvimos un instante para observarlas.

—Quítate Carlo, Pompo.

—Si, señor.

—¿Y cómo podía vd. esperar que llegase hasta nosotros en el corral?

—Con ayuda de este disfraz.

Y hablando así, me mostró una piel de buey aun cubierta de su pelo.

—Clayley, son amigos. Tome vd. esto, camarada.

Y entregué al peon una águila de oro.

—Adelante.

Al mismo tiempo el cliqueteo de los sables y de los acicates empezó á mezclarse con el ruido de los pasos de los caballos, y proseguimos nuestro camino por debajo de los árboles de la floresta.

## CAPITULO XXVI.

LUPE Y LUZ.

Poco despues salimos de los bosques para entrar en la plantacion de D. Cosme.

La rica vegetacion de que están cubiertos estos campos, tiene todo el encanto de la novedad para hombres acostumbrados como nosotros al aspecto mas severo de los climas septentrionales. La luna como un velo de gasa tendida sobre los objetos embellece sus contornos, y da á la naturaleza un carácter romántico que realza mas el dulce canto del

ruiseñor, solo ruido que turba la paz de este Eden dormido.

Aquí se ve una plantacion de vainilla; mas lejos campos de café medio invadidos por las acacias y los cactus espinosos: un estanque seco, un acueducto derruido manifiestan el cuidado é inteligencia que se puso en otro tiempo en el riego de este valle. Guarla-rayas de palmeras y naranjos medio ahogados por los jazmineros y las lianas parásitas marcan los antiguos límites de campiñas en el dia incultas. Las flores y los frutos penden en racimos sobre las mismas ramas, y esparcen á lo lejos en el aire los mas suaves perfumes. Todo en estos lugares invita al reposo, porque anuncia en ellos la presencia de las tinieblas; el girasol inclinando su cabeza dorada como para lamentar la ausencia de su Dios y la bella noche abriendo el cáliz de sus flores á las caricias de la luna.

El guia nos señaló una senda que conduce á la casa por la que penetramos siguiendo nuestro camino. El suelo de esta cañada parece cortado en mosaico por los rayos de la luna que se deslizan por entre los intersticios de la bóveda del follage. Turbado en su sueño salta un ciervo á algunos pasos de distancia de nosotros y desaparece en un bosque de aromos. Al extremo de esta cañada nos paramos detrás del cerco de jazmineros que forma el vallado, nos apeamos, y entré con Clayley en el parque de D. Cosme.

Apenas penetramos por el enrejado, cuando dos gruesos perros se lanzan á nosotros dando ladridos furiosos: muchas personas están en movimiento ante la fachada del rancho, y nos detuvimos un instante para observarlas.

—Quítate Carlo, Pompo.

Los perros se retiran gruñendo.

—Papá, mándalos.

Reconocimos las voces y apretamos el paso.

—¡A fuera, malditos perros, abajo! gritó D. Cosme riñendo á los perros y haciéndolos retroceder.

Llegan muchos criados y nos adelantamos.

—¿Quién es? pregunta D. Cosme.

—Amigos, le dije.

—¡Papá, papá, es el capitán! dijo una de las dos hermanas que corrió hacia nosotras y en la que reconocí muy pronto á la morena Guadalupe.

—No tema vd. nada, señorita, dije al acercarme.

—¡Ah! vd. se ha salvado, vd. se ha salvado! ¡Papá! ¡se ha salvado! esclaman las dos niñas á la vez mientras que D. Cosme nos manifiesta su alegría estrechándonos en sus brazos.

Despues dejando caer repentinamente sus manos:

—¿Qué se ha hecho el caballero gordo? dijo con inquietud.

—Oh! está bueno, contestó Clayley sonriendo: ha puesto en seguridad su gruesa persona, pero estoy cierto D. Cosme, que tendria sumo gusto en estar aquí.

Traduje en español la respuesta de mi compañero, y D. Cosme tomó sin duda la última frase por un consejo, porque inmediatamente nos condujo á la sala de comer, donde encontramos a doña Joaquina dando sus órdenes para la cena.

Mientras comimos referí á los señores de la casa los principales sucesos de la jornada. D. Cosme no sabia nada de los guerrilleros, sino solo por haber oído decir que una de sus partidas estaba por allí cerca. Al recibir la noticia que trajo el guia de que habíamos sido atacados despachó un criado de con-

fianza al campo americano; y Raoul encontró por el camino el destacamento que venia á nuestro socorro.

Despues de la cena nos dejó D. Cosme para dar órdenes relativas á nuestra partida del dia siguiente: su señora salió igualmente para que preparasen nuestros aposentos de dormir, dejándonos á Clayley y á mí en la agradable compañía de Lupe y de Luz.

Estas niñas, músicas consumadas, eran tan diestras en el arpa como en la guitarra. Cantaron muchas tonadas españolas, cuya suave melodía hizo en nuestros corazones la mas viva impresion.

Mis pensamientos y los de Clayley eran sin duda de la misma naturaleza, y sin embargo, por un singular efecto de la diferencia de los caracteres, se trasmitian á nosotros de una manera opuesta. Clayley dotado de ingenio amable y festivo habia encontrado en la mas jóven de las dos hermanas una compañera digna de él; así no hicieron en todo el tiempo que pasaron juntos mas que reir, hablar y cantar. Tal era la movilidad de la imaginacion de esta jóven que un momento despues de haberse entregado al regocijo mas franco se dejaba dominar por una profunda melancolía pensando en su hermano olvidado por un instante. Esta niña albergaba uno de aquellos corazones en que la alegría no excluye la sensibilidad, pasando de un sentimiento á otro como se ve en ciertos dias parecer el sol y desaparecer en medio de las nubes ligeras que le rodean.

Mi conversacion con Guadalupe tenia un carácter mas serio: no hubiéramos podido reir, tanto temiamos profanar el sentimiento sagrado que nos servía de lazo: la alegría se encuentra pocas veces en el verdadero amor: el amor es una pasion

que tiene sus ratos de buen humor; sus deleites, sus éstasis, pero rara vez la loca alegría encuentra lugar en los corazones verdaderamente apasionados.

Habian pasado algunos instantes desde que dejaron el arpa; la guitarra no resonaba ya bajo los dedos; una armonía mas dulce vibraba en nuestros corazones: cada uno de nosotros se sentia atraído hácia las niñas como por un imán invisible. Nuestras almas estaban unidas por una cadena misteriosa: para espresar tales sentimientos se comprende que las palabras son tan supérfluas como insignificantes; y si pronunciábamos algunas era cuando pensábamos en Narciso, aquel hermano tan amado que perturbaba nuestra felicidad en la idea del riesgo á que se hallaba espuesto.

—¡Oh! no estas aquí, hermano mio! ¡seriamos tan felices!

—El volverá, no lo dude vd. Mañana lo verá su padre. Yo le juro á vd.; hacer cuanto esté de mi parte para restituirlo al amor de una hermana tan tierna.

—Gracias, gracias. ¿Que reconocimiento no debemos á vd.?

Y sus ojos parecian animados á la vez por la gratitud y el amor; la gratitud sola no hubiera bastado á darles aquel poderoso brillo. ¡Si tales momentos pudieran durar siempre!

—Buenas noches, buenas noches.

—Señores, pasen vds. buenas noches.

Partió, y sin embargo su gracioso rostro estaba aún delante de mis ojos. El amor ha gradado sus facciones en mi corazon; yo la veo siempre y por todas partes.....

Nos hemos retirado á los dormitorios: nuestra gente ató sus caballos en el bosque de olivos y descansaron en el rancho de bambú: un centinela vigila por la seguridad de todos.

### CAPITULO XXVII.

UNA NOCHE AGITADA.

**Y**O estoy solo en mi cuarto. ¿Voy á dormir? No; sin embargo, aquí tengo un lecho que me invita al sueño: le cubre un cielo; rodéanle sedosas cortinas, las colgaduras de damasco son de una blanura brillante; todo convida al reposo, hasta este cuadro que representa al dios del sueño acostado sobre un lecho de rosas en medio de un grupo de graciosas ninfas.

Tiro las cortinas; el aspecto del lecho es aún mas interesante, en la cabecera están colocadas almohadas tan blancas y suaves que parecian dispuestas para reposar la cabeza de una jóven casada. ¿Qué suerte para un hombre que hacia dos meses no dormia en su lecho, acostándose constantemente á la ventura, un dia sobre el puente de un buque, al siguiente sobre el suelo de la isla de Lobos en medio de las arañas y de los escorpiones; y despues sobre la arena movediza de la ribera mexicana!

Sin embargo, conozco que el sueño huye de mis

párpados: la esperanza, el temor, los recuerdos me agitan sucesivamente: mi cabeza trabaja recordando los extraños sucesos de la jornada: algunos me parecen cubiertos de un misterio que procuro profundizar: en una palabra, mi sistema nervioso se ha agitado, y me es imposible dormir.

No están solo despiertos mi espíritu y mi cuerpo, mi corazón se siente más agitado aún: cuerdas largo tiempo silenciosas han vibrado de nuevo y el amor reina en él como señor.

Este amor no es mi primera pasión, y por lo mismo reconozco fácilmente sus síntomas: los celos que experimento no me permiten engañarme, ese D. Santiago! . . . .

Yo vi dos miniaturas fijadas en la pared de cada lado de un gran espejo en presencia del cual me encontraba.

Acerquéme para examinar una, la que se hallaba á mi derecha. ¡Con qué emoción la contemplé! ¡era Guadalupe!

—Sin embargo, me decía, el pintor no le ha hecho favor; le ha puesto diez años más: ¡estúpido artista!

Me acerqué á la otra pintura . . . . es su linda hermana sin duda.

—¡Dios del cielo! ¿creeré á mis ojos? . . . Qué ¡esta caballera negra, estas cejas arqueadas, este labio sacástico . . . Dubrosc!

Una agonía mortal se apoderó de mi corazón: miré de nuevo el retrato, y lo volví á mirar; y no podía creer lo que veía; pero mientras más lo examinaba, más forzoso me era confesar que no me había engañado; abatido por este golpe imprevisto, me dejé caer en una silla donde permanecí sumido en el abismo de mi dolor.

Durante algún tiempo quedé incapaz de pensar y mucho menos de obrar. ¿Qué podía significar esto? ¿Era ese miserable demonio, ese azote de mi existencia, ese hombre que encontraba siempre en mi camino? ¿Debia serme fatal hasta el fin?

En efecto, entre aquel hombre y yo había singulares respectos: nuestra primera rivalidad, los sucesos de Lobos, la aparición de Dubrosc en la colina de arena, la manera misteriosa con que atravesó nuestras líneas, su presencia entre los guerrilleros, todo se ofrecía á la vez á mi espíritu y me helaba de un vago terror. ¿Debia encontrarle también aquí?

Ocupado de estos pensamientos tomé la lámpara y volví al retrato.

—No, exclamé yo, no me he engañado; es él, es ella: ¡ambos aquí! uno formando simetría con el otro! ¿Por qué? ¿qué lazo los une? Por ventura están desposados? . . . . Y este D. Emilio, este americano que le ha enseñado el inglés, es él sin duda, porque se llama Emilio: la voz que le hablaba en la isla de Lobos ¿no ha citado este nombre? No puede ser otro que él. ¡Miserable! habrá abusado de su belleza para engañar á esta desgraciada niña. ¿Que no hubiera yo llegado antes aquí: ellos están desposados, casados tal vez, tal vez . . . . ¡oh tormento!

Volví á poner la lámpara sobre la mesa y caí agobiado sobre la silla. No sé cuánto tiempo después estuve así entregado á los más penosos pensamientos, cuando mi atención se distrajo por la campana de un reloj embutido en un gran cuadro. Yo no conté las horas, pero la música que siguió me sacó á pesar mío de mi letargo: era una sonata triste y dulce en armonía con mis sentimientos. Vuelto un poco en mí por este accidente exterior

me levanté y fuí á echarme vestido sobre el lecho, bien decidido á olvidar todo, y á no volver á pensar en ella, como si no la hubiese conácido.

—Partiré muy temprano, me decia, y regresaré al campo sin haberla vuelto á ver. La agitacion de la vida militar y los deberes de mi profesion borran bien pronto su imagen de mi corazon; ademas todo esto es un sueño que se desvanecerá á los acentos de la trompeta y al ruido del cañon: un sentimiento fugitivo, la alucinacion de un momento que sabré dominar.

Hablando así, habia colocado mi cabeza sobre la almohada: el frio de la tela refrescando mi mejilla calmó mi agitacion y me encontré mas tranquilo.

Pero bien pronto mi pensamiento volvió con calor á la idea que procuraba desechar en vano. ¡Cómo, me preguntaba, este criollo de la Nueva-Orleans ha podido venir aqui? ¿Quien me esplicará este misterio?

Luego me esforcé de nuevo por sacudir esta idea tan importuna. Procuré aplicar mi espíritu á mil cosas diversas; á la flota, al desembarque, al ejército, á los soldados, á sus botones de uniforme, á sus charreteras, á todo lo que podia imaginar, pero en vano. Mi espíritu giraba á pesar mio sobre este penoso asunto, y de nuevo mi corazon latia con violencia, se inflamaba mi cabeza, y sentia en mí una fiebre violenta.

Por una hora entera me dí vueltas en la cama, en seguida sonó otra vez el reló: repitió la tonada tierna y melancólica, y trajo como la vez primera un poco de calma á mi dolor. Ademas, como todo en este mundo, la desesperacion tiene sus momentos de reposo, mi cuerpo estaba agobiado de fatiga,

mi alma hecha pedazos de congoja, y bajo el peso de este doble sufrimiento, logré dormir al fin.

## CAPITULO XXVIII.

LA LUZ DESPUES DE LAS SOMBRAS.

AL despertarme todo estaba aún sumido en la oscuridad: abrí mis cortinas de damasec; ni un rayo de luz penetraba en el cuarto: me encontré acostado sin saber á punto fijo la hora que era, y congeturé que habia dormido largo tiempo. Salté del lecho y pregunté al reló de repeticion: dió una campanada, era medio hora.

—Un criado, llamé yo. Abrióse la puerta y un rayo de luz penetró en el aposento: era un doméstico con una lámpara en la mano.

—¿Qué hora es? le pregunté.

—Las nueve, mi señor, respondió el criado.

Luego poniendo la lámpara sobre la mesa salió poco despues. Al mismo tiempo llegó otro criado con una bandeja y una tasa de oro.

—¿Qué es eso?

—Chocolate, señor, que envia á vd. doña Joaquina.

Tragué la benéfica bebida y me preparé á toda prisa. Mientras me ocupaba de los cuidados del to-

cador, me preguntaba para saber si regresaría al campo sin despedirme de la familia de mi huésped; pero el sueño había cicatrizado un poco mi herida, y he visto además que el aire de la mañana trae siempre algún alivio á los dolores físicos y morales. Parece que sea esta una ley de la naturaleza, al menos mi propia experiencia me lo ha hecho conocer así. El aliento fresco y embalsamado de la mañana ejerce sobre nosotros una benéfica influencia, y el sol nos devuelve con la luz la alegría y la esperanza. Si no se me cree, que se pregunte al enfermo y él dirá con qué impaciencia espera sobre su lecho de dolor la vuelta del atardecer del día.

Sea como fuere, no me atreví á acercarme al espejo. No, me decía, no volveré á ver el rostro adorado al lado del aborrecido; No, regresaré al campo sin verlos; quiero olvidar... ¿Mi amigo se ha levantado?

—Si, señor, hace cuatro horas.

—Ah! ¿dónde está?

—En el el jardín, señor.

—¿Solo?

—No, señor, con las niñas.

Feliz Clayley, dije en voz baja, no está como yo atormentado por los celos.

Había observado que la amable rubia y mi amigo tenían absolutamente el mismo carácter: eran dos naturalezas simpáticas que les bastaba encontrarse para convenirse y comprenderse. Las danzas, el canto, los placeres, tal era para ellos la senda que debía conducirlos al matrimonio: pero si un acontecimiento lo impidiese, podían decirse adios y separarse sin que se despedazase el corazón del uno ni de la otra. Naturalezas felices para las cuales el amor se compone de un cambio de billetes

tiernos de sonrisas y de esperanzas. ¡Ah! qué envidia les tenía. ¡Mi carácter es tan diferente!

—Diga vd. á mi amigo que entre en la casa, necesito verlo.

—Si, señor.

El criado se inclinó y dejó el aposento.

—Al cabo de algunos instantes Clayley entró alegre como una gáita.

—Veo, mi querido subteniente, que vd. ha empleado bien su tiempo.

—¡Ah! por cierto que sí: que delicioso paseo! Haller, es el paraíso.

—Donde ha estado vd., pues?

—Dando de comer á los cisnes, repuso Clayley sonriendo. Pero ahora que viene al caso, continuó, la señora de sus pensamientos estaba un poco triste esta mañana: parecia disgustada por no ver á vd., y volvía á cada instante la cabeza del lado de la casa.

—Clayley, quiere vd. hacerme favor de decir á los hombres que esten prontos para montar á caballo?

—Cómo ¿partir ya? no antes de almorzar, según creo.

—Dentro de cinco minutos.

—¿Como así, capitán, es posible? ¡Ah! si vd. supiese qué almuerzo nos espera!

—D. Cosme sabrá detenerle.

—D. Cosme...

Al mismo tiempo entró nuestro huésped. Sus instancias fueron tan vivas que me ví precisado á dar contra-orden y consentí en diferir la partida.

Presenté mis respetos á las damas tan atentamente como me fué posible, pero era tal la frialdad de mis modales que conocí que Guadalupe lo habia percibido.

Pasamos á la mesa para desayunarnos, pero con

el corazón tan comprimido de tristeza que apenas toqué los delicados manjares que me servían.

—Vd. no come, capitán, vd. no está enfermo, supongo, dijo D. Cosme, á quien había sin duda llamado la atención mi triste semblante.

—Doy á vd. las gracias; nunca he gozado de mejor salud.

Evitaba cuidadosamente mirar á Guadalupe y afecté dispensar todos mis obsequios á su hermana: en una palabra tenía el aire de un hombre picado. Dos ó tres veces sin embargo, me arriesgué á mirarla: sus ojos estaban fijos en mí y parecían interrogarme con inquietud. Gruesas lágrimas corrían sobre sus mejillas; sus párpados hinchados manifestaban que había llorado mucho; pero esto no tenía nada de extraordinario; el peligro á que se hallaba espuesto su hermano sería sin duda la causa de su pesadumbre.

Sus miradas sin embargo, no me dirigían ninguna censura: pero contrastaba tan sensiblemente mi conducta actual con la de la noche anterior. ¿Cómo no había de estar sentida de una frialdad que frisaba casi en impolítica?

Me levanté de la mesa y salí del aposento para ordenar á Lincoln que tuviese los hombres prontos para partir.

Vagaba hacia algún tiempo por medio de los bosques de naranjos, cuando Clayley se me reunió con las dos jóvenes: D. Cosme se había quedado en la casa para hacer ensillar su mula, y doña Jacuina se ocupaba en poner en la balija de su marido los objetos indispensables á su viage.

Un mútuo atractivo nos había reunido á Guadalupe y á mí: Clayley se había separado con la joven Luz: estábamos solos. Durante algunos instan-

tes guardé silencio: yo no le había hablado aún de la jornada, pero derepente me sentí poseído de un deseo irresistible, y quise conocer toda la estension de mi desgracia; semejante al viajero á quien una especie de fascinación arrastra á sondear la profundidad de un precipicio abierto bajo sus piés.

Por otra parte ¿tenía por ventura algo que temer? la verdad no podía ser peor que la horrible sospecha que me había atormentado desde la víspera.

Volvíme para Guadalupe: con la cabeza ligeramente inclinada sobre la espalda, deshojaba maquinalmente un azahar y parecía seguir con la vista las briznas olorosas que caían al suelo.

¿Qué bella estaba en este momento!

—El artista no le ha hecho á vd. favor por cierto.

Me miró con asombro; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Ella no me comprendía.

Yo repetí mi observación.

—Señor capitán ¿qué quiere vd. decir?

—Que el pintor no ha hecho á vd. justicia; el retrato, es verdad, tiene alguna semejanza: pero la expresión debía ser mas juvenil.

—¿El pintor! ¡el retrato! ¡qué pintor! ¡qué retrato, señor!

—Quiero hablar de su retrato que la casualidad me hizo encontrar en mi aposento de dormir.

—Ah! cerca del espejo?

—Sí, cerca del espejo, le respondí tristemente.

—¿Pero no es el mio, señor capitán!

—Ah! cómo ¿no es el de vd?

—No, es el retrato de mi prima María de Merced; dicen que nos parecemos mucho.

La alegría inundaba mi corazón y todo mi cuerpo temblaba con una dulce emoción.

—¿Y el retrato de hombre? añadí.

—Es D. Emilio, amante de mi prima. El la ha robado.

Al pronunciar esta última palabra la pobre niña volvió la cabeza, y conocí que este asunto le causaba una penosa emoción.

Yo iba á hablar, pero ella continuó:

—Era su cuarto, y en él no hemos mudado nada desde su salida.

—¿Dónde está la prima hermana de V?

—Nada sabemos.

Es un misterio, reflexioné yo sin decir mas sobre el particular. ¿Qué necesidad tenia de saber mas? era feliz y esto me bastaba.

—Quiere vd. pasearse un poco, Lupita?

A estas palabras volvió á mí los ojos con asombro. Este cambio tan repentino en mis modales debia parecerle inesplicable. Me tocaba hacérselo comprender y pedirle perdon. Mi reserva, mi frialdad habian desaparecido y le hice entera confianza de las sospechas que me habian despedazado el corazon.

Recorrimos un largo paseo de árboles floridos, ocupados enteramente de nuestro amor: era su voz la que escuchábamos en el canto de los pájaros, en el zumbido de las abejas, en todos los ruidos de la naturaleza que murmuraban al rededor de nosotros; pero sobre todo en nuestros corazones es donde se albergaba este tierno sentimiento. La nube sombría disipándose habia dejado el cielo mas puro y luminoso que antes; y el pesar que acabábamos de experimentar habia exaltado, escitándola, nuestra mútua pasion. ¡Oh! qué felices éramos marchando así mi mano enlazada con la suya y mis ojos fijos en sus ojos!

Llegamos á un bosque de cocoteros, y nos sentamos sobre un tronco derribado, protegidos contra los rayos del sol por una bóveda de follage.

Comprendí que era amado; su corazon habia correspondido al mio; pero no bastaba este lenguaje mudo; deseaba, queria decirle que la amaba, oír salir de sus labios la feliz confesion de mi dicha, y ligarnos por un grato juramento antes de separarnos.

Tal vez semejante pretension podia parecer prematura; pero era militar y la agitacion de los campos no permite consagrar mucho tiempo á las formalidades y obsequios que por lo comun acompañan á un galanteo en regla. Esta consideracion sin duda me dió ánimo: ademas no creo en el amor que se logra á consecuencia de largas importunidades, pues en él hay mucho cálculo y egoismo.

Estas reflexiones pasaron en mi alma como un relámpago: cediendo á mi inspiracion, me incliné hácia mi compañera, y dije en voz baja á su oído las palabras siguientes, en la dulce lengua española que se puede llamar la lengua del corazon.

—Guadalupe, ¿tú me amas?

—Yo te amo, me respondió.

No es menester describir los tiernos sentimientos que llenaron mi corazon en este momento; mi felicidad llegó á su colmo.

Esta confesion la hacia sagrada á mis ojos, y por algun tiempo guardamos silencio entregados ambos á un transporte delicioso que solo podrán comprender los que han sentido un amor puro y verdadero.

Oyóse un ruido de pasos de caballo.

Era Clayley con nuestra escolta: todos estaban montados y me aguardaban: D. Cosme se hallaba impaciente, doña Joaquina participaba de este sen-

timiento, y no se lo tenía á mal; pues la causa era legítima.

—Vayan vdes. adelante, los alcanzaré pronto.

Los ginetes salieron del vallado á las órdenes del subteniente, al lado del cual marchaba D. Cosme montado en una mula blanca.

—¿Volverá vd. pronto, Enrique?

—Crea vd. que aprovecharé la primera ocasion que se me presente de verla. Pero temo que el tiempo me parezca mas largo que á vd.

—¡Oh! no, no.

—¡Oh! sí Lupita. Dígame vd. que me amaré siempre.....

—¡Siempre, siempre! ¡Tuya, tuya hasta la muerte!

Hicela esta pregunta muchas veces y siempre me dió la misma respuesta; pero era forzoso separarnos: monté á caballo; una mirada al partir, otra á alguna distancia, una señal de la mano; luego á pocos instantes, corría á galope por un largo paseo de palmeras.

## CAPITULO XXIX.

REVESES Y NUEVO PLAN.

**R**EUNIME á mis compañeros á la entrada del bosque, Clayley que de rato en rato habia mirado

atras, pasó á mi lado con el objeto de entrar en conversacion.

—Mal negocio, capitán, tener que dejar tan buenos cuarteles. A fe mia, yo hubiera permanecido en ellos toda mi vida.

—Vamos, Clayley, está vd. enamorado.

—Sí; ¡ah! ¿si yo pudiese hablar su lengua como vd?

Esta reflexion me hizo sonreir, porque fuí testigo por entre los árboles de los esfuerzos que hacia mi amigo para comprender el mal ingles de la encantadora Luz. Tenia curiosidad por saber de qué manera se habia conducido en el negocio, y si habia terminado como yo por abordar la gran cuestion: mi curiosidad quedó muy pronto satisfecha.

—Repito á vd., capitán, continuó, que si hubiese podido hablar su lengua le hubiera hecho francamente su declaracion y le habria dicho: ¿es sí ó no?

—Pero sea por ignorancia, ó por mala voluntad, no me respondió.

—¡Ah! ¡qué desgraciado soy!

—V. puede muy bien hacerse comprender de ella, sabe el ingles lo bastante para el caso.

—Yo lo creo; pero cada vez que queria hablarle de amor, se me reía en las barbas y me tocaba con su abanico: parece que la pregunta debe ser hecha en español; así me lo exigia. Yo por mi parte he tomado el asunto con seriedad. Vea vd. lo que me ha prestado.

Hablando así, Clayley sacó de la faltriquera de su saco dos pequeños volúmenes que eran una gramática y un diccionario español.

No pude menos de reir.

—¡Amigo mio! le dije, el mejor diccionario que vd tiene que consultar es á la misma niña.

—Sin duda; pero como diablos nos haremos para volver allí: no todos los días tendremos caza de mulas.

—Temo en efecto que se nos presente alguna dificultad.

Púseme á pensar en ello seriamente: no parecía á la verdad cosa fácil alejarse del campo: eran muy exigentes en cuanto á la existencia de los oficiales á los ejercicios y paradas, la casa de D. Cosme estaba á diez millas de nuestras líneas, el camino no siempre seguro; por lo que en suma, estos viages presentaban muchas dificultades.

—¿No podríamos salir de noche? me preguntó Clayley: nos acompañaríamos de media docena de nuestros hombres, y llegaríamos aquí sin ruido. ¿Qué le parece á vd., capitán?

—Clayley, no volveré sin su hermano, les he dado esta palabra y se la cumpliré.

—No ha hecho vd. bien en comprometerse así; temo que sea muy difícil ejecutar el proyecto que vd. medita.

La prevision de mi camarada era muy justa porque al acercarnos á nuestras líneas encontramos á un ayuda de campo del general en jefe, y me informó que desde aquel mismo día se habian interrumpido toda clase de comunicaciones entre la ciudad sitiada y los buques extranjeros.

El viaje de D. Cosme no tenia, pues, objeto: espliquéle esta triste circunstancia y le insté á que se volviese á su casa.

—No dé vd. esa mala noticia á las niñas: dígales solamente que el negocio requiere algun tiempo, y que vd. me lo ha encargado. Por lo demas esté vd. seguro de que haré cuantos esfuerzos pueda para

penetrar en la ciudad, descubrir al niño y entregarlo sano y salvo á su madre.

Era el solo consuelo que podia ofrecer á este pobre padre.

—Vd. es bueno, capitán, sí, ¡muy bueno! pero bien veo que en el día no nos queda otro partido que el de esperar y suplicar.

El anciano, al pronunciar estas palabras parecia vivamente conmovido y manifestaba el abatimiento en todo su semblante.

Llevé conmigo al francés Raoul y conduje á D. Cosme hasta que me aseguré de que no habia nada que temer de los pillos esparcidos por los alrededores, y nos separamos despues de habernos apretado afectuosamente las manos.

Por algunos instantes consideré en ese anciano caballero que se alejaba con todas las señales de un profundo pesar. Su cuerpo estaba inclinado sobre sí, y sus brazos sin energia ni aun se tomaban la pena de guiar su mula que seguia negligentemente el sendero.

Mi propio corazon estaba casi tan oprimido como el suyo, y entregado á las mas penosas emeciones volvíme poco á poco al campo.

No se habia dirigido aun contra la ciudad ningun proyectil; pero nuestras baterías estaban ya casi preparadas y muchos morteros no esperaban ya sobre las cureñas sino la orden de enviar á Veracruz mensajeros de destruccion.

Era evidente que ni una sola bala, ni una bomba podian errar el blanco, porque no habia un solo rincon de la ciudad que estuviese fuera del alcance de un cañon de diez pulgadas. Muchas mujeres y niños estaban destinados á perecer, y el hijo de D. Cosme podia ser del número de las víctimas. ¿Se-

ria esta la horrible noticia que tendria que llevar á su familia? ¿Cómo recibiria al mensajero de la desgracia? ¿No habia despedido ya al padre triste y desesperado?

—¿No hay medio de salvarle, Raoul?

Le hice esta pregunta con tal acento que el soldado se estremeció.

Acababa en efecto de cancelar un proyecto.

—¿Conoce vd. bien á Veracruz? pregunté á Raoul.

—Yo iria por todas las calles, capitán, con los ojos vendados.

—¿Qué arcos son aquellos que están del lado del mar? ¿Sabe vd. lo que quiero decir? ¿No hay uno de cada lado del muelle?

Yo habia tenido ocasion de notar esta particularidad al ir á visitar á uno de mis compañeros, oficial de marina á bordo de su buque.

—Capitán, esos son los canales destinados á conducir al mar las aguas de que está inundada la villa á consecuencia de un norte. Estos acueductos pasan por debajo de la ciudad, en cuyas calles hay muchas aberturas: tambien yo he tenido la ventaja de servirme de esta via de comunicacion.

—¿Y cómo así?

—En una pequeña expedicion de contrabando.

—¿Es, pues, posible penetrar en la ciudad por esta via?

—Nada mas fácil, á menos, sin embargo, que no les haya ocurrido poner un centinela en cada una de estas embocaduras; pero esto no es probable, porque no creen que haya nada que temer por ese lado.

—¿Y cómo se conducirá vd. para ello?

—El capitán no tiene mas que pedir y yo le prometo traerle una botella de vino del café de Santa-Anna.

—No quiero dejarle ir solo, sino al contrario, acompañarle.

—Así lo piensa vd., capitán; semejante expedicion está para vd. llena de los mayores peligros. Yo por mi parte no tengo nada que temer, porque allá abajo nadie sabe que me haya reunido con los americanos, mientras que si vd. es cogido. . . .

—Sí, sí, bien sé lo que me espera en este caso.

—Sin embargo, se decia Raoul para consigo mismo, el negocio podria hacerse sin gran riesgo disfrazándose de mexicano.

Luego, alzando la voz, añadió:

—Vd. habla el español tan bien como yo, capitán, y si está en ello. . . .

—Sí, decidido.

—Pues bien, yo estoy pronto.

Conocia que este mozo era de un genio audaz siempre dispuesto á cometer aventuras. Era un hijo de la fortuna, á quien esta habia experimentado de mil maneras, pero cuya cabeza y corazón se elevaban sobre su condicion: ignorando la ciencia de los libros, poseia en alto grado la de la experiencia. Habia en él un conjunto de apatia y de heroismo que le merecia á veces de mi parte una verdadera admiracion, complaciéndome mucho en su trato.

Yo no ignoraba que la aventura que ibamos á emprender era una de las mas arriesgadas; pero la suerte del hijo de D. Cosme me inspiraba el mas vivo interés: mi dicha dependia en cierto modo de su salvacion; así que el riesgo de nuestra empresa contribuia á fomentar el deseo de salir con ella airosamente: y este buen éxito formaria sin duda uno de los capítulos mas interesantes de la vida aventurera que profesaba por gusto de lo extraordinario.

CAPITULO XXX.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BUENOS AIRES  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
TEMERIDAD.

ASÍ que llegó la noche, Raoul y yo salimos furtivamente del campo disfrazados de rancheros merced á los vestidos de cuero de que nos habíamos cubierto. Ganamos á Punta-Gorda, cabo situado á cierta distancia de nuestras líneas: llegados á aquel punto nos echamos al mar: el agua nos daba por la cintura. Eran cerca de las diez, la marea descendía, y por dicha nuestra la noche estaba muy oscura.

Cuando la marea nos impelia hácia adentro nos sambulliamos hasta el cuello, y cuando se retiraba nos encorvábamos hácia adelante; de tal suerte que era imposible distinguir nuestro cuerpo sobre la superficie de las olas. Así llegamos á la ciudad ya á nado, ya caminando.

El tránsito era penoso. Sin embargo, el agua estaba tibia y la arena sobre la que andábamos firme y llana; y ademas estábamos sostenidos, yo al menos, por la esperanza y por el desprecio del peligro: respecto de mi compañero creo que el segundo motivo obraba en su mente con mucha mas fuerza que el primero.

Llegamos bien pronto á los canales de Santiago, donde tuvimos que redoblar las precauciones por

que estaba un centinela sobre la muralla. Un grito de ¿quién vive? nos hizo estremecer. Temimos ser descubiertos, é infaliblemente lo hubiéramos sido á no mediar la oscuridad. Al fin, dejamos atrás al centinela y avanzamos hácia la ciudad, cuyos alrededores estaban en seco por efecto de la baja-mar.

Un arrecife de rocas cubierto de yerbas marinas se hallaba entre el mar y el bastión, al que nos acercamos con cuidado, y resbalándonos y arrastrándonos en medio de los bancos, llegamos por fin, despues de andar cien pasos, á la abertura de uno de los acueductos. Teníamos gran necesidad de descanso y nos sentamos en un peñon de roca, en cuyo sitio estábamos tan seguros como en nuestras tiendas; sin embargo, no debíamos confiarnos enteramente, porque habia cerca de nosotros á veinte piés cuando mas, hombres que si nos hubiesen visto hubieran tirado sobre nosotros, como sobre perros. Despues de media hora de reposo, poco mas ó menos, penetramos de repente en el acueducto: mi compañero estaba allí tan á las anchas como en su casa y avanzaba con tal atrevimiento como si hubiese estado alumbrado por el gas.

Despues de haber marchado algun tiempo nos acercamos á una reja por la cual vimos penetrar la luz.

—¿Podemos pasar por allí? le pregunté.

—No, capitán, repuso Raoul en voz baja; es preciso ir mas lejos.

Pasamos, pues, esta reja; luego una segunda, despues una tercera, y por último llegamos á una cuarta, cuyas barras estaban tan juntas, que con dificultad podia pasar por ellas un débil rayo de luz.

Allí se detuvo el guia escuchando algunos minutos con la mayor atencion; despues de lo cual pasó

su mano por entre las rejas é hizo girar el enrejado sobre sus gonces: un instante despues, poniendo la cabeza fuera de la abertura, de manera que le quedasen los ojos á lo alto del suelo, escuchó y miró con cuidado. Despues de todas estas precauciones, satisfecho del resultado de sus observaciones, y no viendo ni oyendo á nadie, pasó el cuerpo por la abertura y desapareció á mis ojos. Poco despues volvió y me llamó en voz baja.

— ¡Vamos capitán! me dijo.

Salí del acueducto por el mismo camino: habiendo tenido Raoul el cuidado, antes de alejarse, de volver á colocar y cerrar la reja.

— Observe vd. los lugares á fin de que le reconozca en caso de necesidad, capitán; tal vez nos separaremos.

Habíamos entrado por un arrabal solitario, en el que no hallamos una sola persona, sino una multitud de perros flacos y hambrientos como lo están siempre estos animales en una plaza sitiada. En el fondo de un nicho practicado en la muralla frente de nosotros se veía una estatua adornada de brillos y oropeles, una lámpara pálida ardía á sus piés é indicaba á las almas caritativas un tronco destinado á recibir ofrendas. La pared estaba dominada por un elegante campanario cubierto de oro.

— ¿Qué iglesia es esa? pregunté á Raoul.

— La Magdalena.

— Pues bien, adelante.

— Buenas noches, señor, dijo Raoul á un soldado que pasaba cerca de nosotros envuelto en su gran capa.

— Buenas noches, replicó el militar con voz bronca.

Nos deslizamos con precaucion á lo largo de las paredes, eligiendo las calles mas sombrías para evi-

tar que nos encontrasen. La mayor parte de sus habitantes estaban en sus lechos; pero hallábamnos á cada paso grupos de soldados y las patrullas se cruzaban á cada instante.

Bien pronto nos vimos precisados á atravesar una calle brillantemente iluminada. Apenas habíamos dado algunos pasos cuando un hombre se nos acercó cantando: parecióle sin duda extraño nuestro aspecto, porque se paró y nos miró con atencion. Nuestros vestidos, como lo he dicho, eran de cuero, y los calzones así como la demas ropa relumbraba con el agua del mar de que estaban empapados, y á medida que andábamnos, goteaban sobre el piso, siendo fácil seguirnos por las huellas.

— Antes que hubiéramos podido pasar de largo, el hombre exclamó:

— ¡Caramba! caballeros: parece que vdes. no se han desnudado antes de entrar en el baño.

— ¿Qué hay? preguntó un soldado que llegó en este intermedio examinándonos de piés á cabeza.

Un grupo de curiosos nos rodeó bien pronto y nos condujo á la luz.

— ¡Mil diablos! exclamó un soldado reconociendo á Raoul, es nuestro amigo el francés.

— Son espías, dijo otro.

— Arréstenlos, añadió un sargento de guardia que llegó á este tiempo con una patrulla y dicho y hecho, lanzóse sobre nosotros y fuimos arrestados por una docena de hombres.

En vano Raoul protestó nuestra inocencia, asegurando que éramos pobres pescadores que se habían mojado en el ejercicio de su profesion.

— No son trajes de pescadores, observó uno.

— Y ademas, ¿es uso de pescadores llevar diamantes en el dedo?

Hablando así, me arrancó brutalmente mi anillo, sobre el cual estaban gravados mi nombre y mi grado.

A cada instante se aumentaba el número de los curiosos; muchas personas reconocieron á Raoul y aseguraron que no le habian visto de algunos días á aquella fecha.

— Esta ausencia se explica, decian, porque se marchó á reunirse con los yankees.

Entretanto los soldados nos ataron las manos y condujeron á la prision. Allí nos registraron con cuidado y me hallaron la bolsa que contenia muchas águilas de oro (moneda americana). Solo esta prueba bastaba para que me condenasen.

Despues de estos graciosos preliminares nos encadenaron fuertemente uno contra otro, y las guardias se retiraron, dejándonos entregados á nuestros pensamientos, siendo difícil que nos hubiesen puesto en mas desagradable compañía.

### CAPITULO XXXI.

UN SOCORRO CAIDO DEL CIELO.

**Y** O no daría un tlaco por mi vida, dijo Raoul á tiempo que se cerraban las puertas sobre nosotros. Pero vd. capitán; ¡ay! ¡ay!

Echóse el frances gimiendo sobre un banco de piedra y me obligó á sentarme en él igualmente.

Yo no hallaba consuelo que ofrecerle: sabia que se nos acusaba de espionaje: si nos lo justificaban, el resultado era infalible y no teniamos veinte y cuatro horas de vida. La idea de haber sido yo la causa de la desgracia de este mozo hacia mi situacion aun mas penosa, y luego, morir sin gloria, ¡eso era cruel! Tres días antes hubiera sacrificado mi vida con indiferencia, pero despues, ¡cuanto habian cambiado mis sentimientos! Un lazo poderoso me ligaba á la existencia, tenia miedo de la muerte, me habia hecho poltron y deploraba amargamente mi fatal temeridad.

Pasamos la noche procurando en vano consolar-nos el uno al otro. El sufrimiento fisico aumentaba nuestros tormentos morales: los vestidos estaban enchumbados de agua y la noche muy fria. No teniamos por lecho sino un banco de piedra, en el que nuestra cadena no nos permitia ni aun tendernos estando ademas obligados para calentarnos á frotarnos fuertemente uno contra otro. Esta noche fué terrible; pero al fin pareció el día.

Un oficial vino desde temprano á visitarnos: el consejo de guerra que debia juzgarnos habia sido convocado para despues de medio día y nos condujeron ante el tribunal entre los insultos del mas vil populacho. Hicimos conocer al consejo el motivo que nos habia conducido á Veracruz, dimos el nombre del jóven Narciso y designamos la casa donde se hospedaba: recibieron informes, y todo resultó conforme á lo que habiamos declarado; pero pretendieron que nuestra relacion era una trama inventada por nuestro camarada. El conocimiento que Raoul tenia de la ciudad y del país comarcano ha-

Hablando así, me arrancó brutalmente mi anillo, sobre el cual estaban gravados mi nombre y mi grado.

A cada instante se aumentaba el número de los curiosos; muchas personas reconocieron á Raoul y aseguraron que no le habian visto de algunos días á aquella fecha.

— Esta ausencia se explica, decian, porque se marchó á reunirse con los yankees.

Entretanto los soldados nos ataron las manos y condujeron á la prision. Allí nos registraron con cuidado y me hallaron la bolsa que contenia muchas águilas de oro (moneda americana). Solo esta prueba bastaba para que me condenasen.

Despues de estos graciosos preliminares nos encadenaron fuertemente uno contra otro, y las guardias se retiraron, dejándonos entregados á nuestros pensamientos, siendo difícil que nos hubiesen puesto en mas desagradable compañía.

### CAPITULO XXXI.

UN SOCORRO CAIDO DEL CIELO.

**Y** O no daría un tlaco por mi vida, dijo Raoul á tiempo que se cerraban las puertas sobre nosotros. Pero vd. capitán; ¡ay! ¡ay!

Echóse el frances gimiendo sobre un banco de piedra y me obligó á sentarme en él igualmente.

Yo no hallaba consuelo que ofrecerle: sabia que se nos acusaba de espionaje; si nos lo justificaban, el resultado era infalible y no teniamos veinte y cuatro horas de vida. La idea de haber sido yo la causa de la desgracia de este mozo hacia mi situacion aun mas penosa, y luego, morir sin gloria, ¡eso era cruel! Tres días antes hubiera sacrificado mi vida con indiferencia, pero despues, ¡cuanto habian cambiado mis sentimientos! Un lazo poderoso me ligaba á la existencia, tenia miedo de la muerte, me habia hecho poltron y deploraba amargamente mi fatal temeridad.

Pasamos la noche procurando en vano consolar nos el uno al otro. El sufrimiento físico aumentaba nuestros tormentos morales: los vestidos estaban enchumbados de agua y la noche muy fria. No teniamos por lecho sino un banco de piedra, en el que nuestra cadena no nos permitia ni aun tendernos estando ademas obligados para calentarnos á frotarnos fuertemente uno contra otro. Esta noche fué terrible; pero al fin pareció el día.

Un oficial vino desde temprano á visitarnos: el consejo de guerra que debia juzgarnos habia sido convocado para despues de medio día y nos condujeron ante el tribunal entre los insultos del mas vil populacho. Hicimos conocer al consejo el motivo que nos habia conducido á Veracruz, dimos el nombre del jóven Narciso y designamos la casa donde se hospedaba: recibieron informes, y todo resultó conforme á lo que habiamos declarado; pero pretendieron que nuestra relacion era una trama inventada por nuestro camarada. El conocimiento que Raoul tenia de la ciudad y del país comarcano ha-

cia esta suposición bastante verosímil. Además, el francés fué reconocido por muchos habitantes; se justificó su desaparición que coincidía con el desembarque de la armada americana. En cuanto á mí, el anillo y la bolsa que me encontraron me acusaban suficientemente. Fuimos declarados espías y como tales condenados á sufrir al día siguiente el suplicio de garrote.

Ofrecieron á Raoul perdonarle la vida si quería ser traidor y dar informes sobre el enemigo: el valiente soldado rechazó esta oferta con indignación; me hicieron igual propuesta, pero con el mismo éxito.

A tiempo que iba á pronunciarse nuestra sentencia, observé un movimiento general en todo el pueblo: soldados y ciudadanos dejaron apresuradamente la sala de audiencia, y el mismo consejo pronunció con rapidez la sentencia y dió orden de que saliésemos. A estas palabras la guardia se apoderó de nuevo de nosotros, nos arrojó á la calle y nos puso en camino para la prisión.

La escolta que nos condujo parecía muy afanada: por las calles por donde pasábamos corría la gente de tropel dando señales del mas vivo terror: las mujeres y los niños se huían dando gritos lamentables é iban á buscar un abrigo detras de las paredes y canales. Algunos mas piadosos ó timoratos que los demas caían de rodillas y oraban con fervor: otros estrechaban sus hijos contra el seno y temblaban sin tener aliento ni aun para dar un solo grito.

—Al verlos parece que hay un temblor de tierra, observó Raoul, pero nada percibo: ¿sabe vd. lo que es, capitán?

La respuesta llegó pronto, porque inmediatamente un objeto atravesó los aires silbando y rodando sobre sí mismo.

—Una bomba de los nuestros, ¡hurra! exclamó Raoul.

Su vista casi me causó placer, aunque no ignoraba sin embargo que yo mismo podia ser víctima de aquel proyectil.

Los soldados que nos escoltaban se habian echado detras de las paredes y de las pilastras vecinas y nos dejaron solos en medio de la calle.

La bomba pasó por encima de nuestras cabezas y cayó á algunos pasos sobre el suelo: reventó; los fragmentos penetraron en la pared de la casa vecina y gemidos que llegaron á nuestros oidos nos dieron á conocer que el mensajero de hierro habia cumplido su terrible misión. Era la segunda bomba lanzada por los americanos; la primera tambien habia sido destructora: tal fué la causa del terror que habiamos observado en los soldados y en los habitantes.

La muerte acompañaba á cada proyectil.

Sin embargo, nuestra escolta habia vuelto á nosotros é insistia en conducirnos á la prisión, redoblando su brutalidad á nuestro respecto. La exaltación de nuestros guardas habia llegado á su colmo, y uno de ellos mas feroz que los otros introdujo su bayoneta en el muslo de mi compañero. Despues de otros muchos malos tratamientos fuimos por fin restituidos á nuestra prisión y la puerta se cerró de nuevo tras de nosotros.

Desde que caimos prisioneros no habiamos comido ni bebido, y el hambre y la sed aumentaban el horror de nuestra situación. Los insultos habian exasperado á Raoul; el dolor de su herida lo habia puesto furioso; la cadena que sujetaba sus manos no le permitia el menor movimiento, y en un acceso de rabia, que le daba sin duda una fuerza sobre-

humana, torció sus eslabones con tanta energía que se rompieron como vidrio.

A consecuencia de esta primera hazaña, quebrantamos bien pronto la cadena que nos ligaba el uno al otro, y la que nos sujetaba los pies no tardó en correr la misma suerte.

—Podremos al menos, capitán, vivir nuestras últimas horas, como hemos vivido toda nuestra vida, libres y sin hierros.

Yo admiraba el espíritu y la fuerza de carácter de mi bravo compañero. Nos habíamos colocado cerca de la puerta y escuchábamos.

Un cañoneo continuado retumbaba al rededor de nosotros, y percibíamos también el ruido más distante de las baterías americanas: las bombas reventaban por todas partes y las murallas que se aplomaban á cada instante resonaban á nuestros oídos como el fracaso del trueno. Raoul en el colmo de su exaltación, se lanzaba contra la puerta dando gritos furiosos.

Una idea me pasó por la mente.

—Tenemos armas, Raoul.

Hablando así le mostré los fragmentos de cadena esparcidos al rededor nuestro.

—¿Se siente vd. capaz de ganar una de las rejas sin peligro de equivocarnos en el camino?

Raoul se estremeció.

—Vd. tiene razón, capitán, yo lo puedo hacer. No es probable que tengan tiempo de visitarnos esta noche y tal vez no hayamos perdido enteramente los medios de salvarnos.

Nos habíamos comprendido: cada uno de nosotros reunió uno de los fragmentos de la cadena (pues había dos) y se colocó detrás de la puerta, prontos á escaparnos así que nuestros guardas vi-

niesen á abrirla. En tanto continuaba el cañoneo y las bombas caían á cada instante al rededor de la prision que ocupábamos. Hundíanse los techos, rompíanse las vigas, desmoronábanse las paredes y se aplomaban con estruendo. Estos ruidos no eran los solos que herían nuestros oídos; los votos de los soldados, los gritos de los hombres, los gemidos de las mujeres que acompañaban á todas las esplosiones, los penetraban igualmente.

—¡Por Satanás! dijo Raoul, si pudiesen olvidarnos tan solo por dos días, nuestros amigos vendrían á abrirnos las puertas. ¡Qué diantres!

Al mismo tiempo que mi camarada prorumpía en esta última exclamación, un objeto pesado hirió el techo, rompió la cubierta y el cielo raso y vino á caer á nuestros pies, haciendo sobre el piso un ruido sonoro.

Bien pronto se siguió una esplosión: la tierra pareció conmovida hasta en sus entrañas, centenares de proyectiles fueron lanzados silvando en todas direcciones y nos encontramos envueltos en una espesa nube de polvo y de cal mezclada de vapores sulfurosos. Se respiraba con dificultad; yo estaba casi sofocado: procuré gritar, pero mi voz se detuvo en la garganta. Apenas, á pesar de mis esfuerzos, logré entenderme á mí mismo: sin embargo, al fin pude gritar por dos veces.

—¡Raoul! ¡Raoul!

Mi camarada me respondió, pero su voz parecía venir de larga distancia. Yo estendí los brazos para buscarle; estaba á mi lado, pero como á mí, lo sofocaba la falta de aire.

—¡Diantres! era una bomba, dijo al cabo con una voz chillona. ¿Está vd. herido, capitán?

—No; le contesté, ¿y vd?

—Sano como el ojo... hemos tenido ambos una suerte famosa, porque los pedazos de aquella deben haber herido todos los rincones de la prision.

—Mejor seria que nos hubiesen acabado le contesté despues de una pausa: era el único medio que teniamos de evitar el garrote.

—Ah! ¿quién sabe, capitán? repuso Raoul con un acento que indicaba que no habia perdido toda esperanza de salvacion. ¿No podriamos tratar de salir por donde habia entrado la bomba? continuó. Examinémoslo: debe haber venido por el techo.

—Lo supongo.

Nos tomamos la mano y avanzamos juntos hácia el medio de la sala con los ojos fijos en el cielo raso.

—¡Diantres! dijo Raoul, no veo un palmo mas allá de mis narices; tengo los ojos llenos....

—Lo mismo me sucede á mí.

Esperamos á que el polvo se hubiese disipado un poco: entonces fijando de nuevo nuestras miradas en el cielo raso, percibimos al fin una débil luz que venia de lo alto por un gran agujero abierto en el techo.

Bien pronto vimos lo suficiente, ya reconocimos las dimensiones de esta abertura, bastante ancha para dar paso al cuerpo de un hombre; pero este agujero se encontraba á catorce piés por encima del suelo, y no teniamos cosa alguna que nos sirviese para llegar á esta altura.

—¿Qué vamos á hacer, Raoul? No somos gatos, no podremos llegar nunca allá.

Sin tomar el trabajo de responder, mi camarada me alzó en sus brazos, y me dijo que ensayase: subí sobre sus espaldas, pero aunque me estiré todo lo que pude, no logré tocar el techo.

—Déjame vd. bajar, Raoul, le dije: me ocurre una idea; si nos dejasen solos un poco de tiempo.

—¡Oh! no tema vd. nada de parte de ellos: harto tienen que hacer en salvar sus pellejas amarillas.

Yo habia observado que el agujero formado por la bomba se encontraba muy cerca de los jubrones del techo. Con arreglo á esta circunstancia me puse á ordenar una de nuestras cadenas en forma de gancho, mientras que Raoul se quitaba, siguiendo mis órdenes, su pantalon de cuero, ocupándose en hacerlo pequeñas tiras. En menos de diez minutos poseíamos una cuerda armada de un gancho en su extremo. Subí sobre los hombros de mi camarada y procuré sujetar la cuerda á la viga introduciendo en ella el gancho, pero no me salí con mi intento; el esfuerzo que hice fué causa de que perdiese el equilibrio y caí sobre el suelo; lo emprendí por otra vez y obtuve el mismo resultado.

—¡Diantres! murmuró Raoul entre dientes.

El gancho le habia caido sobre la cabeza.

—Veamos, ensayémos hasta el fin, pues que nuestra vida depende de esto.

Segun una supersticion popular el tercer esfuerzo es siempre el que sale bien: por esta vez, al menos, así nos sucedió; el gancho entró en el palo y balanceandose la cuerda vino á caer á algunos piés del suelo. Subí sobre los hombros de mi camarada y empuñando la cuerda lo mas alto posible, tiré de ella con fuerza para probar su solidez; resistió: entonces me encaramé asiendome con las manos y llegué hasta la viga: de allí me fué fácil trepar hasta el techo.

Una vez fuera me adelanté arrastrandome con precaucion sobre la azotea, que conforme á la ma-

nera de construcción adoptada para las casas españolas, era llana y estaba guarnecida de un pequeño parapeto por encima del cual tenía vista á la calle. Era de noche y no podía ver nada, pero á cierta distancia distinguí sobre las murallas soldados cuyas negras balijas contrastaban con el azul del cielo, hallándose ocupados al rededor de sus baterías. De rato en rato retumbaban los cañones alumbrando la ciudad con luces sulfúricas que se escapaban de sus costados.

Volvíme para ayudar á Raoul, quien impaciente ya con mi tardanza estaba en actitud de trepar por la cuerda.

Fuimos de techo en techo en solicitud de un punto de donde pudiesemos bajar á la calle sin riesgo de ser percibidos. Las casas colocadas sobre la misma línea que nuestra prisión, tenían todas un solo piso. Despues de haber examinado muchas, nos decidimos á descender á un estrecho pasadizo: era aún muy temprano, pero la población que estaba en vela con el bombardeo, erraba por todas partes en una inquietud y ansiedad visibles. Los gemidos de las mujeres y de los niños, los gritos de los hombres, las quejas de los heridos, los ahullidos de la muchedumbre, todo esto formaba un caos de un efecto imposible de describir. Las bombas continuaban volando por el aire con el silvido que les es particular. A cada instante se veían aplomarse las paredes y parapetos. Cuando pasabamos cerca de la catedral, una bala llegó á herir la cúpula de este monumento: pedazos de este edificio que los siglos habían respetado cayeron á nuestros piés con un fracaso espantoso, repitiéndose á cada paso accidentes de la misma naturaleza. Andábamos materialmente por medio de ruinas; las precauciones para

substraernos á las miradas se habían hecho casi inútiles, y nadie ponía atención en nosotros.

—Estamos cerca de la casa, ¿quiere vd. ver si le toma de paso? dijo Raoul aludiendo al jóven Narciso.

—Sin duda, muéstreme vd. su habitacion, le respondí casi avergonzado de haber olvidado en medio de nuestros propios peligros el objeto principal de la empresa.

Raoul me señaló una gran casa con un gran portal.

—Vea vd., capitan, es esa.

—Vaya vd. á colocarse en la sombra y aguárdeme: vale mas que esté solo.

Mi compañero obedeció á este aviso.

Acerquéme á la gran puerta y toqué sin temor.

—¿Quién? gritó el portero del zaguan.

—Yo, le respondí.

Entreabrieron la puerta con precaucion.

—¿El señorito Narciso está aquí?

—Sí, respondió el portero.

—Dígale vd. que un amigo desea hablarle.

Despues de un momento de duda, dejéme el portero para entrar en la casa, al cabo de algunos segundos llegó un hermoso niño á quien había visto ya durante los debates de nuestro juicio: tembló al reconocerme.

—Chiton, le dije, haciendole seña de callarse, tiene vd. dos minutos para despedirse de sus amigos y venir á unirse conmigo detras de la iglesia de la Magdalena.

—¿Ah! señor, dijo, sin escucharme al parecer, que ha hecho vd. para salir de la prisión? vengo de casa del gobernador, donde he estado en solicitud de su soltura, y . . .

—No se trata de eso, le repliqué interrumpiéndole. Siga vd. mis consejos y no olvide sobre todo lo que su madre y hermanas sufren por vd.

—Pronto estaré con vd., dijo el niño con un tono lleno de resolución.

—Hasta luego, adios.

Nos separamos sin decir mas: me reuní con Raoul y llegamos juntos á la Magdalena: de paso atravesamos la calle donde fuimos aprehendidos la noche precedente, pero en tal estado se hallaba, que apenas pudimos reconocerla: llena de escabrosidades, no era por todas partes sino montones de escombros.

No encontramos patrullas ni centinelas, y nadie esta vez prestó atencion á nuestro singular vestido.

Así que llegamos á la iglesia, Raoul descendió por el acueducto y esperé solo la llegada del niño: este cumplió su palabra y apercibí bien pronto su linda figura que aparecía á la vuelta de la calle. No teniamos tiempo que perder y le llevé al pasadizo subterráneo, pero la marca estaba entonces muy alta, y nos vimos precisados á esperar á que bajase: llegó por fin la hora favorable, y nos deslizamos arrastrandonos sobre las vocas, y aprovechandonos de la resaca nos dejamos por una maniobra análoga ó la que habiamos ejecutado para venir.

Despues de una hora de fatiga llegamos á Punta-de Hornos: un poco mas lejos encontramos una guardia americana; me hice reconocer y tuve al fin la satisfaccion de entrar en nuestras líneas.

A las diez estaba ya en mi tienda; habian pasado justamente veinticuatro horas de mi salida: nadie, escepto Clayley sabia nada de nuestra aventura.

El subteniente y yo convenimos en que inmediatamente llegase la noche nos pondriamos á la

cabeza de un pequeño destacamento para conducir el niño á su familia. Despues de la retreta partimos pues, del campo, y nos reunimos con nuestros nuevos amigos: no procuraré describir el recibimiento que nos hicieron: las espresiones de gratitud y los testimonios de amistad nos fueron prodigados por todos ellos; y á mí, las sonrisas del amor me pagaron generosamente las penas que habia sufrido.

Quisimos repetir nuestras visitas cada noche; pero por desgracia los guerrilleros se apoderaron de todo el campo: pequeños destacamentos de nuestros hombres que se atrevieron á salir fuera de las líneas los capturaron en medio del dia. Mi amigo y yo, en presencia de estos hechos, nos vimos precisados, á pesar del ardor de nuestros deseos, á diferir las visitas hasta la toma de Veracruz.

## CAPITULO XXXII.

UN TIRO EN LA SOMBRA.

LA ciudad de Veracruz se rindió el 29 de Marzo de 1847, dia en que el pabellon americano flotaba sobre las torres de S. Juan de Ulloa; las tropas del enemigo salieron bajo su palabra de honor, y la mayor parte ganaron el interior del país.

Púsose en la ciudad una guarnicion americana,

y el principal cuerpo del ejército acampó en la llanura del Sur.

Muchos días permanecimos en esta posición esperando la orden de marchar á lo interior. Los primeros partes nos hicieron conocer que las fuerzas mexicanas se habian reunido en Puente Nacional á las órdenes del famoso Santa-Anna; pero nuevos informes nos instruyeron despues de que el enemigo se disponia á acercarse y á venir á establecerse en Cerro-Gordo cerca de la mitad del camino entre Veracruz y las montañas.

La rendicion de la ciudad nos habia devuelto alguna libertad, de la que Clayley y yo resolvimos aprovecharnos para hacer una visita á nuestros amigos.

Muchos destacamentos de caballería ligera habian hecho exploraciones en el campo, y nos habian referido que la principal partida de guerrilleros se habia alejado hasta las cercanías del Fuente-Nacional. Pensamos por consiguiente, que de esta parte no habia peligro alguno que temer.

En esta virtud tomamos nuestras disposiciones para estar prontos al ponerse el sol. Tres hombres determinados nos acompañaron, Lincoln, Chae y Raoul. El pequeño Jack era tambien de la partida: montaron en los primeros caballos que pudieron procurarse, yo en un caballo negro de raza árabe, que el mayor, cumpliendo su palabra, me habia regalado.

La luna iluminaba el paisaje lo bastante para permitirnos distinguir que la campiña habia sufrido muchas variaciones: la guerra acababa de pasar por ella y por donde quiera se veían señales de sus estragos: los ranchos estaban abandonados, muchos destruidos, viéndose sobre sus ennegrecidas

paredes vestigios de humo y de fuego: algunos no eran sino montones de ruinas, de donde salian aún nuves de humo.

El camino estaba sembrado de utensilios de menage deshechos ó rotos, artículos de poco valor que habia desdeñado la mano de los bandidos: un petate, un sombrero de palma, una olla rota, un bandolín sin cuerdas, restos de una guitarra, algunos vestidos de mujer manchados de polvo, hojas arrancadas de algun libro de misa ó de la vida de la Virgen Santísima: las imágenes de Guadalupe, Remedios, Dolores y el Niño de Guatepec yecian tambien en el suelo manchadas, desfiguradas, ó agujeradas por alguna bayoneta sacrilega presentando todo á la vista los profanados penates de un pueblo conquistado.

Un triste presentimiento me oprimia el corazón: se habia hablado vagamente en el ejército de algunas piraterias cometidas en el campo por partidas destacadas de nuestros soldados que habian dejado las líneas con el objeto de ir á buscar bueyes.

Hasta entonces no habia concebido el menor recelo, no pudiendo figurarme que partidas tan poco considerables se hubiesen atrevido hasta aventurarse á la distancia en que se encontraba la casa de nuestros amigos. Me constaba que ningun destacamento á las órdenes de ningun oficial se habia dirigido á aquel parage, y ademas no teniamos nada que temer de los soldados regulares; pero tal vez no tuve en cuenta la muchedumbre de miserables que se agregan á los ejércitos en campaña con el solo objeto de sacar provecho, saqueando y robando, del desorden inseparable de la guerra.

Estábamos á una legua de la casa de D. Cosme, y sin embargo, continuábanse manifestando seña-

les de desolacion y de ruina: vimos tambien al aproximarnos mas, la prueba de que esas exacciones no todas se habian ejecutado sin escitar terribles venganzas: encontramos, en efecto, por el camino el cuerpo de un soldado mutilado: tendido de espaldas, sus ojos parecian mirar la luna, su lengua habia sido arrancada de la boca, su corazon sacado del pecho y su brazo izquierdo cortado en la coyuntura del codo: diez pasos mas lejos encontramos á uno de sus camaradas en el mismo estado.

Al entrar por la floresta, mis pensamientos se hicieron mas penosos; se los comuniqué á Clayley quien por su parte estaba agitado por los mismos temores.

—Sin embargo, dijo, es imposible que ninguno de los nuestros haya descubierto esta senda; pero le confesaré que tengo mas recelos del otro lado. ¡Esos guerrilleros mas ladrones que militares, ese infame Dubrose que está con ellos!...

—Vamos, vamos, exclamé, batiendo con las espuelas los hijares de mi caballo que partió á galope.

Esta reflexion de Clayley habia aumentado mis inquietudes haciéndonos tomar otra nueva direccion.

Mis compañeros imitaron mi ejemplo: salvamos el bosque muy pronto.

Así que llegamos á un claro, Raoul que iba delante paró su caballo y nos hizo seña de imitarle: obedecimos su advertencia.

—¿Qué hay Raoul? le pregunté en voz baja.

—Una cosa acaba de entrar en la selva.

—¿Por qué parage?

—Por aquí, á la izquierda, dijo el frances indicando esta direccion, no he visto bien, y tal vez sea un animal espantado.

—Lo he visto yo, capitan, dijo Lincoln al acercarse, es un caballo.

—¿Cree vd. que tiene ginete?

—No estoy seguro: no he percibido sino la grupa, no me hallo tan cerca que pueda distinguirlo bien, pero de cierto es un caballo.

Quedéme un rato sin responder reflexionando.

—Puedo decir á vd. facilmente si está montado ó no, continuó el cazador, con solo que vd. me permita avanzar un poco sobre sus huellas.

—Se encuentra fuera de nuestro camino... tal vez, sin embargo, será lo mejor, añadí despues de un instante de reflexion. Raoul y vd. Chan, apéense y acompañen al sargento; Jake tendrá los caballos.

—Si vd. lo permite, capitan, dijo Lincoln en voz baja, quiero mas ir solo; no porque desprecie el apoyo de dos valientes soldados como Raoul y Chan; pero tengo la costumbre de seguir una huella y lo hago mejor yendo solo.

—Muy bien, sargento; pues que vd. desea ir solo, nosotros le esperaremos.

El cazador se apeó, y despues de haber dirigido una mirada escrutadora sobre su carabina, se alejó en una direccion del todo opuesta á la seguida por el objeto que habiamos visto. Estuve á punto de llamarle por la impaciencia que tenia de proseguir el viaje; pero despues de un momento de reflexion, concluí que lo mas prudente era abandonarle á sus propios instintos: dejele obrar, y cinco minutos despues habia desaparecido en el chaparral.

Quedamos montados esperando cerca de media hora. Estábamos impacientes, y empecé á temer no hubiese sucedido alguna desgracia á nuestro camarada, cuando el ruido de un tiro llegó á nuestros

oídos: este tiro parecía hecho á una gran distancia, y además, partía de un lado enteramente opuesto al que siguiera Lincoln.

—Es la carabina del sargento, dijo Chan.

—Adelante, grité yo.

Penetramos en el bosque por el punto que habíamos oído el tiro: apenas anduvimos cien pasos, cuando vimos á Lincoln que volvía hácia nosotros con su carabina al hombro.

—Y bien, le pregunté.

—Estaba montado, capitán, pero ya no lo está.

—¿Qué quiere vd. decir, sargento?

—Quiero decir que el caballo tenía un ginete sobre el lomo, pero que ahora no tiene ninguno. Se ha alejado... hablo del caballo, porque el ginete no chistó.

—¿Cómo? vd. lo ha.....

—Sí, yo lo he... capitán; tenía fuertes razones para ello.

—¿Qué razones? le pregunté.

—Porque de dos cosas una, ó el ginete era un guerrero, ó un espía de nuestros pasos.

—¿Y por qué lo ha creído vd. así?

—Capitán, porque ese mozo cuyas huellas iba siguiendo, parecía examinar con cuidado, las que dejamos en el suelo.

—Y bien, dije impaciente por saber el resultado.

—Yo fui tras él algun tiempo hasta que le vi inclinarse sobre su caballo al parecer para juzgar mejor de las huellas de nuestros pasos: entonces lo tuve por un explorador que hacia un reconocimiento; suposición que me pareció tanto mas verosímil cuanto que percibí un fusil fijo en el arzon de la silla de ese bellaco: llamélo, pero en vez de responderme, puso el caballo á galope. Mis dudas se des-

vanecieron y lo traté como á un oso gris. Esto es lo que le he encontrado.

—¿Dios del cielo! exclamé al ver el objeto que el cazador me presentaba, ¿qué ha hecho vd?

Era un puñal de plata que yo habia dado á Narciso unos dias antes.

—¿He hecho mal, capitán?

—Ese hombre, ese mexicano, ¿quién era? ¿qué apariencia tenia? le pregunté con ansiedad.

—¿Cómo era, capitán? Muy feo: una piel de color del cuero que vd. tiene para afeitarse, se parecía á un indio Digger: además vd. puede juzgar por sí mismo; no está lejos de aquí.

Apeéme y seguí á Lincoln por entre los matorrales: á cerca de veinte pasos percibí el objeto de mis indagaciones tendido sobre la orilla de un pequeño claro: el cuerpo estaba vuelto de espaldas, y los rayos de la luna le daban en la cara: me bajé para examinarlo, y una mirada bastó para disipar mis temores. Era el cuerpo de un desconocido: sus facciones bastas y groseras, su piel bronceada, sus cabellos lanosos, en suma un zambo; por su traje medio militar se conocía que fué un guerrillero. Lincoln, pues, habia tenido razon.

—Y bien, capitán, dijo despues de que hubo terminado su exámen, ¿no era este un bandido?

—¿Y no cree vd. que nos asechase?

—A nosotros ó á otros, es muy cierto.

—Hay un camino que conduce á Medellin, dijo Raoul acercándonos.

—No nos podia aguardar, porque ignoraba nuestra intencion de venir por aquí.

—¿Quién sabe, capitán? dijo Clayley en voz baja. Ese bellaco podia muy bien sospechar nuestro viaje: ha podido saber que hemos venido ya aquí

que hemos libertado á Narciso y tal vez tuviese órden de vigilarnos dia y noche.

—Oh cielo! dije, devuelto por esta reflexion de Clayley á mis tristes presentimientos, no nos detengamos mas. Vamos, Clayley, ¡adelante! y vd. Raoul, continúe guiándonos con silencio y precaucion.

A estas palabras el frances tomó la senda que conducia al rancho, y le seguimos unos en pos de otros. Lincoln que era el último, se habia encargado de las funciones de retaguardia.

### CAPITULO XXXIII.

CAPTURADOS POR LOS GUERRILLEROS.

**S**ALIMOS de la floresta y entramos en los campos: todo estaba en silencio. La casa que veíamos ya se hallaba aun en pié.

—El guerrillero esperaba sin duda á alguno que venia por el camino de Medellin. ¡Adelante, Raoul!

—¿Capitan? dijo este en voz baja y parándose al extremo de la guarda-rama.

—¿Qué hay?

—Uno acaba de pasar del otro lado.

—¿Algun criado sin duda? Avance vd. siempre, poco importa; pero voy á tomar la delantera.

Redoblé el paso y seguí la guarda-rama, llegan-

do al cabo de algunos minutos al otro extremo de la charca.

Allí nos paramos y echamos pié á tierra: dejando nuestra gente en este sitio. Clayley y yo nos adelantamos hácia la casa: nadie se presentaba aunque todo parecia en el órden habitual.

—Al parecer están acostados, observó Clayley.

—No, es muy temprano; tal vez esten abajo cenando.

—¡Dios! qué mal nos vendria, porque estoy hambriento como un lobo.

Nos aproximábamos cada vez mas á la casa y el silencio continuaba.

—¿Dónde están los perros?

Entramos.

—Es extraño, nadie chista. ¡Ah! ¡no hay muebles! Pasamos á la galeria del fondo y nos acercamos á la escalera.

—Bajemos: ¿ve vd. alguna luz?

Paréme, miré, escuché, pero no oí nada que revelase la vida: iba á participar á mi amigo mi asombro y mi terror, cuando me llamó la atencion un movimiento que se manifestaba bajo las ramas del bosque de olivos.

Al mismo tiempo doce figuras humanas se echaron sobre nosotros, y antes que hubiésemos podido desenvainar las espadas y coger las pistolas, ya estábamos tendidos de espaldas atados de piés y manos.

Durante esta escena se batian del lado de la charca cerca de la cual dejamos nuestra escolta: dispararon dos ó tres tiros, y luego vimos aparecer una partida de hombres conduciendo por fuerza á Chan, Lincoln y Raoul á los que acababan de hacer prisioneros.

Nos llevaron á todos delante de la fachada del rancho: nuestros caballos capturados al mismo tiempo que nosotros, fueron atados á estacas no lejos de allí.

Estábamos vueltos de espaldas: quedóse para custodiarlos una docena de guerrilleros, mientras que los demas se retiraron bajo los olivos, donde los oímos reír, cantar y gritar: no podíamos ver ninguno de sus movimientos, porque los lazos estaban tan apretados que nos era imposible movernos.

Segun el orden en que estábamos colocados, Lincoln se encontraba un poco delante de mí. Observé que le habían hecho el honor de atarlo con dos lazos, sin duda por efecto de la vigorosa resistencia que habia hecho á sus agresores, habiendo dado muerte á un guerrillero: así lo habían fajado y ligado como á una verdadera momia. No tenia libre otra cosa que la boca, y se servia de ella para echar fieros rechinando los dientes y arrojando espuma de rabia. Raoul y el irlandés parecían sobrellevar su suerte con mas filosofia ó indiferencia.

—Quisiera saber si nos han de colgar esta noche, ó si dejarán esta ceremonia para mañana temprano. ¿Qué piensa vd., Chan?

Así hablaba el francés riendo.

—Esté vd. tranquilo; perderán el menos tiempo posible: no hay que esperar perdon de semejantes bellacos: un poco mas tarde ó mas temprano nuestro asunto estará concluido.

—Me admiro, Murt, dijo Raoul bromeando con serenidad, de ver que San Patricio no se molesta por venir á nuestro socorro. ¿No lo tiene vd. siempre al rededor del cuello?

—¡Por la Virgen! Raoul, esto no es cuento de risa. Tengo la mayor confianza en la proteccion de

San Patricio, cuya imágen no me abandona: allí está debajo de mis vestidos con la de la Virgen. ¿Si al menos pudiese tenerlos en mis manos y dirigirles mis oraciones!

—¡Bueno! contestó el otro, ¿y quién se lo impide?

—Del dicho al hecho va gran trecho; no puedo mover ni aun la punta del dedo márgaro.

—Tranquilícese vd., voy á poner eso en orden, repuso Raoul.

—¡Hola, señor! gritó á uno de los guerrilleros.

—¿Quién? dijo el mexicano acercándose.

—Vd. mismo, replicó Raoul.

—¿Qué cosa?

—Este caballero, dijo Raoul hablando el español y señalando á Chan, tiene sus faltriqueras llenas de oro.

La menor alusion sobre tal asunto era mas que suficiente. Los guerrilleros que por cosa extraordinaria, habian desatendido esta circunstancia esencial de sus funciones, se pusieron inmediatamente á registrar nuestros bolsillos, descociéndolos para mayor facilidad con sus grandes cuchillos. El dinero que habia en ellos montaba cuando mas á veinte pesos: Chan no tenia consigo un tlaco; así el hombre á quien Raoul engañó le pagó el consejo con dos ó tres puntapiés en las costillas.

La única cosa que se encontró sobre el irlandés fué un cordón de cuero pasado al rededor del cuello, á cuyo extremo pendia una imágen de San Patricio, al lado de un pequeño crucifijo y de una figura de plomo de la Virgen María.

Esta circunstancia pareció disponer á los guerrilleros en favor de Chan, y uno de ellos inclinándose hácia él, aflojó un poco sus lazos, sin desatarlos enteramente.

—Doy á vd. las gracias, dijo Chan: es vd. amable; lo que M. O'Connell llama una mejora: ahora si que estoy á mi gusto.

—*¡Mucho bueno!* dijo el mexicano inclinando la cabeza y riendo.

—Seguramente, *¡mucho bueno!* pero no tendria objecion que hacer si su señoría se dignase hacerme *mucho mecor*. . . . *¡No podría vd. aflojarme un poco al rededor de las muñecas?* esto me corta como una navaja de barba.

No pude menos de reirme de las reflexiones de Chan. Clayley y Raoul se unieron á mi y pronto formamos un coro, de cuya alegría se admiraren al parecer nuestros vencedores. Solo Lincoln permanecia taciturno y silencioso, y no habia dicho una palabra.

El pequeño Jack quedó colocado sobre la tierra á alguna distancia del cazador. Estaba atado con sumo desaciódo, creyendo los guerrilleros que no debían inquietarse mucho por tan mínimo personaje. Veíalo agitarse y emplear toda su astucia indiana para lograr desatarse de los lazos; pero me pareció que no lo habia conseguido.

Mientras que los guerrilleros estaban entretenidos con Chan y sus imágenes, ví á nuestro joven compañero irse rodando sobre sí hasta llegar cerca del cazador.

Uno de los bandidos, observando esta maniobra tomó á Jack por el cinto del pantalon, lo balanceó algun tiempo y concluyó por lanzarle á algunos pasos de allí.

—*¡Mirad, camaradas, que briboncito!*

En medio de las zumbas de los guerrilleros fue á caer Jack sobre un lecho de arbustos y de flores en el cual desapareció á nuestra vista. Como tenia

todos los miembros atados, creimos que hubiese caído como una masa y que no pudiese moverse del sitio donde lo habian arrojado.

Pronto Chan me llamó á otra parte la atencion exclamando:

—Cabeza, sangre, y asesinato es ese diablo criollo de Dubrosc.

Miré, y ví al criollo delante de mí.

—*¡Ah! señor capitán,* dijo burlandose *¿como está vd? ¿Ha venido á cazar palomas?* pero los pájaros han sido despejados del nido.

*¿Porqué estaba ligado en este instante?* quedé impasible y frio como el mármol: y sin embargo mil pensamientos dolorosos me asaltaron á la vez: mis dudas, mis temores á su respecto se hicieron mas punzantes que nunca, y absorbían mi mente hasta el punto de hacerme olvidar mi propio peligro. Pudieron haberme matado en este instante, y á buen seguro que no hubiera tenido ni un ademán para defenderme, ni un suspiro para quejarme.

Habia en el carácter de este hombre algo diabólico, un cinismo repugnante junto á una cortesana brutal que me hizo temer mucho de su parte con respecto á la que amaba.

—*¡Dios mío!* dije en voz baja *¿estará ella en poder de este facineroso?*

—*¡Oh! exclamó Dubrosc dando uno ó dos pasos hácia adelante, y cogiendo mi caballo por la brida, ¡soberbio animal! Es árabe, á fe mia. Mire vd. Yañez,* continuó dirigiéndose á un guerrillero que le acompañaba; le pidió este caballo si es posible.

—*Tómelo vd.,* contestó este; que era evidentemente el jefe de la partida.

—*Gracias.* Y á vd. señor capitán, añadió irónicamente volviéndose á mí, debo darle las gracias

por semejante caballo. El reemplaza mi valiente alazan, de cuya pérdida le soy deudor ¡gran bruto!

Estas últimas palabras se dirigian á Lincoln, y Dubrosc, á quien el recuerdo del lance de la Virgen habia encendido en cólera, se acercó al cazador y le dió un gran puntapié en el vientre.

Pero apenas tocó á Lincoln este pié provocador cuando aquel saltó como bajo la accion de un poder galvánico rompiendo las correas en mas de cincuenta pedazos. De un ímpetu semejante al salto del tigre, cogió la carabina con sus dos manos: pero como estaba vacía, se sirvió de ella solamente como una maza, y le descargó tan violento golpe sobre la frente del criollo, que cayó de sopetón en tierra. En un instante diez espadas amenazaron á la vez al pecho del cazador; pero él manejando su carabina segun queda dicho, dió vueltas á su arma con tan diestro giro, que sus enemigos, obligados á retroceder, le abrieron un paso por el cual se lanzó en medio del bosque dando un grito terrible. Los guerrilleros le siguieron con ahullidos de rabia, y poco después oímos la detonacion de una arma de fuego: continuaba la persecucion.

En cuanto á Dubrosc le trasportaron al rancho sin que diese ninguna señal de vida.

Nos preguntábamos como nuestro camarada pudo romper sus lazos, cuando uno de los guerrilleros reunió los pedazos de la correa, la examinó y exclamó:

— ¡Caramba! ha cortado el briboncito!

El hombre que acababa de pronunciar estas palabras entró en el bosque en busca del pequeño Jack: hubo entre nosotros un momento de terror, porque temimos ver el pobre niño sacrificado al furor de estos bandidos.

El guerrillero que andaba en su busca iba de un lado á otro, y parecia entregado á la mas viva emocion; luego, con grande alegría nuestra, le oímos exclamar haciendo un gesto de estupor.

— ¡Por todos los santos! ¡se fué!

— ¡Urra! exclamó Chan; ¡santos del paraiso! es un famoso bellaco el niño ese.

Muchos guerrilleros registraban el bosque, pero sus pesquisas no fueron mas felices que las de su compañero.

Vueltos mas desconfiados por la fuga de los dos guerrilleros nos separaron unos de otros; toda conversacion llegó á ser imposible: nos custodiaron con mayor severidad, poniendonos dos centinelas á cada uno. Pasamos una hora de esta manera: durante este tiempo volvieron de su persecucion, felizmente sin haber capturado á Lincoln ni á Jack.

Mediante algunas palabras que nos llegaron al oído, comprendimos que nuestra suerte no se fijaria sino mas tarde. Esta circunstancia nos hizo congeturar que Dubrosc no era el gefe de esta tropa, pues á haberlo sido no hubieramos salido nunca del bosque de olivos, antes allí nos hubieran ahorcado uno despues de otro, y ahora se trataba de transportarnos á otra parte donde probablemente nos ahorcarian.

Bien pronto en efecto se dispusieron á partir, nos trajeron los caballos poniendo mulas ensilladas frente del rancho. Nos subieron y ataron fuertemente sobre las sillas: cada uno fué cubierto de un zarape y le vendaron los ojos con un tapaojo. Terminada la montería el clarín dió la señal de partida; siguióse un gran ruido, los caballos se encabitaron los hombres gritaron, luego, habiendose restablecido un poco el orden, percibimos por el movimien-

to de nuestras caballerías que estábamos en camino y que viajábamos á largos pasos por entre los bosques.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS CAPITULO XXXIV.

VIAGE A CIEGAS.

**M**ARCHAMOS toda la noche, las vendas que nos cubrían los ojos, si no nos permitían ver nada, tenían al menos la ventaja de preservarnos la cara de las punzadas de las zarzas por entre las cuales pasábamos, impedidos como estábamos de hacer el menor movimiento de manos, y en la imposibilidad por consecuencia de apartar las ramas que nos herían; sin las vendas infaliblemente hubiéramos quedado ciegos. Las cuerdas que nos ligaban nos hacían sufrir de un modo horrible. El paso se efectuaba por entre bosques, sin que pudiesemos dudar de ello por el ruido de las hojas que nuestros caballos rozaban al pasar.

Al acercarse la mañana subimos una colina escarpada y que nos pareció de un acceso difícil según la posición y los esfuerzos de nuestras caballerías. Habíamos dejado la llanura y entramos en la región que toca al pié de las montañas. Yo no distinguía al rededor de mí ningún movimiento; na-

die pasaba por delante ni por detrás, de donde inferí que estábamos en un sendero estrecho y que caminábamos unos en pos de otros.

Raoul era mi inmediato predecesor, y á veces nos encontramos tan cerca que podíamos hablar.

—¿Qué piensa vd. que quieran hacer de nosotros? le dije hablando en francés.

—Creo que nos conducen á la casa de Cenobio, al menos lo deseo.

—¿Cómo? ¿lo desea vd?

—Sin duda, porque de esa manera tendríamos tal vez alguna esperanza de salvacion. Cenobio es un guapo mozo.

—¿Le conoce vd., pues?

—Si, capitan, yo he tenido algunas relaciones con él en el comercio del contrabando.

—¿Pues qué, Cenobio es un contrabandista?

—¡Ah! contrabandista! ese no es el verdadero nombre, debemos decir negociante en un país donde el mismo gobierno entra en parte de este género de comercio. Esta especie de especulaciones son aquí una consecuencia casi inevitable de la mala administración. Así Cenobio no es propiamente hablando, un contrabandista, sino mas bien, lo repito un negociante que hace el contrabando en una vasta escala.

—¡Ah! ¡ah! Raoul: sabe vd. tambien algo de economía política.

—¡Ah! ¡ah! capitan, es preciso saber defender en caso necesario su profesion, replicó mi camarada riendo.

—Y cree vd. que nosotros estamos en manos de gente de Cenobio.

—Nada mas cierto, capitan. ¿Qué diantres! si fuera la partida de Jarauta ya hace largo tiempo,

to de nuestras caballerías que estábamos en camino y que viajábamos á largos pasos por entre los bosques.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS CAPITULO XXXIV.

VIAGE A CIEGAS.

**M**ARCHAMOS toda la noche, las vendas que nos cubrían los ojos, si no nos permitían ver nada, tenían al menos la ventaja de preservarnos la cara de las punzadas de las zarzas por entre las cuales pasábamos, impedidos como estábamos de hacer el menor movimiento de manos, y en la imposibilidad por consecuencia de apartar las ramas que nos herían; sin las vendas infaliblemente hubiéramos quedado ciegos. Las cuerdas que nos ligaban nos hacían sufrir de un modo horrible. El paso se efectuaba por entre bosques, sin que pudiesemos dudar de ello por el ruido de las hojas que nuestros caballos rozaban al pasar.

Al acercarse la mañana subimos una colina escarpada y que nos pareció de un acceso difícil según la posición y los esfuerzos de nuestras caballerías. Habíamos dejado la llanura y entramos en la región que toca al pié de las montañas. Yo no distinguía al rededor de mí ningún movimiento; na-

die pasaba por delante ni por detrás, de donde inferí que estábamos en un sendero estrecho y que caminábamos unos en pos de otros.

Raoul era mi inmediato predecesor, y á veces nos encontramos tan cerca que podíamos hablar.

—¿Qué piensa vd. que quieran hacer de nosotros? le dije hablando en francés.

—Creo que nos conducen á la casa de Cenobio, al menos lo deseo.

—¿Cómo? ¿lo desea vd?

—Sin duda, porque de esa manera tendríamos tal vez alguna esperanza de salvacion. Cenobio es un guapo mozo.

—¿Le conoce vd., pues?

—Si, capitan, yo he tenido algunas relaciones con él en el comercio del contrabando.

—¿Pues qué, Cenobio es un contrabandista?

—¡Ah! contrabandista! ese no es el verdadero nombre, debemos decir negociante en un país donde el mismo gobierno entra en parte de este género de comercio. Esta especie de especulaciones son aquí una consecuencia casi inevitable de la mala administración. Así Cenobio no es propiamente hablando, un contrabandista, sino mas bien, lo repito un negociante que hace el contrabando en una vasta escala.

—¡Ah! ¡ah! Raoul: sabe vd. tambien algo de economía política.

—¡Ah! ¡ah! capitan, es preciso saber defender en caso necesario su profesion, replicó mi camarada riendo.

—Y cree vd. que nosotros estamos en manos de gente de Cenobio.

—Nada mas cierto, capitan. ¿Qué diantres! si fuera la partida de Jarauta ya hace largo tiempo,

que estaríamos en el cielo. Hablo de nuestras almas, se supone, porque nuestros cuerpos servirían de adorno, á los árboles de la plantacion de D. Cosme. ¡Dios nos libré de Jarauta! Este sacerdote bribón no concede nunca sino muy poco tiempo para confesarse á los que les caen en las manos; pero si alguna vez llega á caer en las mias, lo verá vd. colgado aún en menos tiempo.

—¿Quién le ha hecho á vd. creer que es la partida de Cenobio?

—Conozco á aquel Yañez que vimos en el rancho, es uno de los oficiales de Cenobio, es el jefe de esta partida, que no es sino un destacamento. Lo que me admira es que Dubrosc estando con él no haya concluido con nosotros: es preciso que tengamos en nuestro favor alguna influencia de que no puedo darme razon.

Esta observacion me sorprendió, y estaba reflexionando sobre el particular cuando la voz del francés se oyó de nuevo.

—No me engaño, decía él. No, esta colina... cierto es... el rio de S. Juan debe correr por debajo.

Poco despues, atravesamos una corriente de agua y Raoul añadió:

—Si; es sin duda el S. Juan: yo reconozco su lecho pedregoso, y la profundidad que el agua debe tener en esta estacion.

Las mulas se habian entrado en una corriente rápida, cuyo húmedo polvo saltaba hasta nuestras caras, y tocando el agua los coginetes de nuestras sillas, la sentiamos fria como el yelo, y sin embargo viajábamos bajo el trópico; contradiccion aparente que se esplica por la circunstancia de que el rio que pasábamos está abastecido por las nieves del Orizava.

Así que salimos del agua, Raoul prosiguió.

—Ahora sí, estoy seguro del camino; reconozco muy bien esta ribera: las mulas resbalan. Vea vd., capitan.

—¿Qué! pregunté con cierta ansiedad.

—Yo creo, respondió Raoul riendo, que pierdo la razon, y le invito á vd. á mirar como si vd. me pudiera ser de alguna utilidad en caso de accidente.

—¿Qué accidente? le pregunté presintiendo algun peligro.

—¡Podemos caer! eso es lo que quiero decir. Hay aquí un precipicio que se mira con razon como muy peligroso. Si las mulas tropezasen, el primer objeto al que podriamos agarrarnos seria la cima de los árboles que crecen á quinientos piés por debajo de nosotros.

—¡Gran Dios! dije.

—¡Ah! no tema vd. nada, capitan; el peligro es menos grande de lo que parece; las mulas tienen el paso seguro, y probablemente no caerán; en cuanto a la carga, añadió riendo, está muy bien sujeta para que corra riesgo.

Yo no estaba de humor para reir ni para participar de la alegría de mi compañero. La idea de ver á mi mula resbalarse y rodar al precipicio mientras que formábamos ambos un verdadero centauro, no tenia nada de halagüeño. Habia oido referir accidentes de esta naturaleza, y estas relaciones que me venian á la memoria, no contribuian á tranquilizarme. Así no pude menos de decir entre dientes.

—¿Este mozo! para que me advertiria del peligro que corremos!

Reflexionando así, me aseguré lo mejor que pude sobre mi silla y apreté las piernas de modo que me fuese fácil advertir todos los movimientos del

animal y hasta el menor accidente que viniese á contrariar nuestro doble equilibrio. Oía el torrente mugir á gran distancia y la direccion del ruido indicaba que estábamos por encima de él: por otra parte el sendero que atravesábamos se hacia cada vez mas estrecho. Todo esto me disgustaba.

Subimos largo tiempo, muy largo tiempo; las mulas cansadas se estrechaban cada vez mas contra el metro de rocas que cercaba la senda del lado opuesto al torrente. Debia ser de dia porque percibiamos luz por entre las vendas. Bien pronto nos hirió una claridad mas intensa, y a l mismo tiempo empezamos á sentir los efectos de un fuerte calor. La posicion del cuerpo de nuestras mulas nos indicaba que avanzábamos sobre una meseta horizontal. ¡Gracias al cielo! hemos dejado el peligroso sendero y viajamos por lo llano calentados por los rayos del sol naciente.

No pude menos de alegrarme por haber escapado del peligro, y sin embargo, ¡singularidad inexplicable! no ignoraba que cada paso que dábamos nos acercaba sin duda á una muerte tan ignominiosa como cruel:

## CAPITULO XXXV.

### NUEVO MODO DE BEBER.

PARARONSE los guerrilleros y se apearon, pero á nosotros nos dejaron sobre las sillas: ataron nuestras mulas con sus lazos y se pusieron á pacer. Forzados á seguirlas en medio del yerbazal á donde las conducia el hambre, tuvimos mucho que sufrir de las picaduras de espinas de toda especie. Nuestros uninformes se hicieron pedazos y nuestras rodillas fueron maltratadas por los cactus, cuyas ponzosas espinas se nos introdujeron en la piel. ¿Pero qué era esto respecto del dolor y lasitud que sentiamos de vernos obligados á permanecer sobre las sillas, ó mas bien sobre palos de sillas, que ni estaban farradas, ni cubiertas? Nuestras piernas y se hallaban tan doloridos que cada movimiento de las caballerías era para nosotros un nuevo suplicio.

Las hogueras centelleaban al rededor de nosotros, los guerrilleros se ocupaban en cocer su desayuno, en preparar el chocolate. Aunque estábamos medio muertos de hambre y de sed, no se nos ofreció de comer ni de beber. Pasaron cerca de una hora en este alto.

—A nuestra partida se ha reunido otra, dijo Raoul: hay mulas de carga.

—¿Cómo lo sabe vd? le pregunté.

—Por los gritos de los arrieros. Escuche vd.; hacen sus preparativos de partida.

Raoul tenía razón; oíamos muchas voces, prorumpiendo en aclamaciones tales como estas: ¡mula! ¡anda! ¡vaya! ¡levántate!... ¡Carai!... ¡mula! ¡mulita! ¡anda! ¡sí, sí!

En medio de toda esta algazara creí distinguir la voz de una mujer.

Era....

Deseché este pensamiento por demasiado aflictivo.

Sonó una trompeta y bien pronto nos pusimos de nuevo en camino.

Este pasaba por una costa árida, donde no había ningún árbol y el calor era escesivo. Los sarapes que nos echaron encima al partir, al paso que nos habían sido de un uso útil durante la noche, se nos hicieron insoportables por efecto de la elevación de la temperatura. Nos hubiéramos dispensado de ellos con gusto, pero no se nos consultaba sobre este punto. Mas adelante fué cuando supe el motivo que tuvieron para darnos estas coberturas tan útiles contra el frío de la noche: no habiendo entrado en ello para nada el interés de nuestra persona, como lo diré en tiempo y lugar.

Empezamos á sentir una sed horrible. Raoul suplicó á un guerrillero que le diese agua.

—Caramba, respondió el mexicano, es inútil; morir por sed ó por otra cosa ¿qué le importa á vd? No escapará.

Esta grosera bufonada escitó la risa de los guerrilleros.

Hacia medio día bajamos á una costa por donde se oía el murmullo del agua.

—¿Dónde estamos, Raoul? le pregunté.

—Llegamos á una corriente que es un brazo de la Antigua.

—¿Vamos á pasar sin duda algún nuevo precipicio? le pregunté no sin terror, al oír el ruido del torrente que empezaba á ser mas fuerte, y al sentir el aire húmedo y fresco que venía de abajo.

—Sí, capitán: pero hay un buen camino seguro y bien empedrado.

—¿Empedrado? dice vd.; yo creía que toda esta comarca estaba desierta. ¿No lo está?

—Sí; pero este camino ha sido empedrado por los sacerdotes.

—¿Por los sacerdotes! dije con cierta admiración.

—Sí, capitán, hay un convento en este valle, ó mas bien había uno pero no es en el día sino ruinas.

La cuesta era tan rápida que parecía que nuestras mulas andaban sobre la cabeza: el ruido del torrente se tornaba cada vez mas fuerte, y bien pronto se oyó un bramido terrible.

Oí á Raoul dirigirme algunas palabras como para hacerme una advertencia que pudiese comprenderle, su voz se había alejado cual si se hubiese precipitado en un abismo.

Esperaba por momentos seguirle en el espacio, cuando mi mula dió un relincho violento y luego la sentí lanzarse debajo de mí y descender al vacío.

Creíme lanzado en la eternidad; pero no; la mula se puso de nuevo en pié, y galopó por un camino llano. Estoy en salvo.

Pero de nuevo se abalanza mi mula; las correas

que me atan se tienden con tanta fuerza que me entran como cuchillos en las carnes; vuelve á caer, se zambulle y me encuentro con ella en medio del rio, subiéndome el agua hasta la mitad de las piernas.

Apenas entró en el torrente, se paró el animal, y cuando pude tomar aliento, llamé al francés con toda la fuerza de mis pulmones.

—Héme aquí, capitán, respondió una voz cerca de mí, con un acento tan singular, que parecia salida del gollete de una botella.

—¿Está vd. herido, Raoul? le pregunté.

—¿Herido? No, capitán.

—¿Qué quiere vd. decirme?

—¡Ah! queria advertir á vd.; pero me ha ocurrido muy tarde: habia comprendido por el paso de nuestras mulas que nos acercábamos al agua, porque las pobres bestias no han sido mejor tratadas que nosotros. Escuche vd. cómo beben.

—¡Buen Dios! yo me ahogo, exclamé al oír el ruido del agua que filtraba por entre los dientes de mi mula.

—Haga vd. como yo, capitán, dijo Raoul con una voz que parecia salir del fondo de un pozo.

—¿Cómo? le pregunté.

—Inclínese vd., y deje entrar el agua en su boca.

—El sonido extraordinario de la voz de Raoul acababa de explicarme lo que me decia.

Ellos no nos darán una gota, continuó, es el único medio que tenemos.

—No puedo verificarlo, le contesté, despues de haber hecho vanos esfuerzos para bajar mi boca hasta el nivel del agua.

—¿Por qué? preguntó mi camarada.

—Yo no puedo llegar al agua.

—¿A qué profundidad está vd?

—La tengo hasta el borde de mi silla.

—Venga vd. hacia mí, capitán; el rio es por aquí mas profundo.

—¿Y cómo me haré? mi mula es libre, y en mi posicion no me es posible gobernarla.

—¡Diablos! dijo el francés; yo habia olvidado esa circunstancia.

Felizmente, sea por complacerme, sea mas bien por refrescar sus poderosos miembros, mi mula se sumergió, ganando un parage mas hondo.

A fuerza de doblar el cuerpo, llegué á entrar mi cabeza en el agua: en esta penosa posicion todo lo que pude hacer fué tragar algunos buches del benéfico licor, y aun tomé mas por la nariz y las orejas que por la boca.

Clayley y Chan siguieron nuestro ejemplo y no sin echar votos envió el irlandés con todos los diablos á los bandidos que forzaban á los cristianos á beber como los caballos.

Nuestros guardas hicieron salir bien pronto del agua á las mulas. A tiempo que subiamos sobre la ribera uno me tocó ligeramente el brazo y dijo en voz baja al oído.

—¡Valor, capitán!

Temblé, era una voz de mujer. Iba á responder, cuando una mano pequeña y blanda pasó por debajo del tapajo y me puso una cesa entre los labios. Casi inmediatamente la mano se retiró y oí la voz que me habia hablado escitar á un caballo.

El ruido de uno que pasó á galope cerca de mí me hizo comprender que mi misterioso protector habia partido, y me quedé sin decir nada.

—¿Quién podia interesarse por mí? Jack. No;

Jack tiene la voz tierna, la mano pequeña; pero, ¿qué probabilidad había de que estuviese aquí y con las manos libres? No, no por cierto, no.... Era sin duda alguna la voz de una mujer, y también la mano. ¿Quién sino *ella* podía hacer tal demostración? era la única persona de su sexo que yo conociese en el país, y no podía ser sino *ella*.

Por mas que analizase unas despues de otras todas las probabilidades, llegaba siempre al mismo resultado. Esta convicción tenía un aspecto bueno y otro malo, porque si era grato pensar que estaba cerca de mí, velando como un ángel por mi conservación, por otra parte era bien triste saber que estaba en manos del infame Dubrosc.

—Sin embargo, pensaba yo, el golpe de Lincoln nos ha librado tal vez para siempre del odioso criollo, porque no había vuelto á oír hablar de él.

Y al recordar á aquel hombre, un deseo homicida invadía mi corazón.

—¿Qué puedo tener entre los labios? ¡Un papel doblado! ¿Para que haberlo puesto allí, y no introducirlo en mi seno, ó en una de mis faltriqueras?... ¡Ah! había en este acto mas prevision que la yo me figuraba. ¿Cómo, en efecto, ligado de la manera que estoy, hubiera podido apoderarme de este papel? Tal vez por otra parte contenga cosas de tal naturaleza que ponga en peligro á la persona que lo ha escrito. Tiene una grande astucia.... tan joven, tan inocente, y tan.... Pero el amor!....

Apreté el papel contra el tapajo cubriéndole con mis labios para ocultarlo en caso que nos quitaran la venda.

—¿Estamos parados de nuevo?

—Sí, capitán, hemos llegado á las ruinas del antiguo convento de Santa Bernardina.

—¿Porqué este alto?

—Probablemente para dormir la siesta y almorzar; porque lo que hicieron allá abajo fué el desayuno. Los mexicanos de la *tierra caliente* no trabajan nunca durante el calor. Sin duda piensan detenerse aquí hasta que llegue el fresco de la noche.

—Supongo que nos harán tambien el favor de permitir que nos apeemos, dijo Clayley. Solo Dios sabe la necesidad que tenemos de reposo: yo daría tres meses de mi sueldo por nada mas que por tener el derecho de tenderme libremente una hora sobre el lecho campestre de una sala de policía.

—Probablemente nos apearán, no por interés para nosotros, sino por consideracion á las mulas: las pobres bestias se inutilizarían sin algun descanso.

Esta última congetura de Raoul se verificó bien pronto: nos quitaron de encima de las sillas y nos transportaron sin aflojar las ligaduras, á una gran sala sombría, donde fuimos puestos sobre el suelo como paquetes de mercancías: despues de lo cual los que nos habían conducido allí se retiraron cerrando con dos vueltas de llave una puerta pesada detras de la cual se oía el paso regular de un centinela. Despues de nuestro cautiverio era esta la primera vez que nos encontrábamos solos, particularidad de que se aseguraron mis compañeros arrastrándose por todos los rincones de la prision; libertad sin duda muy limitada; pero al fin podíamos hablar juntos; lo que en nuestra posicion era algo.

CAPITULO XXXVI.

MODO SINGULAR DE LEER UNA CARTA.

ALGUNO de vdes. ha oído hablar de Dubrosc durante el camino? pregunté á mis camaradas.

—No; no se sabe nada desde la fuga de Lincoln.

—Por mi parte, capitán, añadió el irlandés, creo que Mr. Dubrosc no nos volverá á hacer contra, y su cuenta me parece definitivamente arreglada.

—No es fácil matar á un hombre de un culatazo de carabina, observó Clayley á menos sin embargo que le haya penetrado hasta el cráneo: pero aun estamos vivos, y esto me induce á creer que Dubrosc ha muerto. ¡Ah! ¿cómo se habrá conducido este bellaco para obtener tan pronto la influencia que parecia ejercer sobre esa partida de bergantes?

—Creo, subteniente, contestó Raoul, que esta no sea la primera vez que Mr. Dubrosc viene á este país.

—¡Ah! sabe vd. algo á este respecto, le dije con un sentimiento de inquietud.

—Yo me acuerdo, capitán, que en otro tiempo corrió por Veracruz la historia de un criollo que se habia desposado, ó mas bien que robó á una doncella de las mejores familias de este país, y estoy

muy cierto de que su nombre era Dubrosc; pero como ese suceso pasó á mi llegada aquí, no conozco todas sus circunstancias. Me acuerdo tambien que ese jóven tenia reputacion de pillo y disoluto, y que su aventura hizo mucho ruido en el país.

Cada nuevo pormenor que sabia de este negocio redoblaba mis pesares: recordé los celos que Dubrosc habia escitado en mi corazón, y por otra parte temia la desgracia de sospechar que tuviese relaciones con el objeto de mi amor. No quise llevar mas lejos mis preguntas, porque aun cuando hubiera sido capaz de precisar mas los sucesos, temia saber demasiado.

El ruido de la puerta rechinando sobre sus goznes herrumbrosos interrumpió nuestra conversacion: muchos hombres entraron en nuestra prision y nos quitaron las vendas. ¡Qué contento recibimos al ver la luz! Cerróse la puerta tras los visitantes; y el aposento quedó alumbrado por una pálida luz que penetraba por entre las rejas de una ventana pequeña; de la que no obstante quedamos deslumbrados como si nos hirieran los rayos del sol á medio dia.

Dos hombres de los que entraron en nuestra prision trajeron platos llenos de frijoles que fueron colocando uno al lado de cada preso con su correspondiente tortilla:

—Es mucho favor de parte de vdes. señores, dijo Chan, ¿pero qué haremos para comer?

—¡Mal año! añadió Clayley: ¿creen ellos que podemos comer sin manos, sin cuchara y sin cuchillo?

—¡No nos permite vd. servirnos de los dedos? preguntó Raoul dirigiéndose á uno de los guerrilleros.

—No, respondió precipitadamente este hombre.

—Explíquenos vd. cómo hemos de comer.

—Con su boca, como perros; es bastante para vdes.

—Gracias, señor, es vd. muy cortés.

—Si esto no le conviene á vd., no lo haga, añadió el mexicano yéndose con sus compañeros y cerrando la puerta.

—Gracias, señores, gritó de nuevo el francés con un tono de cólera: mucho gusto les daríamos en ello. ¡Por mi honor! y aun tenemos que agradecerles esto! Es mas de lo que esperaba de Yañez. ¿De qué nos vale?... Hay algo allá abajo.

Después de estas palabras, Raoul se dió vuelta sobre el vientre y metió la boca en el plato.

—¡Oh partida de bandidos! exclamó Chan siguiendo el ejemplo de su compañero; ¡forzar á cristianos á que coman como perros! ¡Malvados!

—¡Ea! capitán, hagamos como ellos, dijo Clayley.

—Hágalo vd. sin esperar por mí, le contesté.

Era la ocasión de examinar mi papel: fuime arastrando hasta bajo la reja y después de muchos esfuerzos llegué á levantarme. La ventana, si puede llamarse así, era ancha como un tragaluz de palomar y de la forma poco mas ó menos de una cureña de cañon: el extremo inferior de ella se encontraba á la altura de la barba, y sobre esta mesa de nueva especie después de grandes esfuerzos y sirviéndome de los labios á modo de los perros llegué á desplegar el papel.

—¿Y qué hace vd., capitán? preguntó Clayley que habia observado todas mis maniobras con suma atención.

Raoul y el irlandés, al oír esta pregunta, sacaron la cabeza de sus platos.

—¡Silencio!... les dije: continuen vdes. comiendo, se lo suplico, ni una palabra.....

Diciendo así, me puse á leer el billete siguiente: "Esta noche se cortarán las ligaduras; procuren vdes. escaparse del modo que puedan. No vuelvan por el camino que han venido, porque seguramente serian perseguidos en esta direccion, ademas del riesgo de caer en manos de alguna partida de guerrilleros. Tomen al contrario el camino nacional, y diríjense vdes. por San Juan ó Manga de Clavo. Las guardias de vdes. se encuentran cerca de estos dos puntos: el francés podrá servirles de guía. ¡Valor, capitán, adios!

P. D.—Los esperaban. Yo envié á uno para advertírselo á vd.: pero ó nos ha vendido ó ha equivocado el camino. ¡Adios, adios!"

—¡Gran Dios! exclamé involuntariamente; el hombre que Lincoln.....

Metí el papel en mi boca y lo tragué para evitar que cayese en manos de los guerrilleros.

Tomada esta precaucion, me puse á reflexionar sobre el contenido del billete: el estilo en que estaba escrito, el conocimiento de los hombres y de las cosas de que el autor daba pruebas en él, todo esto me pareció que no podia ser obra de una muger, sobre todo, de una muger tan jóven y que habia vivido hasta entonces fuera del mundo.

—¿Está prisionera como yo? me pregunté: ¿está disfrazada? ¿Espone su vida por salvar la mia? Es ella... paciencia! la noche revelará este misterio.

CAPITULO XXXVII.

LA COBRA—CAPELO.

**P**OR un rato quedé enteramente absorto en las reflexiones que me habia sugerido la carta sin pensar siquiera en mirar afuera. Al fin me decidí á levantarme sobre la punta de los piés y tendí mi cuello por la reja para ver.

Delante de la ventanita estaba un bosquecillo alumbrado por el sol: habia en él palmeras salvajes que vides rojas cubrian con sus tallos parásitos: las flores de esta liana, alzándose en festones á las ramas de los árboles, formaban frente de la reja como una cortina de raso escarlata. No eran solo palmeras los árboles que entrevia, distinguiendo tambien flores blancas de magnolia, y las redondas cabezas de los naranjos cubiertos de frutas. Sobre un plano poco mas distante, algunos corozos alzaban al cielo su elegante cabellera, semejante á un gracioso penacho: ningun soplo de aire animaba su follaje.

En un bosque en que las lianas enlazándose á las palmeras habian formado por encima del suelo una verdosa bóveda impenetrable á los rayos del sol, percibí tres hamacas colgadas de las ramas, una vacia, las demas ocupadas. Por el color y cla-

se de los vestidos que se distinguian por entre las mallas de la red, conocí que eran mugeres.

No tenian las caras vueltas para mí; pero estaban inmóviles pareciendo dormidas.

Mientras consideraba este cuadro, la persona que ocupaba la hamaca mas próxima de la reja se despertó, volvióse á otro lado, murmuró algunas palabras y se durmió de nuevo. Mi corazon latió, apoderándose de mi ser una emocion indefinible: acababa de reconocer á Guadalupe Rosales.

Uno de sus piés calzados de media de seda, salia de su lecho aéreo y pendia con negligencia: su zapato de raso habia caido á tierra. Su cabeza estaba apoyada sobre una almohada de seda, y una trenza de sus largos cabellos negros, escapada durante el sueño de los dientes del peine de carey, pasaba por entre las cuerdas de la hamaca y caia sobre el césped. Veía su seno agitado por la respiracion, subir y bajar á intervalos iguales bajo el tejido que lo cubria.

Mi corazon estaba entregado á mil emociones diversas: la sorpresa, el placer, el amor, el pesar, sí, el pesar, ¿por qué, cómo podia dormir así con un sueño dulce y pacífico mientras que yo estaba á algunos pasos de su lecho cubierto de cadenas y tratado como el último de los miserables?

— ¡Sí, ella duerme! me decía, haciendo callar el despecho por un instante á los demas sentimientos, oh cielo. . . . .

Mi atencion acababa de dirigirse de la dormida á un objeto espantoso. Mientras que mis ojos consideraban á la jóven, observé maquinalmente una especie de espiral enredada al rededor de una liana; pero no me llamó mucho la atencion, pensando que seria un sarmiento de vid que apretaba entre sus

nudos algun tallo de planta vecina, como se ve con bastante frecuencia en las florestas de México.

Pero habiendo herido de repente este objeto un rayo de sol, lo ví centellar: mirélo atentamente y con gran terror mio descubrí que el anillo de la viña no era otra cosa que una horrible serpiente. El reptil, rodeando con sus nudos la planta parásita habia descendido en silencio de lo alto de la palma, donde estaba sin duda al abrigo, y cuando llegó á cierta altura, desarrollando sus dos ó tres nudos inferiores, tendia horizontalmente su cuello por encima de la hamaca: entonces solo fué cuando ví la protuberancia coráifera que armaba su frente, y reconocí al terrible reptil: era una serpiente, la *cobra-capelo ó di capello* de América.

El animal permaneció del todo inmóvil por un rato; su cuello estaba ligeramente encorvado como el de un cisne, mientras que su cabeza se encontraba cuando mas á un pié de la cara de la niña dormida.

Parecíame ver el ligero vello que ornaba el labio de la jóven agitarse al soplo envenenado del horroroso reptil.

Al cabo de algun tiempo, el animal balanceó blandamente su cabeza de derecha á izquierda dejando escapar de su garganta entre abierta un ligero silvido: los cuernos de que aquella estaba armada, hacian su aspecto mas horrible aún, y de rato en rato vibraba su lengua hendida que brillaba al sol como un rubí.

Parecia echar sobre su víctima aquellas miradas que encantan y dan la muerte: y creía ya ver los labios de la jóven agitarse y su cabeza balancearse de adelante hácia atras siguiendo las oscilaciones del reptil.

Yo asistia á este espantoso espectáculo sin poder evitar nada. Mi alma estaba encadenada como mi cuerpo, y ademas, aun libre que me hubiera hallado, no habria podido prestarle ningun socorro. Sabia que el solo recurso que le quedaba para salvarse era el silencio, pues la serpiente no muerde sino cuando la inquietan ó irritan, pero ¿no se ocupaba ella en este instante en destilar sobre sus labios algun horrible y mortal veneno?

—¡Oh! cielo, exclamé en la violencia de mi terror, ¡es el mismo demonio! Ya se mueve. . . ya va á lanzarse. . . no, aun no, está quieta. ¡Desgraciada! ella tiembla; mécese la hamaca. . . y héla agitarse hecha presa de su fatal fascinacion! . . . ¡Ah!

Un tiro acababa de partir; al instante vi á la serpiente echar atras su frente, sus nudos se estendieron, y cayó en tierra torciéndose de dolor.

Las niñas dormidas despertaron, prorrumpieron en un grito y se lanzaron fuera de su hamaca.

Luego, cogiéndose las manos, desaparecieron muy pronto.

Muchos hombres llegaron al oír el tiro, sacaron sus sables é hirieron la serpiente: uno de ellos se habia bajado, y examinando el cadáver del reptil, exclamó:

—¡Carai! tiene un agujero en la cabeza: es una bala.

Un instante despues cinco ó seis guerrilleros abrieron la puerta y entraron en nuestra prision gritando.

—¿Quien ha tirado?

—Qué dice vd. respondió precipitadamente Raoul que estaba de muy mal humor desde que el guerrillero le rehusó beber.

—Pregunto á vd. qué quien ha disparado un tiro? repuso el mexicano?

—Quien ha disparado un tiro? repitió Raoul que no sabía nada de lo que se habia pasado por fuera.

—¿Como diablos quiere vd. que demos un tiro? Si yo tuviera esa facultad, mi amigo, el primer uso que haria de ella seria meterle una bala en su maldita mollera.

—¡Santísima! exclamó el mexicano lleno de asombro; no puede ser ninguno de estos: estan todos atados.

—Diciendo así salieron los visitantes, dejándonos entregados á nuestras reflexiones.

### CAPITULO XXXVIII.

EL CUARTEL GENERAL DE LA GUERRILLA.

ELAS mias no eran agradables; estaba á la vez cautivo y pesaroso sobre todo por ver espuesta á mil peligros á la que amaba mas que á mi vida.

Su hermana era la que ocupaba la otra hamaca.

—¿Estan solas? me decia. ¿Estan prisioneras en las manos de estos bandoleros? No será causa de su proscripcion la hospitalidad que nos han dado? ¿Esta familia desgraciada no habrá sido conducida ante algun tribunal? . . . Tal vez se hayan puesto

simplemente bajo la proteccion de esta partida para preservarse de los ataques de otros bandidos aún menos escrupulosos que infestan la comarca.

No es raro en efecto, ver en la provincia de Rio Grande, á familias ricas viajar bajo la custodia de semejantes escoltas; esto me ilustraba sobre . . .

—Pero digo á vd. que he oido un tiro, ¡por vida mia! es la carabina del sargento, ó he perdido enteramente el juicio!

—¿De qué se trata? le pregunté tomando parte en la conversacion de mis compañeros,

—Chan pretende haber oido un tiro, y sostiene que es la carabina de Lincoln, respondió Clayley.

—Su arma tiene un sonido muy particular, capitan, dijo el irlandés dirigiendose á mí: se diferencia enteramente de una escopeta mexicana y no se parece al de nuestras carabinas; lo que consiste en la manera de cargar del sargento.

—Bien, ¿y qué?

—Raoul me decia que uno de esas pieles amarillas preguntó que quien habia tirado, y yo le he respondido que habia oido un tiro, porque estaba cerca de la puerta. Aunque no fué muy claro, no por ello dejaria de jurar que es la carabina del sargento, y no otra.

—Es muy extraño, dije en voz baja, porque habia hecho la misma observacion de mi parte.

—He visto al niño, capitan, dijo Raoul, que pasaba cuando se abria la puerta.

—El niño! ¿qué niño?

—El que hemos ido á sacar de la ciudad.

—¡Ah! Narciso! ¿vd. lo ha visto?

—Si, y si no me engaño, he visto tambien la mula blanca sobre la cual vino al campo el viejo caballero. Creo que toda la familia se encuentra en

—Pregunto á vd. qué quien ha disparado un tiro? repuso el mexicano?

—Quien ha disparado un tiro? repitió Raoul que no sabía nada de lo que se habia pasado por fuera.

—¿Como diablos quiere vd. que demos un tiro? Si yo tuviera esa facultad, mi amigo, el primer uso que haria de ella seria meterle una bala en su maldita mollera.

—¡Santísima! exclamó el mexicano lleno de asombro; no puede ser ninguno de estos: estan todos atados.

—Diciendo así salieron los visitantes, dejándonos entregados á nuestras reflexiones.

### CAPITULO XXXVIII.

EL CUARTEL GENERAL DE LA GUERRILLA.

ELAS mias no eran agradables; estaba á la vez cautivo y pesaroso sobre todo por ver espuesta á mil peligros á la que amaba mas que á mi vida.

Su hermana era la que ocupaba la otra hamaca.

—¿Estan solas? me decia. ¿Estan prisioneras en las manos de estos bandoleros? No será causa de su proscripción la hospitalidad que nos han dado? ¿Esta familia desgraciada no habrá sido conducida ante algun tribunal? . . . Tal vez se hayan puesto

simplemente bajo la proteccion de esta partida para preservarse de los ataques de otros bandidos aún menos escrupulosos que infestan la comarca.

No es raro en efecto, ver en la provincia de Rio Grande, á familias ricas viajar bajo la custodia de semejantes escoltas; esto me ilustraba sobre . . .

—Pero digo á vd. que he oido un tiro, ¡por vida mia! es la carabina del sargento, ó he perdido enteramente el juicio!

—¿De qué se trata? le pregunté tomando parte en la conversacion de mis compañeros,

—Chan pretende haber oido un tiro, y sostiene que es la carabina de Lincoln, respondió Clayley.

—Su arma tiene un sonido muy particular, capitan, dijo el irlandés dirigiendose á mí: se diferencia enteramente de una escopeta mexicana y no se parece al de nuestras carabinas; lo que consiste en la manera de cargar del sargento.

—Bien, ¿y qué?

—Raoul me decia que uno de esas pieles amarillas preguntó que quien habia tirado, y yo le he respondido que habia oido un tiro, porque estaba cerca de la puerta. Aunque no fué muy claro, no por ello dejaria de jurar que es la carabina del sargento, y no otra.

—Es muy extraño, dije en voz baja, porque habia hecho la misma observacion de mi parte.

—He visto al niño, capitan, dijo Raoul, que pasaba cuando se abria la puerta.

—El niño! ¿qué niño?

—El que hemos ido á sacar de la ciudad.

—¡Ah! Narciso! ¿vd. lo ha visto?

—Si, y si no me engaño, he visto tambien la mula blanca sobre la cual vino al campo el viejo caballero. Creo que toda la familia se encuentra en

poder de los guerrilleros, y que por esta razon no nos han quitado ya la vida.

Esta noticia fué un rayo de luz: durante las terribles veinticuatro horas que acababan de pasar, no habia pensado en Narciso: la presencia del niño me explicaba todo. El zambo matado por Lincoln ¡pobre víctima! era un amigo que nos enviaban para advertirnos del peligro; el puñal de Narciso que se le encontró, una señal de reconocimiento, la dulce voz que me habia hablado, la mano que pasara bajo el tapajo, todo de Narciso.

El misterio que me rodeaba se esplicó al fin, pero sin que fuese mas feliz. Por el contrario, sufría á causa de la indiferencia que por otra parte creia notar.

—Debe saber: me decia á mi mismo, que estamos aquí, pues que su hermano no lo ignora: qué estamos heridos, cubiertos de cadenas ¡y duermel!... Viaja á algunos pasos de mi, y cuando sufro tanto no me dirige una sola palabra de consuelo ¡No! mientras que estoy atado como un fardo sobre mi mula está sentada en algun cojin de seda ó blandamente mecida en su litera, y tal vez se haga escoltar por ese miserable Dubrosé! ¡hablan juntos!... Tal vez lleguen hasta insultar la desgracia de sus prisioneros: él á lo menos, no lo considerará como falta, y ella, despues de haberle oido, puede tenderse en su hamaca y dormir el mas dulce sueño!.....

El ruido de la puerta que se habria de nuevo pasado fin á mis amargas reflexiones: entraron seis guerrilleros, nos pusieron otra vez las vendas, y nos condujeron sobre las mulas.

Poco despues el clarín se oyó y la tropa continuó su marcha.

Seguimos el lecho de un torrente, especie de ca-

ñada. Pudimos juzgar por la frescura de la sombra y el ruido de los ecos que andábamos por grandes bosques. La voz del torrente que resonaba á nuestros oidos no carecia de encantos; por dos ó tres veces vadeamos la corriente, y otras tantas nos alejamos para volver aun. Esta marcha sinuosa tenia por objeto evitar los cañones: al cabo de un rato subimos á una larga colina, y á penas llegamos á su cima, empezamos á bajar por la vertiente opuesta.

—Reconozco perfectamente este camino, me dijo Raoul; conduce á la hacienda de Cenobio.

—¡Por Dios! continuó, ¡debo conocer esta colina!

—¡Por qué razon?

—Ya, capitán, porque hé llevado mas de una caja de cochinita y mas de un fardo de tabaco de contrabando. Ah ¡yo tenia los ojos libres en aquella época, y era, á fé mia, la mas oportuna para servirse de ellos!

—Supongo que los contrabandistas tendrian cuidado de elegir para sus expediciones las noches mas sombrías.

—Sin duda: pero acontecia á veces que el gobierno tomaba sus anteojos y entonces, créame vd, el contrabando era espuesto. Hémos tenido mas de una escaramuza con los del resguardo. ¡Diantres! si; tengo motivos para acordarme de esta colina: no há faltado el grueso de un cabello para saltar de aquí al purgatorio.

—¡Ah! ¡y como así?

—Cenobio habia comprado una gran partida de cochinita de un astuto comerciante de Oajaca, y la ocultaron en la colina á dos leguas de la hacienda, esperando, para despacharlo, á un buque que debia venir á tomarla á la embocadura del Medellín.

Algunos de la partida se encargaron de transportar esta carga á la playa, y como era de un valor muy considerable, íbamos armados de piés á cabeza con orden del dueño de defenderla hasta el último extremo. Cenobio tuvo cuidado de elegir mozos capaces de hacer una vigorosa resistencia. El Gobernador que por casualidad ó de otra manera, tuvo soplo del negocio, espidió de Vera-Cruz un destacamento para prendernos. Encontramos la tropa del otro lado de la colina, cerca del camino que conduce á Medellín.

—¡Muy bien! ¿y qué sucedió?

—Dióse una batalla que duró casi una hora y despues de haber perdido á doce de sus mejores hombres, los valientes lanceros regresaron á Vera-Cruz con mas ligereza de la que habian venido.

—¿Y los contrabandistas?

—Condujeron las mercancías á bordo: tres de ellos, ¡pobres Diablos! deben estar aun muy cerca de aquí, y poco faltó para que yo corriese la misma suerte. Recibí en el muslo un lanzaso que todavia me hace padecer. ¡Diantres!

Acababa Raoul de pronunciar estas últimas palabras, cuando oí que ladraban perros por debajo de nosotros, contestándoles los relinchos de los caballos de sus compañeros que pasaban por allí cerca.

—Se aproxima la noche, dije á Raoul.

—Creo que es la hora poco mas ó menos de ponerse el sol, contestó aquel: y ya es de noche.

No pude menos de sonreirme de la respuesta de mi camarada, quien á falta de los ojos, se servía de su nariz.

Cesaron los ladridos de los perros y oímos voces de hombres que deseaban la bienvenida á los guerrilleros.

El casco de nuestras mulas hería las piedras, prolongándose el ruido como si fuera repetido por los ecos de una bóveda.

Nuestras caballerías se pararon, y nos descargaron echándonos brutalmente sobre las baldosas como fardos de mercancías no frágiles.

Por un rato oímos al rededor nuestro una algazara que asordaba: relinchaban los caballos, los perros ladraban y aullaban, los bueyes mujían, los arrieros gritaban y echaban votos descargando sus mulas, los sables resonaban sobre el pavimento, las espuelas repicaban, y voces de hombres y mugeres y carcajadas de risa confundidas formaban una balumba que aturdió.

Dos hombres se habian acercado á nosotros y hablaban entre sí.

—Son de la tropa que se nos escapó en la Virgen, decia el uno, y dos de ellos oficiales.

—¿Caramba! respondió el otro, yo estaba allí, en la Virgen! Habia cosa de brujería en sus balas: espero que el *patron* hará ahorear á todos estos salvajes yankees.

—¿Quién sabe? replicó el primer interlocutor: Pinzon fué capturado esta mañana en Puente Moreno con otros muchos, y han bailado un fandango con los dragones yankees. ¿Sabes lo que el viejo piensa de Pinzon? Mas queria separarse de su mujer que de él.

—¿Entonces crees que se les cangeará?

—Es probable.

—Mira, si tú ó yo hubiéramos sido cautivos, no se hubiera inquietado por ello, y nos dejaria colgar como á perros.

—Es verdad, ¿pero qué quieres?

—Ya empieza á fastidiarme: ¡Por la Virgen! Jo-

sé, muchas ganas tengo de agregarme á la partida del *Padre*, lo que verificaré en primera oportunidad.

—¿A Jarauta?

—Si está en Bridge con un gran número de jarochos. Algunos de nuestros antiguos camaradas de Río Grande se hallan con ellos: viven haciendo escursiones por los grandes caminos. Oí decir que se daban buena vida; si Jarauta hubiese cogido á estos yankees, el fraile hubiera comido á espensas de su pellejo.

—Es verdad, repuso el otro; pero, vamos, quitémos la venda á esos diablos y démosles esas habas. ¡Dios quiera que sean las últimas que coman!

Después de este caritativo deseo: José se puso á quitarnos los tapajos, y por segunda vez nos volvieron á la luz. El día nos deslumbró á tal punto que por algunos instantes no pudimos ver nada de lo que estaba á nuestro alrededor.

Nos llevaron á un rincón del patio, grande, rodeado por enormes paredes y edificios de techos llanos.

Estas construcciones eran poco elevadas y muy groseras, excepto el cuerpo de la casa principal que servía de habitación: el resto consistía en establos, granjas y cuartos destinados á los criados y á los guerrilleros. Una galería dominaba toda la longitud del gran cuerpo del edificio: hermosos vasos llenos de flores adornaban la balaustrada. Esta galería estaba defendida contra los rayos del sol por anchas cortinas de damasco color de escarlata que, medio corridas, nos permitían ver los muebles al parecer muy suntuosos.

En el centro del patio se alzaba una gran fuente, cuya agua caía en un gran surtidor de piedras

labradas. Cerca de él había un bosque de naranjos, cuyas ramas cargadas de flores y frutas se inclinaban casi hasta tocar el agua.

Este patio era además un verdadero arsenal: en sus paredes se veían colgadas armas de todas clases; fusiles, pistolas, sables. Dos piezas de cañon con sus cajas y cureñas estaban igualmente en un ángulo del patio: vimos junto á estas piezas á dos antiguos conocidos de la Virgen.

El patio contenía también una espaciosa cuadra con gran número de mulas y caballos ocupados en comer con apetito el maiz, de que estaban llenos los pesebres. Las huellas de las sillas impresas aún en los costados de los animales nos daban á conocer que se hallaban allí los compañeros de nuestro fatigoso viage.

Gruesos perros tendidos sobre las piedras ardientes refunfuñaban cada vez que se sentía algún ruido á la entrada de la puerta, sus anchas mandíbulas y su pelo amarillo denotaban que eran de raza española, y sin duda descendían en línea recta de aquellos terribles canes con los que Cortés dió caza á los desgraciados naturales del Nuevo Mundo.

Los guerrilleros sentados unos y agrupados otros al rededor de las hogueras encendidas, asaban trozos de carne enganchados en la punta de su sable: otros arreglaban sus sillas de montar, ó limpiaban alguna carabina vieja ó algun toscó fusil. Otros se paseaban magestuosamente en el patio ostentando su brillante manga, ó cubriendo sus hombros con su elegante zarape.

Gran número de mugeres estaban reunidas con los hombres; y cubiertas sus cabezas con el rebozo, se daban á diferentes trabajos: unas venían con grandes cántaros á sacar agua de la fuente; otras

arrodilladas ante piedras llanas, molian y preparaban las tortillas, otras el ehile, y el chocolate en ollas de tierra, ó guisaban frijoles; estas ocupaciones sin embargo, no les impedían reír y hablar con los hombres que las rodeaban.

De rato en rato algún oficial, que se reconocía por el corte de sus vestidos, se presentaba en la galería para dar órdenes á los guerrilleros, volviendo á entrar luego en el interior de la casa.

Gruesos fardos de mercancías formaban montones en un rincón del patio, en torno de los cuales andaban arrieros vestidos de cuero, ocupados de poner las cargas en seguridad por la noche, ó en colgar sus aparejos á los clavos que á este efecto estaban metidos en la pared.

Por sobre los techos que nos quedaban enfrente veíamos, desde la posición elevada que ocupábamos, desplegarse vastos campos cercados por altas florestas: dibujábanse en el horizonte el cofre de Perote y la línea sinuosa de los Andes: por encima de todo este paisaje y en vaga lontananza, se alzaba el pico blanco de Orizava, inmensa pirámide de nieve, cuyo brillo forma singular contraste con el azul del cielo.

Este magnífico cuadro tan apacible y puro, inspiraba una idea tal de grandeza y sublimidad, que por un rato olvidé mi cautiverio. ¡Ay! no fué larga mi ilusión: la voz de José la disipó bien pronto, que llegó con dos peones trayendo un gran plato ó vasija de tierra que contenía nuestra comida.

Este banquete se componía de habas negras, acompañadas de media docena de tortillas: era poco suntuoso; pero estábamos medio muertos de hambre, y no nos entretuvimos en discutir la calidad de los manjares. Pusieron el plato en medio de no-

sotros, y nos quitaron por primera vez las ligaduras de los brazos desde que nos hicieron prisioneros: no nos dieron cuchillos, ni tenedores, ni cucharas; pero Raoul nos enseñó el modo mexicano de comer sin cuchara. A su ejemplo nos servimos de las tortillas para sacar de la bandeja, y muy pronto hicimos desaparecer las habas con las tortillas que nos habían servido de cubiertos.

## CAPITULO XXXIX.

GALANTERIA DE CHAN.

VACIAMOS el plato en lo que el diablo pestañea, como lo observó juiciosamente Clayley.

—A fe mía; ¡esto, aunque negro, se deja comer! dijo Chan mirando tristemente el plato vacío, y la ausencia me parece peor que el color. Dígame vd., mi caro mozo, continuó dirigiéndose á José ¿no habría medio de darnos otro poco?

—No entiendo, respondió el mexicano, sacudiendo la cabeza.

—*In ten days!* ¡En diez días! exclamó Chan, que equivocando el valor de las palabras por la similitud de pronunciación, tomó el *no entiendo* del mexicano por un fragmento de la frase inglesa, "*in ten days*" (en diez días).....pero antes de este

tiempo, Murtagh Chan tendrá que comer, sea en el purgatorio, sea en otra parte, alguna cosa mejor que su cocina.

—No entiendo, repetía siempre el mexicano.

—*Ten days!* ¡Madre de Dios! todos moriremos de hambre antes que espire ese plazo y entonces no necesitaremos sus alimentos.

—No entiendo, señor, repuso de nuevo el guerrillero.

—Con todos los diablos, gritó Chan, cuya paciencia había llegado á su colmo.

—¿Qué quiere? preguntó el mexicano dirigiéndose á Raoul, quien durante este *quid pro quo* se aprataba las mandíbulas para no reventar de risa:

—¿Qué dice, Raoul? preguntó Chan, con acritud.

—Dice que no le comprende.

—Háblele V. mismo, Raoul; dígale V. que necesitamos aún algunas habas y un poco de galleta, si esto no le molesta . . .

—Raoul sirvió de intérprete para el pedido de Chan.

—No hay, respondió el mexicano, poniéndose el dedo pulgar sobre la nariz.

—Pero no es eso, amigo, le preguntó ¿si puede traernos algo mas de comér?

—No entiendo; contestó el mexicano, repitiendo la misma seña de cabeza.

—¡Ah! aun está V. con el *ten days!* Pero, amigo! no es costumbre hacer esperar tanto tiempo por un regalo de tan poca entidad.

—Le dice á V. que no hay, repuso Raoul.

—Oh! por el traidor Judas! pero si estan en el tío mas de quinientas fanegas; mire V. ¿Que de habas! Ah! ¡infame embustero!

—Frijoles no hay, respondió el mexicano, así que le tradujeron la observacion de Chan.

—¡Fray holys! (¡Santos del paraíso!) repitió Chan, engañado de nuevo por la pronunciacion española de la palabra frijoles; ¿Y qué tienen que ver aquí los santos? ¿Es esta por ventura la ocasion de hablar de santidad?

Raoul, Clayley y yo nos reventábamos de risa: solo el irlandés conservaba su seriedad.

—¡Me muero de sed! dijo este último despues de una pausa: pídale V. agua, Raoul. Creo que no pueda decir que no hay, cuando á dos pasos de nosotros corre una fuente que la da en abundancia, tan pura como el licor de Ennishowen.

Raoul pidió agua en efecto, de la que todos teníamos gran necesidad, estando nuestras fauces tan ardientes como un carbon. A esta demanda José hizo una seña de cabeza á una muger, la que poco despues, se nos aproximó con una jarra llena de agua.

—Ofréscala vd. primero al capitan, señora, dijo Chan señalándome, y despues dela vd. á todo el mundo; pero conviene respetar los grados.

La muger comprendió esta seña y me presentó la cántara: despues de haber bebido copiosamente la pasé á mis camaradas Clayley y Raoul; Chan la tomó el último, pero en vez de beber luego como era de creer, colocó el vaso entre sus rodillas y se puso á mirar la muger con afectacion.

—Digo, mi buena amiga, (guiñándole del ojo y tocándole suavemente el talle) mi buena *moochacha*. . . ¿no es así como se dice, Raoul?

—¿Moochacha? sí.

—Bien. Mi linda moochacha, no podria vd. . . . ¡Ah! es poco lo que tengo que pedirle. . . . no podria

vd. darne un buche de algo menos insípido que el agua? ¿Seria vd. tan guapa si lo hiciese!

—No entiendo, respondió la mujer sonriendo de la pantomima cómica de Chan.

—¡Al diablo! ya me sale esta tambien con su *ten days*. Háblele vd., Raoul, esplíquele lo que pido.

Raoul trasmitió la solicitud de su camarada.

—Dígale, vd., Raoul, que no tengo dinero que darle, porque me lo han quitado, pero que la haré guarda de estas imágenes de santos en cambio de una gota de aguardiente.

Y hablando así, las sacó el irlandés de la faltriquera de su vestido.

La mujer al verlas, se inclinó con curiosidad, prorumpiendo en una gran esclamacion de sorpresa, y así que reconoció que eran un crucifijo, la Virgen y un santo, se puso de rodillas diciendo devotamente en voz baja algunas oraciones en un lenguaje mitad español, mitad azteca.

Terminada su súplica, echó sobre Chan una mirada de conmiseración diciendo á media voz: *¡Bueno católico!* Luego, recogiendo su rebozo por encima de su espalda derecha, se alejó y atravesó ligeramente el patio.

—¿Cree vd., Raoul, que haya ido por el licor?

—Sin duda alguna, respondió el Frances.

Un rato despues volvió la mujer trayendo en efecto una botella medio oculta en el dobléz de su rebozo, la que presento á Chan.

El irlandés desató con la mayor facilidad el cordon que sujetaba sus reliquias.

—¿Cuál prefiere vd., señora? ¿el santo, ó la Virgen? ¿quiérelas vd. ambas? Murtagh se las da con gusto.

La mujer despues de haberse asegurado con una mirada de que nadie la observaba, se acercó á Chan y le dijo con emeccion:

—No, señor, su proteccion necesita vd.

—¿Qué dice, Raoul?

—Dice que guarde vd. las imágenes, porque necesita mas que ella de su proteccion.

—¡Por vida mia, que tiene razon! en la posicion en que me encuentro las necesito mas que nunca; y esta es la mejor ocasion, por otra parte, de que los santos patronos hagan algo por mí. Hay ya diez años que llevo conmigo estas imágenes, y esta botellita es el único favor que he recibido de ellas. Tenga vd., capitan, pruebe, que no le hará mal.

Tomé la botella y me puse á beber. Era *chinguirito*, especie de mal aguardiente que se estrae del aloe salvaje: quemaba como fuego. Despues de haber bebido un buche, pasé la botella á Clayley, que usó de ella con mas amplitud. Tocóle el turno á Raoul, y luego volvió á caer en manos del irlandés.

—A la salud de vd., dijo el galante Chan volviéndose á la mujer mexicana; ¡que viva vd. hasta que desee morir!

—No entiendo, contesto la mexicana.

—¡Ah! ¡Dale con los *ten days!* pero no bromearemos mas sobre el particular. . . . Es vd., una guapa moza, continuó mirándola, y aunque su jubon sea corto y sus medias estén en mal estado, no por eso es menos bien hecha su pierna, ni menos lindo su piecesito.

—¿Qué dice? pregunto la mexicana dirigiéndose á Raoul.

—Cumplimenta á vd. por la delicadeza de su pié.

Esta lisonja pareció agradar á la mujer, la que

en efecto ocultaba un pié muy pequeño en un zapato de raso labrado.

—Dígame vd, mi querida, ¿es vd. casada? continuó Chan.

—¿Qué dice?

—Pregunta si vd. es casada.

La mujer colocó su dedo sonriendo sobre la punta de la nariz, lo que Raoul tradujo al irlandés como una respuesta negativa.

—Pues bien; ¡por mi vida! si vd. quiere casarse conmigo y regresar á mi país, seré su marido, con la condicion bien entendida, de que yo salga de aquí. Dígame vd. esto, Raoul.

Este participó á la hermosa las intenciones de su compañero, pero la mexicana se contentó con reir, sin responder nada.

—Quien calla otorga: pero dígame vd. Raoul que no tengo un tlaco en mi faltriquera, y que lo primero que debe hacer es sacarme de las garras de todos estos bellacos. Dígame vd. esto.

—El señor está muy alegre, respondió la mujer; luego tomó su cántaro y se marchó.

—Y bien, Raoul, ¿consiente ella?

—Aun no lo ha reflexionado bien.

—¡Ah! ¡por el santo sudario! el pobre Murtagh predica en desierto: todos los santos no son bastantes á salvarle. Entretanto tomemos otra gota:

## CAPITULO XL.

### LA DANZA DE LA TAGAROTA.

LLEGO la noche; encendieron teas y el fuego iluminó el patio con sus rojas luces. Todos los objetos y personajes diversos, ya tan singulares y pintorescos por sí mismos, que llenaban el patio, tomaron á los rojizos reflejos de la llama de pino, un aspecto mas fantástico aún. Los guerrilleros, sus anchos sombreros, la mayor parte de ellos adornados de plumas, sus fulminantes ojos negros, sus dientes agudos y blancos, la espresion medio salvaje de sus rostros, sus trages de brillantes colores, todo esto formaba un conjunto que no dejaba de impresionarnos vivamente.

Las mulas, los caballos, los perros, los peones, los techos rasos, las ventanas con rejas de hierro, los naranjos colocados cerca de la fuente, las palmeras dominando las paredes, los cocuyos brillando en la sombra, todo en una palabra presentaba para nosotros el mas extraño espectáculo.

Tan asombrados estaban nuestros oídos, como nuestros ojos: la mayor parte de los ruidos que oíamos nos eran desconocidos, y tambien algunos acen-

tos de la voz del hombre. Este lenguaje bastardo, mitad español, mitad indio, en que gritaban, cantaban y hablaban los guerrilleros, se diferenciaba más de lo que puede figurarse el lector del acento sajón, y á estos ruidos se aglomeraban además otros, como los de los perros que hacían oír las vibradoras notas de sus largos ahullidos, los relinchos de las mulas y caballos, los sables que resonaban, las espuelas que repiqueteaban sus sonoras campanillas, y las *poblanas* que entonaban sus cantos melancólicos tomados de los indios, acompañándose con sus bandolinas.

Cerca de un brasero en torno del cual estábamos sentados se entregaban al placer de la danza los guerrilleros con sus mujeres, ejecutando la *tagarota*, especie de fandango. Para estar más ágiles, los hombres se quitaron sus grandes sombreros y sus capas: algunos desabrocharon las piernas de sus calzoneras alzándolas hasta la cintura al uso beduíno; las mujeres dejaron sus rebozos, recogiendo las mangas de sus camisas, quedándoles el seno casi descubierto, mientras que sus jubones cortos, agitados por los movimientos del baile, dejaban ver casi desnudas las formas de sus piernas.

Dos hombres sentados sobre toscos taburetes de cuero hacen resonar sus bandolinas, mientras que otro rasguña con todas sus fuerzas las cuerdas de una vieja guitarra, uniendo los tres al sonido de sus instrumentos las agudas notas de sus voces rechinantes y desagradables.

Los bailarines se han formado en paralelogramo, las parejas están colocadas en frente, y los unos y las otras se agitan en perpetuo movimiento, llevando el compás con la cabeza, los piés y las manos, haciendo estas principalmente un gran papel, pues

con ellas se tocan ya las mejillas, ya los muslos, y á ratos palnotean.

Después de varias vueltas, uno de los bailarines se separa de los demás, viene haciendo el jorobado á colocarse saltando en medio de la figura, y procura atraer á su pareja por medio de chistes repetidos. La mujer resiste un instante y luego se reúne á su compañero, y ambos se entregan á las contorsiones más singulares y á las más grotescas posturas hasta que otra pareja los reemplaza.

Unos desfiguran sus brazos, otros sus piernas, estos caminan sobre los talones, aquellos de rodillas; en una palabra, se esfuerzan por imitar todas las deformidades más repugnantes y ridículas. La *tagarota* consiste en una serie de figuras grotescas y deformes; el que consigue parecer más feo, es reputado por el más hábil bailarín. El guerrillero que vimos más aplaudido danzaba sobre el vientre sin mover los piés ni las manos. No pudimos menos de encontrar cierta analogía con los ejercicios que nos vimos precisados á ejecutar poco tiempo antes.

—¡A fé mía, sabemos en ese baile tanto como ellos! dijo Chan que parecía muy divertido con la *tagarota*, ocupándose en hacer numerosos comentarios con motivo de esta danza.

Más disgustado que distraído por este espectáculo, volví la vista á la galería y procuré descubrir lo que se pasaba detrás de las cortinas medio recogidas.

—¡Qué cosa estraña! me decía, no oigo hablar de ellos. ¿Nos habrán dejado para tomar otro camino? No, deben estar aquí, pues que Narciso nos haprometido para esta misma noche... y por consiguiente él cuando meinos estará aquí: ¡pero ella! Tal vez se halle en esta casa, alegre, feliz é indiferente...

Este pensamiento exasperaba las llagas de mi corazón.

De repente corrieron del todo las cortinas, presentándose á mis ojos un cuadro brillante. ¡Ay! era para mí lo que debe ser para los condenados la vista de los gozes del paraíso. Había allí oficiales con soberbios uniformes entre los cuales reconocí la elegante persona de Dubrosc: mujeres lujosamente adornadas y en medio de ellas.... Su hermana estaba allí también con doña Joaquina y otras cinco ó seis señoras vestidas de seda y deslumbrando con el brillo de los diamantes.

Muchos caballeros jóvenes, oficiales de la tropa llevaban el precioso vestido de los guerrilleros.

Se les veía formados en cuadrillas.

—Capitan, exclamó Clayley, vea vd., es D. Cosme y toda su familia!

—Si, pero no me toque vd., no me hable....

La emoción había sido tan fuerte que mi respiración casi se paró; mi corazón cesó de latir por algunos minutos, secóseme la garganta, y un sudor frío brotaba sobre mi frente.

—¡Dubrosc se acerca á ella.... y lo consiente!.... No, lo desdena.... ¡valiente moza.... ella se retira del círculo de los bailarines: mira por encima de la balaustrada.... está triste.... suspira.... ¿Porqué su seno se halla tan agitado?.... El acerca de nuevo.... ella sonríe.... ¡Dubrosc toca su mano!

—¡Oh rabia! ¡mujer pérfida! exclamé procurando lanzarme hácia los dos. Estaba transportado por la pasión, pero mis piés con ligaduras, y mis insensatos esfuerzos no tuvieron otro resultado que el de hacerme caer gravemente con la cara en tierra.

Al mismo tiempo mis guardas me cogieron y ata-

ron las manos, mis camaradas fueron atados también de nuevo, y nos transportaron á un pequeño cuarto situado en un ángulo del patio.

La puerta se cerró, la llave dió vuelta, corrieron los cerrojes y nos volvimos á encontrar abandonados á nuestra suerte.

## CAPITULO XLI.

### UN BESO EN LA SOMBRA.

NO intentaré describir los sentimientos que torturaban mi alma; mientras que me hallaba así tendido sobre las piedras de la prisión. Estas piedras estaban frías, húmedas y sucias; pero ni aún lo notaba: tan absorto me tenían mis padecimientos morales. No hay suplicio mas horrible que el de los celos ¡y cuanto mas horrible no es este suplicio si se reúnen circunstancias tan tristes como las que me rodeaban!

—¡Perjura!... podía dormir, sonreír, danzar al lado de mi prisión.... con mi carcelero....

Mi corazón estaba henchido de odio y de rabia; me atormentaba á la vez un ardiente deseo de venganza y un amor, cuyo vélo no podían contener el desprecio y la locura. Quería vivir para vengarme y amar.

Dominado por este pensamiento arrojé en toruo de nuestra prision una mirada escrutadora para ver si habia algun medio de escaparme.

— ¡Gran Dios! si nuestra traslacion á esta carcel frustrará los planes de Narciso! ¿cómo se hará para llegar hasta nosotros? la puerta está cerrada con tres llaves y un centinela la vigila sin cesar!...

Al cabo de largos y penosos esfuerzos llegué al fin á levantarme apoyándome contra una de las paredes de la prision. . . El cuarto estaba alumbrado por una ventana ó mas bien por un ancho agujero semejante á una saetera. Apoyando la espalda en la pared logré llegar hasta debajo de la ventana; estaba justamente á la altura de mi barba. Despues de haber exhortado á mis compañeros á que guardasen silencio, coloqué mi oido junto á la reja y escuché atentamente.

Un sonido que venia del campo llegó hasta mí, pero no puse cuidado ¿para qué me habia de interesar? Era el ahullido de un lobo: el grito se repitió con mas fuerza que la primera vez: no sé qué cosa singular me afectó en este ruido: volví la cara y llamé á Raoul.

— ¿Qué hay capitan? preguntó el francés.

— Sabe vd. si se encuentra en esta region el lobo de la pradera?

— No sé, capitan, si es el verdadero lobo de la pradera, pero se halla á veces un animal que se parece mucho al coyote. Diríjeme de nuevo á la ventana y púseme á escuchar.

— El lobo de la pradera se oye aún. . . ¡un ladrido! ¡por el cielo! ¡es Lincoln!

— El ruido cesó por algunos minutos; luego se le volvió á oír, pero en otra dirección.

— ¿Qué hacer? si respondo voy á alarmar al cen-

tinela: es preciso esperar hasta que esté cerca de la pared.

El ruido se aproximaba mas y mas.

No obteniendo respuesta el ahullador, se calló de nuevo: escuché siempre con ansiedad; instruidos mis compañeros como yo de la venida de Lincoln se habian levantado, y estaban de pié apoyados contra las paredes.

Media hora se pasó de esta suerte sin articular una sola palabra, cuando de repente un golpe sordo sonó por la parte de afuera y una voz tierna dijo:

— ¡Ola, capitan!

Volví á colocar mi oido junto á la reja y percibí que me llamaban segunda vez. No era la voz ni el acento de Lincoln: debia ser Narciso.

— ¿Quién? pregunté.

— Yo, capitan.

Recoí la misma voz que me habia hablado por la mañana. Era Narciso.

— ¿Puede vd. colocar las manos sobre la ventana? dijo la voz.

— No; estan atadas detras de mi espalda.

— ¿Puede vd. levantarlas á esta altura?

— No; estoy sobre las puntas de los piés, y mis muñecas se hallan muy lejos de alcanzar allá.

— ¿Sus compañeros se encuentran ligados como vd?

— Todos.

— Haga vd. que uno de ellos se coloque de su lado y vea si puede alzarse sobre sus hombros.

Admirado de la sagacidad del jóven español, ordené á Chan y á Raoul que hiciesen lo que me acababan de indicar.

Cuando llegaron mis muñecas á la altura de la

ventana; las tendí hácia la saetera: al instante las tocó una mano suave; sentí el frío de una hoja de acero que pasaba por entre mis dos muñecas y se apoyaba sobre las cuerdas: poco despues tenia las manos libres: di orden á los dos soldados que me pusiesen en tierra y presté de nuevo atencion.

—Aquí tiene vd. el cuchillo, sírvase vd. de él para cortar las ligaduras de sus piernas así como las que sujetan á sus compañeros, y este papel contiene instrucciones indispensables para su fuga: dentro encontrará vd. una lámpara.

Al mismo tiempo me pasó mi interlocutor un cuchillo y un papel doblado é iluminado como una linterna china.

—Ahora, capitan, le pido á vd. un favor.

—¿Cual? ¿cual?

—Quiero besarle á vd. la mano antes de separarnos.

—¿Querido y noble niño! exclamé pasando mi mano por entre la ventana.

—¿Niño! ¡ah! es verdad: vd. me toma por un joven: pero yo soy una mujer, capitan, una pobre mujer que le ama á vd. con un corazón apasionado y hecho pedazos.

—¿Oh cielo! ¿Es vd., querida Guadalupe?

—Ah ¡yo hé esperado mucho... no hay remedio... ¡Pero no! ¿qué bien puedo prometerme?... No, no, cumpliré mi palabra.

—Su mano, su mano de vd., pedí con instancia.

—Quiere vd. besar mi mano, ahí la tiene vd.

Pasóme por la reja su pequeña mano que centellaba con el brillo de los diamantes: yo la cogí entre las mias y la cubrí de besos ardientes, á los cuales se abandó sin resistencia.

—¿Oh! exclamé con transporte; no nos separemos

nunca, huyamos juntos. Yo habia sido injusto para con vd., amable y querida Guadalupe....

Mi interlocutora prorumpió en una breve exclamacion llena de dolor y al mismo tiempo su mano dejó de repente la mia poniéndome un diamante en mis dedos. Algunos segundos despues prosiguió la voz con una tristeza profunda:

—*¡Adios, capitan, adios! En este mundo no siempre conocemos á los que nos aman mas.*

Confundido, aterrado por estas últimas palabras pregunté de nuevo, pero sin obtener ninguna respuesta. En fin, pensando que era ya tiempo de poner término á la ansiedad y al suplicio de mis compañeros, corté los lazos que sujetaban mis piernas y me acerqué á Raoul, al cual restituí su libertad. Hecho esto, le entregué el cuchillo y me ocupé en abrir el papel: contenia un cocuyo: lo apreté con suavidad como ya lo habia visto practicar, y gracias á la luz que derramó, pude leer fácilmente lo que sigue:

“Estas paredes son de adobe, vd. tiene un cuchillo: el sitio por donde está abierto el tragaluz dá al campo. Al pié de aquel hay una campiña de magneyes, y detras de ella encontrará vd. la florista: trate vd. de salir de allí. No puedo hacer mas por vd.—Carísimo caballero, adios!”

No tuve tiempo de reflexionar sobre las particularidades de estilo de esta nota: tiré la luciérnaga, puse el papel en mi seno, y cogia ya el cuchillo para atacar la pared de adobe, cuando un ruido de voz que venia de fuera atrajo toda mi atencion. Apliqué mi oido á la pared y escuché. Era un altercado entre un hombre y una muger.

—¿Cielo! exclamé, ¿es la voz de Lincoln!

—¿Ah! ¡maldita muger! vd. conoce al capitan,

ese hombre cuyo dedo meñique vale mas que toda una partida de bandidos. Vd. debe saber donde lo han alojado, y si vd. no me manifiesta en qué palomar lo han puesto y no me ayuda á hacerlo salir, le forceré el pescuezo como á una gallina.

—Le digo á vd., señor Lincoln, respondió una voz que reconocí ser la misma que me habia hablado un instante antes, que acabo de dar al capitán los medios de escaparse.

—¿Cómo?

—¡Sí; yo se lo aseguro! respondió la voz de la muger.

—Bien; pero del dicho al hecho hay gran trecho; y yo no soy hombre que la deje ir sin haberme antes asegurado sobre el particular: ¿entiende vd?

Pronunciando estas últimas palabras se acercó el cazador al tragaluz, oyó sus graves pasos, y bien pronto me llegó su voz por entre la reja, que me llamaba con precaucion.

—¿Capitan!

—He aquí, Bob, todo va bien, le repliqué hablando en voz baja; porque los centinelas estaban siempre en movimiento delante de la puerta.

—Bien, vd. puede marcharse al presente, dijo Lincoln dirigiéndose á su interlocutora a quien hubiera querido hablar de nuevo, pero no me atreví á hacerlo por temor de llamar la atencion de nuestros guardas.

—Pero haga vd. lo mejor, añadió el cazador, vd. es una buena persona y valiente; en vez de irse, venga mas bien con nosotros. Yo estoy seguro de que el capitán no lo tendrá á mal.

—Señor Lincoln, yo no puedo ir con vd.; déjeme retirar.

—Hága vd. como guste; pero si algun dia nece-

sitare de cualquier servicio que pueda prestarle Bob Lincoln, acuérdesese vd. de mí.

—Doy á vd. las gracias y quedo reconocida.

Antes que yo hubiese podido hacer cosa alguna para retenerla, se alejó, y oyó su voz que repetia con un acento triste y tierno: ¡Adios! ¡adios!

Habia pasado el tiempo de reflexionar: el misterio que me rodeaba ocupará ya bastante mi alma por muchas horas, y era preciso obrar. Por otra parte oia de nuevo á Lincoln que me hablaba por la reja.

—¿Qué hay? le pregunté.

—¿Cómo piensa vd. salir de aquí, capitan?

—Haciendo un agujero en la pared.

—Si vd. pudiera indicarme el sitio, le evitaría la mitad del trabajo.

Yo medí con uno de nuestros lazos una distancia partiendo de la reja, y alargué la cuerda á Lincoln.

Estuvimos sin ver ni oír al cazador hasta que la luz de la luna penetró por el agujero de la pared y se reflejó sobre la hoja de su cuchillo. A este tiempo prorumpió el cazador en una exclamacion particular á los hombres de la montaña en los momentos de peligro; despues de lo cual dijo dirigiéndose á Raoul.

—Valor, dentro de poco habrá una abertura suficiente para que pasen todos.

En efecto, al cabo de algunos minutos el agujero fué bastante ancho para dejarnos salir unos despues de otros.

—¡Alabado sea el cielo! ¡aún somos libres!

CAPITULO XLII.

MARIA DE LA MERCED.

POR debajo de la pared de nuestra prision se encontraba un foso profundo lleno de cactus y de yerbas secas, en cuyo fondo estuvimos ocultos pocos instantes para recobrar algunas fuerzas. Nuestras piernas doloridas é hinchadas por las ligaduras con que habian estado apretadas tanto tiempo, apenas nos permitian tenernos en pié. Se hallaban entumecidas y fué preciso que pasara algun rato para que la sangre pudiese volver á ellas y circular libremente.

Lo mejor, dijo Lincoln en voz baja, será seguir el foso. Yo he venido atravesando los campos y he encontrado algunas plazas vacías en las cuales seremos tal vez descubiertos por esa canalla, cuya atencion estará dentro de poco vigilante.

—Sí, el camino mas seguro, dijo Raoul á su vez, es seguir el foso: hay es verdad, algunas ventanas que dan á este lado, pero agachándonos podremos pasar por debajo sin ser percibidos.

Seguimos, pues, todos el fondo del foso y pasamos arrastrándonos por debajo de algunas ventanas que estaban cerradas y en las cuales no se veia luz.

Cuando llegamos á la última, percibimos que estaba alumbrada. . . . A pesar del peligro de nuestra situacion, impulsado por un sentimiento irresistible quise mirar por entre los vidrios, esperando encontrar allí alguna cosa que sirviese de ilustracion al misterio que me rodeaba hacia dos dias.

La ventana era muy elevada; pero como estaba guarnecida de fuertes barras, empuñé dos y así pude llegar fácilmente hasta un punto de donde podia ver sin estorbo. Entretanto me aguardaban mis camaradas guarecidos en los magueyes.

Mi cabeza sola estaba por encima del barandal de la ventana: miré; ví un cuarto amueblado con cierta elegancia, pero el exámen de los muebles me ocupó poco: un hombre sentado cerca de una mesa atrajo toda mi atencion: era Dubrosc.

La luz caia de lleno sobre su cara; y no sin sentir en todo mi ser una emocion febril consideré por un rato las detestables facciones de mi enemigo.

No sabré pintar el édio que este hombre me habia inspirado: si hubiera tenido un arma de fuego, lo habria inmolado á mi resentimiento. Por fortuna solo estaban en mis manos las barras de hierro de la ventana fijadas sólidamente en sus bastidores, y en mi impotente rabia las torcí para romperlas! No sé cómo no se manifestó mi odio de una manera ruidosa: me faltaba la sangre fria necesaria para contenerme, y si no cometí algun desatino, solo á la Providencia, que sin duda protegía nuestra fuga, debo haberme preservado de una explosion que nos hubiera perdido infaliblemente.

Mientras consideraba á Dubrosc, se abrió la puerta del aposento y dió paso á un jóven, vestido de un modo singular: su trage era mitad militar, mitad de ranchero. Habia en sus vestidos de terciopelo.

lo un esmero y lujo que me sorprendieron, aunque no tanto como la nobleza de sus modales. Su rostro que tenia el sello de una profunda tristeza, era tambien de notable belleza.

Adelantose y sentose cerca de la mesa, sobre la que puso la mano, cuyos dedos brillaban con muchos diamantes: su cara estaba pálida y noté que su mano temblaba.

Despues de un momento de exámen, creí que este rostro no me era desconocido. No podia ser Narciso, porque respecto de él no me hubiera equivocado un solo instante; sin embargo, el jóven se parecia al hijo de D. Cosme. Tambien tenia mucha semejanza con *ella*. Este pensamiento me hizo temblar; fijé al jóven con mas atencion, y mientras mas lo miraba, mas se me parecia.

— ¡Oh cielo! dije para conmigo, ella disfrazada bajo estos vestidos! . . . sola con este hombre . . . pero no . . . estos ojos . . . ¡Ah! ya me acuerdo. El jóven que ví en la cita, á bordo del buque, en la isla y despues en el retrato . . . esta es, es su prima . . . *María de la Merced* . . .

Tales recuerdos pasaron por mi mente como un relámpago y desaparecieron del mismo modo para dar lugar á otros mas recientes . . . la aventura de la mañana . . . las palabras estrañas dichas en voz baja á la ventana de mi prision . . . no hay duda, tenia á mi vista á la que nos habia puesto en libertad.

Todo un mundo de misterios acababa de serme explicado en un solo instante; era un rayo de luz y me incliné hácia atras, hecho presa de nuevas emociones . . .

Guadalupe ignoraba mi cautiverio; estaba inocente.

Este solo pensamiento bastó para restituirme la dicha.

Mientras que me abandonaba á mis reflexiones, unas penosas, otras consoladoras, el ruido de un vivo altercado me devolvió al sentimiento de la realidad: habia una disputa en el cuarto; me alcé sobre la punta de los piés, y ayudándome de nuevo con mis puños y con las barras de la ventana, miré segunda vez.

Dubrosc recorria el aposento dando señales de cólera.

— ¡Ah! exclamó con un acento de fria brutalidad; vd. espera darne zelos; pero no lo conseguirá. Nunca los he tenido, y no empezaré por vd. . . . Sé que vd. ama á ese miserable yankee! La he vigilado en el buque y en la isla, y tiene suma complacencia en venir con él á este país . . . ¡Ah! ¡ah! ¡celoso! verdaderamente . . . Las niñas, primas de vd., han crecido despues de mi último viaje . . .

Esta alusion á Guadalupe y á su hermana hizo hervir la sangre en mis venas.

Tuve motivo para creer que produjo el mismo efecto en la jóven, porque apenas pronunció aquellas palabras cuando se levantó y miró altivamente á Dubrosc con ojos centellantes.

— Sí, exclamó, pero si vd. se atreve á ejecutar sus indignos proyectos, respecto de la una ó de la otra de las dos niñas, no olvide vd. que en este país sin ley tengo sin embargo poder de castigarle. Vd. es bastante miserable para no retroceder ante cosa alguna; pero ellas deben escapar á sus golpes: basta con una víctima!

— ¡Victima! en verdad, replicó el hombre asustado por la violencia de su interlocutora: vd. se tiene

por víctima, ¡Maria! ¡vd. la esposa del hombre mas lindo que hay en México!

Habia ironía en el tono de estas últimas palabras. La de esposa sobre todo fué pronunciada con un énfasis muy notable.

—Miserable! se atreve vd. á recordar que se ha valido de un falso sacerdote.... ¡Oh santísima Madre! continuó dejándose caer sobre su silla, y ocultando su cabeza en sus manos. Seducida, arruinada, casi sin sexo, por un hombre, á quien no he amado nunca, porque no era amor, era locura, fascinación....

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en voz baja, como si las hubiese dirigido á sí misma, sin inquietarse por la presencia de su compañero.

—Yo no daría un solo tlaco, dijo insolentemente Dubrosc picado de esta declaración, no, á fe mia, ni un tlaco porque vd. me hubiese amado! Que vd. me haya querido ó no, no es esa la cuestión. De lo que se trata es de que se presente vd. á su tío creso y le reclame la parte de su fortuna que el viejo avaro reliene todavía en sus corvas uñas. Es preciso que esto se verifique desde mañana, y no se dilate mas.

—No convengo.

—Vd. lo hará, ó....

La mujer se levantó sin responder y se dirigió á la puerta con intencion de salir.

—Basta por esta noche, mi hermosa, si le parece, dijo Dubrosc asiéndola vivamente por el brazo: me asisten razones para retenerla aquí. La he visto hablar esta mañana con ese condenado yankee y conozco que es vd. bastante pérfida para proporcionarle los medios de evadirse. Quiero, pues, vigilarlo en persona: vd. tendrá la bondad de permanecer

donde se halla; pero mañana por la mañana estará vd. libre, y si le gusta levantarse temprano, tendrá el placer de verle danzar en alguna rama de árbol. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Y el erriello salió moviéndose y cerró la puerta tras él.

Una espresion singular se notaba en el semblante de la jóven, manifestándose á la vez en sus miradas el triunfo y el dolor. Así que partió Dubrosc, se acercó á la ventana, unió sus labios á las rejas y miró hácia fuera.

Tomé el diamante que me dió al tiempo de separarnos; levanté la mano á la altura de su rostro, y escribí sobre el vidrio la palabra *Gracias*.

Al verme, su primer movimiento fué el de retroceder: por mi parte no debia perder tiempo; mis compañeros estaban impacientes con mi tardanza. Dejé, pues, á mi libertadora y me reuní con mis amigos, que no esperaban sino por mí; emprendimos inmediatamente la fuga por entre los bosques de cactus y magueyes, llegando bien pronto sin percances á la orilla de la floresta.

Antes de entrar en ella no pude menos de volver la cara para mirar la ventana. La jóven estaba allí, y con la lámpara en la mano leia mi grabado. ¡Pobre Merced! la luz alumbraba de lleno su lindo rostro, cuya interesante y melancólica espresion no olvidaré en toda mi vida. De un salto nos pusimos en el bosque.

CAPITULO XLIII.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

LA PERSECUCION.

**P**OR algun tiempo estuve indeciso en mi resolucion, dudando abandonar los parajes habitados por Guadalupe. La idea de dejarla en semejante sociedad, prisionera tal vez bajo el poder del infame Dubrosc me atormentaba mas de lo que puedo explicar; pero ¿qué hacer? no eramos sino cinco hombres casi desarmados.

—Seria locura, me dije al fin, permanecer en estos lugares, y esta locura me costaria la vida. Mercedes ejerce algun misterioso poder sobre su feroz amante, del que se servirá sin duda para protegerlas.

Este último pensamiento desvaneció mis dudas, fijó mi resolucion y me consagré enteramente al proyecto de salvarnos.

Poco temor teniamos de que nos volviesen á aprehender por la suma confianza en la habilidad de Lincoln y en la práctica que habia adquirido hacia mucho tiempo de todas las artes empleadas en la pradera para esterminar á los indios. Ademas Raoul conocia perfectamente el país, no habiendo senda ó bosque por la que no hubiese pasado una ó muchas veces.

Parámonos un momento para deliberar sobre la direccion que tomaríamos: mientras estabamos en consejo, oimos resonar un clarín detras de nosotros y luego en la misma direccion el ruido de un cañazo que repitieron los ecos de aquellos contornos.

Estos ruidos vienen de la hacienda, dijo Raoul: ya habran advertido nuestra partida.

—¿Es esta una señal, Raoul, preguntó Lincoln?

—Si, replicó el otro, es para advertir á todos los guardias de las colinas, y vamos á encontrarlos alerta.

—Yo no soy de dictámen de proseguir por el bosque, pues no es bastante estenso. ¿No puede vd. Raoul, conducirnos al fondo de alguna cañada?

—Hay, dice el francés, un gran chaparral á cerca de diez millas de aquí: si podemos llegar á él, estamos en salvo: una manada de lobos se puede ocultar allí muy bien y es fácil estar antes de que amanezca.

—Pues condúzcanos allá, Raoul.

Dirigimonos á aquella parte avanzando con la mayor precaucion; el roce de las hojas, el crujido de un palo seco haciendose pedazos bajo nuestros piés podian bastar á descubrirnos; porque nuestros enemigos estaban en movimiento sobre todos los puntos, y los destacamentos pasaban tan cerca de nosotros que podiamos oír el ruido de su marcha.

Habiamos tomado á la derecha á fin de ganar la cañada de que nos habló Lincoln. Llegamos pronto y descendimos al mismo lecho del torrente que corria por el fondo. Lincoln se habia opuesto á que siguiésemos la ribera, en la persuasion en que estaba, decia él, de que en tal caso los enemigos no tardarian en descubrir nuestras huellas.

Las previsiones del cazador eran fundadas, por-

que á poco de haber tomado la precaucion que acabamos de mencionar, llegó al borde de la cañada una partida de nuestros enemigos. Estaban tan cerca de nosotros que oíamos el ruido de sus espuelas y de sus sables, pudiendo percibir hasta su conversacion.

—Y en primer lugar, decia un guerrillero, ¿cómo se han hecho para desatarse en la prision? En segundo, ¿quién agujereó la pared por afuera? Debe haber sido uno de ellos que se haya escapado antes. . . . Sin embargo, casi no es posible.

—Verdad, José, decia otra voz, es forzoso que hayan sido auxiliados por alguien, y no puede ser por otro que por aquel gigante que se nos escapó allá abajo en el rancho. El tiro que mató la serpiente venia del chaparral, y lo hemos registrado en todas direcciones sin encontrar á nadie. Acuérdate de lo que te digo: ¡es él! Sin duda nos siguió por todo el camino.

—¡Vaya! exclamó otro, no quisiera encontrarme á tiro de su carabina, dicen que alcanza á mas de mil pasos, y que á esta distancia pone su bala donde quiere, como con la mano. La serpiente fué herida justamente entre los dos ojos.

—¡Por la Virgen! debe ser una serpiente de buen gusto, cuando vino á galantear la linda niña del viejo español. Esto me trae á la memoria lo que dice la Biblia de nuestra madre Eva y de la serpiente. Si la bala del yankee. . . .

No pudimos oír mas, porque las voces se alejaban y fueron bien pronto confundidas por el ruido del torrente.

—¡Ah! dijo en voz baja Lincoln terminando la frase empezada por el guerrillero, si la bala del yankee no hubiera sido para la serpiente, lo seria para

la serpiente, lo seria para uno de vdes., bellacos.

—¡Qué! ¿fué vd? pregunté volviendome para el cazador.

—Si, capitan; yo me habia determinado á jugar una mala partida á M. Dubrosc, á quien ví en la enramada, y luego me decidí á sacrificar mi bala para salvar á la jóven.

—¿Y Jack? pregunté pensando por la primera vez en el mozo.

—Espero que esté bueno, capitan: lo envié al campo á decir algo del asunto al coronel,

—¿Así espera vd. socorros del campo?

—Sin duda, capitan; pero no podrán venir hasta aquí: probablemente se pararán en el rancho y entretanto nos es forzoso sacarnos solos de este mal paso y marchar con ligereza en pos de Raoul.

—Tiene vd. razon; pues sigámos á Raoul.

Después de una marcha may fatigosa, llegamos por fin á la espesura de que nos hablaba Raoul: penetramos en ella y nos deslizamos por medio de las malezas hasta un pequeño sitio abierto, cuyo suelo estaba lleno de grandes yerbas secas. Difícilmente pudieramos haber encontrado un parage mas aparente para vivaquear, estabamos por otra parte rendidos de cansancio, no menos por nuestra precipitada correría que de resultas del viage en las mulas, así que apenas nos tendimos sobre la yerba, cuando dormimos un profundo sueño.

CAPITULO XLIV.

NUEVO Y TERRIBLE ENEMIGO.

**E**RA ya alto el día cuando me desperté: mis compañeros, escepto Clayley, estaban ya de pié y acababan de encender fuego con cierta madera conocida de Raoul que tiene la ventaja de dar poco humo. Ocupábanse en preparar el desayuno. De una rama de árbol pendía el feo cadáver de una iguana aun palpitante, que Raoul iba á descuartizar con el cuchillo, mientras que Lincoln cargaba con cuidado su carabina. El irlandés sentado sobre la yerba, pelaba bananas y las asaba sobre los carbones.

—En breve rato estuvo asada la iguana y nos pusimos á comer con escelente apetito.

—¡Por San Patricio! dijo Chan; á quien me hubiese asegurado en mi país que habia de comer semejante reptil, no le hubiera creído.

—¿Qué le parece á vd., Murtagh? dijo Raoul riendo.

—Mi opinion es que vale mas que un plato vacío, como aquel en que el diablo de *ten days* no quiso poner las habias. Pero si.....

—Chiton, dijo Lincoln temblando y dejando á medio masticar la comida que tenia en la boca.

—¿Qué hay? le pregunté.

—Dentro de un instante voy á decírselo.

—Pronunciando estas palabras el cazador, que se habia levantado nos hizo seña de guardar silencio, y luego andando por el límite del claro, se tendió en tierra.

Sabíamos que era un medio de escuchar y esperamos con ansiedad el resultado de sus observaciones: no nos tuvo largo tiempo en la incertidumbre, porque apenas puso en tierra el oído, cuando de un salto se levantó gritando:

—¡Por Dios vivo! han echado perros para explorar nuestras huellas.

Muy rara vez se servia Lincoln de juramentos, y cuando lo hacia era en negocio grave: el semblante del cazador estaba por otra parte en relacion con sus palabras, manifestándose en sus ojos una expresion de abatimiento no comun en él.

Esta revelacion de Lincoln obró sobre nosotros como una accion galvánica; de un salto nos alejamos del fuego y nos echamos de barriga sobre la yerba.

No se habia articulado una palabra, pero cada uno imitando al sargento, habia aplicado su oído á tierra.

En esta posicion distinguimos desde luego un murmullo sordo semejante al zumbido de una abeja que parecia salir del suelo, y que se hizo poco á poco mas distinto: en seguida oímos un ahullido mas fuerte que bien pronto cesó enteramente. Despues de un corto intervalo el ruido volvió á sentirse; pero mas claro aun que la primera vez: eran ladridos sin que pudiese caber en ello la menor duda ni equivocacion. Como lo habia dicho Lincoln al principio nos perseguian sabuesos españoles.

Nos levantamos y dirigimos á todas partes nuestras miradas para descubrir armas; pero no las vimos, y encontrándose nuestros ojos espesaron la mas profunda desesperacion.

La carabina y dos cuchillos de faltriguera eran las solas armas que poseiamos.

—¿Qué haremos? preguntó uno de los nuestros.

Y al mismo tiempo todas las miradas se dirigieron á Lincoln.

El cazador permanecia inmóvil con la mano erizada sobre el cañon de su arma y la vista fija en tierra.

—¿A qué distancia estamos de la cañada, Raoul? preguntó despues de un rato de silencio.

—A doscientos pasos, cuando mas.

—No veo otro medio, capitán, que el de entrar en el agua. Si el torrente es vadeable lo pondremos entre nosotros y los perros. ¿Tiene vd. algo que objetar sobre el asunto?

—No; porque yo tambien habia pensado en lo mismo.

—Si tuviéramos cuchillos de caza hubiéramos aguardado aquí á los perros; pero no los tenemos y creo que segun los ladridos, no haya menos de una docena de ellos en nuestra persecusion.

—No, no debeiros permanecer aquí: ¡ea! Raoul, condúzcanos vd. á la cañada.

El francés se puso en camino siguiéndole nosotros por entre la selva.

Así que llegamos á la corriente, entramos en su lecho. Era uno de estos torrentes de las montañas tan comunes en México que se componen de aguas tranquilas alternando con cascadas, las que tienen la mayor parte del tiempo una violencia extraordinaria. Comprimidas entre dos riberas estrechas de

basalto, ruedan mugiendo en medio de un lecho sembrado de rocas, sus rápidas olas siempre cubiertas de albicante espuma.

El paraje por donde penetramos en el lecho de la corriente, formaba una especie de laguna de agua casi dormida: la atravesamos con facilidad y prosiguiendo su lecho llegamos pronto á otro sitio de la misma naturaleza, no sin haber experimentado mucho trabajo en pasar sobre las rocas de una cascada intermedia.

Esta segunda charca no tenia menos de cien piés de largo; el agua, pura como el cristal, nos daba hasta la cintura.

Creyendo haber hecho lo bastante para desviar los perros, volvimos á la ribera, sobre la que trepamos siguiendo una direccion paralela á la corriente, procurando no alejarnos del agua por el temor que teniamos de vernos precisados á repetir igual estratagemas.

Los ahullidos de los perros que por un rato habian resonado en nuestros oidos, cesaron de repente.

—Habrán llegado á la corriente, dijo Clayley.

—No, respondió Lincoln despues de haber escuchado; solo si que han encontrado los restos de la iguana.

—Ya empiezan de nuevo, dijo uno de nosotros á tiempo que los perros ladraban en coro: volvieron á cesar los ladridos un minuto despues, y fueron reemplazados por sordos refunfuños que nos anunciaban que la trahilla no encontraba castro.

Bajamos la corriente por cerca de dos millas sin tener otros datos sobre los perros que algunos ladridos que nos llegaban aisladamente, y nos inclinábamos á creer que los habiamos desviado del todo, cuando vimos á Lincoln que se habia quedado al-

gunos pasos atras, tenderse de nuevo con el oido contra tierra.

Parámonos, la vista fija en él con una ansiedad profunda. Un minuto despues se levantó el cazador y golpeando el suelo con la culata de su carabina exclamó furioso.

—El cielo confunda esos malditos perros! ahí vienen detras de nosotros.

Esta manifestacion nos hizo encaminarnos otra vez á la cañada, y despues de haber escalado algunas rocas, volvimos al lecho del torrente que empezamos á bajar.

Una exclamacion de Raoul que iba delante, nos hizo parar, de la que pronto supimos la causa. Habiamos entrado en el agua cerca de un parage en que el torrente se reunia con un canal.

A cada lado de nosotros se alzaban rocas tajadas á pico de muchas centenares de piés de altura, precipitándose el agua por el estrecho espacio comprendido entre aquellas con tal fuerza y violencia, que proseguir adelante, era esponerse á estrellarse contra las rocas.

Para poder continuar bajando el torrente hubiera sido preciso volver á tierra y andar el circuito de una milla; cosa poco practicable, porque los perros no podrian menos de alcanzarnos al cabo de trescientos pasos.

Nos preguntábamos con la vista, pero especialmente á Lincoln, al que cada uno de nosotros parecia pedir socorro.

—Por esta vez creo que no nos escapemos, dijo el cazador rechinando los dientes.

—No, esclamé; ocurriéndome un pensamiento repentino que acababa de pasarme por la mente. Si-

ganme vdes., compañeros: es preciso para huir de los perros subir sobre este collado.

Hablando así señalé las rocas que se alzaban por encima de nuestras cabezas.

Un gran grito de Lincoln manifestó su aprobacion.

—¡Hurra! dijo saltando sobre la ribera. El capitán ha tenido una feliz ocurrencia: vamos, hijos, subamos al cerro.

Un rato despues estábamos colgados de los flancos de las rocas escarpadas, y al cabo de un cuarto de hora llegamos por fin, á fuerza de piés y manos á ganar el punto mas elevado, que era una pequeña plataforma cubierta de matas de yerba, dominando al torrente que corria con estruendo á sus piés. Allí fué donde nos paramos.

## CAPITULO XLV.

BATALLA CON LOS PERROS.

DETUVIMONOS un poco para tomar aliento: la violenta subida que acabábamos de hacer nos habia sofocado, y fatigado horriblemente.

Quise examinar la profundidad del precipicio por encima del cual estábamos suspensos y era para causar vértigos. A mas de doscientos piés por debajo de nosotros, á la falda de una muralla de ro-

cas rodaba el torrente que se precipitaba en el canal, por un lecho de rocas que cubria de espumas.

Entre nosotros y el torrente no habia nada que llamase la atencion; las rocas eran perpendiculares sin una sola salida ni un árbol para suavizar la caída. La vista descendia de golpe sobre los fragmentos pequeños que sembraban el lecho del torrente.

Pasáronse algunos minutos antes que viésemos aparecer á ninguno de nuestros singulares adversarios; pero los ladridos nos advertian que se acercaban cada vez mas. Nuestro rastro estaba fresco y era evidente que lo habian encontrado. En efecto, bien pronto sentimos remover las malezas y vimos lucir sus pechos blancos en medio de las hojas: poco despues el sabueso saltó sobre la ribera, abrió sus terribles mandíbulas y dió un largo ahullido.

No halló pista por el paraje en que entramos en el agua: los demas perros salieron de la espesura y se le reunieron confundiendo con los de aquel sus gritos desconcertados.

Un perro viejo mas hábil y experimentado que los otros bajó hasta la abertura del canal, al nivel del sitio por donde habiamos atravesado; así que llegó el animal á este punto entró en el lecho del torrente y adelantó saltando de roca en roca, hasta el paraje de donde habiamos salido del agua para trepar el cerro. Un gran grito del animal anunció á los demas perros que habia vuelto á encontrar el rastro, y todos siguieron la misma direccion.

Sin embargo, el perro viejo se disponia á saltar para llegar á la roca sobre la cual habiamos pasado; cuando Lincoln hizo fuego. El animal dió un débil gemido, cayó en el agua de cabeza, y desapareció como un relámpago en la profundidad del canal.

—Ya tenemos uno menos que nos persiga, dijo el cazador volviendo á cargar su carabina.

Sin dar á entender que hubiesen advertido la desaparicion de su gefe continuaron los demas adelantando en nuestro alcance con continuos ladridos. Veíamoslos claramente acercarse á nosotros á cada paso, y ya uno de ellos salia del lecho del torrente y se disponia á trepar el cerro, cuando un segundo tiro hecho por Lincoln puso fin á su persecucion y á su vida.

—Dos enemigos menos, dijo el sargento poniendo en tierra su carabina. No habia ya medio de servirse de ella, porque los perros tan pronto nos vieron, abandonaron el rastro que ya era superfluo, y avanzaban hácia nosotros trepando con rapidez las rocas sobre las cuales habiamos subido con tanto trabajo. En un instante nos cayeron encima, y entonces empezó una terrible lucha cuerpo á cuerpo, en la que hombres y perros se confundieron en un caos horrible.

No sabré decir cuánto tiempo duró este combate. Lo que puedo asegurar es que me ví rodeado de monstruos furiosos, que me asieron á la vez por la garganta y por el brazo, sintiendo penetrarme las carnes con sus dientes agudos y crueles. Me batí con el valor de la desesperacion; al fin llegué á empuñar una cola, una pata ó un cuello ó qué se yo, y á lanzar un animal á algunos pasos de mí. Cayó en el precipicio.

Yo estaba libre, pero no por largo tiempo, pues tuve que dar principio á un nuevo combate.

Por un momento perdí el equilibrio y suspenso en el borde del abismo, estuve á punto de rodar al fondo con el enemigo que iba á vencer; pero tuve fuerza bastante para asegurarme en el suelo: este

esfuerzo fué el último y caí en tierra casi sin vida.

Miré en derredor. Clayley y Raoul estaban como yo postrados en el suelo, heridos y sangrientos: Lincoln y Chan tenían un perro, el primero por la cabeza y el segundo por las patas de atrás, y lo balanceaban con la intención de arrojarlo al abismo.

— ¡Vamos, Murtagh! dijo el cazador; una buena vuelta con el brazo y enviarlo al otro lado de la cañada: ¡uno! ¡dos! ¡tres! ¡hup!

Al mismo tiempo fué arrojado al aire el animal: quise ver su paradero: miré: atravesó el espacio que separaba los dos cerros, chocó sobre el borde de la roca que teníamos en frente, rechazó y cayó con fracaso en el profundo abismo.

Era el último de la trahilla.

## CAPITULO XLVI.

### UN ESTRATAGEMA INDIO.

UN grito salvaje llamó nuestra atención: eran los guerrilleros lanzados en persecución de nosotros que salían de los bosques: venían todos á caballo y acababan de pararse al pié del cerro.

— ¡Qué significa ese grito, Raoul? ¿qué grito es ese?

— Es porque no les sale bien su proyecto, capi-

tan, van á apearse y no tienen medio de conducir los caballos hasta aquí.

— ¡Ah! si al menos tuviese una carabina cada uno de nosotros! este sendero. . . .

Consideraba la garganta, pareciéndome evidente que se podía defender la entrada con facilidad; pero para ello era preciso estar armados.

Los guerrilleros, despues de haberse apeado, habían atado sus caballos á los árboles y se disponían á pasar del otro lado. Uno de ellos al que por su garzota y la riqueza de sus vestidos tuvimos por su jefe, acababa de entrar en la corriente, y se mantenía en una roca con su espada desnuda en la mano: pero no estaba á menos de trescientos pasos de la posición que ocupábamos sobre la cima del cerro.

— ¿Cree vd. poderle alcanzar? dije á Lincoln, que había cargado su carabina y que miraba al mexicano, sin duda con el fin de formarse una idea justa de la distancia.

— Temo estar muy lejos, capitán. Yo daría medio año de mi sueldo por tener á mi disposición la carabina alemana del mayor: pero, á pesar de eso voy á ensayar: Murtagh, colóquese vd. delante de mí; pues estamos muy á las claras, y si ese mexicano me vé apuntarle, huirá como un gamo.

Chan colocó su ancha persona delante del sargento, quien apoyó con cuidado su carabina en los hombros de su compañero y apuntó al mexicano.

El jefe guerrillero percibió este movimiento, y sospechando el peligro, acababa de dar media vuelta sobre sí mismo, y se disponía á dejar la roca cuando partió el tiro. El penacho voló á lo lejos, y el guerrillero, estendiendo convulsivamente los brazos, cayó redondamente en el agua. Un instante

después flotaba el cadáver en la superficie de la corriente, seguido por el sombrero y el penacho, y en un abrir y cerrar de ojos todo desapareció en el canal con la rapidez de una flecha.

Los camaradas del difunto prurupieron en un grito de terror. Los que le habían seguido por el torrente ganaron á toda prisa la ribera y se guarecieron detrás de las rocas.

A este tiempo oímos una voz que se alzaba por encima de las otras gritando:

— *Caramba, guardaos: es el rifle del diablo.*

Era sin duda el camarada de José, el que se encontró en la pradera de la Virgen y fuera testigo de las proezas de la *Zündnadel*.

Los guerrilleros aterrados por la muerte de su jefe, porque era Yañez el que acababa de caer, se ocultaron todos detrás de las rocas: aun los que habían quedado guardando los caballos á mas de seiscientos pasos atrás buscaron un refugio entre los árboles y en los accidentes del terreno.

Los que estaban mas cerca de nosotros respondieron á Lincoln con escopetazos; pero sus balas mal dirigidas se aplastaron sobre la faz del cerro, ó pasaron silvando por encima de nuestras cabezas. Clayley, Chan, Raoul y yo, que no teníamos armas á nuestra disposición, nos guarecimos detrás de un pedazo de roca para evitar el alcance de alguna bala perdida: pero Lincoln, colocado en la cima del cerro, presentaba todo su cuerpo al enemigo, cuyos proyectiles parecía desafiar.

No he visto nunca hombre alguno que fuese tan superior como él al temor de la muerte: su valor era en todas ocasiones el mismo, tranquilo é impassible. En este admirable soldado, solo, de pié como un coloso sobre el cerro que dominaba, manejando

con sangre fría su terrible carabina y echando una mirada de desprecio sobre la tropa de enemigos que temblaba á sus piés, formaba uno de aquellos cuadros que no se ven sino una sola vez en la vida y que me complacería en pintar, si supiese manejar un pincel.

Inalterable en su puesto, el cazador maniobraba su arma con una precisión admirable, sin la menor aprension por las balas que llovían en torno de él, y pasaban cerca de sus oídos con aquel silvo particular que no olvidan jamas los que lo han oído por una vez en las batallas.

Tanto valor era imponente aun para nosotros, y con mayor razon debió producir una viva impresion en los enemigos. Iba á llamar á Lincoln y á darle orden de retirarse y de ponerse a cubierto, cuando le vi levantar su carabina para apuntar; pero al cabo de un instante puso la culata en tierra con un gesto de enfado; repitiendo la misma maniobra sin mejor éxito, y oí al cazador refunfuñar entre dientes.

— ¡Que turba de poltrones! parece que juegan al escondite.

En efecto, cada vez que Lincoln apuntaba su terrible carabina desaparecían los guerrilleros, de tal suerte que no se descubrían ni sus cabezas, ni sus cuerpos.

— Valen menos que sus perros, continuó el cazador volviéndose para nosotros, y si tuviésemos tiempo, podríamos detenerlos aquí hasta el día del juicio final.

No obstante, manifestábase un movimiento entre los guerrilleros; la mitad de la partida montó á caballo y se alejó á galope:

— Van á dar vuelta por el vado, dijo Raoul; es un tránsito de milla y media á lo sumo; pueden pa-

sarlo á caballo, y caerán sobre nosotros dentro de media hora.

¿Qué hacer? no habia en nuestro derredor ni bosque ni chaparral para guarecernos: el campo que se estendia detras del cerro era una meseta descubierta donde crecian algunas palmeras esparcidas y algunos piés de yuca. Desde el punto elevado en que estábamos, descubrimos todo el país hasta una distancia de cinco millas; allí era donde empezaban los bosques, ¿pero no seria posible llegar antes de ser alcanzados por los enemigos?

Si todos los guerrilleros se hubiesen decidido á tomar por el vado, hubieramos podido volver al fondo de la cañada; pero, como lo hemos dicho, una parte de la cuadrilla se mantuvo al pié del cerro, cortándonos toda salida por este lado; no nos quedaba, pues, mas recurso que el de ganar los bosques.

Lo primero que teníamos que hacer para poner en ejecución este proyecto era engañar á los que estaban á nuestros piés; pues de esta manera nos alcanzarían antes que los otros, y sabíamos por experiencia que si los mexicanos tienen mal éxito en las batallas, corren como liebres.

Conseguimos nuestro intento merced á un antiguo estratagema indio que Lincoln y yo habíamos practicado ya. No hubiera sido suficiente para engañar á un tirador de Tejas, pero era cuanto se podía apetecer para nuestros guerrilleros.

Estendímonos sobre el suelo de manera que solo nuestras cabezas estuviesen á la vista del enemigo, el cual continuaba haciendo descargas de escopeta. Al cabo de un instante nos retiramos gradualmente atrás, y no sobresalian sobre el césped sino las puntas de nuestros gorros. Permanecimos así algun tiempo, teniendo cuidado, no obstante, de mostrar

nuestro cuerpo de rato en rato; pero los instantes eran preciosos, y teníamos muy pocos que perder en esta pantomima. Felizmente no era el negocio con los comanches y para *D. Diego* (1) la farsa estaba bien representada.

Practicados estos preliminares, nos quitamos los gorros unos despues de otros, y dejando los cinco capuces en la posicion mas natural posible, nos retiramos arrastrandonos como lagartos. Al cabo de cerca de cien pasos dados de esta manera, hallandonos ya fuera del alcance de su vista, nos levantamos; continuando nuestra marcha como una banda de perros espantados.

Los escopetazos que resonaron por largo tiempo á nuestros oidos nos instruyeron de que los guerrilleros habian dado completamente en el hito y que ejercitaban su destreza sobre los gorros vacios, mientras que por nuestra parte nos alejábamos á pierna suelta del teatro de nuestro último encuentro.

## CAPITULO XLVII.

FULMINADOS.

**H**UYENDO á cuanto podíamos, echábamos de rato en rato una mirada atrás para ver si el enemigo

(1) *D. Diego* es el brujo de los mexicanos, como *John Bull* el de los ingleses, y el hermano *Jonathan* el de sus primos hermanos los yankees.

sarlo á caballo, y caerán sobre nosotros dentro de media hora.

¿Qué hacer? no habia en nuestro derredor ni bosque ni chaparral para guarecernos: el campo que se estendia detras del cerro era una meseta descubierta donde crecian algunas palmeras esparcidas y algunos piés de yuca. Desde el punto elevado en que estábamos, descubrimos todo el país hasta una distancia de cinco millas; allí era donde empezaban los bosques, ¿pero no seria posible llegar antes de ser alcanzados por los enemigos?

Si todos los guerrilleros se hubiesen decidido á tomar por el vado, hubieramos podido volver al fondo de la cañada; pero, como lo hemos dicho, una parte de la cuadrilla se mantuvo al pié del cerro, cortándonos toda salida por este lado; no nos quedaba, pues, mas recurso que el de ganar los bosques.

Lo primero que teníamos que hacer para poner en ejecución este proyecto era engañar á los que estaban á nuestros piés; pues de esta manera nos alcanzarían antes que los otros, y sabíamos por experiencia que si los mexicanos tienen mal éxito en las batallas, corren como liebres.

Conseguimos nuestro intento merced á un antiguo estratagema indio que Lincoln y yo habíamos practicado ya. No hubiera sido suficiente para engañar á un tirador de Tejas, pero era cuanto se podía apetecer para nuestros guerrilleros.

Estendímonos sobre el suelo de manera que solo nuestras cabezas estuviesen á la vista del enemigo, el cual continuaba haciendo descargas de escopeta. Al cabo de un instante nos retiramos gradualmente atrás, y no sobresalian sobre el césped sino las puntas de nuestros gorros. Permanecimos así algun tiempo, teniendo cuidado, no obstante, de mostrar

nuestro cuerpo de rato en rato; pero los instantes eran preciosos, y teníamos muy pocos que perder en esta pantomima. Felizmente no era el negocio con los comanches y para *D. Diego* (1) la farsa estaba bien representada.

Practicados estos preliminares, nos quitamos los gorros unos despues de otros, y dejando los cinco capuces en la posicion mas natural posible, nos retiramos arrastrandonos como lagartos. Al cabo de cerca de cien pasos dados de esta manera, hallandonos ya fuera del alcance de su vista, nos levantamos; continuando nuestra marcha como una banda de perros espantados.

Los escopetazos que resonaron por largo tiempo á nuestros oidos nos instruyeron de que los guerrilleros habian dado completamente en el hito y que ejercitaban su destreza sobre los gorros vacios, mientras que por nuestra parte nos alejábamos á pierna suelta del teatro de nuestro último encuentro.

## CAPITULO XLVII.

FULMINADOS.

**H**UYENDO á cuanto podíamos, echábamos de rato en rato una mirada atrás para ver si el enemigo

(1) *D. Diego* es el brujo de los mexicanos, como *John Bull* el de los ingleses, y el hermano *Jonathan* el de sus primos hermanos los yankees.

parecia. El sentimiento de la conversacion nos dió algun vigor por momentos, pero escaso, porque habiamos perdido nuestra sangre en la lucha con los perros y estábamos agoviados de cansancio.

Pero la carrera se prolongaba y nuestras fuerzas empezaban á agotarse. Por colmo de males fuimos asaltados por una furiosa tempestad, una de aquellas tormentas que solo se ven en los países tropicales. La lluvia caía á torrentes hiriendonos la cara, el suelo mojado resbalaba ó huía bajo nuestros pasos, los relámpagos nos cegaban y los vapores sulfurados nos impedían respirar.

No obstante, proseguimos adelantando débiles, jadeantes; respirando apenas, pero impulsados por la certidumbre de que la muerte venia á nuestras espaldas.

Jamas olvidaré tan terrible fuga: creí que no tendria término. La mejor idea que puedo dar de ella, es comparandola á uno de esos ensueños penosos, durante los cuales se hacen vanos esfuerzos para escapar de las garras de un monstruo horrible, cree uno morir y luego se disipa el fantasma de repente como por la virtud de un poder encantador. Esta fuga se representa aún a mi mente, como el primer día que la sentí; con mucha frecuencia ha sido el objeto de mis pesadillas, y jamas me he despertado en tales circunstancias sin un profundo sentimiento de terror.

Ya estábamos á quinientos ó seiscientos pasos del bosque: seiscientos pasos son sin duda poca cosa para un viagero descansado: pero para nosotros debilitados por una larga y penosa correría, seiscientos pasos eran el infinito.

Una pequeña pradera atravesada por una corriente de agua, nos separaba aún de la floresta. Esta

pradera cubierta de yerba no tenia un solo árbol. Acabábamos de entrar en ella; al frente iba Raoul, el mas ligero de nosotros en la carrera; habiendose quedado atras Lincoln, con el objeto de vigilar al enemigo y advertirnos lo que observase en caso preciso.

Un grito del cazador nos hizo volver la cara. Felizmente estábamos tan rendidos y fatigados que nada nos asustaba. Cien ginetes lo menos venian á todo galope: cada instante disminuía la distancia y bien pronto llegaron á nuestros oídos sus furiosos gritos.

—Ahora, amigos, procuren escaparse. Yo por mi parte me encargo del que viene delante, es cuanto puedo hacer, dijo el sargento.

Tratamos de continuar nuestra carrera, pero los guerrilleros ganaban siempre terreno, y las balas de sus escopetas silbaban á nuestros oídos labrando el suelo á nuestros pies. Al ruido de la mosquetería, Raoul que ya habia llegado al bosque, retrocedió decidido este valiente mozo á participar con nosotros de la misma suerte.

—Sálvese vd. Raoul, le dije.

Pero mi voz se habia debilitado y no pude oirla en medio de toda la turba: víle que proseguía retrocediendo con direccion á nosotros.

Oía á mis espaldas gritos y fusilazos continuando las balas silbando al rededor de nuestros oídos.

Siguióse luego el ruido de los caballos, el cliqueteo de los sables que saltaban de las vainas de hierro, y dominando todo el tumulto, un tiro de Lincoln seguido de un grito terrible dado por el cazador.

Al mismo tiempo, oyóse el trueno; el ruido de la tierra quedó enmudecido por esta gran voz del cielo, la bóveda celeste pareció inflamada, respiré un

aire impregnado de vapores sulfurosos, una llama rápida pasó delante de mí, sentíme herido como por una mano invisible, y caí en tierra casi exámine.

Una cosa que me dió frio al mismo tiempo en la cara y en el pecho me volvió á la vida: era agua. Abrí los ojos, pero tardé algunos instantes en reconocer á Raoul, que inclinado sobre mí, me lavaba el rostro con agua que habia recogido en sus zapatos.

Murmuré algunas palabras incoherentes.

—Fué un rayo! dijo Raoul.

—*Gran Dios! ¡hemos sido heridos por el rayo!*

Colocado Raoul mas adelante á alguna distancia fué el único que se escapó del azote.

Viéndome el francés fuera de peligro me dejó bien pronto para acudir á Clayley que estaba tendido á algunos pasos de mí entre Chan y el cazador.

Los tres parecían sin vida; estaban pálidos como cadáveres con algunas manchas rojas diseminadas sobre sus caras y sus labios lívidos como los que ha tocado la muerte.

—¿Están muertos? pregunté con voz debil.

—No lo creo, vamos á verlo.

Y pronunciando estas palabras introdujo el francés algunas gotas de agua en la boca de Clayley.

Este dió un debil suspiro y empezó á volver en sí: Raoul pasó al cazador y le hizo la misma operacion: apenas tocó el agua los labios del sargento, cuando se alzó derecho en sus piés, cogió á su compañero por el cuello y esclamó:

—¡Maldito bellaco! eres tú el que pretendes ahorcarme?

Reconociendo luego su error, soltó á Raoul mi-

rándole con un aire de asombro estúpido. Bien pronto sus miradas se dirigieron á la carabina. Al verla pareció volver enteramente en sí, porque dió algunos pasos, recogió su arma, llevó su mano á la cartuchera, y se puso á cargar con tanta tranquilidad como si estuviera en una revista.

En cuanto á mí, mientras que Raoul estaba ocupado de Clayley y del irlandés, me habia levantado y miraba atentamente para la pradera. La lluvia caía á torrentes, los relámpagos continuaban brillando de rato en rato: á cerca de cincuenta pasos de mí, una enorme masa negra yacia sobre el cesped: eran hombres y caballos derribados unos sobre otros, y confundidos en una completa inmovilidad. De trecho en trecho se veía tambien á algun ginete tendido al lado de su caballo: mas lejos veinte ó treinta hombres galopaban en contorno de la llanura, procurando, pero en vano, dirigir sus caballerías espantadas hácia el punto donde estábamos. Eran guerrilleros que como Raoul habian escapado á la accion del rayo.

—Ea! esclamó el francés, cuyos cuidados acababan de resucitar á Clayley y á Chan, no tenemos un momento que perder. Bien pronto se disipará el susto de los caballos, y esos bellacos no tardarán en continuar su persecucion.

El consejo era sabio y lo seguimos sin tomarnos siquiera el trabajo de discutirlo: así antes que los guerrilleros hubiesen podido recobrar sus caballos, habiamos ganados los bosques en los que nos introdujimos por en medio de los árboles cargados de lluvia.

CAPITULO XLVIII.

UN PUENTE DE MONS-

**RAOUL** creía que una preocupación supersticiosa impediría á nuestros enemigos perseguirnos mas tiempo, y que se retirarian ante lo que, segun él, no podrian menos de tomar por una intervencion del cielo, por un tiro partido de los *brazos de Dios*. Pero esta suposicion no bastaba á tranquilizarnos, y á pesar de nuestro estado de debilidad, continuamos internándonos en el chaparral con el mismo ahínco. Estábamos medio muertos de cansancio y de hambre porque, si bien se recuerda, apenas habíamos empezado á probar nuestra iguana, cuando nos vimos tan desgraciadamente perturbados. Ademas estábamos mojados hasta los huesos, cubiertos de picaduras de espinas y despedazados por los crueles dientes de los perros: en suma, nos sentíamos fatigados, amortecidos, llenos de sangre; tristes condiciones para una marcha forzada.

Lincoln, cuya firmeza se habia manifestado hasta entonces inalterable, parecia abatido y desanimado. Mientras que andábamos las dos ó tres primeras millas, le oímos refunfuñar entre dientes que no estaba en su cuerda y vimos echar al mismo

tiempo sobre su carabina miradas vagas que nunca habia acostumbrado.

Sin embargo, á medida que se internaba en el bosque, el valiente cazador recobraba su energía, pareciéndole estar en su elemento.

—Nos hace bien, dijo á Raoul, la sombra de estos grandes árboles. Me siento bueno.

—Y se encontrará vd. mucho mejor dentro de poco, respondió el frances.

—Yo me alegraria, Raoul, porque hablando con franqueza, tengo necesidad de ello; se me anda la cabeza, se me doblan las piernas, y creo que no acertaria á un oso á veinticinco pasos.

Despues de haber andado cerca de cinco millas nos hallamos junto al margen de un arroyo. La borrasca habia cesado, pero aumentada la corriente por la lluvia no se podia pasar. Felizmente teniamos datos para creer que estábamos fuera del alcance de los enemigos y resolvimos acamparnos sobre las márgenes del arroyo.

No fueron largos nuestros preparativos, limitándose á dejarnos caer bajo la sombra de un gran árbol. Raoul, menos cansado que los demas, reunió algunas ramas secas y encendió fuego; cogiendo en seguida nueces de corrazo, de las que por dicha estaban cargados los árboles que nos rodeaban. Secamos nuestros vestidos empapados por la lluvia y Lincoln curó á cada uno por su orden las heridas de que estábamos cubiertos. Esta operacion quirúrgica exigió que nos valiésemos de nuestras camisas, habiendo sido preciso sacrificarlas y convertirlas en vendas.

Despues de estas atenciones, tomamos nuestra frugal cena y un poco restablecidos ya, nos tendimos

sobre la yerba, donde no tardamos en dormirnos profundamente.

Al cabo de cierto tiempo me encontré en un estado incierto que no era ni sueño ni vigilia, sino que participaba del uno y de la otra, cuando me sacó de él un gran alboroto que sonaba á alguna distancia: era como un ruido de muchas voces de niño. Levanté la cabeza, el cazador estaba de pié y parecía escuchar con atencion.

—¿Qué es eso, Bob? le pregunté.

—El diablo me lleve, capitán, si lo sé. Raoul ¿qué algarabía es esa?

—Son los *aragatoes*, dijo el francés medio dormido.

—*Arapatakoi*, ¿qué diablo de nombre me ha dicho vd., Raoul? hable vd. con mas claridad.

—Son monos, repuso el otro levantándose y riéndose en las barbas del sargento.

—¡Ah! si no es mas que eso, me burlo, dijo el cazador volviéndose á acostar con manifiesta indiferencia.

—Se dirigen al arroyo y van sin duda á pasarlo para ganar las rocas que están allá abajo.

—¿Cómo! ¿pasar ese arroyo! no ve vd. que es un torrente invadeable.

—¡Ah! tranquilízese vd., respondió el francés, no haya miedo que se mojen los piés: los monos temen el agua tanto como el fuego. Cuando no pueden pasar á pié enjuto, hacen un puente.

—¿Un puente! ¿y cómo?

—Espere vd. un momento, capitán, y lo verá.

Las voces se oían mas distintas, siendo fácil de comprender que los monos se acercaban á nosotros: en efecto, muy pronto percibimos la tropa en la ribera opuesta: marchaban en línea como un regi-

miento de soldados bajo la direccion de un gefe viejo de barba gris. Como Raoul me habia dicho, eran *aragatoes* (*simia ursina*) de la tribu de los *aluates* ó ahulladores, que se conocen en el país con el nombre de *monos colorados*.

Estos monos son de la estatura de un perro pequeño y los machos por lo comun mayores que las hembras; las que en el estado de la maternidad tienen la costumbre de viajar llevando sobre sus hombros á los pequenuelos casi semejantes á negrillos. Algunas los suspenden á sus pechos. Los de uno y otro sexo son de color rojo: largas barbas penden de su barba; su cuerpo está cubierto de un pelo áspero y espeso, y la cola tiene tres piés de largo. La falta de pelo en la estremidad de la cola y las callosidades que se observan en esta parte, indican bastante que es preñente: los monillos se sirven de ella tan bien como de sus piés y de sus manos para mantenerse en el cuello de sus madres.

Tales eran los singulares animales, cuya numerosa tropa percibiamos en la ribera opuesta.

Así que llegaron al borde del arroyo, todo el regimiento hizo alto. Uno de los gefes, ayuda de campo ó gefe zapador al parecer, se adelantó hasta una roca escarpada. Allí examinó con atencion la corriente, pareciendo calcular su profundidad, pasó la vista por muchos grandes árboles, y retiróse luego para ir á comunicar al comandante el resultado de sus observaciones. Despues de haber oido esta relacion, dió un grito el comandante, una órden sin duda, al cual respondieron muchos individuos de la tropa, y al instante separándose un destacamento del cuerpo principal marchó al arroyo y se reunió al rededor del pié de un gran cocotero que se alzaba cerca del lado mas estrecho de la corriente.

Oyóse por un rato una algarabía de voces discordes, y en seguida veinticinco ó treinta monos, treparon sobre el cocotero. Uno de los mas vigorosos de la banda ganó la cima del árbol, se adelantó hasta la estremidad de una rama, en la que se paró por algunas instantes, y despues de haber enrollado su cola al rededor de aquella por dos ó tres veces, se dejó caer quedando de esta manera colgado con la cabeza abajo. Otro subió sobre la misma rama, se reunió con su camarada, enrolló su cola al rededor de su cuello y de sus brazos, y se dejó caer, como el primero, con la cabeza abajo. El tercero hizo con el segundo lo que este habia hecho con el primero, y así fué haciendo el cuarto, el quinto y los demas por su orden, hasta que hubo los suficientes para que el último pudiese tocar el suelo con sus patas delanteras.

Así que esta cadena de eslabones vivos quedó terminada, se comunicó á sí misma un balanceo semejante al del péndulo de un reló. Al principio fueron lentas las oscilaciones; pero se aumentaron por grados, dándole el mono que formaba la estremidad inferior un empuje violento cada vez que le movimiento describiendo su curva, le permitía apoyar sus manos contra tierra. Muchos de ellos trepados sobre las ramas del círculo ayudaban tambien á las oscilaciones de la cadena. La falta de ramas inferiores en el cocotero que afecta, como nuestras álamos, la forma piramidal, facilitaba maravillosamente el movimiento.

Continuaron las oscilaciones con una fuerza siempre creciente, hasta que el mono que formaba la estremidad libre de la cadena, se lanzó sobre las ramas de un árbol situado en la ribera opuesta, llegando á asirse de una de aquellas y á trepar con

seguridad. Esta maniobra fué ejecutada con tanta destreza y circunspeccion que los anillos intermedios de la cadena no tuvieron nada que sufrir por la violencia del sacudimiento.

Así se encontraba fija en sus dos extremos, formando un verdadero puente colgado sobre el cual toda la tropa compuesta de cuatrocientos ó quinientos individuos, pasó con la rapidez del relámpago.

No he visto nunca cosa mas cómica que los gestos grotescos de estos monos suspensos así á lo largo de la cadena animada: las madres sobre todo, con sus hijos á cuestas y sus singulares geringonzas presentaban un cuadro de los mas divertidos.

Los monos que formaban el puente no cesaban de charlar y procuraban dar chascos á los que pasaban corriendo sobre sus cuerpos.

De esta manera se trasladó muy pronto la tropa á la ribera opuesta. ¿Pero como harian para atravesar el arroyo los animales que habian servido de puente?... Tal era la cuestión que se ofrecia de suyo.

Sin duda, nos figurabamos, van á desunirse unos de otros y á dejarse caer en tierra; pero la cadena estaba dispuesta de modo que solamente los últimos podian usar de este medio, estando los demas destinados ó á quedar en la ribera al tiempo de la partida, ó á caer redondamente en el agua.

Era un problema, cuya solución esperabamos con cierta curiosidad.

No tardamos en verla. Otro mono ató su cola á la estremidad inferior de la cadena: otro se agregó al primero, luego un tercero, un cuarto, hasta que completaron una docena. Eran todos individuos de gran fuerza. Cuando llegaron á una alta rama, levantaron así la cadena de modo que la tendieron en una posición horizontal.

Un grito dado por el último mono de la nueva cadena advirtió que todo estaba pronto. A esta señal el mono que había formado el anillo de la primera cadena soltó la rama á la que estaba colgado, y toda se balanceó de nuevo como lo había hecho ya, con la sola diferencia de que habían cambiado de papel, y que el mono que formó al principio la estremidad libre de la cadena era el que se encontraba ligado al árbol situado en la ribera opuesta del arroyo.

Al cabo de poco la cadena abandonada á su propio peso llegó, conforme á las leyes de la gravedad, á caer á lo largo del árbol espresado.

Los anillos inferiores descansaban sobre el suelo, mientras que los mas elevados tocaban aun las ramas ó descendían por el tronco. En un instante se rompieron todos los anillos, y la tropa entera desapareció á nuestra vista en la espesura del charral.

— Por el poder de Moll-Kelly! no conozco muchos hombres que tengan tanto ingenio como estas criaturas. Son bestias que ponen la cartilla en la mano á los mas ladinos.

La reflexion del irlandés nos hizo reir á todos. Aquella escena nos habia despertado completamente: bien pronto nos levantámos dispuestos á proseguir nuestro camino, gracias á algunas horas de sueño que habíamos disfrutado.

La borrasca habia desaparecido del todo; el sol, ya próximo al ocaso, resplandecía por entre el follage de las palmeras; los pájaros habian recobrado su voz y nos enviaban sus cánticos armoniosos por encima de nuestras cabezas; los loros y cotorras charlaban revoloteando en torno de nosotros, mientras que los tucanes de grueso pico permanecían si-

lenciosos y taciturnos sobre las mas altas ramas de los árboles. Todo nos invitaba á proseguir nuestra ruta, y el arroyo, ademas, se habia puesto vadeable durante el sueño. Así dejando nuestro asilo, pasamos al otro lado y nos internamos en los bosques.

## CAPITULO XLIX.

### LOS JAROCHOS.

NOS dirigimos al Puente-Nacional. Raoul tenia un antiguo amigo á la mitad del camino, con el que podia contar. El rancho de este amigo se encontraba cerca de la ruta que lleva á la rinconada de San Martin. Debíamos encontrar allí algun reposo, si no un lecho, al menos como lo decia Raoul, un techo y un *petate*: no temíamos por otra parte ningun encuentro de aquel lado, porque la habitación se hallaba á diez millas adelante, y debería ser muy tarde cuando llegásemos.

Era en efecto cerca de media noche cuando entramos en la casa del contrabandista, porque tal profesion tenia el amigo de Raoul; pero todos estaban aun en pié, alumbrados por una mala vela.

José Antonio (era el nombre de nuestro huésped) se sorprendió un poco al ver entrar derepente en su casa á cinco desconocidos con la cabeza descubierta

y de muy mal talante; pero Raoul se dió á conocer y fuimos acogidos con mucho agasajo.

El dueño de la casa era un hombre viejo, flaco y huesoso, con ojos penetrantes. Una sola mirada le bastó para penetrar nuestra posición y ahorrar á Raoul esplicaciones largas y penosas.

A pesar de la cordialidad con que nos habia hospedado, observé en el semblante de Raoul cierta espresion de disgusto al ver que el rancho se componia únicamente de un aposento.

Dos mugeres iban y venian al cuarto; que eran la esposa y la hija del contrabandista: esta última que apenas tenia diez y ocho años, era fresca y linda.

—¿No han cenado, caballeros? preguntó, ó por mejor decir, afirmó José Antonio, porque nuestro aspecto habia respondido á esta pregunta mucho tiempo antes de que se hiciese.

—Ni comido, ni almorzado; respondió Raoul con un gesto significativo.

—¿Caramba! Rafaela, Jesusita! dijo nuestro huésped con una de aquellas señas que en México valen por una conversacion.

El efecto fué mágico, porque inmediatamente Jesusita se puso de rodillas ante las piedras de las tortillas, mientras que Rafaela, su madre, descolgaba un cordón de tapajos y lo metia en una olla.

Bien pronto, gracias al viento producido por un abanico de hojas de palma, centelleó el carbon en el hogar, la carne hirvió en la olla; cociéronse las habas negras en una vasija, el chocolate empezó á espumar, y nuestro olfato percibió benéficos efluvios, feliz pronóstico para nuestros estómagos hambrientos.

A pesar de todo, Raoul parecia disgustado. Yo

creí adivinar la causa; habia un pequeño hombre flaco, medio oculto en un ángulo del cuarto, que debia ocasionar el mal humor del frances. Este hombre vestia una sotana de sacerdote y sabia que mi camarada tenia para esta clase de gente una antipatía tal que hubiera preferido encontrarse con Satanás en persona que cara á cara con un hombre de iglesia. Atribuí, pues, su mal humor á la aversion que experimentaba contra el estado clerical.

—¿Qué hombre es ese, Antonio? preguntó á media voz á nuestro huésped.

—El cura de San Martín, respondió el mexicano inclinando la cabeza para manifestar mejor su respeto.

—¿Es, pues, uno nuevo?

—Es un *hombre de bien*, repuso el ranchero con nuevas demostraciones de respeto.

Raoul pareció satisfecho y se calló.

Por mi parte examiné tambien á este *hombre de bien*, y no podia menos de pensar que el ranchero estaba honrado con su presencia, mas á causa de los bellos ojos negros de Jesusita, que por el celo del buen padre respecto de los intereses espirituales del contrabandista y de su familia.

Habia en los labios de este sacerdote una espresion de lujuria que tomaba nueva fuerza cada vez que los cuidados del menage acercaban mas á la niña, al lugar que ocupaba, y por dos ó tres veces sorprendí al hombre de Dios lanzando miradas furibundas á Chan, que en su cualidad de irlandés galante, hacia el amable con Jesusita y la ayudaba á encender el carbon.

—¿Dónde está el padre? preguntó Raoul dirigiéndose á nuestro ranchero.

—Esta mañana estaba en la rinconada.

—En la rinconada! exclamó el frances temblando.

—Ellos han debido bajar hasta el puente. La partida ha danzado un fandango con la gente de vd. y ha perdido algunos hombres: pretenden haber matado á no pocos de sus cazadores.

—Así él estaba, segun vd. dice, en la rinconada, y no despues de esta mañana? continuó Raoul en voz baja, hablando mas bien consigo mismo que con su interlocutor, cuyas últimas palabras parecia no haber escuchado.

—Nosotros podriamos tal vez encontrarle, añadió despues de una pausa.

—No hay riesgo, respondió el otro, si vd. se sale fuera del camino. Su ejército se ha apoderado del plan, y se prepara á atacar el desfiladero del cerro: dicen que el cojo (1) tiene veinte mil hombres para defender este paso.

Durante este diálogo, habia observado que el *padrecito* se agitaba en su silla, como uno que está molesto. Así que nuestro rancharo acabó de hablar, se levantó, le dió las *buenas noches*, y se dispuso á salir: pero Lincoln, que hacia rato no le quitaba los ojos se lanzó de un salto, colocándose delante de la puerta y diciéndole con su áspera y fuerte voz:

—No saldrá vd.

—¿Por qué? preguntó el *padre* con indignacion.

—Ah! con causa ó sin ella, no saldrá vd. de aquí antes que nosotros. Raoul, pida vd. una soga á su amigo.

El padre se recomendó á nuestro rancharo, y es-

(1) El cojo es el apodo que los mexicanos dan por desprecio á Santa-Anna.

te á su vez se recomendó á Raoul. El mexicano se encontraba en una posicion muy embarazosa. Por una parte temia ofender al señor cura; por otra no queria indisponerse con su amigo Raoul, pareciéndole ademas prudente tener consideraciones con el gigante que se encontraba delante de la puerta. Como se ve, José se hallaba entre tres fuegos.

—No está en las costumbres de Bob Lincoln, dijo el cazador, violar las leyes de la hospitalidad; pero este es un caso particular; el sacerdote no me inspira ninguna confianza, y es preciso reducirlo á la imposibilidad de hacer daño.

Sin embargo, Raoul, despues de haber conferenciado algunos instantes con nuestro huésped, vino á dar con Lincoln y le esplicó que el padre no era sino un pacífico cura de la aldea vecina, amigo de D. Antonio. Viendo el cazador que yo no me interponia en esta discusion, porque estaba absorto en mis pensamientos y prestaba poca atencion á lo que se pasaba al rededor de mí, el cazador, digo, no creyó deber resistir mas tiempo y permitió salir al padre. Con todo eso no lo hizo sin murmurar algunas palabras que me sacaron de mi distraccion poniéndome al corriente de lo que ella no me habia permitido percibir.

Esta circunstancia nos habia puesto en una situacion violenta los unos respecto de los otros; así, resolvimos cenar pronto y dejar el rancho inmediatamente para ir á acostarnos en los bosques.

Durante este tiempo se habian preparado las tortillas y la gentil Jesusita estaba en actitud de servir el chocolate. Nos pusimos á la mesa y nos portamos como gente que éramos de buen apetito.

Pronto se terminó la cena; pero nuestro huésped tenia algunos *puros*, placer del que estábamos pri-

vados hacia tiempo, y que nos hicieron caer en una fuerte tentacion; por lo que nos decidimos á fumar algunos.

Apénas habíamos encendido los cigarrós cuando Jesusita, que habia ido hácia la puerta, retrocedió de prisa gritando:

—Papa, papá, ¡hay gente fuera!

—A este grito nos levantamos de un salto, y al mismo tiempo se nos aparecieron muchos hombres por las claraboyas de la pared de cañas. Lincoln cogió su carabina y se adelantó cerca de la puerta, y a pocos instantes volvió gritando:

—¡Sálvense! ¡sálvense!

Pronunciando estas palabras golpeó con todas sus fuerzas la pared del rancho, que cedió á este rudo ataque y se hizo pedazos dejando un paso abierto.

Nos disponíamos á seguirle cuando el fragil edificio conmovido con demasiada fuerza, se desfondó, y nos encontramos derribados en tierra bajo pedazos de vigas y hojas de palmera.

Mientras que hacíamos vanos esfuerzos para salir de este monton de escombros, oímos retumbar la carabina de nuestro camarada; siguiéronse los gemidos de una víctima; luego muchos tiros de pistola y de escopeta; prorumpieron en gritos espantosos, y al mismo tiempo fuimos cogidos, arrastrados fuera, atados á los troncos de los árboles, injuriados, insultados y golpeados por especies de monstruos con figura humana, los mas horribles que he visto en mi vida. Sus gritos, sus miradas feroces, sus modales salvajes, los hubieran hecho tomar fácilmente por un tropel de demonios salidos de los infiernos.

El señor cura de San Martin estaba en medio de ellos, siendo evidente que él los habia guiado hácia nosotros. Su Reverencia buscó á Lincoln por todas partes; pero con gran mortificacion suya el cazador habia desaparecido.

## CAPITULO L.

EL PADRE JARAUTA.

NO estuvimos mucho tiempo ignorantes de quienes eran aquellos en cuyas manos habíamos caído, porque el nombre de Jarauta salia de todas las bocas. Eran los terribles partidarios del padre bandido.

—Hénos aquí otra vez en las del trapo, dijo Raoul furioso contra sí mismo por el modo de que se habia conducido en el negocio del cura: lo que asombra es que no hayan ya concluido con nosotros. Sin duda, no está aquí el padre y esperan por él.

En el momento en que Raoul pronunciaba estas últimas palabras se oyó un ruido de caballos y llegó á todo galope un caballero, marchando sobre todo lo que estaba delante de él, hombres ó cosas, sin parecer inquietarse por nada: seguíanle algunos otros de á caballo.

—Ese es Jarauta, dijo Raoul; si él me vé..., pero que me vea ó no, añadió él en voz baja, poco

LOS TIRADORES.

importa; siempre será lo mismo: lo peor que me puede suceder es que me ahorquen y es la suerte que me espera en cualquier caso.

— ¿Dónde están estos yankees? dijo Jarauta apeándose del caballo.

— Aquí los tiene vd., capitán, respondió uno de los jarocho, bandido del mas horrible aspecto á quien por su uniforme rojo tuve por el subteniente de la partida.

— ¿Cuántos son?

— Cuatro, capitán.

— Muy bien. ¿Qué espera vd?

— Queremos saber si debemos ahorcarlos ó fusilarlos.

— Fusílelos vd. con todos los diablos; no tenemos bastante tiempo á nuestra disposición para torcerles el pescuezo.

— Hay sin embargo en la vecindad algunos árboles muy á propósito para esta operación, propuso otro bandido con tanta indiferencia como si se hubiese tratado de ahorcar á un perro. Este mozo, según parece, deseaba recrearse con la vista de semejante espectáculo.

— ¡Madre de Dios! ¿qué imbécil es vd! digo que no tenemos tiempo de darnos este recreo. Vamos; que se coloquen de lado. Sanchez, Gabriel, Carlos: envíen vdes. sus balas á esas cabezas sajonas, y pronto.

Al oír esta orden muchos jarocho armaron sus carabinas mientras que los que nos guardaban se ponían en recaudo fuera del alcance de las balas.

— Vamos, dijo Raoul; tanto importa de un modo como de otro, pues que al fin es forzoso morir. Quiero sin embargo, que el padre sepa quien soy antes de despedirme para siempre de él: quiero dejarle un

pequeño recuerdo que tal vez le impida esta noche dormir á su gusto. ¡Ola! padre Jarauta, continuó interpelando al gefe con un tono de ironía ¿qué es de Margarita?

El jarocho estaba entre nosotros y la mala vela de que hemos hecho mencion; á la pregunta de Raoul le vimos temblar como si una bala le hubiese herido el corazón.

— Vamos, dijo á los hombres que nos apuntaban, traiga vd. á esos bellacos por aquí y que se dé fuego á esta bicoca. ¡Vaya!

En un abrir y cerrar de ojos incendiaron la cabaña del contrabandista, ardiendo las hojas secas como paja.

— ¡Dios del cielo! nos van á asar.

Entregados á este horrible temor nos desataron del pié del árbol y fuimos conducidos cerca del edificio incendiado, delante del cual estaba nuestro terrible juez y verdugo.

El fuego se habia apoderado del rancho: consumíanse los bambús en las llamas, y á la luz rojiza del incendio fué cuando los bandidos se nos aparecieron en toda su espantosa fealdad: no creo que los demonios del infierno tengan un aspecto mas horroroso.

La mayor parte de ellos eran zambos ó mestizos y algunos africanos sin mezcla, negros bozales que se habian huido de Cabra ó de las Antillas: estos últimos llevaban en la frente y en sus mejillas pinturas que aumentaban la deformidad de sus facciones.

Todas estas cabezas bronceadas ó negras, estos cabellos lanosos, los dientes blancos que descubria una sonrisa estúpida y feroz, sus extraños vestidos, sus actitudes por la mayor parte grotescas, daban á

esta partida un aspecto fantástico, digno sin duda de fijar la atención de un pintor ó de un novelista, pero que en las circunstancias en que nos encontramos no tenía para nosotros sino un interés muy mediano.

Véanse también en esta turba algunos pintos originarios de las florestas de Acapulco. Estos salvajes cubiertos de pies á cabeza de largas manchas rojas, negras y blancas, de que tienen la costumbre de pintarse el cuerpo, eran los primeros individuos de aquella raza que yo hubiese visto. Su fisonomía me impresionó vivamente, menos aún tal vez por su novedad que á causa de las condiciones particulares en que este primer encuentro tuvo lugar.

Si no hubiesemos estado ya seguros acerca de la suerte que nos esperaba, una sola mirada sobre esta legión de demonios hubiera bastado para hacernos comprender que no teníamos que esperar de ellos ni piedad ni merced.

No había en torno de nosotros una sola cara en la que pudiesemos leer un solo sentimiento de humanidad, y pues que nuestra muerte estaba resuelta, consideramos que era más útil para nosotros concluir de una vez que permanecer más tiempo entre las manos de aquellos bárbaros.

El aspecto del jefe no inspiraba más confianza que el de los subordinados; sus toscas facciones respiraban el odio y la venganza. Sus labios delgados estaban sin cesar agitados por un temblor convulsivo que daba á su boca un carácter de ferocidad difícil de describir; su nariz formada por la naturaleza á manera de pico de cotorra, había sido rota de un golpe, y su forma se había hecho más desagradable aún: sus pequeños ojos negros despedían un resplandor amarillo y metálico.

Su traje se componía principalmente de una manga de púrpura que envolvía todo su cuerpo; sus pies estaban calzados de grandes botas de cuero rojo al estilo del país, con enormes espuelas de plata: cubría su cabeza un sombrero negro adornado de un galón y de granos de oro.

No tenía barba ni bigotes; pero en recompensa su cabeza era una espesa floresta de largos cabellos negros mal peinados que caían en desorden sobre los bordados de terciopelo de su manga.

Tal era el padre Jaranta.

A consecuencia de nuestro cambio de lugar, Raoul estaba entonces frente del jefe, que le miró algún tiempo sin hablar: sus facciones se habían contraído, y sus dedos se agitaban convulsivamente.

Eran sin duda penosos los recuerdos que Raoul le había traído á la memoria; pero ignorábamos el asunto, que conocía solo el francés. Este parecía además encantado del efecto producido por sus palabras y miraba al bandido con una sonrisa de burla y de desprecio.

Esperábamos á cada instante oír de la boca del padre la orden de arrojarnos á las llamas que continuaban con una violencia siempre en aumento. Felizmente le entró el capricho de reservarnos para mejor ocasión.

— ¡Ah! señor, exclamó al fin acercándose á Raoul, bien había yo creído que nos habíamos de volver á ver. Si, yo había pensado en ello. ¡Ha! ¡ha! ¡ha! era un ensueño encantador, pero menos agradable aún que la realidad. ¡Ha! ¡ha! ¡ha! No le parece á vd? añadió golpeando á mi camarada en la cara con el mango del látigo que tenía en la mano. . . . ¿No es este su parecer? repitió continuando en su risa con una expresión satánica.

—¿Cree vd. que volverá á ver á Margarita? preguntó Raoul con una carcajada sarcástica, que en semejante situación denotaba una gran fuerza de alma.

No olvidaré jamás la espresion que tomó en este momento el semblante del jarocho. Su pálida fisonomía se volvió negra, sus labios amarillos, sus ojos lanzaron llamas, y saltando de repente adelante, llegó con un fiero horrible, á poner el talon de su bota herrada sobre la cara de mi compañero atado y tendido en el suelo. El golpe despedazó la piel, y la sangre coloreó el rostro de Raoul.

Hubo en este acto cierta cosa tan baja y brutal que me exasperé. En el ímpetu de mi indignacion rompí las ataduras que me sujetaban los brazos y me lancé sobre el monstruo que cogí por la garganta.

El retrocedió, y como mis piernas estaban ligadas, caí á sus piés la cara contra tierra.

—Oh! ¡oh! exclamó ¿que tenemos aquí? Un oficial! . . . ¡ah! ¡ah! vamos, continuó, deje vd. su plegaria y mireme. ¡Ah! un capitán! . . . y además un subteniente! ¡Ah! señores; vdes. se han distinguido demasiado para que se les fusile como simples perros: procuraremos que no les coman los lobos, y les pondremos fuera de su alcance: fuera del alcance de los lobos, ¿entiende vd? . . . ¿y quien es ese otro? añadió volviéndose á Chan y mirándole los hombros.—¡Bah! ¡soldado raso! ¡irlandés, caramba! ¿Qué hace vd. en medio de esos heréticos? se bate vd. contra su propia religion, ¡renegado!

Pronunciando estas palabras, el brutal personaje dió al irlandés un punta-pié en las costillas.

—Gracias, señor, dijo Chan con un refunfuño.

Nunca recibo favores sin dar las gracias: ¡asi pudié-  
ra yo pagárselos con el céntuplo!

—¿Lopez! llamó el bandido.

—Ya va á dar orden de que nos echen al fuego; piensen los nosotros.

—He llamado á Lopez, continuó con un tono mas elevado.

—Acá, acá, respondió una voz.

Y al mismo instante el bandido que nos habia custodiado llegó agitando su manga roja.

—Lopez, acabo de descubrir que esos señores eran personajes de importancia, y entiendo que con ellos debe uno portarse de diferente modo que con la gente ordinaria. ¿Entiende vd?

—Sí, capitán, respondió el otro con una perfecta indiferencia.

—Que los conduzcan á la roca, Lopez; *facilis descensus Averni*. . . . pero vd. no sabe el latin, Lopez: vd. los conducirá á la Colina, ¿entiende vd? A estos, comprende vd. ¿no es verdad?

—Sí, capitán, respondió el jarocho sin mover mas que los labios.

—Los conducirá vd. á la caverna del Aguila á las seis de la mañana: á las seis, ¿entiende vd?

—Sí, capitán.

—Y si falta uno solo, uno solo, ¿entiende vd? . . .

—Sí, capitán . . .

—Vd. tomará su puesto en la danza. . . . la danza . . . . ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¿Me ha comprendido vd. Lopez?

—Sí, capitán.

—Entonces va de lo mejor, buen Lopez; lindo Lopez, precioso Lopez, va de lo mejor. . . . ¡buena noche!

A estas palabras el jarocho despues de haber sa

endido repetidas veces su látigo sobre la cara de Raoul montó á caballo y partió á galope dejándonos una maldición por adios.

¿Qué suerte de suplicio nos esperaba en la caverna del Aguila? Esta era la cuestion; porque imaginarse que se nos conducía allí para dejarnos salva la vida, hubiera sido una locura.

Lopez respondia de nosotros, y en consecuencia tomó sus precauciones. Despues de habernos puesto una mordaza á cada uno con una bayoneta que nos pusieron entre los dientes nos condujeron al bosque. Allí fuimos colocados boca arriba de modo que formásemos el centro de cuatro árboles gruesos dispuestos en paralelógramo: luego ataron de nuestros brazos y piernas largas cuerdas que enrollaron al rededor de los troncos de los árboles: de esta suerte estábamos como pieles que se hacen secar al sol. Nuestros verdugos se divirtieron en estirar las cuerdas hasta el punto de hacer crujir nuestras glándulas; despues de lo cual un jarocho se acostó al través sobre cada una de nuestras ligaduras y bajo esta estrecha vigilancia pasamos el resto de la noche.

## CAPITULO LI.

COLGADOS POR LOS TALONES.

LA noche fué larga; la mas larga que yo he pasado jamas: no puedo espresar mejor lo que experi-

menté durante estas horas mortales, que comparándolo á una de esas horribles pesadillas que nos atormentan durante el sueño; pues todavía era mas horroroso.

Para poner colmo á nuestra tortura, venian los jarochos de rato en rato á sentarse sobre nuestros cuerpos como sobre una silla y hablaban tranquilamente fumando su cigarro mientras que nos ahogábamos bajo su peso. No podiamos protestar porque estábamos con mordaza; pero aun cuando hubiéramos estado en disposicion de hacerlo, el resultado de nuestras reclamaciones habria sido el escitar solo las bufonadas de nuestros verdugos.

La naturaleza parecia en relacion con los sentimientos melancólicos que nos dominaban: la luna, medio oculta entre las nubes, no arrojaba sino una luz incierta; el viento murmuraba como el estertor de un moribundo en las hojas de los árboles. Muchas veces, durante la noche, oí los ahullidos del lobo de la pradera; en los que reconocí á Lincoln; pero estábamos muy bien guardados por los jarochos para que el cazador pudiese acercársenos, y ademas su presencia no hubiera podido sernos de ningun alivio.

Llegó por fin la mañana: nos ataron sobre el lomo de mulas viciosas y anduvimos por en medio de los hospues. Subimos por largo tiempo una colina y llegamos por último á su cima terminada por una pequeña meseta. Allí nos desataron de encima de las mulas y nos dejaron en el suelo bajo la custodia de cerca de treinta jarochos. Empezaba á amanecer y veiamos distintamente á nuestros guardas, los que no nos parecieron mas bellos á los rayos del sol que á la luz rojiza del incendio del rancho.

endido repetidas veces su látigo sobre la cara de Raoul montó á caballo y partió á galope dejándonos una maldición por adios.

¿Qué suerte de suplicio nos esperaba en la caverna del Aguila? Esta era la cuestion; porque imaginarse que se nos conducía allí para dejarnos salva la vida, hubiera sido una locura.

Lopez respondia de nosotros, y en consecuencia tomó sus precauciones. Despues de habernos puesto una mordaza á cada uno con una bayoneta que nos pusieron entre los dientes nos condujeron al bosque. Allí fuimos colocados boca arriba de modo que formásemos el centro de cuatro árboles gruesos dispuestos en paralelógramo: luego ataron de nuestros brazos y piernas largas cuerdas que enrollaron al rededor de los troncos de los árboles: de esta suerte estábamos como pieles que se hacen secar al sol. Nuestros verdugos se divirtieron en estirar las cuerdas hasta el punto de hacer crujir nuestras glándulas; despues de lo cual un jarocho se acostó al través sobre cada una de nuestras ligaduras y bajo esta estrecha vigilancia pasamos el resto de la noche.

## CAPITULO LI.

COLGADOS POR LOS TALONES.

LA noche fué larga; la mas larga que yo he pasado jamas: no puedo espresar mejor lo que experi-

menté durante estas horas mortales, que comparándolo á una de esas horribles pesadillas que nos atormentan durante el sueño; pues todavía era mas horroroso.

Para poner colmo á nuestra tortura, venian los jarochos de rato en rato á sentarse sobre nuestros cuerpos como sobre una silla y hablaban tranquilamente fumando su cigarro mientras que nos ahogábamos bajo su peso. No podiamos protestar porque estábamos con mordaza; pero aun cuando hubiéramos estado en disposicion de hacerlo, el resultado de nuestras reclamaciones habria sido el escitar solo las bufonadas de nuestros verdugos.

La naturaleza parecia en relacion con los sentimientos melancólicos que nos dominaban: la luna, medio oculta entre las nubes, no arrojaba sino una luz incierta; el viento murmuraba como el estertor de un moribundo en las hojas de los árboles. Muchas veces, durante la noche, oí los ahullidos del lobo de la pradera; en los que reconoí á Lincoln; pero estábamos muy bien guardados por los jarochos para que el cazador pudiese acercársenos, y ademas su presencia no hubiera podido sernos de ningun alivio.

Llegó por fin la mañana: nos ataron sobre el lomo de mulas viciosas y anduvimos por en medio de los hospues. Subimos por largo tiempo una colina y llegamos por último á su cima terminada por una pequeña meseta. Allí nos desataron de encima de las mulas y nos dejaron en el suelo bajo la custodia de cerca de treinta jarochos. Empezaba á amanecer y veiamos distintamente á nuestros guardas, los que no nos parecieron mas bellos á los rayos del sol que á la luz rojiza del incendio del rancho.

cudido repetidas veces su látigo sobre la cara de Raoul montó á caballo y partió á galope dejándonos una maldición por adios.

¿Qué suerte de suplicio nos esperaba en la caverna del Aguila? Esta era la cuestion; porque imaginarse que se nos conducia allí para dejarnos salva la vida, hubiera sido una locura.

Lopez respondia de nosotros, y en consecuencia tomó sus precauciones. Despues de habernos puesto una mordaza á cada uno con una bayoneta que nos pusieron entre los dientes nos condujeron al bosque. Allí fuimos colocados boca arriba de modo que formásemos el centro de cuatro árboles gruesos dispuestos en paralelógramo: luego ataron de nuestros brazos y piernas largas cuerdas que enrollaron al rededor de los troncos de los árboles: de esta suerte estábamos como pieles que se hacen secar al sol. Nuestros verdugos se divirtieron en estirar las cuerdas hasta el punto de hacer crujir nuestras glándulas; despues de lo cual un jarocho se acostó al través sobre cada una de nuestras ligaduras y bajo esta estrecha vigilancia pasamos el resto de la noche.

## CAPITULO LI.

COLGADOS POR LOS TALONES.

LA noche fué larga; la mas larga que yo he pasado jamas: no puedo espresar mejor lo que experi-

menté durante estas horas mortales, que comparándolo á una de esas horribles pesadillas que nos atormentan durante el sueño; pues todavía era mas horroroso.

Para poner colmo á nuestra tortura, venian los jarochos de rato en rato á sentarse sobre nuestros cuerpos como sobre una silla y hablaban tranquilamente fumando su cigarro mientras que nos ahogábamos bajo su peso. No podiamos protestar porque estábamos con mordaza; pero aun cuando hubiéramos estado en disposicion de hacerlo, el resultado de nuestras reclamaciones habria sido el escitar solo las bufonadas de nuestros verdugos.

La naturaleza parecia en relacion con los sentimientos melancólicos que nos dominaban: la luna, medio oculta entre las nubes, no arrojaba sino una luz incierta; el viento murmuraba como el estertor de un moribundo en las hojas de los árboles. Muchas veces, durante la noche, oí los ahullidos del lobo de la pradera; en los que reconocí á Lincoln; pero estábamos muy bien guardados por los jarochos para que el cazador pudiese acercársenos, y ademas su presencia no hubiera podido sernos de ningun alivio.

Llegó por fin la mañana: nos ataron sobre el lomo de mulas viciosas y anduvimos por en medio de los bospues. Subimos por largo tiempo una colina y llegamos por último á su cima terminada por una pequeña meseta. Allí nos desataron de encima de las mulas y nos dejaron en el suelo bajo la custodia de cerca de treinta jarochos. Empezaba á amanecer y veíamos distintamente á nuestros guardas, los que no nos parecieron mas bellos á los rayos del sol que á la luz rojiza del incendio del rancho.

endido repetidas veces su látigo sobre la cara de Raoul montó á caballo y partió á galope dejándonos una maldición por adios.

¿Qué suerte de suplicio nos esperaba en la caverna del Aguila? Esta era la cuestion; porque imaginarse que se nos conducia allí para dejarnos salva la vida, hubiera sido una locura.

Lopez respondia de nosotros, y en consecuencia tomó sus precauciones. Despues de habernos puesto una mordaza á cada uno con una bayoneta que nos pusieron entre los dientes nos condujeron al bosque. Allí fuimos colocados boca arriba de modo que formásemos el centro de cuatro árboles gruesos dispuestos en paralelógramo: luego ataron de nuestros brazos y piernas largas cuerdas que enrollaron al rededor de los troncos de los árboles: de esta suerte estábamos como pieles que se hacen secar al sol. Nuestros verdugos se divirtieron en estirar las cuerdas hasta el punto de hacer crujir nuestras glándulas; despues de lo cual un jarocho se acostó al través sobre cada una de nuestras ligaduras y bajo esta estrecha vigilancia pasamos el resto de la noche.

## CAPITULO LI.

COLGADOS POR LOS TALONES.

LA noche fué larga; la mas larga que yo he pasado jamas: no puedo espresar mejor lo que experi-

menté durante estas horas mortales, que comparándolo á una de esas horribles pesadillas que nos atormentan durante el sueño; pues todavía era mas horroroso.

Para poner colmo á nuestra tortura, venian los jarochos de rato en rato á sentarse sobre nuestros cuerpos como sobre una silla y hablaban tranquilamente fumando su cigarro mientras que nos ahogábamos bajo su peso. No podiamos protestar porque estábamos con mordaza; pero aun cuando hubiéramos estado en disposicion de hacerlo, el resultado de nuestras reclamaciones habria sido el escitar solo las bufonadas de nuestros verdugos.

La naturaleza parecia en relacion con los sentimientos melancólicos que nos dominaban: la luna, medio oculta entre las nubes, no arrojaba sino una luz incierta; el viento murmuraba como el estertor de un moribundo en las hojas de los árboles. Muchas veces, durante la noche, oí los ahullidos del lobo de la pradera; en los que reconocí á Lincoln; pero estábamos muy bien guardados por los jarochos para que el cazador pudiese acercársenos, y ademas su presencia no hubiera podido sernos de ningun alivio.

Llegó por fin la mañana: nos ataron sobre el lomo de mulas viciosas y anduvimos por en medio de los bospues. Subimos por largo tiempo una colina y llegamos por último á su cima terminada por una pequeña meseta. Allí nos desataron de encima de las mulas y nos dejaron en el suelo bajo la custodia de cerca de treinta jarochos. Empezaba á amanecer y veiamos distintamente á nuestros guardas, los que no nos parecieron mas bellos á los rayos del sol que á la luz rojiza del incendio del rancho.

Lopez mandaba este destacamento: su vigilancia no se durmió por un solo instante, siendo evidente que consideraba al padre como un hombre de palabra.

Permanecimos en esta posición cerca de media hora; al cabo de este tiempo oímos un ruido que atrajo nuestra atención: era una partida de hombres á caballo que llegaban á galope: Jarauta estaba á su frente, cincuenta de los suyos le seguían, y en un instante se puso al lado de nosotros.

—¡Buenos días, caballeros! dijo el padre con un tono de burla apeándose. Yo creo que vdes. habrán pasado buena noche: estoy seguro de que Lopez habrá cuidado de que sus lechos estuviesen bien mullidos. ¿No es verdad, Lopez?

—Sí, capitán, respondió el lacónico Lopez.

—¿Y diga vd., Lopez, estos caballeros han encontrado buenas las camas?

—Sí, capitán.

—¿Y no se han caído, eh?

—No, capitán.

—¿Luego han dormido bien? tanto mejor, porque tienen un viaje largo que hacer. ¿No es verdad, Lopez?

—Sí, capitán.

—Yo creo, señores, que estarán vdes. prontos para partir. . . . . ¿Lo están? . . . . .

Teniendo cada uno de nosotros una bayoneta entre los dientes, como hemos dicho, y estando además ligados de piés y manos, esta pregunta no debía recibir, y no recibió ninguna respuesta: su reverencia no esperaba ninguna seguramente, porque continuó sin detenerse proponiendo algunas cuestiones del mismo género á su subteniente, que siendo de natural taciturno, se contentaba con respon-

der á su superior por los simples monosílabos de sí ó no.

No estábamos aun ciertos acerca de la suerte que se nos reservaba, sabíamos que era preciso morir; ¿pero qué género de muerte? . . . . Lo ignorábamos completamente, aunque me figuraba que la intención del padre era precipitarnos de la roca.

Este punto importante se aclaró al fin. No debíamos llegar á la eternidad por el camino que me imaginé al principio; una muerte mas horrible nos esperaba; debíamos ser colgados por encima del abismo.

Parecia que la naturaleza habia querido ayudar al monstruo en el cumplimiento de sus horribles designios: muchos pinos brotaron ramas horizontales hasta sobre el último bordo del cerro, por entre las cuales pasaron sus largos lazos los jarochos. Hábiles como todos los mexicanos en manejar cuerdas, no se detuvieron mucho en sus preparativos y bien pronto las horcas no esperaron mas que á los ahorcados.

—Respetemos las prerogativas del rango, Lopez, dijo Jarauta, viendo que estaban terminados los preliminares; el capitán el primero: ¿me entiende vd?

—Sí, capitán, respondió el imperturbable bandido encargado de la vigilancia de la ejecución.

—Yo he reservado á vd, para el último, caballero, dijo el padre dirigiéndose á Raoul: vd. tendrá el placer de partir para el purgatorio despues de los otros. ¿No es cierto, Lopez?

—Sí, capitán.

—¿Necesita alguno de vdes. de un sacerdote, caballeros?

Esta pregunta nos la hizo Jarauta con una risa de un cinismo repugnante.

—Si quieren uno, no tienen mas que decirlo. Yo mismo he servido algun tiempo en ese ministerio: ¿no es verdad, Lopez?

—Si, capitan.

Todos los jarochos que se habian apeado del caballo y colocándose al rededor del gefe para gozar del espectáculo de nuestra estrangulacion, acojieron esta burla con carcajadas de risa diabólica.

—Bien, Lopez. Alguno de estos señores ha dicho que si?

—No, capitan.

—Preguntélo vd. á ese irlandés: tal vez sea buen católico.

Se hizo la propuesta á Chan, por pura mofa, se entiende, porque á él le era tan imposible como á los demas de nosotros, decir una palabra. Sin embargo el soldado encontró medio de responder con una mirada tan elocuente, como si hubiese hecho uso de la palabra.

Los jarochos no lo advirtieron y continuaron riéndose á carcajadas.

—Y bien, Lopez, ¿qué dice San Patricio, si ó no?

—No, capitan.

Nuevas carcajadas de risa de toda la canalla.

Acababan de ponerme al rededor del cuello la cuerda que terminaba por un nudo corredizo, y el resto de ella, despues de haber pasado por una rama de árbol, yacia en tierra en pliegues tortuosos cuyo cabo tenia Lopez en sus manos, ya dispuesto á obedecer á la primera palabra de su gefe.

—¿Está ya todo pronto, Lopez? dijo este.

—Si, capitan.

—Entonces, balancée vd. al capitan . . . No, no, aún no. Hágale vd. ver antes el patio sobre que vá á danzar. Es bastante hermoso y creo que no le lastimará los piés.

En cumplimiento de esta orden me condujeron adelante hasta que mis piés tocaron al borde del precipicio, y me forzaron á sentarme al tronco de árbol destinado para mi suplicio, con las piernas colgando por encima del abismo. Por una especie de atraccion estraña pero irresistible, hice lo que queria mi verdugo; es decir, miré el abismo por encima del cual debia ser colgado un momento despues.

La colina en cuyo borde me encontraba, tenia formado uno de ellos por las escavaciones hechas por las aguas en las montañas, que se hallan frecuentemente en la América española, donde se conocen con el nombre de *barrancas*. Se hubiera creido que un golpe violento dado por un brazo gigantesco habia dividido la montaña en dos partes, porque la otra ribera de la barranca estaba apenas á doscientos pasos de la en que nos hallabamos, de la cual no estaba separada sino por una sima horrible, en cuyo fondo bramaba un torrente espantoso. Este torrente que corria á seiscientos piés debajo de mí, me era casi perpendicular, y hubiera podido desde el sitio que ocupaba, arrojar en él con la mano un objeto tan ligero como un cabo de cigarro. Creo tambien que la roca que ocupabamos estaba tan á plomo sobre el torrente que un cuerpo cualquiera abandonado á su propia pesadez habria caido en medio del agua.

El terreno estaba dispuesto casi del mismo modo que el del canal donde combatimos con los perros, con la sola diferencia de que sus proporciones eran

mucho mas gigantescas, y el aspecto mas espantoso aún.

Mientras que tenia así fijas mis miradas sobre el abismo, muchos pájaros volaban á la sima, pero estaban á tanta distancia de mí que no pude reconocer sus especies. Solo una águila lo atravesó con su audaz vuelo, de un extremo á otro, y al pasar me rozó la cara con la punta de sus alas.

—Y bien, capitan, me preguntó Jarauta ¿qué piensa vd. de eso?

—¿No es un salon bien dispuesto para la danza? ¿Qué te parece á tí, Lopez?

—Sí, capitan.

—¿Con qué todo está pronto?... un instante mas... se nos olvidaba la música: se necesita un poco de música, sin ella no se podría bailar. ¿Ola, Sanchez, donde está su clarín?

—Aquí está, capitan.

—Tome vd. la embocadura y toquenos el *Yankee Doodle*: ¡ha! ¡ha! ¡ha! Yankee Doodle, ¿entiende vd?

—Sí, capitan, respondió el corneta.

Y al mismo tiempo oimos vibrar las notas del himno nacional tan conocido de los americanos; aquella armonía produjo en mí un efecto que no olvidaré jamas.

—Ahora á vd., Lopez, dijo el padre.

Yo esperaba que me quitasen de allí cuando oí decir á Jarauta:

—¡Basta ya!

Al instante se paró la música.

—¡Con mil rayos! Lopez, yo tengo un plan mejor, dijo el gefe de los bandidos. ¿Como no me habia ocurrido antes? afortunadamente no es tarde. ¡Ho! ¡ho! ¡ho! ¡Carrambo! es preciso hacerlos dan-

zar sobre las cabezas, lo que será mucho mas lindo; ¿no es verdad, Lopez?

La algazara de los jarocho manifestó que esta modificacion al programa recibió la aprobacion general.

El padre hizo una seña á Lopez, quien se acercó á él, recibiendo al parecer algunas instrucciones.

No comprendí al principio el nuevo papel que debia representar, pero mi ignorancia fué de poca duracion. Un jarocho me cogió por el cuello, me arrastró á algunos pasos del borde del precipicio, y me quitó el nudo corredizo pasado al rededor de mi cuello para atarlo á los piés.

¡Horror sobre horror! iba á ser colgado con la cabeza para abajo.

—Esto producirá mejor efecto: ¿no es verdad, Lopez?

—Sí, capitan.

Este oficial tendrá tiempo al menos de prepararse para ir al cielo antes de morir. ¿No es verdad, Lopez?

—Sí, capitan.

Uno de los jarocho me quitó la bayoneta de entre los dientes dislocándome casi la mandíbula: devolvióseme la libertad de la palabra; pero no usé de ella hallándome incapaz de proferir sonidos articulados.

—Déjele vd. tambien las manos libres que las necesitará para cazar buitres; ¿no es verdad, Lopez?

—Sí, capitan.

Desatáronme la cuerda que me ligaba las muñecas y recobré el uso de las manos. Estaba tendido de espaldas, los piés vueltos del lado del precipicio, y un poco hácia mi derecha se encontraba Lopez

teniendo en la mano el cabo de la cuerda que iba á lanzarme en la eternidad.

— ¡Ahora la música! Cuando esta empiece, será para vd., Lopez, la señal, dijo el bandido.

Cerré los ojos y esperé la sacudida; esto no duró sino un momento, pero este momento fué un siglo. Un silencio absoluto reinaba en derredor de mí, uno de esos silencios terribles como los que preceden á la explosion de una mina ó á la erupcion de un volcan.

Luego oí la primera nota del clarín . . . pero al mismo tiempo que ella, un tiro resonó á mis oídos, un hombre pasó por encima de mí vacilando; su sangre corría á torrentes y me inundó la cara; luego el hombre cayó con la faz en tierra y desapareció.

De repente tiraron de mis piernas con fuerza y me lanzaron al abismo con la cabeza abajo: tocando mis piés las ramas del árbol, estendí el brazo replegándome sobre mí mismo y tuve la suerte de empuñar una de estas ramas. Despues de otros dos ó tres esfaerzos sobrehumanos, toqué el mismo tronco del árbol y me así de él con toda la fuerza de la desesperacion. En esta posicion dirigí la vista hácia abajo, y á una profundidad considerable vi un hombre suspenso en el extremo de la cuerda con que yo estaba atado. Era Lopez: su manga roja me lo hizo reconocer á primera vista: estaba colgado por el muslo.

Habiásele caido el sombrero; ví la sangre cubrir su rostro y maachar sus espesos cabellos negros; estaba colgado con la cabeza para abajo, y no daba ninguna señal de vida.

La cuerda pasada al rededor de mis piernas me cortaba las carnes como una navaja; pero ¡oh ter-

ror! ¡las raíces se conmueven! ¡las oigo crujir y el árbol va á ceder bajo el peso de nuestros dos cuerpos!

Aprieto el tronco con uno de mis brazos y con el otro busco mi cuchillo. ¡Loado sea el cielo! me lo dejaron; lo desenvaino con mis dientes, me inclino, me doy vuelta, toco la cuerda y la corto. Cede vibrando, el objeto rojo colgado por debajo de mí me abandona con la rapidez del relámpago, se hunde en el vacío y cae en el torrente. Un ruido sordo, un poco de espuma, y nada mas. El cuerpo del jarocho y su manga roja desaparecieron en el abismo.

## CAPITULO LII.

CORTA, PERO TERRIBLE PRUEBA.

**E**NTRETANTO los tiros resonaban por encima de mí. Oía gritos y voces de hombre confundidas con pasos de caballos y cliqueteos de sables. Comprendí que me habia llegado un socorro inesperado; adiviné que un combate estaba empeñado á algunos pasos de mí; pero no podia ver nada, porque mi cabeza estaba por debajo del nivel del terreno, donde esta escena tenia lugar.

Escuché todos estos ruidos con una ansiedad fácil de comprender; sin osar ni aun moverme: el peso del cuerpo del jarocho habia al principio reteni-

do mis piernas en el nudo; pero despues que corté la cuerda que nos ligaba uno á otro, nada me sostenia por aquel lado; y como mis piés estaban siempre estrechamente ligados, un solo movimiento hubiera bastado para que se deslizasen de encima de la rama que les servia de punto de apoyo y para precipitarme en el abismo. Por otra parte me habia debilitado la alternativa de vida y muerte que sufría hacia muchas horas; pero me quedaba sin embargo la fuerza suficiente para asirme del tronco del árbol como una ardilla espantada.

Los tiros se hicieron menos frecuentes, los gritos parecieron alejarse, luego oí un hurra, hurra anglosajon, hurra americano, y un rato despues una voz bien conocida decia á mi oido:

—Por los cuernos del diablo; ¡hémos aquí vivos! Yo bien sabia que vd. no habia muerto. ¡Ea! capitán; ya estamos aquí. Y vdes., niños, ¡ayúdenme! Tengan, cojan mis manos. ¡Bien, bien!

Al mismo tiempo que pronunciaron estas palabras, una mano vigorosa me habia cogido por el cuello de mi vestido, sacándome del árbol para cocarme en el suelo.

Miré á mis libertadores: Lincoln danzaba como un loco prorumpiendo en gritos de alegría. Doce hombres vestidos del uniforme verde-gris de los tiradores veian riendo sus demostraciones. A algunos pasos de allí un destacamento guardaba los prisioneros, mientras que cien hombres divididos en grupos, subian la colina dirigiéndose hácia nosotros. Eran los que venian de perseguir á los jarochos que habian sido derrotados completamente.

Encontré allí á Twing, Hennessy, Hellis y otros muchos oficiales conocidos míos: me rodearon con interés, y recibí en esta ocasion mas cumplidos y

felicitaciones que si hubiese sido el dia de mis nupcias.

—El pequeño Jack fué quien nos trajo este socorro.

Despues de un rato de conversacion con el mayor, volví al lado de Lincoln, que estaba de pié á algunos pasos de mí examinando con atencion un cabo de la cuerda que tenia en sus manos. Vuelto en sí de sus primeros transportes de alegría, habia recobrado su semblante, su carácter habitual.

—¿Qué hay Bob? le pregunté observando su aire de asombro.

—Vd. me vé en una gran sorpresa, capitán, respondió: bien comprendo cómo aquel bandido le arastró á vd. en su caída; pero lo que me confunde es ver esa cuerda cortada, y me pregunto qué se ha hecho el otro cabo.

Conocí entonces que el fragmento de cuerda que llamaba la atencion del cazador era el que ató mis piernas, y le espliqué el misterio. Este alto hecho pareció enzalsarme mas en la estimacion del sargento, quien volviéndose á uno de los tiradores, antiguo cazador como él, le dijo:

—Sí, Nat, el capitán es mas ágil y flexible que un gato salvaje y seria capaz de alcanzar á un oso gris en la carrera. Se lo aseguro á vd., Bob Lincoln.

Despues de esta reflexion tan lisongera para mí, el valiente sargento se acercó al precipicio, examinó el árbol, luego el cabo de la cuerda, volvió otra vez al árbol y se puso en seguida á tirar muchas piedras pequeñas en el abismo, sin duda, con el fin de medir su profundidad. Era evidente que la aventura le parecia maravillosa, y que procuraba grabarse en la memoria todos sus pormenores.

Twing y los demas se habian apeado: al volver.

me para él ví á Clayley ocupado en hacer una visita á la bota del mayor: el ejemplo de mi subteniente era bueno de seguir, lo imité, y me sentó muy bien.

—Pero cómo se ha hecho vd. para encontrarnos, mayor?

—Este pequeño soldado es quien nos ha conducido al rancho, donde vd. fué hecho prisionero, respondió el mayor señalándome á Jack: de allí hemos seguido fácilmente las huellas de vd. hasta una grande hacienda.

—¡Ah! vdes. han derrotado la guerrilla?

—Nosotros no hemos visto guerrilla.

—¿Cómo! en la hacienda.

—Había en ella peones y mugeres; nada mas. ¿Pero dónde tenia yo la cabeza? . . . Sí, es verdad, hubo gente que tiró sobre nosotros. Thornley y Hillis, que están presentes, han sido heridos gravemente y aun no se hallan del todo curados. ¡pobres mozos!

Volvíme para estos oficiales, pero ambos reían y no comprendí nada.

—¡Ah! Hennessy, continuó el mayor, recibió tambien una herida en medio del pecho . . .

—A fe mia; eso es cierto; exclamó este último.

—Vamos, mayor; denos vd. una esplicacion, dije entonces con tono serio; porque no tenia humor de bromear: empecé en efecto á adivinar cuáles podrian ser esos enemigos de que hablaba el mayor, y las mofas sobre este particular me disgustaban y encclerizaban.

—Y bien, capitán, dijo Hennessy respondiendo por el mayor; yo voy á poner á vd. al corriente. Hemos encontrado dos personas las mas encanta-

doras que he visto en mi vida . . . y ricas . . . ricas como Creso. —¿No es verdad, señores?

—Ciertamente, respondió Hellis.

—Pero es preciso ver, repuso Hennessy, como se han portado con el tigre de vd. Ellas lo rodeaban, lo apretaban; creí que se iban á comer al muchacho.

Sentia muy viva impaciencia por saber mas; pero como ví que no podia sacar nada por ese lado, tomé el partido de ocultar mi inquietud y de aprovechar la primera ocasion de hablar con Jack.

—¿Pero cerca de la hacienda? pregunté variando de conversacion.

—Seguimos las huellas de vd. hasta el canal; donde encontramos sangre sobre las rocas: allí cesó todo indicio, y estábamos sin saber á donde dirigir los pasos, cuando un jóven, que parecia conocido de Jack, un mozo, á fe mia, de un aspecto tan gracioso como distinguido, nos enseñó el camino, y desapareció en seguida, sin que le hayamos vuelto á ver. Proseguimos así hasta una pequeña pradera situada á la orilla de los bosques: el suelo estaba pisoteado de caballos, pero las huellas no llegaban mas allá, por lo que nos estraviámos segunda vez.

—¿Y cómo se han hecho vdes. para venir aquí?

—Por una casualidad bien singular. Estábamos para llegar á la ruta nacional, cuando el gran sargento de la compañía de vd. saltó en medio de nosotros de encima de las ramas de un árbol.

—¿Qué ha visto vd., Jack? pregunté en voz baja al niño despues de haberlo llamado á parte.

—Los he visto á todos, capitán.

—Y bien.

—Me preguntaron dónde estaba vd., y cuando les dije que . . .

—Y bien, ¿despues?

—Parecieron estar muy afectados.

—¿Y luego?

—Y las señoritas ...

—Y bien, ¿las señoritas?

—Estaban como locas, y daban gritos de desesperacion.... Jack era la paloma que traia la rama de oliva.

—¿Han dicho dónde iban? pregunté despues de una pausa de un momento, durante la cual, despierto como estaba, acababa de tener uno de los ensueños mas deliciosos.

—Sí, capitan: van á fijarse en el interior del país.

—¿Dónde? pero dónde pues?

—Es un nombre bastante singular: no podré recordarlo. ¿Jalapa? ¿Orizava? ¿Córdova? ¿Puebla? ¿México? Creo que sea uno de estos nombres; ¿pero cuál? es lo que he olvidado, capitan.

—Capitan Haller, dijo á este tiempo el mayor, una palabra, si vd. gusta. Hay aquí algunos de los que se disponian á colgar á vd.; atienda vd.; ¿los reconoce?

Hablando así, el mayor me señalaba cinco jarocho que habian sido hechos prisioneros.

—Sí, le respondí; creo reconocerlos; sin embargo no me atreveré á certificar su identidad.

—¿Por San Patricio! Mayor, puedo jurar por mi salvacion que yo los reconozco, yo; sobre todo hay entre ellos un canalla que me ha dado una famosa razon para no olvidarle, si un puntapié en el vientre puedé llamarse razon. ¡Ea! no te ocultes ahora, villano, negrilla, mirame de frente; ¿no me reconoces?....

—Acérquese vd., soldado; dijo el mayor.

A esta órden se adelantó Chan, y dió en pocas palabras esplicaciones muy comprometidas para los jarocho.

—Está bien, dijo el mayor despues de haber oido al irlandés.—Subteniente Claiborne, continuó dirigiéndose al oficial mas jóven en graduacion, ¿cuál es su parecer?

—Que los ahorquen; respondió el subteniente con una voz solemne.

—¿Y el de vd., subteniente Hallis?

—Que los ahorquen.

—¿Y el de vd., subteniente Clayley?

—Que los ahorquen, respondió con voz firme y vibrante,

—¿Y el de vd., capitan Hennessy?

—Que los ahorquen.

—¿Y su opinion, capitan Haller?

—Su resolucion de vd. está bien fundada, mayor ...

—Yo queria tratar de que se modificase el rigor de esta condena.

—Capitan Haller, dijo el mayor interrumpiéndome de repente, no tenemos tiempo, ni facilidad de llevar con nosotros prisioneros. Nuestro ejército ha ganado ya á Plan del Río, y se prepara á atacar el desfiladero. Si perdemos una hora solamente, llegaremos muy tarde á la batalla, y vd. sabe tan bien como yo lo que podria resultar.

Conocia muy bien el carácter resuelto de Twing para hacerle oposicion por mas tiempo. Me callé y los jarocho fueron condenados á la horca.

El pasaje siguiente extractado de la relacion oficial del mayor sobre todo el negocio, hará conocer suficientemente el resultado de esta sentencia.

“Hemos matado cinco hombres al enemigo y hé-

*chole otros tantos prisioneros; pero el gefe de estos bandidos no ha podido ser capturado. Los prisioneros han sido juzgados y condenados á la horca. Habian preparado tormentos para el capitán Haller y sus compañeros, y á falta de otros mas convenientes, nos hemos servido del patíbulo para con ellos.*

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

CAPITULO LIII.

UNA BATALLA A VUELO DE PAJARO.

**DEJAMOS** la caverna del Aguila una hora, poco mas ó menos, despues de amanecer. Habiamos andado algunos centenares de pasos, cuando me dí vuelta sobre mi silla y miré atras. Los cinco cadáveres de los jarocho colgados de los árboles formaban un cuadro tan horrible que no lo olvidaré en toda mi vida. Sus compañeros que sin duda los veian en esta triste posicion de algun bosque inmediato, debieron hacer con este motivo singulares reflexiones.

Estos desgraciados fueron ejecutados sin que se les despojase de su traje elegante, habiéndoles servido de sudarios sus vestidos de guerra: cubiertos con los dobleces de sus mangas, estaban inmóviles por encima del abismo, mientras que el águila pasaba cerca de ellos lanzando su grito guerrero, y

millares de buitres oscurecian el cielo por encima de sus cabezas y volaban á la redonda acercándose en cada círculo á la horrible presa que codiciaban.

Antes que hubiésemos perdido de vista la colina del Aguila las aves de rapiña se habian posado sobre los cadáveres y hundian con avidez sus corvos picos en sus carnes aun calientes y palpitantes. ¡Qué horror!... á la vista de tan horrible espectáculo no pude menos de reconcentrarme en mí mismo y hacer algunas reflexiones sobre esta estraña mutacion de las víctimas.

Llegamos bien pronto al pié del declive y nos encontramos sobre el borde del torrente que atravesamos algunas horas despues para dirigirnos al Oeste. Nuestra marcha nos condujo en la mitad del dia cerca de un arroyo de agua clara y límpida al que hacia sombra un lindo bosque de palmeras; no podiamos apetecer cosa mejor para pasar la siesta, y allí nos detuvimos.

Despues de algunas horas dadas al reposo, y cuando se calmó un poco el calor del dia, nos volvimos á poner en camino, y llegamos por la tarde al pueblito de Jacumulco, donde resolvimos pasar la noche. Twing obligó al alcalde á que le suministrase víveres y forrage, hizo atar los caballos en la plaza, y ordenó á los hombres que encendiesen las hogueras y vivaqueasen en el mismo paraje, habiendo colocado por precaucion un centinela á la entrada de cada uno de los caminos que venian á parar en el pueblo.

Al amanecer dejamos nuestra estacion, y despues de algunas horas de camino sobre las riberas del Plan, á cinco millas por encima del Puente, nos dirigimos hácia él siguiendo la ribera del rio, que no

es, como todas las corrientes del país, sino un verdadero torrente con cien pies de profundidad que corre por el abismo de una sombría barranca.

Proseguíamos tranquilamente nuestro camino y trepábamos por una costa escarpada, cuando de repente nos llamó la atención la vista de un objeto que nos hizo estremecer: en línea recta delante de nosotros, en la cumbre de la colina tajada en forma de bóveda, se alzaba una torre por encima de la cual flotaba el estandarte de México.

La torre estaba defendida por una larga línea de hombres con uniforme militar: ginetes soberbiamente vestidos recorrían á galope la colina.

Veíamos relucir el cobre de los cascos y despedir relámpagos las bayonetas. Un obús de bronce resplandecía también á los rayos del sol, distinguiendo perfectamente á los artilleros en su puesto. La voz del clarín y el sonido del tambor llegaban hasta nosotros, y estábamos tan cerca que podíamos hasta oír las voces de mando.

—¡Alto! gritó Twing tirando con ligereza las riendas de su caballo. ¡Gran Dios! vamos á parar al campo enemigo. ¡Guía! añadió volviéndose con cólera para Raoul y sacando hasta la mitad de su espada de la vaina, ¿qué significa eso?

—Esta colina, mayor, respondió el soldado sin moverse, es el Telégrafo y cuartel principal de los mexicanos.

—¿Y porqué hemos de tomar por allí, pues? Estamos apenas a una milla del enemigo.

—A diez millas, mayor.

—¿Cómo á diez millas? si veo de aquí el águila de su bandera: digo á vd. que apenas habrá una milla.

—En cuanto á la vista, así es, pero no como ca-

mino, mayor; hay diez millas como se lo he dicho ya, porque para ir hasta el Telégrafo es preciso dar vuelta por la barranca, y además no tenemos otra senda para llegar al Plan.

Lo que decía Raoul era cierto; aunque estuviésemos á tiro de cañon del enemigo, no por eso estábamos menos distantes de diez millas.

Un abismo nos separaba, de lo que pudimos convencernos al cabo de algunos instantes, porque llegamos á sus bordes y nos pusimos á andar por ellos con tanta ligereza como lo permitía una ruta cubierta de piedras y en muy mal estado.

—¡Gran Dios! Haller, llegaremos muy tarde! á galope! gritó Twing dando órden de acelerar el paso.

La tropa obedeció marchando con mas viveza. El Plan, la aldea, el campo americano con sus blancas pirámides empezaban á presentarsenos, pero lejos, muy lejos por debajo de nosotros en la llanura que dominábamos como de lo alto de una torre. A pesar de la rapidez de nuestra marcha no habíamos podido conseguir dar vuelta á la barranca.

—¡Dios mio! dijo Twing, nuestro campo está desierto.

En efecto se veía en él poco movimiento: algunos conductores de convois, inválidos, guardias avanzadas para la custodia del campo, eran los solos seres animados que podían descubrir nuestras miradas.

—Vea vd., vea vd.

Seguí la dirección que me indicó el ademán de Twing. Sobre las alturas que dominaban el campo se extendía una larga línea de color azul oscuro; eran soldados que se formaban en ala haciendo relucir al sol, á cada uno de sus movimientos, mas

de diez mil bayonetas. La línea azul se desarrolló como una gran serpiente dirigiéndose al Telégrafo y bien pronto desapareció detras de la colina.

Entonces de encima del cerro de figura de bóveda partió un cañonazo, luego otro y otro y otros muchos acompañados de mosquetería, de tambores, trompetas, gritos y algazara.

Dióse principio á la batalla.

—Llegamos muy tarde.

Nos encontramos aún á ocho millas del teatro de la accion: no era posible llegar á tiempo y nos paramos furiosos maldiciendo nuestra mala suerte.

Sin embargo, continuaba la descarga de fusilería con una intensidad siempre en aumento. Distinguimos en medio de todos los ruidos el de las carabinas americanas, cruzandose á cada instante en los aires las bombas, las balas y la metralla.

Toda la colina se encontraba envuelta en una nube de vapor sulfuroso por entre la cual veíamos pequeños destacamentos de soldados que se deslizaban de roca en roca y de maleza en maleza y avanzaban siempre haciendo un fuego graneado. Algunos sin embargo quedaban á retaguardia heridos por la metralla que caia sobre ellos desde lo alto de la colina.

Bien pronto salió de los bosques una tropa numerosa y se puso á escalar el cerro á pesar de todos los peligros. Muchos muertos quedaron en el camino, pero llegaron al fin. Entonces se cruzaron las bayonetas, brillaron los sables, se batieron enrojeciendose de sangre; gritos de furor llenaron el aire, luego siguió un largo silencio; despues otro gran grito, un hurra de alegría y de triunfo. Al mismo tiempo por entre el humo que empezaba á disiparse percibimos millares de hombres precipitandose

como torrentes de lo alto de la colina hasta su pié, y ganando los bosques que se estienden a sus faldas.

La niebla de azufre que oscurecia la atmósfera no nos habia permitido reconocer á qué partido pertenecian los fugitivos. Nuestras miradas preguntaban con ansiedad á la cima de la torre, mientras que de la nube que rodeaba su base se escapaba aún el ruido sordo de los últimos fusilazos que tiraban sobre los fugitivos.

—¡Mire vd., mire vd! gritó una voz. El pabellon mexicano ha sido vencido. ¡Aquella es la bandera estrellada!

En efecto, el estandarte americano se elevaba magestuosamente por encima de una nube azul de humo; lo reconocimos por las fajas de que está atravesado, así como por el cuadro sembrado de estrellas que adorna uno de sus ángulos.

Al verlo toda nuestra tropa prorrumpió en un fuerte hurra.

Era negocio concluido; en menos tiempo del que he gastado en contarlo, la batalla de Cerro-Gordo fué perdida por los mexicanos y ganada por nosotros.

## CAPITULO LIV.

MODO SINGULAR DE RETIRARSE DE UN CAMPO DE  
BATALLA.

Continuabamos á caballo con la cara vuelta para el Telégrafo contemplando nuestra bandera que

de diez mil bayonetas. La línea azul se desarrolló como una gran serpiente dirigiéndose al Telégrafo y bien pronto desapareció detras de la colina.

Entonces de encima del cerro de figura de bóveda partió un cañonazo, luego otro y otro y otros muchos acompañados de mosquetería, de tambores, trompetas, gritos y algazara.

Dióse principio á la batalla.

—Llegamos muy tarde.

Nos encontramos aún á ocho millas del teatro de la accion: no era posible llegar á tiempo y nos paramos furiosos maldiciendo nuestra mala suerte.

Sin embargo, continuaba la descarga de fusilería con una intensidad siempre en aumento. Distinguimos en medio de todos los ruidos el de las carabinas americanas, cruzandose á cada instante en los aires las bombas, las balas y la metralla.

Toda la colina se encontraba envuelta en una nube de vapor sulfuroso por entre la cual veíamos pequeños destacamentos de soldados que se deslizaban de roca en roca y de maleza en maleza y avanzaban siempre haciendo un fuego graneado. Algunos sin embargo quedaban á retaguardia heridos por la metralla que caia sobre ellos desde lo alto de la colina.

Bien pronto salió de los bosques una tropa numerosa y se puso á escalar el cerro á pesar de todos los peligros. Muchos muertos quedaron en el camino, pero llegaron al fin. Entonces se cruzaron las bayonetas, brillaron los sables, se batieron enrojeciendose de sangre; gritos de furor llenaron el aire, luego siguió un largo silencio; despues otro gran grito, un hurra de alegría y de triunfo. Al mismo tiempo por entre el humo que empezaba á disiparse percibimos millares de hombres precipitandose

como torrentes de lo alto de la colina hasta su pié, y ganando los bosques que se estienden a sus faldas.

La niebla de azufre que oscurecia la atmósfera no nos habia permitido reconocer á qué partido pertenecian los fugitivos. Nuestras miradas preguntaban con ansiedad á la cima de la torre, mientras que de la nube que rodeaba su base se escapaba aún el ruido sordo de los últimos fusilazos que tiraban sobre los fugitivos.

—¡Mire vd., mire vd! gritó una voz. El pabellon mexicano ha sido vencido. ¡Aquella es la bandera estrellada!

En efecto, el estandarte americano se elevaba magestuosamente por encima de una nube azul de humo; lo reconocimos por las fajas de que está atravesado, así como por el cuadro sembrado de estrellas que adorna uno de sus ángulos.

Al verlo toda nuestra tropa prorrumpió en un fuerte hurra.

Era negocio concluido; en menos tiempo del que he gastado en contarlo, la batalla de Cerro-Gordo fué perdida por los mexicanos y ganada por nosotros.

## CAPITULO LIV.

MODO SINGULAR DE RETIRARSE DE UN CAMPO DE  
BATALLA.

Continuabamos á caballo con la cara vuelta para el Telégrafo contemplando nuestra bandera que

flotaba por encima de la torre, cuando un oficial exclamó:

— ¡Vean vdes., de ese lado: que se pasa allí!

Y al mismo tiempo señalaba la barranca.

Dirigiéronse todas las miradas al punto indicado. Una larga línea blanca se movía sobre la faz interior de la barranca.

— Atrás, atrás, dijo Twing, con los ojos fijos en este extraño espectáculo. Guarezcanse vdes. detrás de algun accidente del terreno.

Un poco despues todo nuestro destacamento, oficiales y soldados habian ganado á galope el seco lecho de un arroyo, donde se puso á cubierto de todas las miradas. Tres ó cuatro de los nuestros se aparearon y en compañía del mayor avanzaron rápidamente hasta el sitio que acababamos de dejar en el mismo instante y se ocultaron entre los yerbazales de modo que pudieron examinar la barranca sin riesgo de ser descubiertos. Yo era del número de los observadores.

Estábamos así colocados sobre el último borde del abismo y teniamos delante de nosotros la parte opuesta de la barranca que se alzaba como una pared de piedra á mas de mil piés por encima del nivel del rio cuya ribera nos separaba á una distancia de mil piés á lo sumo. Esta faz de la barranca estaba cortada casi perpendicularmente, excepto algunos accidentes formados de rocas basálticas cubiertas de cactus y de agaves en medio de los cuales se levantaban tambien palmeras y cedros desmedrados.

Sobre esta faz interna se movía la línea de que hemos hablado, la que marchaba lentamente haciendo eses segun los accidentes del terreno.

Bien pronto se nos esplicó esta estraña aparicion:

era una partida de mexicanos que huía del campo de batalla. Mas arriba en medio de un bosque que coronaba la ribera de la barranca percibimos al mismo tiempo millares de guerreros de aquella nacion que se disponian á bajar al abismo y á seguir el camino trazado por sus compañeros. Su designio era sin duda alguna poner la barranca entre ellos y el ejército americano.

Nos detuvimos algunos instantes examinando los movimientos de estos astutos fugitivos, cuya columna llegaba ya al bosque que ocupaba el fondo del abismo.

Callábase el mayor y no nos daba ninguna señal de accion á pesar de las miradas impacientes que cada uno de nosotros le dirigia.

— ¿Y bien mayor, qué hacemos? le preguntó uno tomando la iniciativa.

— Nada, respondió con viveza el mayor.

— ¿Cómo nada? exclamamos al mismo tiempo todos nosotros.

— ¿Y qué podemos hacer?

— Hacerlos prisioneros á todos ellos.

— ¿Y á quienes hacemos prisioneros?

— ¿A quiénes? á esos mexicanos que están delante de nosotros.

— ¡Ah! delante de nosotros! están lejos: hay diez millas que andar. Pero suponiendo que nuestros caballos tuviesen alas y que pudiesen bajar sin caer hasta el fondo de ese barranco, ¿qué haríamos con esos hombres en esa profundidad? Vean vdes. que hay mas de mil mexicanos sobre las rocas.

— ¿Y qué importa el número? dije tomando por primera vez la palabra en esta conversacion. Es un enemigo vencido y en completa derrota, y apostaré á que la mitad de ellos no tienen armas. Va-

mos, mayor, condúzcanos vd. y le prometo que los capturaremos á todos sin siquiera disparar un tiro.

—Pero, mi querido capitán, no podemos ir á encontrarlos donde están.

—No es necesario tanto: con ganar las alturas que están abajo no tendremos mas que esperarlos, pues ellos mismos se nos entregaran . . . .

—¿Cómo así?

—Vd. bien ve esa línea negra que está cerca de diez millas de aquí; es un bosque y vd. no ignorará que no tiene árboles en el suelo rocoso de la colina: por consiguiente debe tener por aquel paraje una garganta y una corriente, y esté vd. seguro de que por allí vendrán á pasar.

—Muy bien; pues vamos á esperarlos allá; gritaron todos juntos.

—No, señores, no: vdes. se engañan: ellos permanecerán en el fondo de la barranca en medio de los bosques, á no dudarlo. Dejémoslos allí para no perder tiempo, y prosigámos adelante tomando el camino á la mayor brevedad posible. ¿Quién sabe lo que nos espera antes de llegar? Vamos.

Al pronunciar estas últimas palabras, volvió al arroyo nuestro comandante, y montó prontamente á caballo. Obedecemos sin chistar, á pesar del disgusto que sentíamos interiormente.

Muy satisfactorio me hubiera sido ejecutar aquel rasgo de audacia y volver al campo con un gran número de prisioneros. Mi amigo Clayley era enteramente de mi dictámen, y como un discípulo que ha saltado á la hora de la clase, hubiera querido, para que le perdonasen su ausencia, llevar algún presente al maestro. Además, sabíamos que entraba en las intenciones del general en jefe hacer en tales circunstancias el mayor número posible de

prisioneros para castigar al enemigo por su mala fé; porque se sabia por datos ciertos que gran número de soldados que se habia dejado salir de Veracruz sobre su palabra de honor, ganaron a Cerro gordo con intencion de combatirnos, y no dudábamos que hubiese muchos de estos honorables soldados entre la multitud de fugitivos que habiamos visto internarse en la barranca.

—Mayor Twing; permitame vd. tomar cincuenta hombres de los suyos y tentar fortuna. Vd. sabe que tengo cuentas que arreglar con esa gente . . . .

—No puedo, capitán; no puedo á la verdad . . . .  
Vamos, ¡adelante!

Poco despues íbamos al trote con direccion al Plan.

De pronto me encendí de cólera contra Twing; alegéme de él silencioso y me coloqué en la retaguardia de la tropa.

¿Qué no hubiera yo dado por tener en este instante á mis tiradores!

Me distrajo de mi mal humor el ruido de un tiro. Colocado el mayor al frente de la columna, acababa de mandar: "¡Alto!" Paréme como los demas y miré adelante. A cierta distancia vi lucir un objeto de color verdoso que desapareció bien pronto detras de una roca: era un centinela por quien fué hecho el tiro.

—¿Cree vd. que sea alguno de los nuestros?

—Es un soldado de nuestra compañía, capitán; lo he reconocido por el color verde de su gorra, me respondió Lincoln.

De un galope me acerqué á Twing. Disponíase el mayor á destacar algunos hombres para hacer un reconocimiento, y me uní á ellos. Al cabo de dos minutos de marcha, percibimos á distancia de cua-

trocientos pasos á lo sumo, un obús de diez pulgadas que acababan de apuntar contra nosotros. Detrás de esta pieza habia un grupo de artilleros, y á cada uno de sus lados un cuerpo numeroso de soldados, que creí reconocer por de la infantería ligera, ó tiradores: cuya vista no pudo menos de asustarnos; pero felizmente por encima del cañon flotaba una pequeña bandera listada de fajas rojas y blancas, y sin necesidad de voz de mando, se pararon nuestros hombres, se quitaron los sombreros y se saludaron con gritos de alegría.

El centinela continuaba permaneciendo indeciso; no sabia qué pensar con respecto á nosotros, admirándose con razon de nuestra presencia, cuando uno de los hombres que me acompañaban hizo desaparecer toda incertidumbre galopando hácia el centinela y desplegando la bandera de su regimiento.

Al ver esto, gritos de regocijo partieron de la bateria, y poco despues estábamos todos reunidos, dando y recibiendo felicitaciones y apretándonos las manos como amigos felices que se vuelven á ver despues de una larga ausencia.

El hecho para mí mas importante en este encuentro, fué que mi compañía á las órdenes del segundo subteniente se encontraba allí y servia de guardia á la pieza de artillería.

Nuestros compañeros nos recibieron como á gente que viene del otro mundo, creyendo de algun tiempo á aquella parte que estábamos perdidos para siempre, y era de ver como estos valientes tiradores se agrupaban al rededor de Lincoln y de los demas, y con qué interes escuchaban la relacion de nuestras aventuras.

## CAPITULO LV.

### UNA CAPTURA EN GRANDE.

POCOS minutos bastaron para el reconocimiento y las esplicaciones. Twing continuó su camino con su escuadron de caballería. En cuanto á mí, formé la resolucion de tomar por el lado opuesto y volver atras: hallábame al frente de cierto número de hombres, que era mi compañía, y sentia con mas imperio que nunca la necesidad de hacer olvidar mi última escapada por alguna accion brillante. Clayley, como ya he dicho, tenia el mismo dictámen que yo sobre el particular.

—¿Necesita vd, aun de mis tiradores? dije á Ripley, valiente mozo que mandaba la artillería.

—No, Capitan: me bastan mis treinta artilleros para la maniobra y defensa de mi arma. Parta vd. con sus tiradores, ¡adios! y si vd. se encontrare en algun atolladero, mandeme vd. aviso: dejaré el obús aquí hasta su vuelta, y para en caso de necesidad tengo algunas cajas de metralla que descargar contra los que le persiguieren.

Durante este coloquio, la compañía se habia formado en hileras sobre el flanco de las piezas y á la voz de mando de. "Adelante, marchen, paso acelerado" bajó ligeramente la colina.

A los pocos minutos ganamos el punto donde el camino daba una vuelta alejándose un poco de la orilla de la barranca. Así que llegamos allí me adelanté rápidamente hasta el sitio de observación que habíamos ocupado en Twing.

Perdimos tan poco tiempo en lo que estuvimos con la artillería, y eran tales las dificultades del camino para nuestros enemigos, que no habían podido llegar aún al fondo de la barranca. Divididos en grupos de dos y de tres, se dirigían del lado de la corriente que se deslizaba no lejos de allí al mismo pie del precipicio. Muchos de ellos estaban sin armas, de las que se habrían desembarazado sin duda para huir con más facilidad; otros, pero en menor número, conservaban sus mosquetes.

Llegado que hubo al margen del arroyo, la tropa enemiga se apeó precipitadamente y se puso á beber con avidez llenando sus odres.

Esta precaución me confirmó en la idea de que su designio era encaminarse á los montañas, porque sabía que en esta dirección no se hallaba agua sino á distancia de muchas millas.

No perdía de vista el menor movimiento de los fugitivos, gracias á un antejo que me prestó Rapley. Por medio de este instrumento descubrí en un bosque de palmeras un objeto brillante; le reconocí pronto: era una mula ricamente enjaezada y guardada por muchos soldados más suntuosamente vestidos que la mayor parte de los otros.

Sin duda, me dije; esperan á algún oficial de rango, y cambiando la dirección del antejo, seguí la línea que continuaba descendiendo sobre el flanco de la escarpada pendiente. Estaba cubierta de lucientes uniformes: habíase parado bajo el grupo de palmeras que le hacía sombra un grupo de oficiales

con el designio, al menos así lo suponía, de esperar que los primeros fugitivos hubiesen abierto una senda por entre la espesura que cubría el fondo de la barranca. Mis conjeturas eran justas, porque apenas atravesó la columna el juncal, dejando en pos de sí una especie de vereda, cuando los oficiales se pusieron á continuar su bajada.

Lo que ví entonces me hizo latir el pulso con una rapidez febril. Entre los que acababan de dejar la plata-forma, observé á un hombre con una masa negra sobre sus hombros. Esta masa era otro hombre que reconocí al instante y al que tuve, por el tirano cojo de México.

No emprenderé describir los sentimientos que me agitaron en este instante. Lo mejor que puedo decir para hacerlos comprender, es que eran de la misma naturaleza que los que experimenta un joven y entusiasta cazador en el instante que apunta con su escopeta una pieza noble, como un oso, una panteira ó un búfalo. Sentí hácia este hombre el desprecio y el odio que debe experimentar todo corazón honrado y libre contra un tirano tan cobarde. Desde el principio de nuestra campaña había oído referir de él tantas infamias y pormenores odiosos que hubiera sacrificado con gusto una de mis manos porque la distancia que nos separaba fuese en realidad tan corta como parecía, pues con auxilio del antejo le veía tan distintamente que reconocía en sus facciones ajadas por el vicio la expresión de maldad y de baja crueldad que sabía le era habitual.

Era tiempo de obrar, y así guardé el antejo y fuí volando á reunirme con el cuerpo de mi compañía. Raoul me informó respecto de la línea negra de que hablé antes al mayor. Como lo conjeturaba venía á ser el canal de un arroyo pequeño cubierto

de un bosque espeso y formando una garganta ó desfiladero que conducia hasta el rio del Plan; solo me equivoqué en la apreciacion de las distancias, pues en vez de tres habia cinco millas.

En un momento nos pusimos de nuevo en marcha y nos adelantamos á pasos redoblados hácia el fin de nuestra expedicion. Hablé con mi gente lo bastante para hacerla participe de mis esperanzas; aunque entre ellos habia algunos que no era menester escitarlos y que hubieran consentido voluntariamente en dar la mitad de su vida por apoderarse de un pajaró tal como el que cazábamos. Muchos tambien tenian que vengar á un pariente, á un hermano, ó á un amigo muerto en las llanuras de Goliad ó en la fortaleza de Alamo.

Ademas, mi gente estaba escitada por las circunstancias, desde la mañana, pensaban hacer una descarga, y la ocasion que ahora se les presentaba, los indemnizaba superabundantemente de no haber asistido á la batalla. Así toda la compañía marchó con la precision y rapidez de un solo hombre, salvando las cinco millas en menos de media hora. Conociendo las dificultades del camino que el enemigo se veia precisado á hacer, esperábamos tener tiempo de tomar aliento antes que llegase, y habia reservado este instante para perfeccionar el plan que de paso preparaba y disponia en mi mente.

El solo aspecto de los lugares bastó para convencernos de que era imposible encontrar parage mas aparente para una emboscada. La garganta ó canal no se introducía á línea recta en la montaña; antes al contrario su abertura se dividia en triángulos, de suerte que los que llegaban primeros debian ser cogidos como en una ratonera, sin tener tiempo de advertirlo á los que les seguian.

Era precisamente lo que se requeria, porque no nos contentábamos con hacer algunos prisioneros; salvo que el cuerpo de la tropa se esparciese y ocultase en los chaparrales; antes bien pretendiamos capturar toda la partida sin disparar un tiro, si era posible, como parecia prometerlo la feliz disposicion del terreno.

El desfiladero era un arroyo seco cercado de pinos y cocoteros que ligaban entre sí lianas y vides salvages. Por el punto en que la garganta entraba en la montaña, sus riberas se alzaban de improviso, y aunque descubiertas, no lo estaban bastante para que dejase de encontrarse en ellas algunos grupos de palmeras diseminados por diferentes partes. Coloqué á un tirador detrás de cada uno de estos grupos, de tal suerte que nuestra línea formaba en su estension un arco cóncavo, cuyos extremos partian de la embocadura de la garganta, viniendo á reunirse en medio de un chaparral ó bosque espeso situando en el mismo fondo del precipicio. En cada lado de la puerta del canal coloqué seis hombres de manera que estaban del todo ocultos pudiendo, entrar sin percibirlos ni aun sospechar su presencia. Debian, en caso necesario, cortar la retirada, y en el punto mas distante frente de la embocadura, estaba un destacamento bajo el mando de Clayley con Raouí por intérprete, y en el medio estacioné el resto de la tropa mandada por Oakes y por mí.

Muy poco tiempo invertimos en tomar estas disposiciones; pues á media palabra me comprendian mis hombres, muchos de los cuales habian batido ganados con condiciones poco mas ó menos semejantes. La caza era la misma, solo variaba el género de ella, y así necesité de muy pocas esplicaciones para ponerlos al alcance de mis designios. A

los cinco minutos cada uno de nosotros ocupaba su puesto, y toda la tropa esperaba en silencio y con impaciencia el suceso que iba á tener lugar.

Sin embargo, nada nos anunciaba todavía la proximidad de los fugitivos, oyéndose solo el ruido del viento que agitaba la cima de los árboles, y los murmullos del agua. Algunas notas de un instrumento guerrero llegaban por intervalos á mis oídos; pero era un clarín de caballería del escuadrón enemigo que se dirigió hácia Encero y Jalapa.

Todos guardábamos un profundo silencio: los hombres distribuidos y ocultos en medio de yerbazales, no se veían la mayor parte unos á otros.

Este rato de expectativa es sin disputa uno de aquellos en que he experimentado mas violentas emociones. No tenía á la verdad motivos particulares de odio contra los enemigos: me eran todos, al menos bajo el punto de vista personal, muy indiferentes, escepto el tirano de que ya he hablado; pero habia en esta trampa de hombres algo singular y seductor que me trasportaba á pesar mio, comunicándome una especie de fiebre.

Estaba obligado á respetar en lo posible las leyes de la humanidad, queriendo hacer prisioneros y no muertos, y así habia ordenado que no se disparase un tiro, sino en el solo caso de que los enemigos hiciesen resistencia, librando la cuestion á la suerte de las armas. Pero respecto del tirano la humanidad no tenia nada comun con él, y permití á los tiradores sin mayor repugnancia que se comportasen á su respecto como mejor les pareciese.

No oyendo el menor ruido, ni viendo parecer á nadie, empecé á temer, despues de una larga expectativa, que estuviésemos en la emboscada sin fruto alguno, recelándome que los mexicanos hubiesen

dado á su fuga otra direccion, cuando llegó á mis oídos un ruido confuso semejante al zumbido de un enjambre de abejas, el que se fué aumentando por momentos, y distinguí voces de hombres.

El ruido de mi corazón que latia con ansiedad era mas fuerte que estas voces.

Acercábanse cada vez mas, percibiendo ya el estruendo de las piedras que se desprendian de la colina y rodaban bajo los piés de los fugitivos. A este tiempo oí el diálogo siguiente.

— ¡Guárdense, hombres! decia un mexicano.

— ¡Caramba! respondió otro, ¡cuidado con lo que hacen! No he escapado hoy de las balas de los yankees para venir aquí á que me rompan la cabeza á pedradas.

— ¡Arriba! ¡arriba!

— Antonio, ¿está vd. seguro de que este camino conduce á las tierras altas?

— Muy seguro, camarada.

— ¿Y de allí á Orizava?

— A Orizava, derecho, derecho.

— ¡Pero qué lejos es, hombre!

— ¡Oh! hay pueblitos.

— ¡Vaya! mucha falta me hacen, porque estoy cansado como un coyote hambriento.

— ¡Carai! los coyotes de este país no pasarán hambre por mucho tiempo, ¡vaya!

— ¿Sábese si los yankees han matado al cojo?

— ¡Bah! ¿qué zorro se deja coger ni matar! Le aseguro á vd. que habrá sabido encontrar su agüero donde guafecerse.

“El que mata un á ladron

Tiene cien años de perdon.

Los hombres que cantaban este estribillo satírico

eran los mismos que una hora antes habian gritado:  
*¡Viva el general! ¡Viva Santa-Anna!*

No pararon aquí las zumbas al presidente, y despues de algunos quid—proquo uno de los fugitivos añadió en forma de pretoracion.

—Si los tejanos logran echar mano al cojo, tendremos el gusto de nombrarnos un nuevo presidente.

Una partida acababa de penetrar en el desfiladero y ya no la veíamos sino por detras. Este grupo se componia de quince á veinte hombres casi todos soldados pertenecientes á los reclutas, vestidos de lienzo blanco y de anchos pantalones de marinero: sin embargo, no por eso dejaron de encontrar medio de escaparse, sea por efecto de su posicion en la batalla, sea, lo que es mas probable, á causa de su conocimiento del país, al paso que sus compañeros veteranos habian sido hechos prisioneros. Pocos de ellos tenían armas habiéndolas abandonado durante la fuga.

Así que acababan de pasar, se oyó la voz de Raoul que dijo:

—¡Alto! ¡abajo las armas!

A esta intimacion dieron los mexicanos un salto de terror; algunos retrocedieron con la intencion manifiesta de entrar en la garganta; pero una docena docena de caños de fusil que brillaron á sns miradas, los detuvieron en su proyecto.

—¡Adelante! ¡adelante! ¡somos amigos!

Le dirigí estas palabras en voz baja por temor de amenazar á sus compañeros que venian detras, y al mismo tiempo les hice seña de adelantar.

Colocados entre Clayley que les presentaba por delante una bandera y una línea de fusiles que les amenazaban por detras, los mejicanos no estuvie-

ron largo tiempo indecisos. Al instante avanzaron prefiriendo con mucho la compañía de Clayley y de Raoul á la de los demas tiradores.

Apenas capturamos á los primeros, cuando un segundo grupo salió por el canal: estos recién venidos estaban tan ignorantes de la suerte de sus camaradas como de la que les teníamos reservada á ellos mismos. Pasó con estos otro tanto que con los anteriores, corriendo igual suerte otros muchos grupos que llegaron despues. A los que traían armas se les obligaba á entregarlas dándoles orden en seguida de tenderse en tierra y de permanecer allí sin decir una palabra ni hacer el menor movimiento.

Proseguimos de esta suerte hasta que empecé á temer que el número de prisioneros fuese efectivo para poderlos conducir con seguridad, no siendo imposible que al ver los pocos que éramos procurasen evadirse.

Pero aún no habíamos alcanzado el objeto principal de nuestros esfuerzos, y esperabamos una presa de mas alto precio. Santa-Anna no debía estar lejos. ¡¡¡Si pudiesemos apoderarnos de él!!!

Sostenidos por esta expectativa resolví llevar á cabo la empresa.

Pero un suceso imprevisto puso fin á pesar nuestro á la emboscada.

Un grupo compuesto de diez ó quince hombres en cuyo número entraban algunos oficiales penetró por la garganta; pasando adelante sin desconfianza. Así que llegaron al punto convenido Raoul, les dió su formidable ¡Alto! Pero en vez de pararse como habian hecho los precedentes desenvainaron sus espadas y echaron mano de sus pistolas en actitud de defenderse.

Estaban entre dos fuegos y pronto nuestras carabinas dieron cuenta de ello.

Unos fueron muertos, otros hechos prisioneros, un reducido número se escapó por los lados del canal, y tres ó cuatro retrocedieron logrando salvar de nuevo la garganta. No teníamos ni posibilidad ni voluntad de seguirlos; pero ya la alarma estaba dada y no debíamos pensar en llevar á cabo nuestro proyecto. Di órden, pues, á mis hombres que se reuniesen y vigilasen á los prisioneros, de modo que no les fuese posible ninguna tentativa de evasión.

No teníamos ser atacados por la cañada, pues los que se nos escaparon llevaba consigo tal pánico que por esta parte estábamos al abrigo de todo riesgo. En cuanto al tirano, debía estar advertido y no podíamos conservar la esperanza de verle caer en nuestras manos.

Muchos tiradores á quienes los recuerdos de Santa Fe y de San Jacinto exasperaban contra él, me pidieron licencia para seguir sus huellas; pero me vi precisado á denegar su pretension, no permitiéndome las circunstancias acceder á ella, pues con la custodia de los prisioneros teníamos bastante á que atender.

Las correas de los fusiles y los cintos de los sables fueron cortados en fajas, de las que nos servimos para atar á nuestros cautivos de dos en dos. Así formaban una fila de ciento quince hombres en fondo; siendo por todos doscientos treinta prisioneros los que habíamos hecho.

Nos colocamos por delante, por detras y por los lados de la columna, de manera que pudiesemos vigilarla con la mayor exactitud posible, y en esta actitud triunfal regresámos por el mismo camino al campo americano.

## CAPITULO LVI.

DUELO SINGULARMENTE TERMINADO.

DESPUES de la batalla de Cerro-Gordo, nuestras tropas victoriosas persiguieron al enemigo hasta Jalapa, donde se paró para ocuparse de los heridos y preparar la expedicion contra la capital de México.

Los jalapeños no se mostraron inhospitalarios para con nosotros, ni tampoco tuvimos por qué quejarnos del recibimiento de las jalapeñas. Los unos y las otras esperaban ver su magnífica ciudad entregada á saco; así la moderacion que mostró nuestro ejército en estas circunstancias nos valió de parte de los habitantes una gratitud que puso en juego todos sus recursos para hacernos pasar el tiempo lo mas agradablemente posible.

Los placeres sucedieron á los combates á los que todos se dieron con avidez sin recuerdos de lo pasado, y sin cuidados por el porvenir; porque es propio de la vida aventurera del militar olvidar pronto á los compañeros que murieron el dia antes en el campo de batalla, donde tal vez los que les sobreviven yacieran al dia siguiente.

Los bailes, las tertulias, los dias de campo se sucedian sin interrupcion; pero todos estos placeres no

ejercian sobre mí la menor fascinacion. *Ella* no estaba allí para participar de estos recreos. ¿Dónde estaba? Aun no lo sabia: tal vez no la volveria á ver jamas! Lo único que sabia acerca de su suerte es que habia ganado el interior del país, hácia Córdoba ú Orizava.

Clayley participaba de mis sentimientos de tristeza.

Disgustos de otra especie aumentaban mis pesares. La discordia se habia introducido entre los oficiales de nuestro ejército, cuya causa era la rivalidad entre los antiguos y los que llegaron por último. Los que componian parte del ejército permanente afectaban mirarnos como intrusos, de cuya ridícula preocupacion parecian participar todos los antiguos oficiales, desde el general en jefe hasta el último subteniente.

A pesar de los esfuerzos conciliadores de algunos hombres racionales y mas tolerantes que los otros, esta necia rivalidad iba exacerbándose de dia en dia.

Entre los mas ardientes campeones de esta querrela estaba por parte de los *antiguos regulares* un tal Ramson, capitan de un regimiento de artilleria: era un valiente soldado, guapo mozo bajo muchos respectos pero que tenia la mania de jactarse de aristocracia.

Lo que hay de singular en las pretensiones de esta naturaleza es que por lo comun las sostienen los que parecen tener menos derecho. Yo he visto siempre, y el lector lo ha observado sin duda como yo, que las riquezas sobre todo son las que dan viso á la aristocracia. El Capitan Ramson no era una excepcion de esta regla. En efecto, recorriendo algunos papeles de familia, yo habia encontrado un es-

crito procedente del abuelo de nuestro aristócrata Capitan. Este escrito no era otra cosa que un recibo que mi propio padre habia exigido del viejo caballero pagandole la hechura de unos calzones de piel.

Por casualidad lo encontré en mi mochila, y para humillar un poco la vanidad del nieto del sastre me ocurrió presentarlo á tal cual de mis comensales. Mis compañeros de mesa se rieron mucho de este hallazgo, y algunos sacaron copia de aquel documento á fin de servirse de él, en caso necesario.

Una de estas copias fué comunicada á Ramson, quien en el primer ímpetu de su cólera se permitió con respecto á mí, ciertas expresiones inconvenientes que tuvieron, como sucede siempre, gran cuidado de referirme.

El resultado de todo esto fué un cartel de desafio que me trajo mi amigo Clayley: el duelo se fijó para el dia siguiente por la mañana.

El lugar indicado era un sitio en las riberas de la Zeneda, no lejos de un camino poco frecuentado que conduce al cofre de Perote.

Al amanecer montamos en dos coches para trasladarnos á dicho punto: éramos seis por todos, comprendiendo en este número á los testigos y cirujanos.

Cerca de una milla de la ciudad nos apeamos, y dejando el coche en el camino, llegamos á un pequeño prado situado en medio del chaparral.

Difícilmente se hubiera elegido lugar mas á propósito para el fin que nos habiamos propuesto: sabiamos por otra parte que habia servido mas de una vez de teatro á escenas de este género en una época en que los sentimientos de honor y de dignidad no habian fenecido del todo entre los descendientes de Cortés.

Con la mayor brevedad se midió el terreno, y debíamos batirnos á diez pasos; colocámonos, pues, á esta distancia, volviéndonos recíprocamente la espalda. Era punto convenido que nos daríamos vuelta á la palabra. “*Vaya, y haríamos fuego á la voz de mando, ¡una, dos, tres!*”

Esperábamos la señal, cuando el pequeño Jack, que habíamos dejado cuidando los coches, llegó al prado gritando con toda fuerza:

— ¡Capitan! ¡capitan! ¡los mexicanos están en el camino!

Apenas había pronunciado estas palabras cuando oímos un gran ruido de caballos, y poco despues entró en el prado una partida de ginetes. Una mirada nos bastó para reconocer la guerrilla.

Ranson que era el mas próximo que estaba de los recién venidos hizo fuego sobre el primero que se presentó al frente de la tropa. De un salto cayó el guerrillero sobre su adversario con el sable levantado y le iba á herir cuando mi bala le alcanzó y le hizo caer debajo de mi caballo.

— Doy á vd. las gracias, Haller, me dijo mi antagonista.

Al mismo tiempo nos lanzamos juntos á la parte donde se habían puesto las pistolas, que eran cuatro pares por todas: los cirujanos y los padrinos cogían cada uno un arma y la dirigían ya sobre el enemigo; y nosotros nos apoderamos de dos que quedaban, y cargándolas inmediatamente nos volvimos hácia los mexicanos.

A este tiempo se presentó á mi vista un caballo negro que reconocí muy pronto, así como al ginete que le montaba. Este último me había reconocido también por su parte, porque introduciendo sus espuelas en el vientre de su caballo llegó sobre mí á

galope dando gritos de rabia: sus dientes blancos rechinaban como los de un tigre furioso.

Su sable brilló á mis ojos, hice fuego, un cuerpo pesado cayó sobre mí y di en tierra privado de sentido.

No estaba sino aturdido y bien pronto volví en mí: se batían con furor; oía los tiros y el ruido de los caballos junto con los ayes de los heridos.

Abrí los ojos: ginetes con uniformes negros pasaban por el prado á galope y se dirigían á los bosques; y distinguí los ribetes amarillos de los dragones americanos.

Pasé la mano por la cara que tenía bañada en sangre. Un cuerpo pesado estaba atravesado sobre mí, que procuraba quitarme de encima el pequeño Jack, lo que hice yo mismo al poco tiempo. Solo entonces fué cuando al mirar el objeto que con su caída había causado la mia, lo reconocí y dije dirigiéndome á mi jóven servidor.

— ¡Dubose ha muerto!

Su cuerpo yacía en tierra con todo el lujo de su elegante traje. Una bala salida de mi pistola le atravesó el corazón y murió de repente. Coloqué la mano sobre su frente; estaba ya casi frío, sus facciones, otro tiempo tan bellas y frescas, empezaban á desfigurarse; había desaparecido el fuego brillante de sus ojos que apagaba la mano de la muerte.

Cierra los, dije á Jack, retirándome á algunos pasos.

Alrededor de mí yacían algunos heridos, dragones y mexicanos, y algunos muertos se encontraban también en el suelo.

Un grupo de oficiales volvía á este tiempo de perseguir á los fugitivos y entre ellos mi antiguo ad-

versario con nuestros padrinos y cirujanos: mi amigo Clayley habia sido herido en la pelea y tenia el brazo fajado.

Un oficial se acercaba á nosotros á galope; era el coronel Harding.

—Estos bellacos, dijo parandose han venido muy oportunamente para dispensarme de una comision desagradable: tenia orden del general en jefe de arrestar á los capitanes Haller y Ramson.

—Al presente, señores, continuó el valiente coronel con una sonrisa, creo que ya por esta mañana se han batido vdes. lo bastante, y si me prometen ser prudentes y hacer la paz, me permitiré por la primera vez de mi vida desobedecer las órdenes de mi general. ¿Qué les parece á ustedes caballeros?

No era preciso decir mas; el asunto de nuestra querella fué muy frívolo, y así apenas Ramson y yo habiamos oido las palabras del coronel cuando nos adelantamos el uno hácia el otro dándonos cordialmente la mano.

—Perdone vd., mi querido Haller, dijo Ramson, me retracto de todo. Las palabras que le han ofendido fueron efecto del primer momento de despecho ocasionado por esos diablos de calzones de cuero.

—Siento mucho haber causado á vd. un instante de mal humor, le repliqué; si vd. quiere venir á mi tienda, beberemos juntos un vaso de vino y encenderemos nuestros cigarros con ese malhadado papel.

Esta proposicion fué aceptada con celo por Ramson, y entramos por la ciudad en el mismo coche, y los mejores amigos del mundo.....

.....

Registrando algunos soldados á Dubrose le hallaron un papel que justificaba que el criollo estaba al servicio de Santa-Anna en calidad de espia.

El se enganchó de voluntario en la Nueva-Orleans con la intencion de descubrir los proyectos de los americanos y de desertar despues de su llegada á México. Ya hemos visto cual fué el éxito de su empresa. Si hubiera obtenido el mando de los tiradores, habria sin duda hallado un medio de entregarlos al enemigo, sea en la Virgen, sea en otra parte.

### CAPITULO LVII.

DOS SOLDADOS BANDIDOS.

POCO despues del suceso que acabamos de contar, muchas modificaciones se introdujeron en la disposicion del ejército americano. Worth que mandaba la division de la vanguardia, habia avanzado hasta Perote y ocupaba la ciudad y la fortaleza.

La llegada de algunos nuevos regimientos hizo necesaria la formacion de un campo, en atencion á que no habia en Jalapa, donde alojar todas las tropas. Eligieron para establecer este campo un paraje llamado Serena, así llamado del nombre de una habitacion situada a legua y media de dicha

versario con nuestros padrinos y cirujanos: mi amigo Clayley habia sido herido en la pelea y tenia el brazo fajado.

Un oficial se acercaba á nosotros á galope; era el coronel Harding.

—Estos bellacos, dijo parandose han venido muy oportunamente para dispensarme de una comision desagradable: tenia orden del general en jefe de arrestar á los capitanes Haller y Ramson.

—Al presente, señores, continuó el valiente coronel con una sonrisa, creo que ya por esta mañana se han batido vdes. lo bastante, y si me prometen ser prudentes y hacer la paz, me permitiré por la primera vez de mi vida desobedecer las órdenes de mi general. ¿Qué les parece á ustedes caballeros?

No era preciso decir mas; el asunto de nuestra querrela fué muy frívolo, y así apenas Ramson y yo habiamos oido las palabras del coronel cuando nos adelantamos el uno hácia el otro dándonos cordialmente la mano.

—Perdone vd., mi querido Haller, dijo Ramson, me retracto de todo. Las palabras que le han ofendido fueron efecto del primer momento de despecho ocasionado por esos diablos de calzones de cuero.

—Siento mucho haber causado á vd. un instante de mal humor, le repliqué; si vd. quiere venir á mi tienda, beberemos juntos un vaso de vino y encenderemos nuestros cigarros con ese malhadado papel.

Esta proposicion fué aceptada con celo por Ramson, y entramos por la ciudad en el mismo coche, y los mejores amigos del mundo.....

.....

Registrando algunos soldados á Dubrose le hallaron un papel que justificaba que el criollo estaba al servicio de Santa-Anna en calidad de espia.

El se enganchó de voluntario en la Nueva-Orleans con la intencion de descubrir los proyectos de los americanos y de desertar despues de su llegada á México. Ya hemos visto cual fué el éxito de su empresa. Si hubiera obtenido el mando de los tiradores, habria sin duda hallado un medio de entregarlos al enemigo, sea en la Virgen, sea en otra parte.

### CAPITULO LVII.

DOS SOLDADOS BANDIDOS.

POCO despues del suceso que acabamos de contar, muchas modificaciones se introdujeron en la disposicion del ejército americano. Worth que mandaba la division de la vanguardia, habia avanzado hasta Perote y ocupaba la ciudad y la fortaleza.

La llegada de algunos nuevos regimientos hizo necesaria la formacion de un campo, en atencion á que no habia en Jalapa, donde alojar todas las tropas. Eligieron para establecer este campo un paraje llamado Serena, así llamado del nombre de una habitacion situada a legua y media de dicha



ciudad; y mas cerca aún de las montañas. Allí, pues, fué donde se acantonó una parte del ejército, aguardando para adelantar hasta la capital, la llegada de algunas tropas enviadas por los Estados- Unidos.

Los tiradores fueron de los cuerpos destinados á acampar en Serena.

El anuncio de esta disposicion produjo en mis camaradas una impresion muy desagradable.

Pero, á pesar del disgusto que manifestaban por dejar á Jalapa; fué preciso obedecer, siendo terminante la orden del general en jefe, y diez horas despues de su recepcion salimos de la ciudad saludados en nuestra partida por las sonrisas de las Jalapeñas que se inclinaban sobre sus balcones para vernos por ultima vez.

Serena era un mal rincon, enagoso donde no se encontraba nada de lo que es necesario á un campamento militar, excepto el agua. Llegamos en la estacion de las lluvias, el país se habia convertido en un estanque, lloviendo regularmente al menos seis ó siete horas por dia.

La soledad mas completa reinaba al rededor de nuestro campamento, situado en campiñas ó bosques desiertos ó que parecian serlo: sin embargo, no era prudente aventurarse por ellos, y muchos de nuestros compañeros que habian cometido la imprudencia de alejarse del campo, se habian encontrado poco despues sin vida con una cruz entallada en la frente.

Nunca hubo peor eleccion en punto á lugar de campamento. Por colmo de infortunio, mi amigo Clayley se quedó en Jalapa, donde le retenia la cura de la herida. Durante su ausencia habia concedido temporalmente mi afecto á un jóven valiente y hon-

rado que se llamaba Taplin, y era como Clayley, subteniente de voluntarios. Este oficial, antes de engancharse habia consagrado algunos años á la vida errante de la *Pradera*. Aunque jóven aún, era taciturno y de una apariencia modesta y reservada, lo que no le impedia á veces mostrar el valor de un leon; su sangre fria y la franqueza de su carácter ganaron pronto mis simpatías y vivimos juntos en la mejor conformidad.

Una mañana despues de haber saludado al oficial de guardia, salimos del campo, y tomamos por el chaparral una senda que nos condujo bien pronto al gran camino cerca de Banderilla; y quisimos estender nuestro paseo hasta Jalapa.

Al pié de una pequeña colina encontramos una familia india compuesta de un anciano de aspecto venerable, de dos niñas y un muchacho de semblante muy inteligente. Dos ó tres asnos, un grueso perro de la raza de San Bernardo, completaban el grupo que marchaba delante de nosotros. El padre estaba vestido de un traje de cuero al estilo del país y envuelto en su zarape. El jóven, de la misma manera, y las niñas vestian con gracia sus enaguas y camisetas blancas.

Ya habiamos tenido ocasion de encontrar á esta familia al ir á Jalapa un dia al volver del mercado de la ciudad. El aire de franqueza de esta buena gente nos sedujo á primera vista, aunque pasó algun tiempo sin poder distinguir las facciones de las jóvenes, quienes al vernos, ocultaron su rostro bajo los pliegues de su rebozo. Al fin, sin embargo, nos fué concedido verlas un instante sin velo. Desde entonces quedó fijada la suerte de mi compañero, y se apasionó con un amor tan ardiente como súbito.

Aunque las dos niñas se parecian mucho, no

obstante, la de menos edad fué la que llamó la atención de mi compañero: ambas eran de una belleza notable, capaz de seducir á dos hombres menos sensibles y novelescos que nosotros.

El carácter de su belleza era el de la raza india de los aztecas, á la cual pertenecian: sus delicadas facciones tenían algo del tipo judío; sus ojos oblicuos, como los de los mongoles, eran de la forma celebrada por los poetas que los han llamado ojos de garza; sus dientes blancos como perlas estaban engastados en labios de coral; la tinta roja que brillaba al extremo de sus mejillas, realzaba agradablemente el bronce de su tez morena; sus largos cabellos negros trenzados con esmero caían hasta su cintura, cintas graciosamente enlazadas á las trenzas daban á su persona un aire de fiesta y de alegría.

A pesar del interés que mi compañero y yo mismo teníamos por esta familia no, habíamos podido aun llegar á relacionarnos con ella: estando reducido todo nuestro trato á darnos los buenos días y á comunicarnos algunas observaciones sobre el tiempo.

Así que nos acercamos al grupo vi al indio hacer una seña á sus hijas. Estas por obedecerle bajaron sus rebozos y aceleraron el paso de sus asnos sobre los cuales estaban sentadas á la *duquesa de Berry*.

—¡Buenos días, niñas! dijo mi amigo, con semblante desconsolado á tiempo que pasaban cerca de él.

—¡Buenos días, caballeros! nos contestaron, pero no hubo mas, porque el indio, llevando la mano á la cabeza, se quitó el sombrero y nos dirigió un *adios* político, pero que significaba, no tenía tiempo de hablar mas con nosotros. El niño, el jumento y el perro le siguieron, mientras que mi compañero y yo les volvimos la espalda con dirección al campo.

Taplin estaba dominado por el despecho que le causaba su mala suerte. Poco satisfecho de estas entrevistas, resolvió obtener un buen éxito por la perseverancia. La familia india iba todos los días á la ciudad, y volvía á horas fijas, por lo que se determinó Taplin á ir de allí en adelante á esperarlas en el tránsito. En consecuencia de este bello proyecto, salimos del campo el día siguiente, y dirigimos nuestro paseo á la misma parte que la víspera. Al acercarnos al lugar donde teníamos la costumbre de encontrar á la familia india oímos ruidos extraordinarios: eran gritos y ayes juntos con los ladridos de un perro furioso. Precipitarnos adelante y llegar al ángulo del camino fué para nosotros obra de un momento: vimos al indio y su familia; dos extranjeros, dos soldados, se habían apoderado de las niñas esforzándose por llevarlas á la espesura de los árboles. Los salteadores con una mano presentaban su bayoneta al perro de San Bernardo, mientras que con la otra retenían á las trémulas doncellas: el mancebo procuraba defender á sus hermanas, en tanto que el viejo indio huía á pierna suelta por el camino.

Mi compañero y yo, sin perder tiempo en considerar esta escena inesperada nos lanzamos al socorro de las jóvenes: reconocimos los soldados y eran dos de los peores bellacos del regimiento. Al instante los derribamos á nuestros piés, costándonos el mayor trabajo el impedir que el perro de San Bernardo los hiciese pedazos.

Para asegurar sus personas pedimos prestada á Pepe, el mozo indio, la cuerda que rodeaba el fardo que traía á sus hombros, la que cedió con gusto.

Era la primera vez que podíamos contemplar á nuestra satisfacción las facciones encantadoras de

las jóvenes, por haberse caído en tierra sus rebozos, durante la lucha, presentándosenos con todo el esplendor de su belleza realzada aun por la animación inseparable de tal trance. Su seno estaba vivamente agitado, y sus ojos espresaban á la vez el temor y la gratitud. Nuestro primer cuidado, despues de haber puesto en buen recaudo á nuestras conocidas fué conducir al campo á los soldados.

Apenas habiamos andado diez pasos en esta direccion, cuando Taplin se detuvo y miró atras.

—¿Qué hay? le pregunté viendo que algo le inquietaba.

—Me he olvidado del niño indio; es muy bueno, estoy muy contento con él y debo darle algo.

—¡Hola, *Moochacher!*

Como se ve, el español de Taplin no era muy correcto; pero sin embargo bastó para determinar al niño á detenerse.

—Ten, *moochacher*, toma esto, y le dió un hermoso cuchillo de faltriguera. Al verlo el niño, retrocedió, tomó el cuchillo con grandes demostraciones de alegría y se reunió con los suyos.

—Es bueno tener por amigo á este niño, añadió Taplin; ¿quién sabe si lo necesitaremos algun dia?

—Reíme de esta prevision de mi amigo y moviéndome de él un poco, llegamos á la guardia avanzada del campo, y entregamos los prisioneros en manos del oficial de guardia.

Al dia siguiente por la mañana, apenas resonó la diana, cuando ya estábamos en camino por entre los bosques dirigiéndonos al teatro de nuestra aventura de la víspera. Taplin no cabia en sí de alegría, sintiéndose transportado por la esperanza de la grata acogida que se prometia de nuestros nuevos amigos.

Cuando llegamos al camino, no encontramos á nadie: aun no habian llegado: sentámonos á uno de sus lados y esperamos; pero en vano: no parecieron ni aquel dia, ni al siguiente, ni al otro, en los cuales fuimos á las horas regulares á aguardar á que pasasen.

Entonces Taplin perdió la esperanza de volverlas á ver, y yo tambien, aunque estuviese lejos de estar enamorado, espermenté por esta circunstancia una contrariedad mas viva de lo que puedo espresar y me sentí muy disgustado; pero la tristeza de Taplin era tal, que le infundia tentaciones de suicidio.

Los dos soldados que arrestamos recibieron el condigno castigo por su vergonzosa accion, y condenados por el consejo de guerra, sufrieron la pena de azotes y la de suspension de sueldo por dos meses.

## CAPITULO LVIII.

DOS OFICIALES CALAVERAS.

ES inutil volver al camino, dije á mi amigo despues de muchos viajes hechos sin resultado.

—Ensayemos, sin embargo, otra vez, contestó Taplin.

—Sea; pero vamos á caballo; será fácil procurar-  
nos algunos.

En efecto, poco despues teniamos á nuestra dis-  
posicion dos caballos ensillados y enfrenados.

—Es preciso subir por el camino; dijo Taplin  
saltando sobre su caballo, y picandole con las es-  
puelas para alejarse del campo á la mayor bre-  
vedad.

—Subir por el camino! pero, vd. bien sabe, le di-  
je, reuniendome á él, que es arriesgado pasar mas  
allá de la Banderilla.

—Al diablo con el peligro ¡Haller! repuso mi com-  
pañero haciendo tomar á su caballo un paso mas  
rápido.

No podia adivinar el motivo que pudiese impul-  
sar á Taplin á subir el camino; pero sin contrariar  
su deseo, le seguí, reservando hacerle algunas obser-  
vaciones cuando estuviese mas tranquilo.

En poco tiempo llegamos á Banderilla: á la entra-  
da de la aldea habia una posada, y otra á la salida.  
Estos alojamientos estaban ocupados entonces por  
dos franceses que hacian muy bien su negocio con  
nuestros soldados, á los que vendian principalmente  
aguardiente y tabaco, uno y otro articulo de la peor  
calidad.

Pero nuestro género de vida nos habia hecho po-  
co escrupulosos y entré con Taplin en la primera  
posada para tomar un vaso de aquel licor que era  
detestable y nos quemó como fuego.

Volvimos á montar á caballo y llegamos á galo-  
pe á la posada número 2, donde hicimos nueva pa-  
rada y bebimos otro vaso de aguardiente. El líqui-  
do era de mejor calidad, pues con la mira de atraer  
los soldados á su establecimiento, el tabernero les  
servia un licor pasable conocido en el pais con el

nombre de *catalan*. Despues de haber bebido dejé  
á Taplin arreglando la cuenta y fui á dar una vis-  
ta á los caballos. No tardó mucho mi amigo en re-  
unirseme, y me presentó una botella ovalada para  
que la llevase. La acepté y ví que no se habia ol-  
vidado de si mismo, porque colocó en la tapafunda  
vacía de su silla otra botella igual á la que me ha-  
bia dado.

—¿Donde vámos ahora? le dije así que mon-  
tamos.

—A continuar subiendo por el camino; déjese vd.  
conducir.

El líquido que acababa de tomar disipó sin duda  
mis primeras aprehensiones, porque no hallé qué  
oponer al deseo de mi camarada, y le seguí sin de-  
cirle mas que esto.

—Vámos donde vd. quiera.

No se oía hablar de guerrilla por los alrededores,  
porque despues que las centinelas avanzadas de la  
vanguardia americana se establecieron allí, los guer-  
rilleros abandonaron el terreno retirandose mas aden-  
tro en las tierras inmediatas á la Capital. No-  
sotros no teniamos nada que temer de su parte; pe-  
ro no ignorábamos que los habitantes del campo  
estaban exasperados por las vejaciones de los pillos  
de nuestro ejército. Muchos de estos merodeadores  
habian desaparecido, víctimas sin duda de la ven-  
ganza de los paisanos y acabábamos de encontrar  
en el camino uno ó dos cadáveres de soldados ame-  
ricanos.

Estas consideraciones hubieran debido contener-  
nos; pero estábamos escitados por el buen aire, por  
la magnificencia del paisaje, y sin detenernos por  
nada continuamos adelantando, no sin alguna te-  
meridad.

Al cabo de algun tiempo llegamos á San Miguel Soldado, soberbio paraje de arrieros: dimos vuelta por su antigua iglesia, cuyo campanario domina á lo lejos una llanura cubierta de palmeras, y luego penetramos en la plaza.

San Miguel, como lo dijimos ya, es un paraje, ó mas bien, una estacion de arrieros. Un atajo acababa de llegar casi al mismo tiempo que nosotros, y se disponian los arrieros á comer sus chicharrones delante de la puerta de la posada. Mi compañero y yo empezábamos á tener hambre, pues el catalan nos habia abierto el apetito. No pudimos ver comer sin darnos gana de hacer otro tanto y resolvimos hacerlo en la fonda.

—¿Qué puede vd darnos? preguntamos al dueño del hotel.

—Chicharrones y pan: tambien tenemos huevos y chile á discrecion.

—Muy bien; que se nos sirva de todo, dijo Taplin saltando del caballo.

Mientras que nos preparaban la comida nos paseamos por delante de la posada examinando á los arrieros.

Habia entre ellos algunas caras que me parecieron no pertenecer á gente de esta clase: un grupo de cinco ó seis hombres que llegaron despues nos fijó sobre todo la atencion. Se habian retirado á uno de los ángulos de la fonda con un aire de misterio que inspiraba muy poca confianza. Su vestido por otra parte se diferenciaba del de los arrieros, y parecian por sus modales pertenecer á una clase superior al vulgo de los paisanos; pero que no llegaba á la de persona de distincion. Podian ser muy bien ladrones ó guerrilleros.

Comuniqué á Taplin mis sospechas.

—¡Bah, capitan! respondió este; no sé en que se funda vd. Estos no son mas que buenós rancheros que van á la ciudad á comprar chocolate para sus mugeres y cigarritos para ellos. ¡Ea! otro vaso de catalan antes de ponernos á la mesa.

—Despues de esto, ¿volverémos al campo?

—No antes de trepar aquella colina que está allá abajo. Debe ofrecer una perspectiva magnífica, se lo aseguro á vd., y nos recompensará nuestras fatigas el admirable panorama que tendremos á la vista.

—Hágase como vd. piensa.

Despues de haber comido dejamos á nuestras espaldas á San Miguel Soldado, y sus arrieros, continuando la ruta nacional hasta llegar á lo alto de la colina en cuestion. A poca distancia de este punto, se internaba el camino por grandes bosques de pinos detrás de los cuales se encuentra la aldea del Hoyo.

Razon tuvo mi camarada para prometerme una bella perspectiva. En efecto, un magnífico panorama se desarrolló á nuestra vista. Es sin disputa uno de los mas lindos paisajes de la tierra caliente.

Embebido en la contemplacion de este delicioso panorama, examiné con cuidado uno de los rasgos mas pintorescos, cuando de repente me arrancó de mi embeleso una exclamacion del subteniente. Volvíme á él.

Tenia los ojos fijos sobre un objeto que parecia interesarle vivamente.

—¿Qué mira vd. allí? le pregunté.

—Contemplo aquel magnífico monumento situado allá abajo.

Sobre la orilla de ese gran abismo. ¿No se llama esto una barranca?

—Sí. . . . . ¿qué monumento es aquel?

—Es uno de los parajes mas célebres del pais. Es el lugar del nacimiento de un gran santo, que con todo eso no es sino un niño. ¿Ha oido vd. hablar del *Niño de Atocha*?

—Sí; lé repliqué, he oido hablar de él; y aun he visto imágenes de este Santo en casi todas las casas mexicanas donde he entrado.

—Pues bien: aquí es donde ha nacido el santo niño: debemos ir hasta allá.

—¿Qué se piensa vd? Está á diez millas de nuestro camino.

—A cinco millas á lo sumo, capitan. Estoy seguro de que podria alcanzar con una bala de pistola á la cúpula de aquella vieja iglesia.

—Pero es esponernos por gusto, mi caro amigo.

—¡Ah! ¡bah! no temamos nada. No hay en todo el pais hasta Orizava un solo mexicano que esté armado; no encontraremos á nadie, crealo vd., de este lado del camino.

Hubiera podido alegar muchas razones para disuadir á Taplin de una escursion tan temeraria, pero conocia que era el hombre mas tenaz del mundo y sabia que iba á perder el tiempo. Se arrojaba al peligro con una ligereza que solo era igualada por su tenacidad; pero una vez que se veia comprometido, salia de los azares con una sangria fria y valor los mas admirables que he visto jamas. Formada, pues, la resolucion de ir á visitar la iglesia, nada hubiera sido capaz de disuadirlo.

—Vamos adelante, Haller, continuó. Está casi en el camino, á fe mia! Esperimento la mayor satisfaccion con hallarme aquí, y muchas veces he deseado venir. Y luego, añadió en voz baja: tengo un presentimiento de que el viejo indio habita en aquel sitio.

Esta ultima reflexion de Taplin me anunciaba una resolucion inalterable. Aun cuando me hubiera negado á acompañarle, habria ido sin mí. Así, pues, por toda respuesta me contenté con volver la cabeza de mi caballo hácia el punto que el subterfugio me habia indicado.

—Antes de ir mas lejos, dijo mi amigo: creo que será bueno tomar un poco de catalan.

Al mismo tiempo sacó su botella de las pistolas; tuve por conveniente seguir su ejemplo, como lo hice en efecto.

Previa esta diligencia proseguimos el camino por un estrecho sendero que nos pareció debia conducir al lugar del nacimiento del Niño de Atocha.

## CAPTULO LIX.

EL NIÑO DE ATOCHA.

SEGUIMOS la senda que se abria delante de nosotros por cinco millas poco mas ó menos: pero no puedo dar buena cuenta del pais que recorrimos, porque la ultima gota de catalan que bebí, fué la hoja de rosa que hace rebosar el vaso, y mi espíritu, lo confieso, andaba de seca en meca. Recuerdo sin embargo que la comarca estaba del todo inhabitada, que la ruta atravesaba bosques y selvas, y

se introducía formando ángulos por en medio de las rocas y de toda especie de accidentes del terreno.

Bajando por un declive tan escarpado que hacia andar á nuestras mulas con la cabeza enteramente vuelta para abajo, me dijo Taplin.

—No debemos estar lejos, y tendremos buen viaje, porque ahí viene una negra nube que parece trae en su seno la borrasca.

Apenas pronunció estas palabras cuando la tal nube fué hecha mil pedazos por las lenguas de fuego de la electricidad, y divida su masa en fragmentos semejantes en el aspecto y color á una bandada de aves de rapiña, flotó sobre nuestras cabezas. Bien pronto bramó la borrasca con toda su fuerza y nos envolvió en una obscuridad tan sombría como la noche.

De repente mi caballo se paró.

—Adelante, adelante, dijo Taplin viendo que me paraba sobre el borde del estrecho sendero.

—¡Ah! ¡por el amor de Dios! retrocedamos; ¡á la parte opuesta! contesté á mi compañero, porque á la luz de un relámpago acababa de descubrir á mis piés un abismo horrible en el cual nos hubiéramos sepultado infaliblemente sin el instinto de nuestros caballos.

Retrocedimos ante este obstáculo y nos dirigimos hácia mano derecha tomando por en medio de los bosques.

La borrasca se encendía cada vez mas en furor: la lluvia, el viento, los relámpagos, el trueno se confundían á cada instante con un choque magestuoso y terrible y estábamos sumidos siempre en la oscuridad.

Estraviados, ignorando completamente el punto

donde nos encontrábamos empezamos á perder la esperanza de poder hallar el camino, cuando los ladridos de un perro llegaron á nuestros oídos. Este sonido reanimó á los caballos que por su propio instinto tomaron aquella dirección. La espesa niebla que nos habia envuelto, disipándose un poco, vimos que estábamos aun al borde del precipicio, pero sobre un punto donde su profundidad era menos considerable. Por debajo de la colina que íbamos á bajar se levantaba un bosque de árboles entre cuyas hojas empezaba el sol á jugar alegremente; porque la borrasca cesó de pronto y habíamos pasado sin transición de una noche oscura á los rayos de un sol brillante.

Mirábamos cómo y por donde podríamos llegar abajo, cuando oímos que uno nos gritaba:

—Caballeros, bajen por acá.

Era la voz de un hombre que nos hablaba de abajo.

Procurando descubrir á nuestro interlocutor percibimos un techo de tejas rojas en la dirección de donde habia salido la voz; pero sin embargo, no vimos al individuo que nos habló estando nuestros ojos deslumbrados por la luz de los relámpagos.

Nos repitieron la advertencia y al mismo tiempo estas palabras: *¡Por acá, por acá!* Sin duda habia tambien voces de muger.

Mirando con mas atención y poniendo la mano delante de la vista para librarnos de los rayos del sol, descubrimos, en fin, objetos en movimiento; eran vestidos de muger. Luego un animal se lanzó por un claro, el que reconocimos al instante; era el San Bernardo: poco despues el valiente perro estaba á nuestro lado y nos manifestaba su alegría con toda especie de demostraciones amigables.

Bajámos guiados por el perro hasta el pié de la colina, donde encontramos á la familia del viejo indio

Habíamos logrado el objeto de nuestra escursion. El jóven Pepe cogió con prisa las riendas de nuestros caballos y los condujo del lado del rancho, mientras que las doncellas, acercándose á nosotros con una inocente familiaridad esclamaban al tocar nuestros vestidos mojados.

—¡Ah! ¡qué pobres! ¡tan mojados!

Conducidos por nuestro hoesped y sus hijas llegamos bien pronto al rancho que era un pequeño edificio de adobe rodeado de una cerca viva de cactus. A la puerta de la habitacion fuimos cumplimentados y recibidos por la madre de familia. Nuestros vestidos mojados fueron el objeto de la solicitud general. Pepe no tardó en traernos dos ó tres hachas de pino que resplandecieron con viva luz, y delante las cuales nos colocamos mientras que las jóvenes, á una señal de su madre, entraban en el interior del rancho.

Así que estuvimos secos trabamos conversacion con el rancho. Nada tan sencillo como la vida de este buen anciano. Su industria consistia en hacer esteras con hojas de palma que vendia en el mercado de Jalapa. Su familia le ayudaba en su modesta industria: sus hijas fabricaban esas lindas cestas de fibras de yuca tan estimadas de nuestros amantes de curiosidades. Estos últimos productos eran comprados por los ricos del país y principalmente por los mercaderes que los enviaban al extranjero.

Mientras hablábamos con el viejo indio, Taplin parecia inquieto y seguia con manifiesto interés todos los movimientos de Pepita y Ana; así se llamaban las dos hijas del rancho.

—¿Cuál de las dos prefiere vd. Taplin? le dije riendo.

—La mas pequeña, respondió mi amigo con una seriedad que no dejó de sorprenderme un poco.

Ademas, no me admiró la eleccion del subteniente. Ana debia obtener la preferencia por lo mismo que era de cuerpo pequeño. El de Taplin llegaba á cerca de seis piés, y los contrastes han tenido en todos tiempos el privilegio de atraerse.

—Me parece muy bien, le contesté; no habrá rivalidad entre nosotros, porque prefiero á la hermana.

—¡La hermana! ¡ah! capitán: no hay que formar comparacion entre ellas: vea vd. mejor.

Hablando así el subteniente designaba con una sonrisa de admiracion á la Anita, que al mismo tiempo se presentó á la puerta del rancho.

—¡Ah! subteniente, le dije tomándole por el brazo y mirándole de frente; ¿quiere vd. casarse con ella?

—¡Desde mañana si fuese posible, verdadero Dios! respondió con énfasis. Mi amigo estaba apasionadamente enamorado. Una belleza rústica y medio salvaje habia conquistado su corazon, y no sin temor creia que la aventura con la pequeña *po-blana* se terminaria por algun desatino.

Yo no era del todo insensible á los encantos de la jóven Pepita; pero los sentimientos que me inspiraba no pasaron del homenaje involuntario que el hombre rinde á la belleza, y así que mi corazon quedaba libre de ellos, se transportaba á otra parte.

Mientras hacia á mis solas algunas reflexiones, se acercó un caballo al rancho: lo oí claramente y pronto distinguí á un ginete que llegaba á galope y se paró á nuestra vista súbitamente.

Este ginete era un buen hombre vestido al estilo

de los rancheros, pero con un lujo que denotaba, sin embargo, una clase superior. Montaba un caballo, magnífico corcel de pelo luciente, de altiva mirada: su silla enriquecida de preciosos adornos; sus botas con espuelas de plata macisa; los botones de su chaqueta y de sus calzoneras, del mismo metal; su manga del paño mas fino recogida con gracia sobre los hombros. No parecia un simple ranchero; ¿pero quién era? fué lo que pregunté en voz baja á nuestro huésped.

—El dueño, me respondió el anciano.

—¡Ah! el dueño, murmuró Taplin dando señales del disgusto que le causaba el saber que esta familia tenia un dueño.

—¿Dueño de qué? le pregunté con alguna vivacidad.

—De la hacienda, señor; D. Juan es el propietario de todas estas tierras. Buenos dias, D. Juan; añadió el indio saludando al recién venido con un aire de humildad que nos disgustó.

—Buenos dias, viejo, respondió el joven con un acento altanero que mostraba á las claras el poco caso que hacia de su siervo.

—¿Anita está en casa? añadió acercándose al rancho.

—Sí, D. Juan, á su disposición.

—No quiero sino encender un cigarro y beber un vaso de piñola.

—Está bueno, está bueno.

El extranjero se encontraba ya en el umbral de la puerta, desde donde dió sus órdenes á los que estaban en el interior: al cabo de un instante llegó Pepita con un vaso de piñola en la mano, siguiéndola su hermana con un brasero lleno de carbones encendidos.

Del sitio en que estábamos oímos á D. Juan preguntar, hablando de nosotros, quiénes eran estos extranjeros, y al oír la respuesta que le dieron de que éramos oficiales americanos del campo de Serena, exclamó:

—¡Caray, malditos!

Y al mismo tiempo el joven golpeaba colérico las cañas de sus grandes botas con el látigo que tenia en la mano.

Eché una mirada sobre mi amigo, quien como yo no habia perdido el menor movimiento del recién llegado. A vista de las demostraciones injuriosas á que se entregaba el joven mexicano, la sangre hinchó el cuello de Taplin, se pusieron pálidas sus mejillas y un círculo negro se formó al rededor de sus ojos ensanchados por la cólera. La familiaridad con que el joven hacendado trataba á las niñas de nuestro rancho habia escitado los celos del subteniente, tanto mas cuanto que parecia claro que Anita fuese el objeto de la predilección de su señor.

Así que acabó de beber el joven caballero y que puso el vaso vacío entre las manos de Pepita, habiendo quedado sola con él su hermana Anita, le presentó el brasero para que encendiese su cigarro, y hablaron ambos en la galería exterior. No se nos escapó ninguno de sus movimientos, y cada vez que el joven mexicano se inclinaba con familiaridad al oído de la pequeña india, veía á mi amigo Taplin llevar maquinalmente la mano al puño de su sable.

—Vamos, le dije, esté vd. tranquilo; el joven no tiene malas intenciones y pronto se marchará.

—¿No tiene malas intenciones? dijo entre dientes ¿no es ya demasiada que sea su amo?

—No; es simplemente su señor.

—Si, es decir que puede venderlas ó cambiarlas por una fanega de maiz ó un saco de habas? ¡que vergüenza!

La niña daba á entender muy á las claras que estaba violenta en la compañía del jóven, mientras que este parecia prolongar su galanteo por fanfarronada y nos echaba de vez en cuando miradas llenas de insolencia y provocacion.

Encendiendo su cigarro por la cuarta ó quinta vez, se inclinó de tal suerte que sus labios tocaron la frente de la doncella; esta se hizo atrás con semblante ofendido: díne vuelta para detener á Taplin, pero era muy tarde. El subteniente entró de un salto en la galería, y antes que hubiese podido hacer ni decir nada para impedirlo, habia cogido al mexicano por su manga y lo habia tirado como á un niño en medio del cerco vivo de cactus. Las plantas flexibles se inclinaron bajo este peso y el cuerpo del mexicano pasó al lado opuesto.

—¡Caramba! maldito! exclamó este levantándose y echando sobre nosotros una mirada de terror y de odio.

—Huya lo mas pronto que pueda mi jóven de pico blanco, dijo Taplin señalándole los bosques; no pierda vd. tiempo si quiere conservar sus cabellos en la cabeza.

Viendo el hacendado el aire resuelto con que se le acercó su adversario, no creyó deber esperarle. Cojió su caballo por la brida, montó en la silla con rapidez y desapareció sin añadir una sola palabra.

El viejo indio parecia estupefacto del modo poco reverente con que se habia comportado para con su señor y amo. Por mi parte estaba disgustado por las consecuencias que este suceso podia tener pa-

ra con el pobre hombre, y dispuesto á reprender á mi amigo su irreflexiva conducta; pero habia para nosotros un punto mas importante. La ligereza de Taplin nos reducía á una situacion muy crítica. Nos hallábamos á una grande distancia del campo, ignorábamos el camino, y no teniamos mas armas que nuestras espadas y un par de pistolas para defendernos en caso de ataque: siendo muy posible que se presentase ese caso, porque el jóven mexicano, exasperado por la afrenta que habia recibido, no dejaría de reunir sus peones y de venir á su frente á pagarnos el insulto que habia recibido.

Comuniqué mis inquietudes á mi amigo sin poder conseguir que participase de ellas. El amor y el catalan le habian vuelto el juicio, y no hubo medio de sacar partido de él. Empeñábase en sostener que no habia guerrilleros por los alrededores, burlábase de todo mi ejército de peones y se proponia nada menos que recorrer todo el país en busca del jóven hacendado, al cual juró cortarle las orejas si oía decir alguna vez que el viejo indio ó sus hijas llagaban á sufrir los efectos de su cólera.

En suma, yo tampoco estaba en mis quicios, pues le habia dado muchos asaltos á la botella, á mas de los tragos de mezcal (aguardiente de magney) que nos habia regalado el ranchero poco despues de nuestra llegada. Así, pues, á fuerza de predicar á mi amigo; me redujo á su parecer, y olvidando todo, el campo y el peligro, permanecimos en el rancho sin el menor recelo.

Mis recuerdos son un poco confusos y con razon; pero me acuerdo que comimos con las piernas cru-

zadas sobre petates, no habiendo tomado parte en la comida el huésped y las niñas porque lo habian hecho con anticipacion. Recuerdo tambien que despues de la mesa insté de nuevo á Taplin para obligarle á partir, pero que lo resistio como antes, objetándome que queria aprender á hacer cestos.

Igualmente hago memoria, aunque vaga, de que pasamos muchas horas ocupados en manejar ramas de palmera y que en el entretanto Taplin hizo una corte asidua á la bella india, de la que estaba perdidamente enamorado; creo así mismo que llegó á interesarla en su amor, pues por dos ó tres veces me pareció que la jóven le echaba á hurtadillas miradas con que le daba á entender que contaba con su respeto y valor para que la protegiera y defendiese en caso necesario. ¡Pobre mozo! ¡que no debia volverla á ver..... pero yo me anticipo.....

Los rayos del sol que penetraban por entre los intersticios de los cactus tiñendolos de sus rojos resplandores, nos advirtieron que iba á espirar el dia. Esperabamos á ser mas cuerdos y pediamos nuestros caballos, que Pepe nos trajo ofreciéndose voluntariamente á servirnos de guia para que pasásemos la barranca, paso peligroso que se encontraba en el camino. Quisimos obligar á nuestros huéspedes á que recibiesen dinero, pero tuvieron la delicadeza de rehusarlo: viendo lo cual nos sacamos de los dedos nuestros anillos de oro suplicando á las niñas que tuviesen la bondad de conservarlos en recuerdo de nosotros. Aceptaron estos presentes. Nos dimos tiernos adioses y al fin nos separamos sin habernos prometido que nos volveriamos á ver.

## CAPITULO LX.

### LA BARRANCA.

**D**ESCENDIMOS al valle: nuestra marcha era silenciosa; Pepe y el perro nos servian de guias.

La cañada que atravesabamos estaba cubierta de bosques y la aproximacion de la noche aumentaba aún su aspecto sombrío y taciturno. Mi compañero dió algunos pasos atras y parecia absorto en sus pensamientos. Por mas de una milla guardó un silencio obstinado, pero de repente le oí esclamar:

—¡Eh, Haller!

—¿Qué? dije acercandome á él: acababa de pararse y parecia turbado.

—Pienso que he cometido un desatino atacando al jóven mexicano, pues es capaz de veugarse de esa pobre gente.

—¡Ah! vd. ve lo justo.

—Pero ¡por el cielo! añadió rechinando los dientes, si les hace la menor vejacion, lo sabré; porque el niño nos ha prometido venir á vernos en el campo y á decirnos lo que pase allá abajo, y si.... ¡ah! Volvime para ver cual podia ser la causa de esta súbita exclamacion hecha por Taplin con sin-

zadas sobre petates, no habiendo tomado parte en la comida el huésped y las niñas porque lo habian hecho con anticipacion. Recuerdo tambien que despues de la mesa insté de nuevo á Taplin para obligarle á partir, pero que lo resistio como antes, objetándome que queria aprender á hacer cestos.

Igualmente hago memoria, aunque vaga, de que pasamos muchas horas ocupados en manejar ramas de palmera y que en el entretanto Taplin hizo una corte asidua á la bella india, de la que estaba perdidamente enamorado; creo así mismo que llegó á interesarla en su amor, pues por dos ó tres veces me pareció que la jóven le echaba á hurtadillas miradas con que le daba á entender que contaba con su respeto y valor para que la protegiera y defendiese en caso necesario. ¡Pobre mozo! ¡que no debia volverla á ver..... pero yo me anticipo.....

Los rayos del sol que penetraban por entre los intersticios de los cactus tiñendolos de sus rojos resplandores, nos advirtieron que iba á espirar el dia. Esperabamos á ser mas cuerdos y pediamos nuestros caballos, que Pepe nos trajo ofreciéndose voluntariamente á servirnos de guia para que pasásemos la barranca, paso peligroso que se encontraba en el camino. Quisimos obligar á nuestros huéspedes á que recibiesen dinero, pero tuvieron la delicadeza de rehusarlo: viendo lo cual nos sacamos de los dedos nuestros anillos de oro suplicando á las niñas que tuviesen la bondad de conservarlos en recuerdo de nosotros. Aceptaron estos presentes. Nos dimos tiernos adioses y al fin nos separamos sin habernos prometido que nos volveriamos á ver.

## CAPITULO LX.

### LA BARRANCA.

**D**ESCENDIMOS al valle: nuestra marcha era silenciosa; Pepe y el perro nos servian de guias.

La cañada que atravesabamos estaba cubierta de bosques y la aproximacion de la noche aumentaba aún su aspecto sombrío y taciturno. Mi compañero dió algunos pasos atras y parecia absorto en sus pensamientos. Por mas de una milla guardó un silencio obstinado, pero de repente le oí esclamar:

—¡Eh, Haller!

—¿Qué? dije acercandome á él: acababa de pararse y parecia turbado.

—Pienso que he cometido un desatino atacando al jóven mexicano, pues es capaz de veugarse de esa pobre gente.

—¡Ah! vd. ve lo justo.

—Pero ¡por el cielo! añadió rechinando los dientes, si les hace la menor vejacion, lo sabré; porque el niño nos ha prometido venir á vernos en el campo y á decirnos lo que pase allá abajo, y si.... ¡ah! Volvime para ver cual podia ser la causa de esta súbita exclamacion hecha por Taplin con sin-

gular acento. El subteniente registraba una de las tapafundas donde habia puesto una pistola; pero aquella estaba vacia.

— ¡Gran Dios! exclamé registrando las mias ¡nuestras pistolas no están aquí!

Mirámonos con una espresion de espanto, y en ello debia haber alguna trama. ¿Quién las podia haber robado? Llamamos á Pepe, quien nos dijo que no sabia de ellas: ¿Las habia visto? No: él registró las pistoleras al tiempo de nuestra llegada y antes de la de D. Juan, y no encontró dentro, segun manifestaba sino dos botellas, nada mas.

— ¿Cuándo vió vd. por última vez las pistolas, Haller? preguntó mi camarada.

— Desde... ¡ah! ¡una idea! ya sé dónde paran. ¿Recuerda vd. aquella gente de mala traza que encontramos en San Miguel? pues ellos son los que las habrán tomado mientras que comiamos los chicharrones en el interior de la fonda.

— ¡Ah! tiene vd. razon; allí las hemos perdido. Somos dos grandes calaveras. Sin embargo, vale mas haberlas perdido allí que en el rancho, pues así este suceso tiene menos relacion con el peligro que nos amenaza.

— Es verdad: sin embargo, lo mejor que podemos hacer es ponernos en guardia.

— ¡En guardia! ¿y con qué? Con estas agujas que tenemos al costado: por cierto que nos serán de suma utilidad. ¿Que el diablo se lleve al catalan!

Ibamos entrando por una garganta profunda en cuyo fondo corria un torrente considerable, engrosado por la borrasca del día. El sendero que seguíamos costeaaba el arroyo, pero elevándose gradualmente por encima de su lecho hasta que terminó por hallarse á cuatrocientos ó quinientos piés deba-

jo del camino. El cerro estaba cortado perpendicularmente, y desprovisto de toda vegetacion, excepto algunos árboles raquíticos cactus, espinosos nacidos entre las hendiduras de las rocas; pero al pié de la pendiente, sobre la orilla del agua, habia árboles en mayor número y de una vegetacion mas vigorosa.

Era uno de aquellos caminos tan comunes en México que no pueden subir sino los gatos salvajes, ó las mulas y caballos. Esta garganta sombría y desolada es conocida en el país por el nombre de *Puerto del infierno*; el aspecto del lugar justifica muy bien este nombre.

Para aumentar mas la desolacion de un paraje tan silvestre y la dificultad del camino habia vuelto la borrasca, los relámpagos sulcaban el cielo y el agua caia á torrentes.

Sin embargo, era imposible pensar en hacer alto en un lugar tan peligroso, y avanzábamos siempre guiados por el niño que saltaba de roca en roca con la agilidad de una cabra. Tenia en la mano su sombrero blanco de palma; el que brillando de rato en rato á la luz de los relámpagos nos servia como un faro para guiar nuestros pasos. A veces oíamos la voz de Pepe que se levantaba por encima de la borrasca, advirtiéndonos que evitásemos algun riesgo.

Este niño parecia muy atento á desempeñar su mision de guia, venciendo como de juego todos los obstáculos que encontraba con una destreza y sangre fria que le valieron nuestra admiracion y gratitud. ®

La borrasca que nos sorprendió á la entrada de la barranca empezaba á disiparse, cuando llegamos al otro lado. Debiamos acercarnos al campo; pero la noche estaba cubierta de espesas tinieblas, y no

podíamos andar sino paso á paso sobre un camino resbaloso y difícil. Los relámpagos eran menos brillantes y frecuentes; sin embargo á la luz de uno de ellos, creí observar huellas de caballos impresas en el barro sobre el márgen del torrente, que costeábamos entonces muy de cerca. Taplin había hecho la misma observacion que yo, y así dirigimos las miradas á la tierra, á fin de aprovecharnos del primer relámpago para comprobar nuestras observaciones. El relámpago brilló y antes que su viva luz se perdiese en las profundidades del cielo, se oyó la voz de mi amigo.

—Son recientes, decia, y tan numerosas como si hubiese pasado por aquí un rebaño de carneros.

—¿Cree vd. que sean recientes?

—Sí, seguramente: han pasado despues de la lluvia: mire, mire vd.; aquí hay otras formadas no hace aun cinco minutos, sin duda alguna. Deben ser al menos cincuenta caballos. Hémos aquí en bonita posicion, capitán!

—Chiton, hable vd. mas bajo, que no deben estar lejos.

Apenas murmuré esta advertencia, el perro, que estaba con Pepe algunos pasos mas adelante de nuestros caballos, se puso á ahullar dando vueltas á la redonda, y luego se lanzó en medio de los bosques continuando sus ladridos con una violencia creciente.

—¡A fe mia! ¡hémos ya en medio de ellos! dijo mi camarada en voz baja. Desmontémonos, Haller, y tratemos de ganar las malezas, único recurso que nos queda para salvarnos. ¡Vamos!

Al mismo instante oíle apearse en el barro, y me disponia á seguir su ejemplo cuando un grito salvaje hirió mis oídos. Un objeto pesado acababa de

bajarse detras de mí cerca de la grupa de mi caballo, dos brazos me rodeaban el cuerpo que me apretaban como el abrazo de un oso; mi caballo espantado se lanzó adelante, luego volvió repentinamente atras como si alguno le hubiese hecho recular sujetandole el freno. Hice todos los esfuerzos posibles para librarme de la opresion de mi antagonista; rodamos juntos en el barro, y al mismo tiempo muchos cuerpos cayeron sobre mí; yo estaba debajo y me ahogaba.

Un relámpago que vino á iluminar la escena me hizo ver el camino lleno de un gran número de hombres de aspecto salvaje que gritaban blandiendo las espadas desnudas que despedian centellas.

A la claridad de un nuevo rayo pude distinguir á mi compañero rodeado de mucha gente, tendido en el barro, bañado su rostro de sangre y me pareció que estaba muerto.

—Taplin, esclamé con todas mis fuerzas á fin de dominar el tumulto.

—Y bien, mi buen amigo, ¿qué es de vd? me respondió.

—¡Loado sea Dios! dije, aun no lo han matado.

La algazara empezaba á calmarse; nuestros agresores despues de haberse llamado unos á otros, se habian reunido todos al rededor nuestro. Uno de ellos, que parecia ser su gefe, les impuso silencio y dió algunas órdenes en voz baja. Poco despues me cogieron así como á mi compañero, y nos condujeron al centro de un bosque por un paraje descubier-to donde se encontraban muchos caballos.

—¡Fuego! gritó el gefe.

A esta orden algunos de ellos trajeron ramas secas y muy pronto hubo fuego.

Así que brilló la llama miré á nuestros enemigos.

La primera mirada bastó para hacerme reconocer el brillante traje del hacendado D. Juan que se mantenía á cierta distancia y hablaba con él que parecía ser gefe de la partida. Los demas no podían ser *peones*, porque estaban todos armados y equipados, no con lujo como D. Juan, sino como gente que acostumbra batirse. Todos tenían escopetas atadas al arzon de su silla y muchos llevaban pistolerías militares. Habíamos caído en manos de una nueva guerrilla, y mirando mas de cerca á los hombres de que se componía, reconocí fácilmente entre ellos las caras de los que me llamaron la atención é infundieron sospechas por la mañana en la taberna de San Miguel. Pero lo que mas nos sorprendió á mi compañero y á mí fué la presencia en medio de aquellos bergantes, de dos hombres vestidos con el uniforme de nuestro propio regimiento.

—Sin duda son prisioneros, creiamos nosotros.

Pero bien pronto tuvimos ocasion de salir de este error, porque uno de ellos apoderándose de una hacha encendida nos la acercó á la cara diciendo:

—Vean vdes., pues, como los hemos cogido!

—¡Lanty de mi compañía! exclamó Taplin reconociendo á uno de ellos; ¡infame bellaco!

—¡Togel, de la mia, miserable prusiano! dije por mi parte reconociendo tambien á mi hombre.

Igualmente nos reconocieron los desertores con grande regococijo suyo.

—¡Ah! ¡cabeza y sangre! murmuró el irlandés acentuando sus palabras, ¡ah! es el se... ñor Ta... plin: el se... ñor... subte... niente Ta...plin ¿Con que es vd?

—¡Vah! exclamo el Prusiano con una voz gutural dirigiendose á mí; es *¡montchir Haller qué ché foi ici mein Gott, es ser pien pon!*

—¡Ah! señor Taplin, continuaba el Irlandés, apostrofando siempre á mi compañero, por causa de vd. hé recibido veintinueve latigazos en las espaldas y quien recibe á dar se obliga, mi oficial; ¡ya vd. me entiende!

Diciendo así dió á Taplin un latigazo en las mejillas.

El golpe fué dado sin violencia, menos con la intencion de hacer mal al subteniente que con la de ultrajarle. El miserable tuvo ocasion de felicitarse del resultado de su accion, porque habia logrado su objeto. Los ojos de Taplin brillaron al recibir este insulto como dos carbones ardientes: parecian querer salir de sus órbitas; su cuerpo se agitó con un temblor convulsivo, pero se contuvo y no pronunció una sola palabra, sin duda por temor de provocar algun nuevo ultraje.

Acercose á mi el Prusiano, y esperaba que me tratase del mismo modo que á mi compañero, pero me equivoqué, pues el sentimiento de venganza del Germano estaba mejor calculado. Despues de haber mirado al rededor de sí para ver si lo observaban, sacó el desertor con mucha sutileza de mi faltriquera mi reloj de repeticion, cuya cadena habia visto y lo ocultó en sus vestidos. Lanty, que observó la accion de su compañero, no quiso quedarse atrás y se apropió de igual modo el reloj de Taplin.

Muchos guerrilleros se habian reunido al rededor nuestro para gozar de la entrevista de los desertores y prisioneros, pero no se limitaron al simple papel de espectadores, cada uno quiso tener parte en el botín, y en un abrir y cerrar de ojos nos despojaron de nuestro dinero, espadas, espuelas y cinturones.

Creiamos, pues, que estos ladrones quedarian sa-

tisfechos, porque nos pareció que habiéndonos quitado todo lo que teníamos, no encontrarían ya nada que robar; pero nos equivocamos.

— ¡Madre de Moisés! Vogel, dijo Lanty volviéndose para el Prusiano, y mostrándole su uniforme gastado; ¿sabe vd. que no le está bien su vestido y que el del Capitan le sentaría mucho mejor? ¿qué le parece á vd?

— ¡*Gott verdamme mich!* vous afre lá ine pïen pone iteé, respondió el otro.

— Yo tampoco estoy que digámos en un traje muy brillante, però espero que Mr. Taplin contribuirá en algo para el surtido de mi guarda-ropa, pues justamente es de mi estatura.

Vogel indicó con una seña de cabeza al gefe de la guerrilla.

— ¡Oh no tenga vd. miedo: él no se opondrá á ello, replicó el Irlandés; pero no es bastante: debemos ante todo obtener el consentimiento de nuestros oficiales, añadió con un tono de urbanidad afectada.

— Ya, ya! respondió el Prusiano.

— Conviene portarse siempre como soldado respetuoso. Señor Taplin, permítame vd. que le desembarace de esas botas, pues ademas de estar yá usadas; no sirven para un clima tan cálido. Pido á vd. igual permiso para tomar prestada su capa: es muy incómoda para correr por chaparrales y se trabaría en las zarzas.

No respondiendo Taplin á las groseras bufonadas del soldado, añadió este en forma de peroracion.

— *Quien calla otorga...* Ahora vd. Vogel, haga su negocio con el Capitan.

Por seguir el ejemplo de su camarada me hizo el Prusiano algunas preguntas en un language que

nadie, escepto él, comprendía, y viendo que no le respondía se contentó con mi silencio que se dignó tomar, como lo habia hecho su amigo, por un consentimiento suficiente.

Practicada esta ligera ceremonia, se alejó de nosotros el Irlandés para acercarse al Gefe de los guerrilleros que hablaba á cierto trecho con el jóven hacendado y otros dos ó tres individuos. Ví que se trataba de nuestros vestidos, porque el deserto rdirigiéndose al Gefe nos señalaba con el dedo. El y su camarada tenían derechos que reclamar en su favor, pues á su fuerza muscular eran deudores de la facilidad con que nos habian capturado, y á la verdad no fueron mexicanos los brazos que me apretaban el pecho hasta sofocarme.

Algunos instantes despues volvió nuestro hombre acompañado de Vogel y de muchos guerrilleros, se apoderó de nosotros, nos desató las manos y nos acabó de quitar los vestidos, reemplazandolos con las capas de los desertores que nos echaron sobre los hombros. No hicimos la menor resistencia, porque nos hubiera sido inútil, y sabiamos muy bien que si rehusábamos las chaquetas de nuestros soldados, nos dejarían en camisa.

Terminada esta operacion nos ligaron las manos y desataron los piés. Como nos habian quitado los pantalones, botas y medias y ademas los gorros, quedamos desnudos de piés á cabeza; porque aunque nuestras botas fuesen muy pequeñas para los desertores, se las apropiaron dos mexicanos que iban con ellos; sin darnos las suyas en cambio.

En un abrir y cerrar de ojos Lanty y Vogel se vistieron de nuestros despojos y los vimos pavonearse con sus nuevos trages. tratándose reciprocamente

con gran fiesta de los guerrilleros, de *Capitan Vogel y Subteniente Lanty*.

Entretanto se habian acercado á nosotros el gefe de la partida y el hacendado: por su conversacion comprendí que la guerrilla no estaba establecida en los alrededores y que era una partida de exploradores enviada de Orizava por Santa-Anna.

Habian llegado la mañana del mismo dia y resultó ser la vanguardia que vimos en San Miguel. Despues de nuestro encuentro en el rancho con D. Juan, este fué á encontrarlos, y satisfecho de haber hallado tan pronto medio de vengarse de la afrenta que habia recibido, se encargó de conducirlos en nuestro alcance.

Supe ademas que su designio era llevarnos á San Andrés Chalcomulco, lugar situado en el camino que seguia Santa-Anna para trasladarse de Orizava á Puebla, donde el Gefe de la partida debia reunirse con el General.

De nuevo llamaron la atencion del Gefe los dos desertores, quienes como lo hé dicho yá, se pavoneaban con sus bellos vestidos. Despues de algunas palabras dirigidas á D. Juan en voz baja, les ordenó que pasasen con él al otro lado de la pradera: los dos soldados obedecieron al Gefe y le siguieron. Conversaron largo tiempo juntos, porque el Irlandés hablaba el español: pues era un desertor del ejército anglo-canadense que habia servido yá en España en la legion de Evans.

Al cabo de algunas conversaciones de mero pasatiempo, pareció evidente que acababan de concertar un plan. Acercáronse al fuego Lanty y Vogel á secar sus vestidos; devolvieron á estos desertores nuestras espadas, de que se habian apoderado algunos Mexicanos, y se las colgaron á la cintura: tra-

geron nuestros caballos, en los que montaron los dos soldados vestidos de oficiales, y se alejaron de nosotros tomando la direccion del campo americano.

Nos cogieron de nuevo á mí compañero y á mí y nos montaron atandonos fuertemente sobre una mula de silla.

• Sonó el clarin dando la señal de la partida, y poco despues continuámos el camino de la barranca, por el que entrámos en hileras unos en pos de otros.

## CAPITULO LXI.

ULTIMO ESFUERZO.

SIN las consecuencias probables de este nuevo viaje, hubiera sido para nosotros menos terrible y espantoso que el que hicimos á los mismos lugares, poco tiempo antes. La borrasca se habia calmado, despejádose el cielo y las mulas marchaban con paso seguro siguiendo á un guia que mostraba conocer perfectamente el terreno.

No lejos del rancho del indio, á cerca de una milla de esta habitacion, se halló un camino que atravesaba el que nosotros seguíamos. Este camino se dividia en dos, uno de los cuales conducia á la ha-

cienda de D. Juan situada á cerca de tres millas, y el otro despues de haber pasado por las montañas, iba á parar á San Miguel Soldado.

Ambos á pesar de sus nombres, no eran sino senderos cercados por todas partes de bosques y chaparrales.

En esta encrucijada se paró la tropa y llegó á mis oídos el diálogo siguiente.

—¿Vd. no quiere volver á mi casa, Capitan?

Esta pregunta hecha por el joven hacendado, se dirigia al Gefe de los guerrilleros.

—Doy á vd. las gracias, D. Juan, replicó este, pues me apartaria muy lejos de mi destino: Este viejo rancho servirá para guarecer á la mayor parte de nosotros, los demas dormiran en los bosques, lo que no es nuevo para gente de nuestra profesion. El General dejará mañana á Orizava, y debo encontrarle en San Andrés. Sus movimientos pueden depender de que esos hombres.....

Aqui el Gefe bajo la voz y no pudimos oir el resto de su frase.

—¡Muy bien! respondió el joven tocando con la espuela á su caballo, yo seré feliz si se me presenta ocasion de volver á recibir á vd. *¡Vaya con Dios, y mueran los yankees!*

En medio de los vivas que esta esclamacion patriótica escitó en la tropa, tomó el hacendado la ruta opuesta alejándose á galope.

A algunos pasos del lugar donde nos habiamos parado se alzaba un rancho abandonado, medio destruido y casi oculto por los árboles, por cuyo parage se dirigió la tropa despues de la partida de D. Juan. Así que llegaron á este rancho se apearon los guerrilleros y el Gefe y muchos de sus hombres entraron en la casa. Mi amigo y yo esperábamos ser

conducidos al interior, figurándonos que nos harian el honor de ponernos bajo techo; pero en el supuesto bien entendido, no de nuestra comodidad, sino para poder vigilarnos mas fácilmente. Con gran sorpresa nuestra no fué esta idea la de los guerrilleros: pusieronnos buenamente en tierra, apretaron los lazos que ligaban nuestras manos y pies y nos dejaron allí bajo la custodia de dos bellacos muy despejados que andaban en círculo al rededor nuestro con sus carabinas cargadas debajo del brazo. De esta suerte los enemigos se creian suficientemente en guarda contra toda tentativa de evasion por nuestra parte.

Los caballos de la guerrilla fueron atados allí cerca en estacas introducidas en tierra con grandes lazos que les permitian pacer.

Colocáronnos de espaldas, en cuya posicion permanecimos algun tiempo, sin pronunciar una sola palabra, los ojos vueltos al cielo, donde flotaban masas sombrías de nubes que sulcaba á veces la luz brillante de los relámpagos.

Al cabo de cierto tiempo llegaron algunos hombres con mulas cargadas de provisiones que fueron transportadas inmediatamente al rancho, y bien pronto oimos á los guerrilleros que se entregaban ruidosamente á la alegría del festin. Nuestros dos guardas habian llegado á apoderarse de una botella de aguardiente y se la pasaban con tanta frecuencia el uno al otro que no tardamos en descubrir que su vigilancia se iba adormeciendo; pero nada ganábamos con ello, porque nos tenian tan estrechamente ligados de piés y manos que no podiamos hacer un movimiento sin que se nos entrasen las cuerdas por las carnes: en una palabra habiamos sido atados por mexicanos; y creimos, pues,

con dolor que no nos quedaba ningun arbitrio posible de evadirnos.

—¡Cuán fácil nos hubiera sido escaparnos, á no ser esa diabólica cuerda! dijo Taplin en voz baja al cabo de algunos esfuerzos que salieron infructuosos.

Despues de nuestra captura perdimos de vista al jóven indio, que desapareció como por encanto. ¿Qué se hizo de él? Entonces me ocurrió que podia habernos vendido. Comunicné esta reflexion á Taplin quien se esforzó en combatirla, recordándome los testimonios de amistad que el niño nos habia dado; ademas de la confianza que le hizo de los sentimientos de odio que alimentaba contra el hacendado á causa de ciertos latigazos que le dió un dia.

Repugnaba á mi amigo creer en la traicion de este niño á quien habia cobrado afecto menos aún, supongo, por la gentileza de su persona que por razon de los lazos de familia que le unian á Anita.

—No puedo, dijo despues de un largo silencio, durante el cual examinó todas las fases de la cuestion, no, no puedo creer en esa infamia. Si el niño hubiera querido traicionarnos, no hubiera traído el perro consigo. ¡Pobre animal! nos advirtió bien, pero ya era tarde. No, se lo repito á vd., el niño no es un traidor, solo si habrá tenido miedo y se habrá vuelto á su casa.

Yo no podia convencerme con los argumentos de Taplin en favor de nuestro último guia: su conducta estraña durante el camino, su desaparicion maravillosa combinada con la de nuestras pistolas me infundian sospechas, que en vano procuraba desvanecer.

Iba aun á insistir á este respecto contra la opi-

nion de mi amigo, cuando sentí sobre mis mejillas una cosa fria y húmeda: temblando de pavor me levanté de donde estaba tendido y miré á todas partes para descubrir la causa de esta sensacion.

Hacia muy poca claridad: con trabajo pude percibir una forma negra que se movia en la sombra y vino á pararse cerca de la cabeza de mi compañero que estaba echado á algunos pasos de mí; quien se sobrecogió á su vez y apoyándose sobre el codo, prcrumpió en esta exclamacion involuntaria:

—¿Qué diablo es eso?

Un murmullo medio sordo respondió á esta pregunta: reconocimos al perro de San Bernardo. Al cabo de un instante volvió á mí el animal y colocó de nuevo su hocico sobre mi cara agitando la cola en señal de alegria. Llámelo por su nombre; pero en voz baja; porque á la vista del perro me ocurrió que el muchacho no estaria lejos, renaciendo en mi corazon la esperanza de una próxima soltura. A tiempo que hacia esta reflexion, un relámpago atravesó las nubes, y percibí, no sin sorpresa, que el perro tenia entre sus dientes una cosa brillante que reconocí en seguida: era un cuchillo, el mismo que mi compañero dió al jóven indio el dia que liberamos á sus hermanas.

Taplin lo reconoció al mismo tiempo que yo, y exclamó sin reflexion.

—¡Prodigio! el perro me trae mi antiguo cuchillo.

—Chiton, le dije.

Viendo el perro que yo no lo tomaba, se volvió á Taplin, luego de Taplin volvió á mí, dando muestras de admiracion al vernos permanecer tan tranquilos.

En estas ides y venidas del perro, acabé de adi-

vinar el fin con que nos lo habian enviado, y admirando la astucia del artificio, así que el perro vino de nuevo á colocar su nariz sobre mis mejillas, cogí con mis dientes la hoja del cuchillo que estaba abierto, y la retuve fuertemente. Pero conociendo el animal mi intencion de apoderarme del objeto que llevaba, se tendió de repente hácia atras y desapareció en la sombra sin haberlo dejado.

—¡Qué desgracia! exclamó Taplin, que se acercó á mi, atendiendo á esta escena con la mayor ansiedad.

Estábamos aun lamentando nuestro infortunio, cuando volvió á presentarse el perro, pero sin el cuchillo en la boca . . . lo traia colgado del cuello.

Llegóse primero á mi camarada, quien se esforzó á su vez por coger el instrumento con sus dientes; pero no lo pudo conseguir porque el perro no se estaba quieto.

—¡Ho! ¡perrito! ¡loro! ¡oh!

Pronuncié estas palabras con un tono cariñoso: al oír mi voz el perro se me aproximó tanto que al fin pude conseguir asir con mis dientes la cuerda que retenia el cuchillo, tirando con tanta violencia que se rompió cayendo el instrumento sobre el suelo directamente debajo de mi cara.

—¡Atras perro! grité entonces con un tono de cólera para alejar al animal que se disponia á recogerlo.

Pero á la palabra de *Afuera* que le dirigí se lanzó corriendo y se marchó por donde habia venido. Durante toda esta escena nuestros guardas, que se habian sentado en tierra, ocupados enteramente en beber, no pensaban en vigilarnos.

—¡Si pudieran dejarnos en paz por cinco minutos á lo menos! dije en voz baja á mi compañero.

Acérquese vd. mas . . . bien! Ahora vuélvame la espalda! . . . ¡Eso es!

Teniamos las manos ligadas por detras y por consiguiente no podiamos hacer nada para auxiliarnos. Habiendo vuelto mi compañero la cara contra tierra, como se lo habia indicado, apoyé mi barba sobre sus hombros, despues de haber tenido cuidado de colocar el cuchillo entre mis dientes de modo que el filo estuviese para afuera, el que puse en contacto con la cuerda moviendo la cabeza de alto abajo y apoyándolo sobre ella. Al fin de cierto número de oscilaciones repetidas, tuve la felicidad de oír el ruido que hizo la correa al romperse cuando la corté por el lado del nudo; y á pocos instantes, mi compañero se halló con las manos libres.

Lo demas era cosa fácil y en un segundo nos vimos sin ligaduras.

Habiamos resuelto ganar la selva que estaba cerca de veinte pasos de nosotros; pero creimos prudente aguardar á que la atencion de nuestros guardas se reconcentrase en otra segunda botella de aguardiente, que uno de sus compañeros le acababa de traer. Bien pronto se sentaron los tres y parecieron exclusivamente ocupados en festejar el generoso licor.

La ocasion era favorable; llegamos arrastrándonos como enormes lagartos á deslizarnos sin ruido detras de algunos caballos. Allí nos detuvimos otro rato latiéndonos el corazon y con el oído alerta. Esperábamos que un relámpago nos alumbrase la direccion que debiamos tomar; brilló al fin, y levantándonos inmediatamente en tres ó cuatro saltos nos pusimos á la orilla del chaparral. El perro salió retozando á nuestro encuentro, y al mismo

instante ví á mi camarada coger á uno en sus brazos y estrecharle con el furor de un demente. Era Pepe nuestro libertador, al que Taplin manifestaba así su profundo reconocimiento.

No teníamos tiempo que perder porque nos era forzoso pasar el desfiladero antes que se pusiesen á perseguirnos: no necesitábamos de guía por conocer bastante la barranca, á la otra estremidad de la cual sabíamos que se encontraba la aldea de Banderilla. Si nos llegaban á perseguir, teníamos también el recurso de ocultarnos en los matorrales que cercaban el camino. Por otra parte el perro hubiera podido vendernos, y valia mas que fuésemos solos.

Todos estos motivos nos determinaron á despedir á nuestro guía que se llevó consigo al San Bernardo y tomó el camino del rancho, entrando nosotros sin pérdida de tiempo por el que conducia á la barranca.

Bien pronto llegamos á esta garganta: estaba mas sombría que nunca: avanzábamos poco á poco, obligados como estábamos á esperar la mayor parte del tiempo á que un relámpago viniese á indicarnos nuestro camino. De esta suerte, y no sin mucho trabajo, llegamos al punto culminante donde aquel se encuentra, como lo hemos dicho, suspendido casi perpendicularmente por encima del torrente que brama á mas de mil piés de profundidad. Cuando los relámpagos nos permitian entrever nuestra posición nos estremecíamos de horror reconociendo que estábamos separados del abismo solo por algunas pulgadas, y que un solo paso bastaria para precipitarnos en él.

Teníamos los piés descalzos, como recordará el lector, y esto quizá nos favorecia, porque así corria-

mos menos riesgo de resbalar sobre la pendiente rápida por donde andábamos. Es verdad que por otra parte no nos ayudaban los piés á causa de los rasguños que habian recibido.

Taplin iba algunos pasos delante, cuando me pareció oír un ruido de voz: pareme á escuchar, pues podia ser de gente que venia en persecucion nuestra. A pesar de toda mi atención no percibí nada; y debo creer que me equivoqué, tomando por voces humanas el bramido del torrente. En esta convicción me reuní á mi compañero en una pequeña plata-forma donde el camino formaba un ángulo y daba vueltas al rededor de la roca. Acordéme de este pargé por haberlo visto poco antes de anoecer. Es una pequeña meseta de algunos pasos de ancho que domina los alrededores. Habia subido Taplin á esta plata-forma, donde me esperaba, dibujándose su aventajada estatura en las olas del cielo, y me pareció que tenia la actitud de un hombre que escucha.

—¿Oye vd. algo? le pregunté despues de haberlo alcanzado.

—Silencio, silencio. . . . ¡escuche vd. por Dios! silencio. . . .

Nos dimos el brazo y nos inclinamos sobre el abismo para oír mejor.

Percibiéronse muchas voces confundidas con el ruido de pasos de caballos, y poco despues dos ginetes llegaron á la ribera de la barranca y se pararon. No los veíamos sino muy imperfectamente, y en la oscuridad que nos rodeaba descollaban como dos estatuas ecuestres de gigantescas proporciones. ¿Quiénes podian ser estos hombres? No venian en persecucion de nosotros, pues que salieron por el

lado opuesto, pareciendo mas bien que nos salian al encuentro; . . . . . brilló un relámpago . . . . .

—¡Ah! son los malditos renegados, exclamó Taplin caminando adelante. . . . . Vamos á ver ahora. . . . .

Dos pistoletazos siguieron al relámpago; al mismo tiempo los dos soldados se precipitaron al suelo de sus sillas, é hicieron atras los caballos como para dejar á los hombres libre el sitio del combate. Ví á Taplin agarrarse de uno de nuestros adversarios, yo cogí al otro, el resplandor de una espada pasó por delante de mis ojos, la empuñé y la hice pedazos con mis manos. El voto alemán que siguió me dió pronto á conocer con quien me las habia.

Ambos sin armas nos asimos á brazo. . . . . Sola la fuerza debia decidir. . . . . ¿Cuál de los dos lanzaria al otro en el abismo? . . . . .

La certidumbre del destino reservado al vencido redoblaba nuestras fuerzas. Caímos juntos sobre la roca, pero presto nos levantámos dispuestos á nueva lucha. . . . . ¿Cuál seria el éxito de ella? . . . . . De repente mi adversario sobrecogido por un miedo repentino retrocedió algunos pasos, se inclinó y desapareció rápidamente en la oscuridad.

Considerándome feliz en verme libre de él á tan poca costa, no traté de perseguirle, prefiriendo con mucho ayudar á mi camarada que tenia empeñada con el irlandés una lucha semejante á la mia.

Nuevo relámpago vino en este instante á iluminar una escena que heló de espanto la sangre de mis venas. Dos combatientes luchaban sobre el borde del precipicio, el soldado y el oficial, este ya casi suspenso, mientras que el otro sólidamente apoyado en sus piés, parecia hacer el último esfuerzo para arrancar á su enemigo del suelo y lanzarle en

el abismo. . . . . ¡Qué horror! . . . . . antes que la luz eléctrica hubiese desaparecido enteramente del cielo, vi al soldado solo sobre la roca, y oí un grito terrible. . . . . el oficial habia desaparecido.

Lancéme con un grito de venganza.

—¡Miserable! vas á seguirle, exclamé.

Y cogiendo al soldado por el cuello me esforzaba por empujarlo al borde de la plata-forma.

—¡Ah! ¿qué diablos va vd. á hacer, señor Haller? Soy yo.

—¡Gran Dios! ¡Taplin! exclamé soltando el cuello de su vestido y cayendo de rodillas en una especie de postracion.

Era en efecto mi amigo que estaba delante de mí, y el grito que salió de las profundidades del abismo fué lanzado por el desertor.

Habia olvidado en aquel momento el cambio de uniforme.

Encontramos los caballos en los bosques, montamos en ellos, y ganamos el campo, al que llegamos poco despues de media noche. Al dia siguiente por la mañana nos informamos al despertar de que el regimiento tenia orden de partir en el mismo dia, y á la mitad de él estábamos en camino y suabmos la ruta montuosa que conduce á las llanuras de Perote.

¡Pobre Taplin! él sacó aun su espada en muchas batallas; pero ¡ay! esta fuerte espada ha quedado sobre la fosa de su dueño en el campo de matanza de Molino del Rey.

CAPITULO LXII.

EL ADIOS.

POCO despues de la aventura que acabo de contar, los tiradores recibieron orden de volver á Jalapa. Tuve la alegría de encontrar allí á mi amigo Clayley, cuya sociedad me era cara por mas de un título; pero un amigo no bastaba á mi felicidad, y las sonrisas de las jalapeñas, aunque graciosas, estaban lejos de disipar mi melancolia y de distraer mi pensamiento ocupado sin cesar de Guadalupe, á la que temia no volver á ver. Sin embargo, tuve esta dicha.

Un dia que estaba á la mesa con Clayley y algunos alegres compañeros en la *fonda de diligencias*, el mejor hotel de Jalapa, Jack se llegó á mí y tocándome poco á poco el hombro, me dijo en voz baja al oído:

—Capitan, ahí está un mexicano que pregunta por vd.

—¿Quién es? dije un poco enojado por esta importancia.

—*Es el hermano*, respondió Jack siempre en voz baja.

—¿El hermano! ¿qué hermano?

—El hermano de las señoritas, capitan.

Levantéme tan precipitadamente de la silla que derribé una botella y muchos vasos.

—¡Eh! ¡diablo! ¿qué hay pues? gritaron muchas voces al mismo tiempo.

—Señores, dispensen vdes. me precisa dejarlos por un momento: yo . . . .

—Seguramente, seguramente, dijeron mis camaradas, preguntandose lo que podria ser.

Poco despues me hallaba en la *antesala*, abrazando al jóven Narciso . . .

—¿Y están todos aquí? . . . . ¿cuando llegaron?

—Desde ayer, capitan. He venido á la ciudad por vd., pero creía no volverle á encontrar.

—¿Y va bien, todos estan buenos?

—Sí, capitan, mi padre espera á vd. desde esta mañana, al subteniente y al otro oficial.

—¿Al otro oficial! ¿de quien habla vd., Narciso?

—Creo que se trata del que acompañó á vd. en su primera visita á la Virgen, un señor gordo.

—¡Ah! ¡el mayor! Si, si, iremos. ¿Pero donde han estado vdes. despues de nuestra última entrevista, Narciso?

—En Orizava. Mi padre tiene plantaciones de tabaco en aquel punto y las visita algunas veces. Pero, querido capitan, me he sorprendido mucho al saber aquí que vd. fué hecho prisionero y que viajó con nosotros. Bien sabiamos que aquellos guerrilleros habian cojido algunos americanos, pero estaban lejos de sosp. char que fuese vd. del número de ellos. ¡Caramba! si lo hubiéramos sabido . . .

—¿Pero como se encontró vd. con aquella guerrilla, Narciso?

—Cuando mi padre tiene que transportar algu-

na cosa, hace como muchas familias de este país; se arregla con el coronel Cenobio. El país está de tal manera plagado de ladrones. . . . .

—Es muy cierto. . . . Dígame vd. ¿Narciso, puede vd. decirme de donde viene este?

Hablando así, mostré al jóven el puñal que le di y que se encontró en el pobre zambo matado por Lincoln.

—No sé nada, capitán: y tengo vergüenza de decir á vd. que tuve la torpeza de perder esta arma la mañana siguiente del mismo día que me la dió.

—No se disguste vd. mas por ello, tome de nuevo el puñal y diga á su padre que irá á verlo en compañía del señor gordo.

—Vd. dará facilmente con el camino, capitán, allí tiene vd. nuestra casa.

Diciendo así, el jóven me señalaba con el dedo una casa con miradores que se veía por entre los árboles á cerca de una milla de la ciudad.

—No tema vd., bien sabré encontrarla.

—Adios, capitán, no olvide vd. que estaremos impacientes hasta la llegada de vd.

Comuniqué á Clayley la causa de mi salida, y poco despues dejamos la mesa á la primera ocasion que se nos presentó: quedando nuestros compañeros al lado de las botellas.

Iba á ponerse el sol y estabamos para montar á caballo, cuando recordé que me habia comprometido á llevar al mayor conmigo. Clayley propuso que no se le convidase encargandose de inventar una excusa: pero ocurrióle que el hombre gordo podría servir para ocupar la atencion de D. Cosme y de su mujer; por lo que mudando repentinamente de parecer, fué conmigo en busca de Blossom.

No tuvimos dificultad en persuadirle que nos

acompañara, en lo que consintió tan pronto tuvo noticia de adonde se dirigia la visita.

El buen mayor no habia olvidado del todo la famosa comida. Aprontó á Hércules y partimos los tres á galope con direcion á la casa de D. Cosme.

Despues de haber seguido por algun tiempo un camino cercado de árboles floridos llegamos á su morada, una de las quintas mas suntuosas que he visto en mi vida. Ademas estabamos en la mejor disposicion para admirar la magnificencia de una primavera eterna y de un paisaje siempre verde, y por su parte el mayor era hombre muy capaz de apreciar la cena que nos fué servida.

Como lo habiamos previsto, nos fué en esta visita de grande utilidad. Sus relaciones de jefe de cuartel le obligaron á aprender un poco de español y sabia ya lo bastante para cumplimentar á D. Cosme por la suntuosidad de su servicio y la escelencia de sus vinos, y entre tanto Clayley y yo hablabamos con Lupe y Luz.

Salimos al barandal para admirar la claridad de la luna. El cielo estaba tan puro, la noche tan bella que no pudimos resistir á la tentacion de dar un paseo por el jardin. Era una noche divina: jamas olvidaré este paseo de dos en dos bajo las frescas sombras de los grandes naranjos, cuyas hojas argentaba el brillo de aquel astro. El ruisenor de los trópicos aumentaba con sus cantos el hechizo de nuestra situacion.

Olvidáronse los peligros pasados, no nos preocupaban los del porvenir, y gozabamos la felicidad de estar juntos.

Ya era tarde cuando dimos las buenas noches á nuestros amigos, despidiendonos: no sin habernos prometido antes volvernos á ver. Es inútil decir

que al día siguiente cumplimos nuestra promesa y nos obligamos por otra que se cumplió también del mismo modo que la anterior. Estas visitas duraron hasta que la trompeta nos dió la señal de la partida.

No haré al lector la relación de estos días felices, que tal vez no le divertiría; fueron sin embargo para nosotros de sumo interés. Pasóse el tiempo con rapidez, aunque sin suceso notable. Diráse tal vez que era monótono. . . . convengo; pero mi amigo y yo no nos hubiéramos cansado nunca de semejante monotonía.

No me acuerdo bien de los pormenores, pero sí tengo presente en globo que la víspera de nuestra partida llamé á D. Cosme aparte y le dije francamente que quería casarme con una de sus hijas, añadiendo que mi amigo, ignorante aún de la lengua, me había encargado de manifestarle que se tendría por feliz en recibir de sus manos á la bella Luz.

Me acuerdo igualmente de que D. Cosme, medio serio, medio risueño, me respondió con cierta dignidad que no me fué desagradable:

—Capitan, cuando termine la guerra.

No quería esponer á sus hijas á ser viudas casi al mismo tiempo que esposas.

Nos volvimos á despedir y partí con Clayley para ir de nuevo á correr la suerte de las armas. Dirigímonos hácia las altas mesetas de los Andes, atravesamos las llanuras ardientes de Perote, pasamos á vado las ondas heladas de Río-frio, subimos las crestas nevadas de Popocatepec; y en fin, despues de una marcha larga y penosa, brillaron nuestras bayonetas sobre las riberas del lago Tezcoco. Allí nos batimos, combate terrible y sangriento, pues sa-

biamos que nuestra salvacion pendia solo de la victoria.

Felizmente nuestros esfuerzos fueron coronados por el éxito, y el pabellon estrellado de la jóven América flotó sobre la antigua ciudad de los Aztecas.

Ni mi amigo ni yo salimos bien librados de esta batalla, pues recibimos cada uno una herida: pero por dicha ni quebrantó nuestros huesos ni nos transformó en dos desgraciados inválidos.

Por fin, á la guerra sucedió la paz. Clayley y yo pasábamos los días en andar á caballo por el camino de Jalapa al encuentro del coche que debia conducir hácia nosotros los seres queridos, cuya llegada nos habia sido anunciada.

Llegó por fin tirado por doce mulas, y dejó su preciosa carga en un soberbio palacio de la calle de Capuchinas.

Poco despues de su llegada dos oficiales con brillante uniforme penetraron en el mismo palacio, devolvieron sus billetes y fueron introducidos al instante. ¡Qué feliz momento! pero mas feliz aun fué la hora sagrada en que hicimos nuestros juramentos en la pequeña capilla de San Bernardo!

.....  
Santa Catalina es el mas hermoso convento de México y tal vez del mundo entero: encierra bellas jóvenes religiosas, muchas de las cuates son ricas millonarias. ¡Pobres niñas del cielo condenadas á no ver nunca la cara de un hombre!

Una semana despues de mi visita á San Bernardo, tuve el privilegio rara vez acordado á mi sexo, de penetrar en las bóvedas sagradas de Santa Catalina. ¡Un triste y tierno espectáculo me esperaba allí!

¡Pobre María de la Merced! ¡qué bella estaba con sus vestidos blancos! ¡adornada en su dolor, cual nunca la habia visto! ¡Pueda Dios en su bondad conceder el perdon á este ángel caido, pero que se arrepintió!

.....  
Regresé á Nueva-Orleans á fin de 1848.

Paseábame una mañana sobre el muelle con mi amable compañero, cuando una voz muy conocida llegó á mis oidos:

— ¡Dios me condene, Raoul, si aquel no es el capitán! decía uno.

Dime vuelta y encontréme cara á cara con Raoul y el cazador. Habian dejado el estado militar, y se preparaban para una expedicion de caza en las Montañas Rocosas.

No es preciso decir el gusto que me causó esta entrevista. Mi mujer, á la que habia contado muchas veces las hazañas de mis compañeros, tenia la misma complacencia que yo en encontrarse con estos valientes.

Informeme de Chan. El irlandes, dejando los voluntarios, habia entrado en un regimiento de regulares, donde era, segun la espresion de Lincoln, el primer sargento de la compañía.

No quise permitir que mis antiguos compañeros de armas se separasen de mí sin llevar un recuerdo. Mi mujer, se sacó de los dedos dos anillos que les rogó aceptasen. El frances con la galantería que caracteriza á los de su país, se puso inmediatamente el suyo en el dedo; pero Lincoln, despues de muchos esfuerzos inútiles, tuvo que renunciar á hacer otro tanto, pues no pudo entrar ni aun la yema del márgaro, y se contentó con guardar el anillo en su cartuchera.

Mis amigos nos acompañaron hasta nuestro hotel, donde les hice regalos que les convenian mas que anillos. A Raoul le dí mis pistolas, pues creí que no las volveria á necesitar. Pregunté al cazador qué era lo que mejor le cuadraba, hizose rogar un poco, pero por último me respondió que la famosa carabina alemana del mayor, la *zúndnadel*, con la cual se proponia divertirse mas de una vez cazando los osos grises de las montañas Rocosas, y tuve la satisfaccion de cedérsela en toda propiedad.

Pocos dias despues de este encuentro recibí la visita del mayor Twing que estaba de viaje con otros muchos de mis antiguos compañeros, y se habian de reunir en las fronteras de Tejas. Supe por él que Blossom en premio de su bella conducta en el negocio de la Vírgen, habia recibido el título de coronel, y que estaba empleado con este cargo en el departamento de la guerra de Washington.

Caro lector, ya iba á escribir la palabra adios para despedirme de vd., pero el niño Jack acaba de traerme una carta marcada con el sello de Veracruz y con fecha de la Vírgen del 1º de Noviembre de 1849.

Quiero comunicársela á vd.

“Haller: vd. es un loco en haber dejado á México: vd. no será en ninguna otra parte ni la mitad tan feliz como yo lo soy aquí. Apenas reconoceria vd. hoy el rancho y los campos que le rodean. He desmontado el terreno de las plantas parásitas que lo poblaban, y espero buena cosecha para el año siguiente. El algodón debe ser aquí tan bueno como en la Luisiana: tambien he destinado una pequeña suerte al cultivo de la vainilla. Todo esto me ocupa agradablemente: mi Lucita toma una

parte activa en todas estas mejoras. En fin, mi querido Haller, soy el hombre mas feliz del mundo.”

“Ayer comí con nuestro antiguo amigo Cenobio, y hubiera deseado que vd. hubiese estado presente cuando le dije quién era el hombre en cuya compañía se hallaba. Creo que habria preferido estar á cien piés bajo de tierra. Pero en suma es un buen hombre el tal Cenobio á pesar de su profesion de contrabandista.

“Supongo que vd. habrá sabido que nuestro antiguo amigo el padre fué muerto. Habia tomado el partido de Paredes contra el gobierno, pero lo cogieron en Querétaro y le ajustaron sus cuentas en lo que el diablo pestañea.

“Una palabra no mas, mi caro Haller: todos nosotros esperamos *su regreso*: la casa de Jalapa está pronta para recibirle: Doña Joaquina se acuerda mucho de vd., y espera *su regreso*. D. Cosme echa de menos todos los días á Lupe, que es su predilecta, y *espera su regreso*. El viejo Cenobio quiere saber de vd. precisamente cómo se hizo para cortar las cuerdas y escaparse del adobe, y para ello *espera su regreso*. Luz reclama á su Lupe y *espera su regreso*, y por último yo tambien *espero su regreso* con mayor impaciencia tal vez que todos los demas.

“No se haga vd. desear por mas tiempo y vuélvase pronto.” — “Siempre vuestro.—Eduardo Clayley.”

¿Deseas, lector, que tambien te hable de mi regreso? (1)

(1) Tengo á dicha poder decirte que ha mucho tiempo que el lector ha respondido afirmativamente á esa pregunta.  
(El autor)

## INDICE.

	Págs.
<b>Capítulo I.</b> —La tierra de Anáhuac.....	3
— <b>II.</b> —Aventura con los oriollos de la Nueva-Orleans.....	25
— <b>III.</b> —La reunion de los voluntarios.....	32
— <b>IV.</b> —Estancia en la isla de Lobos..	40
— <b>V.</b> —Historia del hotel de Georgia referida por el subteniente Sibley.....	45
— <b>VI.</b> —Historia del guya-entis contada por el mayor Twing.....	53
— <b>VII.</b> —Encuentro de un esqueleto..	69
— <b>VIII.</b> —Desembarque en Sacrificios.....	78
— <b>IX.</b> —Veracruz.....	86
— <b>X.</b> —El mayor Blossom.....	95
— <b>XI.</b> —Registro del chaparral.....	101
— <b>XII.</b> —Encuentro de un caiman... ..	114
— <b>XIII.</b> —D. Cosme Rosales.....	124
— <b>XIV.</b> —Una comida mexicana.....	133
— <b>XV.</b> —Un salon subterráneo.....	141
— <b>XVI.</b> —El Norte.....	149
— <b>XVII.</b> —Vuelve el buen tiempo... ..	154
— <b>XVIII.</b> —Continúa la exploracion con una serie de reflexiones.....	159
— <b>XIX.</b> —Medio de domar un toro... ..	164
— <b>XX.</b> —Encuentro con guerrilleros... ..	170
— <b>XXI.</b> —Uno de los trabajos de Hércules .....	177

parte activa en todas estas mejoras. En fin, mi querido Haller, soy el hombre mas feliz del mundo.”

“Ayer comí con nuestro antiguo amigo Cenobio, y hubiera deseado que vd. hubiese estado presente cuando le dije quién era el hombre en cuya compañía se hallaba. Creo que habria preferido estar á cien piés bajo de tierra. Pero en suma es un buen hombre el tal Cenobio á pesar de su profesion de contrabandista.

“Supongo que vd. habrá sabido que nuestro antiguo amigo el padre fué muerto. Habia tomado el partido de Paredes contra el gobierno, pero lo cogieron en Querétaro y le ajustaron sus cuentas en lo que el diablo pestañea.

“Una palabra no mas, mi caro Haller: todos nosotros esperamos *su regreso*: la casa de Jalapa está pronta para recibirle: Doña Joaquina se acuerda mucho de vd., y espera *su regreso*. D. Cosme echa de menos todos los días á Lupe, que es su predilecta, y *espera su regreso*. El viejo Cenobio quiere saber de vd. precisamente cómo se hizo para cortar las cuerdas y escaparse del adobe, y para ello *espera su regreso*. Luz reclama á su Lupe y *espera su regreso*, y por último yo tambien *espero su regreso* con mayor impaciencia tal vez que todos los demas.

“No se haga vd. desear por mas tiempo y vuélvase pronto.” — “Siempre vuestro.—Eduardo Clayley.”

¿Deseas, lector, que tambien te hable de mi regreso? (1)

(1) Tengo á dicha poder decirte que ha mucho tiempo que el lector ha respondido afirmativamente á esa pregunta. (El autor)

## INDICE.

	Págs.
<b>Capítulo I.</b> —La tierra de Anáhuac.....	3
— <b>II.</b> —Aventura con los oriollos de la Nueva-Orleans.....	25
— <b>III.</b> —La reunion de los voluntarios.....	32
— <b>IV.</b> —Estancia en la isla de Lobos..	40
— <b>V.</b> —Historia del hotel de Georgia referida por el subteniente Sibley.....	45
— <b>VI.</b> —Historia del guya-entis contada por el mayor Twing.....	53
— <b>VII.</b> —Encuentro de un esqueleto..	69
— <b>VIII.</b> —Desembarque en Sacrificios.....	78
— <b>IX.</b> —Veracruz.....	86
— <b>X.</b> —El mayor Blossom.....	95
— <b>XI.</b> —Registro del chaparral.....	101
— <b>XII.</b> —Encuentro de un caiman...	114
— <b>XIII.</b> —D. Cosme Rosales.....	124
— <b>XIV.</b> —Una comida mexicana.....	133
— <b>XV.</b> —Un salon subterráneo.....	141
— <b>XVI.</b> —El Norte.....	149
— <b>XVII.</b> —Vuelve el buen tiempo....	154
— <b>XVIII.</b> —Continúa la exploracion con una serie de reflexiones.....	159
— <b>XIX.</b> —Medio de domar un toro....	164
— <b>XX.</b> —Encuentro con guerrilleros...	170
— <b>XXI.</b> —Uno de los trabajos de Hércules .....	177

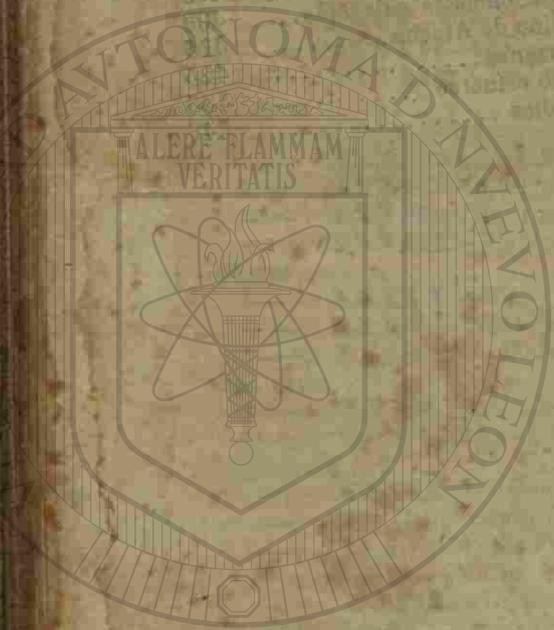
—	<b>XXII.</b> —Esteaple chase.....	182
—	<b>XXIII.</b> —Cuarto combate á larga distancia .....	189
—	<b>XXIV.</b> —El socorro.....	201
—	<b>XXV.</b> —El cocuyo.....	208
—	<b>XXVI.</b> —Lupe y Luz.....	214
—	<b>XXVII.</b> —Una noche agitada.....	219
—	<b>XXVIII.</b> —La luz despues de las sombras.....	223
—	<b>XXIX.</b> —Reveses y nuevo plan....	230
—	<b>XXX.</b> —Temeridad.....	236
—	<b>XXXI.</b> —Un socorro caido del cielo.....	240
—	<b>XXXII.</b> —Un tiro en la sombra....	251
—	<b>XXXIII.</b> —Capturados por los guerrilleros.....	258
—	<b>XXXVI.</b> —Viage á ciegas.....	266
—	<b>XXXV.</b> —Nuevo modo de beber....	271
—	<b>XXXVI.</b> —Modo singular de leer una carta.....	278
—	<b>XXXVII.</b> —La cobra capelo.....	282
—	<b>XXXVIII.</b> —El cuartel general de la guerrilla.....	286
—	<b>XXXIX.</b> —Galantería de Chan....	295
—	<b>XL.</b> —La danza de la tagarota.....	301
—	<b>XLI.</b> —Un beso en la sombra.....	305
—	<b>XLII.</b> —María de la Merced.....	312
—	<b>XLIII.</b> —La persecucion.....	318
—	<b>XLIV.</b> —Nuevo y terrible enemigo.....	322
—	<b>XLV.</b> —Batalla con los perros.....	327
—	<b>XLVI.</b> —Un estratagema indio.....	330
—	<b>XLVII.</b> —Fulminados.....	335
—	<b>XLVIII.</b> —Un puente de monos....	340
—	<b>XLIX.</b> —Los jarochos.....	347
—	<b>L.</b> —El padre Jarauta.....	353
—	<b>LI.</b> —Colgados por los talones.....	360
—	<b>LII.</b> —Corta pero terrible prueba... ..	369
—	<b>LIII.</b> —Una batalla á vuelo de pájaro.....	376
—	<b>LIV.</b> —Modo singular de retirarse de un campo de batalla .....	381
—	<b>LV.</b> —Una captura en grande.....	387

—	<b>LVI.</b> —Duelo singularmente terminado.....	397
—	<b>LVII.</b> —Dos soldados bandidos.....	403
—	<b>LVIII.</b> —Dos oficiales calaveras... ..	409
—	<b>LIX.</b> —El niño de Atocha.....	415
—	<b>LX.</b> —La barranca.....	425
—	<b>LXI.</b> —Ultimo esfuerzo .....	435
—	<b>LXII.</b> —El adios .....	446

ANL



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

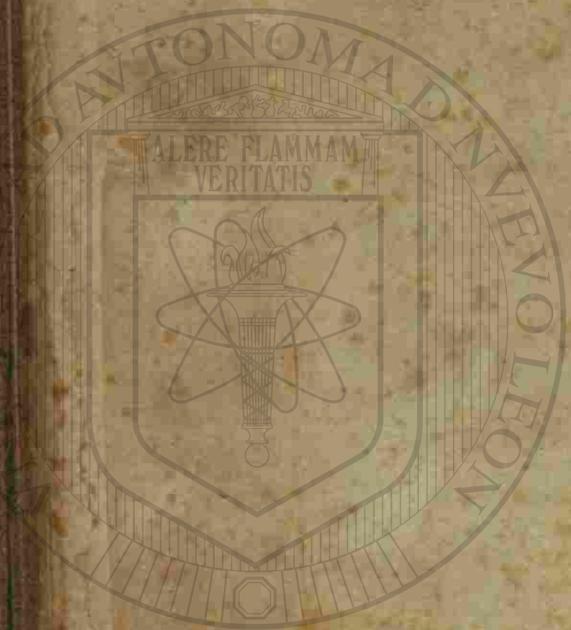


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

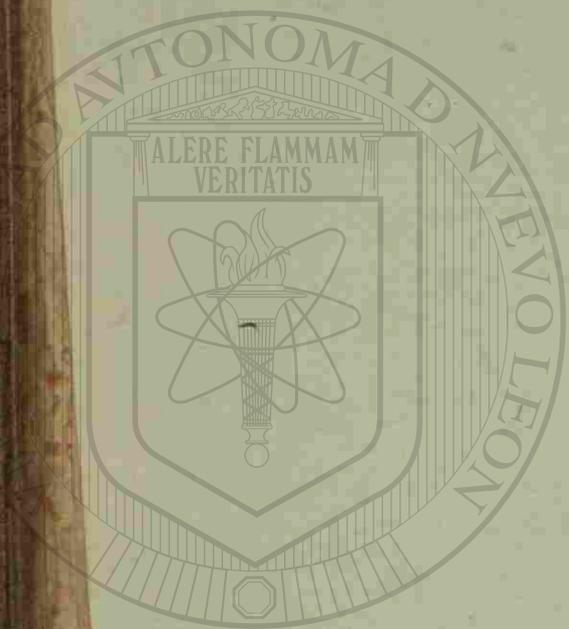


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





